Gonzalo Hidalgo Bayal

ARDE YA LA YEDRA

colección andanzas



Tras dejarle la novia, y en un momento de apatía y trabajos sin interés, el joven protagonista de esta novela sólo recupera en parte su entusiasmo en cuanto, espoleado por la convocatoria de un premio, decide escribir una novela. Sus lecturas últimas son poco inspiradoras, pero intuye que será el propio lenguaje, su afición a los juego lingüísticos, lo que le mostrará el camino. En las lentas y calurosas tardes de verano, acostumbra a pasear y sentarse junto al río. Inesperadamente un grupo de chicas se reúne en la orilla y se baña en las aguas cada tarde. ¿No serán ellas la mejor inspiración?

Una novela-divertimento plagada de palíndromos (si deletrean del final hacia atrás del título, verán que es un palíndromo).

Gonzalo Hidalgo Bayal

Arde ya la yedra

ePub r1.0
Titivillus 25.01.2025

Gonzalo Hidalgo Bayal, 2024
Diseño de cubierta: Pep Boatella

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Primera parte
La I no merece ceremonial

Né O sì tosto mai né I si scrisse

DANTE, *Inferno*, XXIV, 100

solo el acento que recae sobre la i es duro

FRANZ KAFKA, *Cartas a Milena*

1

Hubo un verano, hace tiempo, en que estuve mortalmente aburrido. Llevaba estancado en la realidad más de dos años. Había terminado los estudios, había desperdiciado quince meses marcando el paso en un cuartel castellano y buscaba trabajo inútilmente. Encontraba a veces ocupaciones temporales menores que, tanto por la miseria de las retribuciones como por su naturaleza rutinaria y menestral, me ocasionaban una profunda insatisfacción, la certeza de que todo lo que había hecho y aprendido hasta entonces no servía para sobrevivir con dignidad en tiempos tan inciertos, lo que me llevaba a íntimas y profundas lamentaciones, a recorrer las calles con el porte del adolescente herido por la injusticia universal, a desconfiar de mis propios méritos para estar a la altura de lo que el mundo que me había tocado en suerte podía esperar de mí y viceversa. No estábamos hechos el uno para el otro: ni el mundo para mí, ni yo para el mundo. A ello se añadía además, y tal vez sobre todo, el revés sentimental que se había iniciado meses atrás (y digo *el* porque en aquel trance era más *el* que *un*) y que los primeros atardeceres estivales habían empezado a hacerme ver que era ya definitivo. Y ocurría también que la muchacha con la que llevaba saliendo más de un año me había dejado abandonado a mi suerte. No es que rompiera conmigo (no había entre nosotros compromiso alguno, no se había pronunciado la palabra *novios*, que carecía entonces de prestigio entre la juventud, no nos habíamos declarado amor eterno, tal vez porque para ser eterno el amor no solo necesita amor, también precisa mayor consistencia material que el pan, la cebolla y el crepúsculo), sino que trasladaron a su padre y toda la familia lo acompañó al destierro. Nos escribimos cartas muy sentidas al principio y muy frecuentes, casi a diario, a vuelta de correo, subrayando la lastimera soledad en que nos habían colocado los dioses y entonando tristísimos cantos de añoranza a nuestros

paseos, nuestra compañía, nuestros dulces coloquios. Pero el furor epistolar fue decayendo, la nostalgia quedó atrás, la ansiedad del buzón decreció, la cursilería se volvió telegráfica, las cartas se espaciaron hasta casi desaparecer y en algún arrebato de lucidez el temor se llenó de certidumbre y entonces supe que la ansiedad se había ido diluyendo, que la llama de amor, si no se había apagado, era rescoldo y que no quedaba más consuelo que el aburrimiento, la lamentación y la tristeza. Así pues, sin nada mejor que hacer, ni nada peor tampoco, a menudo reflexionaba sobre mi propio aburrimiento y he de decir que, pese a todo, no era algo que me importara en exceso ni que me preocupara en demasía. De sobra sabía ya entonces que el aburrimiento no solo no es malo sino que puede traer consigo numerosos lances favorables y, con perseverancia, no pocas satisfacciones. Lo malo, pensaba en aquellos días (y sigo pensándolo ahora), no era el aburrimiento en cuanto tal: lo malo, decía, era no encontrar el modo idóneo de encauzarlo, no adivinar los alicientes que escondía. En diferentes ocasiones he comprobado que las mejores ocurrencias provienen precisamente de etapas de largo y prolongado aburrimiento, porque el aburrimiento, cuando es severo, se transforma, como si fuera su propio antídoto, y da paso a periodos de tiempo de la más insólita plenitud. Podría documentarlo ampliamente con episodios anteriores y posteriores al verano del que hablo, pero no voy a entretenerme esgrimiendo ejemplos, porque no es del aburrimiento en sí o *per se* de lo que quiero hablar ni tampoco de las consecuencias favorables que el aburrimiento puede aportar a cada cual (cada uno es dueño de su tiempo y señor único de sus vicisitudes), sino de adónde me llevó el aburrimiento de aquel verano concreto, que los hados presagiaban triste, vacío e interminable. Advierto, sin embargo, que tampoco esto es algo que merezca realmente la pena, salvo por el hecho de que soy yo quien está en el centro del relato y de que acababa de cumplir veinticuatro años, circunstancia en verdad agravante, pues, según ideas mías de entonces, cuya endeble consistencia no tengo reparo en reconocer, se trata (o se trataba) de una edad peligrosamente fronteriza. Y es que, como en los meses de cuartel había abandonado la lectura de literatura seria, porque el espíritu castrense no es propicio a Ulises ni a Absalones, y había llevado la

desidia hasta extremos impensables en mis años de estudiante, cuando me entregué a la lectura de todos los libros del mundo con una pasión feroz, solía entretenerme ahora leyendo novelas de quiosco de la editorial Bruguera, preferentemente del Oeste (Bravo Oeste, Ases del Oeste, Héroes de la Pradera), algunas veces policiacas y en menor medida de ciencia ficción o de terror (pero también de quiosco), breves novelitas que no requerían ni mucha concentración ni demasiado tiempo, no sé si como mucho una hora y media, un par de horas a lo sumo, lo suficiente en cualquier caso para devorar una novelita cada tarde mientras soportaba los calores de un junio que acababa, de un incipiente julio, y me entregaba a un ocio, una apatía y un desánimo que no eran otra cosa que enervación, atonía o, dicho con mayor rigor semántico, aplatanamiento. Y era el caso que en las novelas del Oeste (no así en las policiacas) el personaje protagonista, ya fuera el forastero que llegaba a la ciudad para deshacer entuertos, el muchacho que buscaba en la inmensidad de los escenarios de Texas, Arizona o Nuevo México al asesino de sus padres, o el justiciero despechado que se dedicaba a cobrar la recompensa de los criminales a los que había puesto precio la justicia, solía ser siempre, invariablemente, un joven de veinticuatro años (frisaría en los veinticuatro años, según la fórmula acuñada por los maestros del género: la condición solitaria del héroe impedía afirmarlo con omnisciencia), un sujeto en punto de sazón que no era ya la juventud y que no podía decirse tampoco que fuera todavía plena madurez, pero a efectos literarios un hombre hecho y derecho. Y, como digo, yo acababa de cumplir veinticuatro años y me quedaba solo uno para alcanzar el límite del que arranca la verdadera purga del corazón, que, como se sabe, se sitúa en los veinticinco, y, aunque no puedo asegurar que dicha circunstancia me provocara ningún serio conflicto existencial, sí que me llevó a pensar una y otra vez que, a una edad que no tardaría mucho en dejar de ser la mía, todos aquellos personajes habían tomado un rumbo decidido en la vida, eran infalibles con el Colt 45, habían emprendido arriesgadas aventuras, tenían un objetivo que cumplir, el riguroso propósito de llevarlo a cabo y las cualidades de carácter necesarias para ello, y yo, en cambio, andaba perdido aún en las complejidades de un mundo con el que no me identificaba, al que apenas pertenecía, un mundo manifiestamente incompatible, y

sin más oficio que darme en el río algún chapuzón a mediodía o acudir de vez en cuando a la biblioteca pública a matar el tiempo con revistas y periódicos, pasar las tardes tumbado en el sofá oyendo música melancólica y leyendo con indolencia, sin entusiasmo, mecánicamente, con la extravagancia de ponerme en situación con un sombrero vaquero de tómbola de feria, alguna de aquellas novelas escritas por Keith Luger, Silver Kane, Clark Carrados, Lou Carrigan o Marcial Lafuente Estefanía y cortadas siempre con el mismo patrón (noventa y seis páginas, párrafos breves, pródigos y estratégicos puntos y aparte, muchos diálogos y una trama tan escueta como predeterminada), pasear mi desidia y mi desconsuelo por las soledades del anochecer lamentando la ausencia y el desamor de la muchacha que hasta hacía apenas unos meses me había sostenido en pie o, en fin, evadirme una vez más en la sesión de noche de una sala de cine que bien podría haberme nombrado entonces socio de honor. ¿Qué otra cosa podía hacer en tan adversas circunstancias? ¿Y por qué seguir dándole vueltas al cabo de tantos años?, también me pregunto. No sé responder, pero sí sé que todavía hoy, cuando rememoro el principio de aquel verano, me invaden un malhumor y una tristeza que, si no tienen ya nada que ver con el malestar de entonces, me llevan a pensar si todo lo que he hecho después no estará contaminado por aquel malhumor y aquella tristeza originales, si no comería entonces insensatamente del fruto prohibido y quedaría marcado para siempre con el signo de la proscripción.

2

Quiso el azar entonces que, hojeando una mañana en la biblioteca una revista cultural, viera la convocatoria del VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas y, como yo había leído tiempo atrás un par de libros de Olúas (*Las navajas sajaban sal*, que es una extraña historia policiaca, y *Amo cada coma*) y como me había entretenido a veces con ingenios equivalentes a los suyos, aunque, por supuesto, mucho menos afortunados, pues yo no pasaba de simple aficionado, enseguida me sobrevino un entusiasmo efervescente. Es una prueba más de que, cuando el aburrimiento toca fondo, los dioses nos arrojan una escala para ayudarnos a salir del pozo. Miré entonces la extensión (treinta mil palabras), las páginas (cien folios), los plazos de entrega (principios de septiembre), la cuantía del premio (tentadora, golosa, codiciable), y, como si se tratara de un sortilegio o de un conjuro, a lo que había que añadir que no fuera cualquier premio, sino precisamente el VII, con toda la magia, significación y simbolismo que el número siete encierra, enseguida, ante los inconvenientes de agenciarme un Colt 45, pese a mis veinticuatro años, y salir a los caminos a enderezar tuertos, deshacer agravios, amparar doncellas y castigar alevosías, creció en mí la insensata determinación de escribir una novela, que también es un modo de cumplir sin riesgos todo lo anterior, y me desbordó una especie de furor que poco menos que debió de hacerme flotar sobre la mesa en la que estaba leyendo, o tal vez levitar, como hacían los personajes de algunas novelas serias que con tanta pasión había devorado antes de servir marcialmente a la patria, porque algo extraño debió de advertir en mi comportamiento la auxiliar de la biblioteca, que me conocía de sobra, pero que velaba por el orden y el silencio con una severidad no exenta de ironía, para verse en la necesidad de amonestarme. Lo hizo además con manifiesta voluntad de burla, para que todos los lectores (estudiantes con suspensos, opositores,

jóvenes en paro, jubilados: gente ociosa y pintoresca y estival) se dieran cuenta y no pudieran dejar de soltar la carcajada. No se lo tuve en cuenta. Con tanto furor me había arrebatado el carro de fuego de la inspiración, tales habían sido los ímpetus de la fabulación, que no podía ofenderme por las mordaces palabras de la auxiliar ni por el eco risueño de sus huestes. Es más, casi tendría que agradecerle la ocurrencia repentina que se derivó de sus palabras. Y es que, como pensé que se valorarían de modo especial las novelas que se esmeraran en desarrollar los procedimientos literarios que con tanta eficacia defiende Saúl Olúas en *Amo cada coma* y como decidí que yo también amaría con mi novela cada coma, y cada punto, y cada punto y coma, enseguida se me ocurrió el seudónimo con que concurriría al certamen. Bustrófedon, me dije, poniendo la venda antes de la herida. De ese modo, antes incluso de empezar a leer, verían los miembros del jurado no solo que había leído la obra de Saúl Olúas sino que me disponía a seguir sus enseñanzas. Bustrófedon, escribí arrebatadamente en la misma revista que estaba leyendo. Lo garabateé varias veces en los márgenes blancos de las páginas publicitarias, lo subrayé con trazos gruesos, lo encerré en rectángulos y elipses, les puse ojos y bigotes a las oes, solo por el puro placer de ver escrita una y otra vez la palabra BUSTRÓFEDON BUSTRÓFEDON BUSTRÓFEDON con que se me abriría el porvenir. Así entretuve el resto de la mañana, viendo impresa, premiada y editada una novela de la que solo tenía, en principio, el nombre del seudónimo con que ganaría el VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas. También, en el último instante, para no olvidar los datos, arranqué de la revista la (media) página que me había puesto en órbita y abandoné la sala de lectura exultante, audaz, liviano, caminando ingrávido sobre la superficie de las aguas.

3

El hombre puede estar instalado en las musarañas durante largos periodos de hibernación y despertar de pronto con una efervescencia incontrolable. Así salí yo de la biblioteca: como si los dioses se hubieran apiadado de mí, hubieran considerado estériles y excesivos tanta tristeza y tanto abatimiento y hubieran decidido concederme, al fin, una tregua de paz y de sosiego. De modo que, en contra de mi costumbre, entreviendo de cerca ya la buena ventura, me senté en una terraza, pedí una jarra de cerveza y, sin transición, empecé a planear la novela que presentaría al VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas y que firmaría como Bustrófedon. No se me ocurría nada, es verdad, pero no por ello me desanimaba: el entusiasmo no necesita sólidos soportes para imaginar su propia consistencia. La sola posibilidad de pensar en que todo saliera como había imaginado cuando leí la convocatoria del certamen, aderezada además con la plenitud del mediodía, el esplendor de la cerveza y el platillo de aceitunas machadas, era estímulo suficiente para que no me hundiera en las habituales melancolías. No voy a decir que lo hiciera de manera consciente, pero creo que me encomendé a los siempre oscuros y misteriosos designios de las musas. Y como las melancolías procedían, por una parte, de la penuria laboral y, por otra, del desamparo sentimental, y como lo primero me parecía poco apropiado para firmarlo con el nombre de Bustrófedon, porque el compromiso social nunca está para alharacas ni armoniza con las diversiones de la retórica, decidí centrarme en lo segundo, en el desamparo sentimental de un pobre infeliz al que la mujer de su vida había dejado hundido en las más negras profundidades del abismo. Y solo con pensarlo, con imaginar que todo lo que me había sucedido desde que la muchacha con la que salía tuvo que seguir los pasos de su padre podría tener cabida en la novela, empecé a sentirme reconfortado. Se diría que el actor del

drama que había sido hasta ese mismo instante acababa de abandonar el escenario para convertirse en director de escena y que, al alterar la perspectiva y retorcer el punto de vista, ese intercambio había bastado para que desaparecieran todas las dolientes musarañas de los últimos meses. Para cargar las tintas, tendría que alterar la realidad, eso estaba claro, yo no sería exactamente yo, porque el arte en general y la literatura en particular imponen sus propias condiciones: bien puede ser la realidad el punto de partida, pero no el objetivo ni la meta. Lo pensé enseguida, no sé si concediendo acaso una última oportunidad a la compasión, ese extraño sabor agridulce con que a veces nos lamemos las heridas. Empezaría por darle un nombre inventado a la muchacha, para que no pudiera reconocerse cuando leyera la novela (no le quedaría más remedio, aunque no sería yo quien la tendría al tanto: ya la estaba viendo detenerse de pronto estupefacta frente al escaparate de una librería y enfrascada luego en la lectura, con lágrimas en los ojos y lamentando haber renunciado a tanta dicha), y haría además que el abandono del protagonista no viniera obligado por razones familiares, sino por una decisión libre, voluntaria y desleal de la muchacha. Sería conveniente incluso que no tuviera que marcharse a otra ciudad, porque de ese modo se acentuaría la perfidia de su actuación, más aún si con esa leve alteración de los hechos el protagonista pudiera verla cualquier mañana a mediodía mientras él exhibía ante el mundo su tristeza, su soledad, su abatimiento, frente a una cerveza amarga, muy amarga, y, para mayor amargura, tibia también, y sin espuma, y disipada, y frente a una aceituna solitaria en un platillo desportillado de porcelana. Y lo curioso es que mientras imaginaba estas variantes, esto es, mientras falseaba la realidad con ánimo literario, no solo empecé a sentirme mucho mejor, sino que ya estaba viendo pasar delante de mí a la muchacha, viendo cómo me miraba avergonzada, con los ojos huidos, viendo cómo yo mismo exageraba el desamparo y, en consecuencia, cargaba sobre ella unas culpas literarias que en modo alguno le correspondían en la realidad, haciéndola, pues, responsable de los imponderables del destino, si es que no, como empezaba a temer, de mi propio comportamiento epistolar. Y, como la impostura tenía doble eficacia, eficacia narrativa para la novela que enseguida iba a

escribir y eficacia ansiolítica para mi propio ánimo derrotado (aunque ya estuviera dejando atrás las primeras huellas de la derrota), decidí que no había que descender a consideraciones morales ni darle más vueltas al asunto. Sería una novela autobiográfica con todas las correcciones que la misma novela fuera exigiendo en su desarrollo, porque las autobiografías puras, ya se sabe, son penosas, requieren retoques y cosmética. Tan eufórico estaba, tan desaforado, empezando a temer incluso que acaso no bastara una novela breve para dar cuenta de tanta desventura, que pedí otra jarra de cerveza (fría, espumosa, estimulante) con patatas fritas y me dejé mecer por todas las venturas favorables que los dioses me iban a deparar bajo la fértil máscara de Bustrófedon.

4

Aquella misma tarde compré un cuaderno liso de tapa dura y un paquete de quinientos folios con el propósito de ir amontonando en el cuaderno (en cuya portada caligrafié con esmerado primor, y en versalitas, reconozco ahora que con no poca pedantería, la palabra APUNTACIONES, porque consideré que la palabra *apuntes* había quedado desvirtuada en las clases magistrales de la facultad y reducida a materia de exámenes) notas de autor, ingenios, ocurrencias, planes de acción, esquemas, desarrollos, e ir escribiendo a máquina, en los folios, la novela propiamente dicha. Abrí el cuaderno, metí un folio en la máquina y me concentré ora en uno, ora en otro, contemplando tamaña inmensidad, pero sin inaugurar ninguno de los dos, ni el folio ni el cuaderno. Había pensado buscar en primer lugar el título, en la creencia de que si partía de un buen título el resto vendría rodado, pero lo cierto es que, aunque esbocé diversas tentativas, ninguna me convencía del todo (ni siquiera llegué a dejar constancia de ellas en el cuaderno, porque me parecía muy mal augurio que las primeras palabras surgieran ya inservibles, un pecado original de la escritura para el que nunca habría redención), así que decidí dejarlo para más adelante y esperar que saliera por sí solo, antes o después, por mera inspiración, que se desprendiera sin esfuerzo de la trama cuando la máquina de escribir fuera devorando folios sin tregua ni pausa ni reposo, como una ametralladora enloquecida. Opté, pues, por meterme de lleno en la escritura, a ciegas, con la misma ceguera con que leía novelas de quiosco o veía sesión de noche, y dediqué toda mi atención al folio, que ya empezaba a languidecer en el rodillo de la máquina, la incomparable Pluma 22 en que había tecleado tiempo atrás tan cuantiosos y tenaces asdfg como obstinados e incontables qwert. Señoras y señores, pensé, la escritura del primer capítulo de la novela del gran Bustrófedon va a

comenzar. No sabía cómo en realidad, pero iba a comenzar, estaba a punto de comenzar, estaba como quien dice comenzando. Pero, pese a que me animaba con ese acopio de perífrasis incoativas, no tardé mucho en reconocer que no solo no sabía cómo empezar sino tampoco por dónde. Tan pronto me parecía que no se me ocurría nada como que se me ocurrían demasiadas cosas, demasiados comienzos, frases que en un primer arrebato parecían brillantes, memorables, pero que al momento dejaban ver su inconsistencia. Empecé a evocar mentalmente episodios que podría tener en cuenta, que incluso resultarían imprescindibles si la historia iba a seguir el plan ideado a mediodía mientras bebía cerveza en la terraza. Tenía a mano las cartas que la muchacha me había ido escribiendo desde que siguió los pasos del destino familiar, tan cariñosas y enamoradas las primeras, tan frías y ambiguas las siguientes, tan seca y contundente la última, de un funesto, infausto, aciago día de junio, que no supe cómo interpretar y a la que ni siquiera me molesté ya en responder: solo diré que, en sustancia, con excusas turbias y razones frías, rechazaba mi propósito de viajar en autostop para poder pasar con ella las fiestas de San Juan. Tenía también la memoria de nuestros paseos y nuestros dulces coloquios, nuestras lecturas, nuestras sesiones de cine. Y estaban además los numerosos detalles del olvido, porque también el olvido puede y debe ser contado, su indagación no tiene fondo. Podría empezar la historia por el final, por la carta del infausto, funesto, aciago día que me niego a recordar, e ir enlazando los episodios anteriores que prefiguraran el desenlace, porque la última luz alumbra de otro modo las sombras del pasado. Podría empezar por el primer principio, recuperar el momento en que nos conocimos, pero tendría entonces que indagar en el olvido, porque no guardaba memoria exacta de cuándo fue ni de cómo. Podría partir de la tarde en que me dijo que habían trasladado a su padre y que toda la familia tendría que acompañarlo, sobre todo de la tristeza con que lo dijo y de la tristeza que me invadió, la prodigiosa tristeza que compartimos, la mágica tristeza con que cayó la noche sobre nosotros, como un sombrío presagio del desenlace, el principio del final. Cuando son tantas las opciones (y conste que omito muchas de las que barajé), no es nada fácil decidirse por una u otra, más aún sabiendo que la que resulte

elegida marcará el sentido de todas las demás que antes o después se incorporen al curso de la historia. Así que, al cabo de mucha vacilación y mucha incertidumbre, incapaz de escribir una primera frase por miedo a que resultara fallida, no sé si para subrayar con un gesto la inauguración del principio del principio, como la primera piedra del edificio que se empieza a construir, porque el folio llevaba ya demasiado tiempo enrollado en el carro de la máquina, o si para infundirme ánimos en la desorientación del laberinto y que no pareciera que había echado la tarde en vano (las horas se habían ido consumiendo entre ocurrencias y renuncias, entre distracciones y extravíos, pero el folio estaba impoluto y el cuaderno solo tenía APUNTACIONES), o bien, en fin, descendiendo a menudencias marginales, porque hubiera decidido numerar cada capítulo con números romanos por la hipnótica atracción del VII de la convocatoria, con tanta solemnidad como energía, y con una disposición que para sí quisieran los escritores mecanográficos que a veces nos muestra el cine, pulsé la I mayúscula en la máquina y la I se alzó en el centro del papel como un náufrago solitario en la inmensidad del mar océano, como un náufrago, además, interrogante, inquisidor, pese a su naturaleza enhiesta, aguda, vertical. Allí mismo, frente a mí, más que un número, la I mayúscula era la imagen gráfica de un naufragio en el que, naturalmente, era yo quien zozobraba.

5

La I siguió naufragando en el folio varios días: como la aceituna solitaria en el platillo de porcelana con que había fantaseado en la primera euforia. Cuando coloqué el folio en la máquina la primera tarde lo hice convencido de que, a partir del primer impulso, de la primera pulsación, como si ambas cosas, impulso y pulsación, fueran ingredientes indisolubles del mismo proceso, el propósito literario que con tanto entusiasmo había surgido en torno al nombre de Saúl Olúas y de la palabra *bustrófedon* avanzaría a toda vela. Apenas tendría que pararme a pensar nada, pensaba. Bastaría con dejarse llevar por la fuerza del viento, correr a favor del vendaval y la tristeza, ametrallar el tedio (o el *spleen*) a trescientas pulsaciones por minuto. Todo lo que me había pasado en los últimos meses, lo que había rumiado lastimeramente día tras día, brotaría por sí solo, a raudales, con irrefrenable incontinencia mecanográfica. No tardé mucho en comprender que estaba equivocado. Hice alguna anotación en el cuaderno, notas menores, secundarias, que ni sirvieron para poner en marcha la infortunada historia de mi vida reciente ni me proporcionaron el falso consuelo de que, al fin y al cabo, estuviera haciendo algo meritorio. Todo ello sirvió, en cambio, para que fuera haciéndome a la idea de lo ancho y proceloso que era el trecho que separaba el furor desacordado del pensamiento de la práctica de su ejecución artesanal, su efervescencia desatada de su expresión escrita, incluso por muy tosca, rudimentaria y perfunctoria que fuera esa expresión. Sin embargo, no cejé en mi empeño. Escribiría mi novela breve de un modo o de otro, concurriría al Premio Saúl Olúas y me encomendaría al beneplácito de los dioses y al veredicto del jurado. Por eso me pasé varias tardes sentado frente a la máquina y el folio, en una pose aproximada a la que describe Cervantes en el prólogo del *Quijote*, suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja

(muy distinta mi Pluma, ciertamente), el codo en el bufete y la mano en la mejilla, también, a ratos, como atrezo complementario, con el sombrero vaquero del Lejano Oeste para ilustrar mis veinticuatro años, pensando lo que diría (que es lo único en lo que podemos declararnos modestamente cervantinos), sin que de tan estéril pensamiento (más ensoñación y musarañas que verdadero pensamiento) lograra salir nada eficaz. Tal vez por eso llegó un momento en que, más que el pensamiento de la muchacha, de las cartas, del abandono, lo que me obsesionó fue la presencia solitaria de la I encabezando el folio y toda la venganza literaria con que pensaba desquitarme del abandono en general y de la última carta en particular se concentró entonces en la amenaza de la I. Sentí que su figura enhiesta y solitaria representaba una burla muda, pero cruel, sobre mi incapacidad, que reprochaba con gesto imperturbable mi evidente incompetencia, como si la hubiera arrojado al centro del folio para dejarla allí sin función alguna, mero número sin que hubiera nada numerable, pues de nada sirven los números si no hay luego cantidad, un ordinal inútil, sin II, ni III, ni IV, y, lo que era todavía peor, sin VII, un palote en el vacío, un espantajo rojo, estricto y unidimensional. Y solo al darme cuenta de esto último advertí que en ningún momento había estado pensando I como número, sino como letra, que siempre pensé en la I, no en el I, el capítulo uno, el primer capítulo, no el anticipo natural de otros números, no el principio de un orden, sino un imprevisto accidente alfabético, la insoslayable esquizofrenia arábigo-romana. Recordé entonces que Flaubert podía pasar un día entero buscando un adjetivo y, puesto que hasta el momento yo solo había escrito una I huérfana, me sentí profundamente flaubertiano. Cervantino en la pose y flaubertiano en la eficacia, me dije: mejores maestros imposible. Y por eso decidí dejar el folio en la máquina indefinidamente, por mucho malhumor que su soledad me produjera y aunque no lograra escribir una sola palabra más en los días de los días.

6

Como a veces conviene buscar fuera lo que nuestro propio pensamiento no nos proporciona, pensé que el mejor modo de salir del atolladero sería leer algún libro de Saúl Olúas, así que me acerqué a la biblioteca. Habían pasado siete u ocho días desde que vi la convocatoria del premio y diré que no me pareció muy buen presagio el saludo con que tuvo a bien recibirme la auxiliar, saludo que me avergonzó de un modo indescriptible, porque no me lo esperaba, y que, tal vez por mi propia vergüenza, tal vez porque fuera realmente ingenioso, las huestes lectoras celebraron con risas. Aquí llega de nuevo, dijo, para todos ustedes, como si presentara una atracción de feria, el gran Bustrófedon. No sé qué pudo sorprender más al personal, si el Bustrófedon, que no era palabra de curso corriente, o el ustedes en una persona que trataba a todo el mundo sin contemplaciones y de tú, pero tampoco me entretuve en averiguarlo. Corrido y avergonzado, como los caballeros vencidos en singular batalla por el férreo brazo de don Quijote, corrí a refugiarme entre el bosque de estanterías y, esperando que pasara el temporal, busqué con mucho detenimiento en la O libros de Olúas. Solo había uno y ya fue casualidad que se tratara precisamente de *Amo cada coma*. Era una contrariedad, sin duda, pero, dadas las circunstancias, y puesto que, acaso con el mismo grado de inconsciencia o insensatez con que me había colocado frente a la máquina la primera tarde, aunque también con toda determinación, ya me había hecho a la idea de que solo en Saúl Olúas encontraría el estímulo conveniente para sobrepasar la barrera de la I, decidí releerlo, estudiarlo (no sé si he dicho que se trata de un libro teórico), impregnarme de su pensamiento, asimilar su técnica. Tuve, pues, que acercarme a la mesa de la auxiliar para poder llevármelo y, avergonzado todavía y cabizbajo, por disimular, por decir algo, como haciéndome de nuevas, aproveché para preguntar si había

otros libros del mismo autor. Fue entonces cuando comprendí que el recibimiento no había sido hechicería. Hizo además intención la auxiliar de que lo comprendiera con un solo gesto de la cara, señalando con los ojos y el mentón la superficie de su mesa. Tenía abierta frente a ella la revista en que yo había visto la convocatoria y fue pasando las hojas lenta, maliciosa, socarronamente, con mirada burlona, sin decir nada. Se detenía en las páginas que yo había llenado de bustrofedones, abría mucho los ojos y cabeceaba como con pena o con resignación ante cada uno de mis garabatos. Y al llegar a la hoja de la convocatoria (a la vista estaban las huellas del desperfecto de la hoja arrancada), cabeceó aún más profundamente, como si mi villanía le doliera en el alma o el ultraje le partiera el corazón, no por auxiliar menos biblioteconómico. No dijo nada, sin embargo. Ni hacía falta. A la vista estaba el sacrilegio. Bastaban sus cabezadas para hacerme sentir la vergüenza, la deshonra, la ignominia y el baldón. Y solo entonces, tras exhibir una por una las pruebas de mi fechoría y reprobarme sordamente por cada una de ellas, decidió finalmente atenderme. Tuve que volver a preguntarle por otros libros de Saúl Olúas, consultó en los ficheros (ni siquiera sabíamos que vivíamos entonces tiempos analógicos), me dijo que solo había otro, *Arde ya la yedra*, pero que estaba en préstamo, que en otro tiempo hubo un ejemplar de *Salobres se van sus naves sérbolas*, pero que había desaparecido, tal vez por apropiación indebida, y rellenó con celo y con recelo amanuense la ficha de préstamo de *Amo cada coma*. Yo tenía, en principio, la intención de sentarme en una mesa, dejar pasar tranquilamente la mañana y empezar allí mismo a amar las comas, pero supe que no iba a poder concentrarme en la lectura, que la auxiliar no dejaría de mirarme de manera oblicua, cuando no zaína, que, aunque era poco probable que yo volviera a levitar, recurriría a comentarios sarcásticos ante el menor movimiento sospechoso por mi parte (más aún contando con la entrega incondicional de la audiencia) y preferí marcharme. Que te vaya bonito, Bustrofedón, dijo con retintín cuando me vio en la puerta (y estoy seguro de que no dijo Bustrófedon, sino que me hundió en Bustrofedón con sufijo aumentativo agudo, no por correcto con menos precipicio). Y, aunque me apresuré, no pude dejar de oír las risas de la claque. Juré que no volvería a pisar la biblioteca hasta que no acabara el

plazo de devolución del libro. Pero lo cierto es que no volví en todo el verano y que, no por temor o cobardía ni en represalia, sino por pura negligencia, nunca llegué a devolverlo.

7

Por ver si el escenario contribuía a resucitar los entusiasmos del primer día, decidí repetir los mismos movimientos: me acerqué a la misma terraza, me senté en la misma mesa y le pedí al camarero, al mismo camarero, una jarra de cerveza que no podía ser la misma, naturalmente, porque *panta rei*, pero que bastaba para resucitar el simulacro. Pensaba elevarme a las alturas, surcar campos de plata, darle a la caza alcance, pero enseguida me sobrevino una incierta desazón, no menos real por incoherente, y ya no pude entregarme a ninguna otra cosa. Y fue que se me ocurrió pensar que a quienquiera que fuese que estuviera leyendo *Arde ya la yedra* podrían tal vez moverle los mismos propósitos que a mí, concurrir al VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas con una novela adscrita a los presupuestos lúdico-literarios de Saúl Olúas, lo que iría manifiestamente en contra de mis pretensiones y de mi fortuna. Habrá otro entre sí, me dije, más pobre y triste que yo. Porque (y aquí estaba la incoherencia) no tenía inconveniente en competir con decenas de concursantes anónimos, presuntos, potenciales, atributos todos ellos de la inexistencia, pero quien estuviera leyendo *Arde ya la yedra* era un ser real, presente, próximo, inmediato, y tal vez también un concursante real, ergo un adversario. Hasta podría haber sido yo mismo, me dije, si quienquiera que fuere no se me hubiera adelantado. Incluso escribiría lo que yo mismo hubiera escrito si me hubiera anticipado a sus intenciones de préstamo. Lo imaginé buscando libros de Olúas entre las estanterías, viendo los dos que había, hojeándolos tal vez, decidiendo acaso que servía mejor a sus propósitos la yedra y dejándome a mí las comas, apoyos de la prosodia, periferias de la escritura, prerrogativas de la expresión. También podría haber ocurrido que hubiera sido ese mismo lector, más respetuoso que yo con la integridad de la

hemeroteca, quien, yendo a tomar nota de las bases del certamen, las hubiera echado en falta y, revista en mano, abierta justamente por la hoja rasgada, hubiera denunciado la tropelía. Encima, delator, me dije. Solo así se explicaría que la auxiliar tuviera la revista sobre la mesa al cabo de una semana. Habría investigado, habría recordado cómo floté la mañana del descubrimiento, habría visto y analizado el sinfín de bustrofedones esparcidos aquí y allá, habría atado cabos y habría decidido tener a su lado la prueba del delito cuando yo volviera a hacer acto de presencia. Habría estado esperando desde entonces, habría incluso ensayado el saludo de bienvenida y, conociéndola, me dije, a saber si no quedaría ya bautizado para siempre en sus dominios como aquel que un día fue Bustrófedon o, para mayor escarnio, para que el agravio fuera más hondo y más agudo, tal vez Bustrofedón. Por eso me reafirmé en el propósito de no volver a aparecer por sus dominios hasta que no acabara el plazo de devolución del libro. En tales elucubraciones fui consumiendo inútilmente el tiempo y la cerveza, ofendido con la auxiliar, molesto con mi contrincante (aun reconociéndole un comportamiento más ejemplar que el mío: a no ser, me defendí, que fuera el mismo sujeto que prefirió quitar de la circulación *Salobres se van sus naves sérbolas* para incorporarlo furtivamente a su propio *ex libris*) y contrariado ante la evidencia de que no siempre con los mismos medios se consigue un mismo fin. Para acabar de rematar la mañana, pasados unos minutos de las dos, pasó la auxiliar por delante de la terraza y me saludó con una media sonrisa cursiva y maliciosa. Como no sé leer en los labios, carezco de ese *don*, no me atrevo a asegurar que musitaran cuatro sílabas.

8

Para superar el disgusto de la mañana, o para dejarlo al margen, escondido, intermitente, agazapado, emprendí por la tarde la lectura de *Amo cada coma*. Pensaba leer a conciencia, con el cuaderno de anotaciones a mano, empuñando un lápiz bicolor bien afilado y mirando de vez en cuando de reojo, con alguna prevención, como si de aquella raíz provinieran todos mis males, al folio instalado en la máquina. Empecé, pues, la lectura y lo primero que me sorprendió fue que me había engañado la memoria. El libro no era como yo lo recordaba. Esto me ha pasado después con otros libros en muchas ocasiones, cada vez con más frecuencia, diría, y ya me he acostumbrado, pero entonces era joven y era la primera vez que me ocurría, lo que me pareció muy mal augurio, en parte por la circunstancia presente, porque atentaba contra mi propósito inmediato (recuperar el entusiasmo, sobrepasar la frontera de la I), y en parte por poner de manifiesto la fragilidad de la memoria y las negligencias del entendimiento. Como además, salvo los cuentos populares de infancia, nunca antes había vuelto a leer un libro por segunda vez, me pregunté qué quedaba en mí de los libros después de leídos y si no se diluirían siempre y enseguida como azucarillos en el café, sin más huellas que un lejano eco de la amargura o el dulzor. Yo recordaba un libro ameno, ingenioso, festivo, lleno de juegos y diversiones, y lo que me encontré fue un libro serio, teórico, reflexivo. No es que no hubiera juegos y diversiones, que los había, y en abundancia, pero no venían traídos por sí mismos, como tales juegos y diversiones, con carácter autónomo, sino como demostración de los supuestos teóricos en que se basaban los escritos de Saúl Olúas, ejemplos para una poética que el autor describía profusamente (de ahí los juegos y las diversiones) y defendía con buen humor y con indisimulada beligerancia. Era evidente que, en la primera lectura, yo me había quedado solo con

los ejemplos (la amenidad, el ingenio, la alegría, la superficie) y había soslayado la sustancia, el propósito, la filosofía de la composición, podíamos decir. Lo mismo que estaba haciendo ahora, en cierto modo, con el incógnito lector de *Arde ya la yedra*. Podía tener para lo primero una disculpa. Que yo no tenía conocimiento alguno de la recepción que la obra de Olúas había ido teniendo en el tiempo ni sabía qué circunstancias concretas le habían impulsado a defenderse de la crítica proclamando convicciones y presumiendo incluso de los resultados. También es verdad que lo había leído con diecisiete años y en tiempo de ocio, durante una semana que pasé en la playa con amigos, en el apartamento de los padres de uno de ellos. Tenían en el salón un mueble bar abstemio en el que tópicos adornos marinos y suvenires turísticos convivían con, como mucho, diez o doce libros, probablemente comprados en los saldos de tres por uno que ofrecían los tenderetes del paseo marítimo, y, viendo la naturaleza del lote, quise suponer que Olúas había entrado en el trato solo para completar el trío y la simetría. Pero, como, por mi parte, era el único autor cuyo nombre me sonaba, lo leí a ratos, sentado en la terraza, con una cerveza al lado y el anchuroso y conmovido mar al frente. Y supongo que la naturaleza del tiempo, el sosiego del atardecer y la sensación de dicha con que aguardábamos la noche influirían lo suficiente en hacer la lectura amena y dichosa, pero también parcial, despreocupada, inconsistente, y en que me quedara solo con la espuma jovial, en superficie, de los ejemplos. Lo que no impidió que fuera también satisfactoria y que me convirtiera, *in mente*, en admirador de Saúl Olúas. Admirador pasivo, añadiré, pues es verdad que no corrí como loco a buscar otros libros suyos, supongo que por las inconsistencias de la edad y porque eran entonces otras las diversiones que nos atraían, no desde luego las diversiones textuales de los puntos y las comas, de los juegos fonéticos, de las paronomasias, de los calambures, de los palíndromos, sobre todo de los palíndromos. Pero admirador declarado, también añadiré, pues Saúl Olúas pasó enseguida a engrosar la exigua lista de mis autores predilectos, como prueba el hecho de que fuera precisamente la muchacha que me dejó la que, un 23 de abril, me regaló *Las navajas sajaban sal* con muchos corazones en la portadilla bajo las navajas, bajo la espada de Damocles de las navajas. Y como prueba

también que la convocatoria del premio de novela breve me inflamara el ánimo con tanta vehemencia. De modo que, ahora, cuatro o cinco años después y con intenciones un tanto espurias, me aposté a la lectura y, aunque no me desentendí del todo de las consideraciones teóricas ni de los fundamentos poéticos, aproveché el doble filo del lápiz para subrayar en azul la argumentación y los preceptos y en rojo las diversiones, los ejemplos, las aplicaciones prácticas de los principios oluasianos. Y si algo marcó un antes y un después, en la tarde, en el verano y aún más allá, fue el capítulo dedicado a los palíndromos. Casi estoy por creer que, a solas en mi cuarto, volví a flotar, como en la biblioteca, cuando tropecé con la palabra *bustrófedon*. Estoy seguro de que fue en aquel momento cuando también yo empecé a amar cada coma.

9

Todo el mundo sabe que los palíndromos son frases (o palabras, pero en las palabras no hay mérito añadido) que se leen igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda y que *Dábale arroz a la zorra el abad* es la representación castellana más universal de tan entretenido artificio retórico. Son palabras iniciales de Saúl Olúas en *Amo cada coma*. Habla luego de diversos palíndromos memorables, como el mágico y enigmático *Sator arepo tenet opera rotas* de Pompeya y el medieval *In girum imus nocte et consumimur igni* (uno de sus preferidos), o del método que empleó para componer diversos palíndromos propios, y cita, entre otros, *Salobres se van sus naves sérbolas* (con una discutible divagación sobre *sérbolas* y *arepo*), *Acaso los siervos obréis solos acá* o *Sátira, más abajo la negra Argen alojaba samaritas*, que, sin ser memorables, dice, también esconden bajo la superficie jovial un contenido secreto, ambiguo, indescifrable, ya sea el fuego de la noche, el misterio de las cóncavas naves, la inmemorial condena de los siervos o los desvelos samaritanos de la negra Argen, con tanta razón fonética como los inusitados enredos monacales del abad con la zorra. Cabría pensar, sigue diciendo Olúas, que la fascinación que provocan estas diversiones no tiene más fundamento que el de entregarse al ocio lúdico de las palabras, al puro juego vacío de la sintaxis o a la torsión semántica que proviene de una estricta y a veces disparatada sinrazón fonética, esto es, a la magia de palabras incompatibles combinadas sin más criterio que la caprichosa e irracional prestidigitación de los espejos, pero, por su parte, está seguro de que la seducción de tales malabarismos no se basa solo en las manifestaciones visuales o epidérmicas del ingenio ni en la mayor o menor agudeza aforística o enigmática del oráculo, sino que bajo la atracción subyace nuestra conciencia primitiva de la

vida. Sin embargo, el parágrafo que me llenó de gozo es aquel en que habla de otra palabra, dice, próxima a *palíndromo*, menos conocida, de escaso uso, y de poderosas resonancias épicas, por la que siente especial simpatía. Es la palabra *bustrófedon*, la versión gráfica o visual, dice, del palíndromo, una manera de escribir en la antigua Grecia que consistía en trazar un renglón de izquierda a derecha y el siguiente de derecha a izquierda y cuya etimología la hace proceder, a su vez, del modo de arar con bueyes surco a surco, el eterno recorrido de ida y vuelta de las tareas del labrador (los trabajos y los días siempre han ido, al fin y al cabo, por delante de los caminos de la lengua, las fatigas se han anticipado siempre a las metáforas). No ha de extrañar que la palabra pasara de las tareas agrícolas a las retóricas: las estadísticas demuestran que no son pocos los niños (también Saúl Olúas en su infancia, dice) que, durante los procesos de aprendizaje, sea por atavismo, sea por ansiedad o sea por negligencia, y con la mente más atenta al reconocimiento que al sentido, siguen los procedimientos del labrador y van leyendo los renglones alternativamente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Pues bien, cada palíndromo y cada bustrófedon reproducen la mayor parte de los movimientos del hombre, el continuo ir y volver en que se va el vivir, un continuo volver además, dada la inercia, por el mismo camino y sobre las propias huellas. Desde el asunto más cotidiano, como salir a comprar el pan, hasta la aventura del viaje más extraordinario, y tanto da que este salir y este viajar se entiendan en sentido literal o figurado, todo es ir y volver, hacer el camino y deshacerlo, repetir a la vuelta el itinerario de ida. En eso consiste la vida y esa es su consistencia. También tal vez su inconsistencia. Era lo que hacían los bueyes de la antigua Grecia, lo que hacía Sísifo y lo que mansamente ha seguido haciendo a lo largo de los siglos el común de los mortales, ir y volver por la misma senda, por el mismo surco que lo condena a un tiempo y a un territorio inagotables. Ir y volver, arar y arar: como diría Hamlet, de eso se trata.

10

Terminé la lectura de *Amo cada coma* verdaderamente abrumado: por una parte, todo lo que decía Saúl Olúas me convencía, incluso me procuraba una euforia similar, si no superior, a la que sentí en la biblioteca cuando vi la convocatoria del concurso; por otra parte, en cambio, me desalentaba la evidencia de que, por mucho que yo pudiera amar las comas, no tenía talento suficiente para imaginar textos, menos aún para escribirlos, a la altura de ese amor. Así enumeraba mis limitaciones: ni consumirás el fuego de la noche, me decía, ni ararás con destreza, ni darás arroz a la zorra, ni jamás navegarás en naves sérbolas. No sé si me acordé entonces de aquella fábula que nos leían de chicos en la escuela en la que una zorra, dejada de la mano del abad y acuciada en consecuencia por el hambre, intentaba alcanzar un racimo de uvas y, ante la inutilidad de sus saltos dada la altura de la parra, terminaba claudicando pero sin admitir su frustración. No están maduras, decía. Si no me acordé entonces de la fábula, bien debería haberla recordado, aunque con distinta aplicación: no para abandonar el intento disimulando con desplante torero el orgullo herido, sino para reconocer con franqueza, humildemente, que o bien era yo quien estaba demasiado verde para el intento de novela, o bien que a la novela que me había propuesto escribir le faltaba mucho para estar madura y que desde luego yo no la alcanzaría por muchos saltos que diera porque estaba fuera de mi alcance. De nada serviría actuar como la zorra y culpar a las uvas de la propia incompetencia. Yo era el inútil, me dije, yo el incompetente, yo el incapaz, el verde, el inmaduro, el insensato. Cómo podía habérseme ocurrido de buenas a primeras, me lamentaba amargamente, por el mero encontronazo con la convocatoria de un premio, no ya que yo podría escribir una novela meritoria sino que podría ganarlo. Cómo podía haber sido tan iluso para engañarme con tales quimeras cuando yo no tenía

entonces otra habilidad que alternar la relectura de la carta del infausto día postrero con la lectura de las novelas de Keith Luger, pasear mi tristeza al atardecer y echar de menos el tiempo en que paseaba con la muchacha que terminó marchándose y dejándome, aquellos días idos para siempre en que no sabíamos que, pese al sinfín de adversidades que nos rodeaban, éramos felices o que, en el peor de los casos, no nos faltaba mucho para serlo, para haberlo sido. Así pasé dos o tres tardes tras la lectura de *Amo cada coma*, rumiando mis carencias y alimentando el desaliento. Tuve la tentación de acercarme a la biblioteca a ver si mi presunto e ignoto adversario había devuelto *Arde ya la yedra* y probar otro camino o ahondar en el primero, pero la sola idea de que la auxiliar esgrimiera contra mí una vez más su sardónico Bustrofedón me hizo desistir. Y, sin embargo, lo recuerdo con cierto orgullo, en ningún momento pensé volverme atrás y olvidarme del asunto. Hasta tal punto me había hecho a la idea de ser Bustrófedon y hasta tal punto me habían complacido y conmovido las razones de Saúl Olúas sobre la palabra *bustrófedon* que no ha de extrañar que en ella misma se hallara la solución, la única solución posible, que no era otra que arar y arar: al derecho y al revés, yendo y viniendo, y volviendo a ir y a venir. De modo que, si había decidido presentar una novela al concurso, lo haría, indefectiblemente, aunque aún no supiera cómo. Había oído decir más de una vez a diversos escritores (en aquellos tiempos se hacían largas entrevistas en televisión a grandes y célebres escritores) que lo importante era no rendirse, no levantarse del asiento a la menor contrariedad, resistir la tentación de mandarlo todo a paseo, aguantar, y, aunque solo fuera por probar, resolví seguir el consejo al pie de la letra. En resumen: arar y arar, el inagotable bustrófedon de los labradores griegos. Y que sea lo que Dios quiera, recordé la antigua copla popular, y el destino nos depare, que para plantar la era ha de haber antes quien are. Así pues, me senté frente a la máquina una tarde, frente a la I que languidecía mortecina en el folio desde el primer día, y me propuse no levantarme bajo ningún pretexto hasta que no hubiera roto el hechizo del vacío. En realidad, la situación resultaba más bien cómica. Porque me concentré más en la pose que en el pensamiento, como si estuviera actuando para una cámara secreta y me estuviera viendo a mí mismo desde fuera. Me eternicé, por

tanto, en movimientos, en posturas y en paciencias, multipliqué los gestos y el desasosiego cervantinos, sentí los insidiosos picores del sillón, movía a veces el rodillo de la máquina como si cupiera esperar que los duendes de las letras hubieran tejido durante la noche el traje invisible del emperador debajo de la I, pero no me levanté. Y tras tanto hormigueo y tanta picazón, solo un remedio numeral se me ocurrió de repente, un triste remiendo, más bien, la disolución de la esquizofrenia arábigo-romana, y a él me encomendé como el náufrago a la tabla rota del navío: numeraría los capítulos con números, no con letras, el primer capítulo sería 1 y no I, el segundo 2 y no II, y así sucesivamente, hasta 33, no XXXIII, porque una de las opciones que entretanto había barajado era que, en pura coherencia, los capítulos podrían ser treinta y tres. Entonces, en un arrebato impremeditado, como si toda la culpa fuera, por verdes, por inmaduros, de aquel folio ya mustio y abarquillado o de la I solitaria y flaubertiana que había impreso en él el primer día, lo saqué con furia de la máquina, con igual furia lo estrujé entre las manos y lo arrojé a la papelera con el mismo ademán con que lo hacen en el cine de Hollywood los escritores que, tras la presión de un primer éxito editorial, se quedan en blanco. A la mierda, dije en voz alta, que la I no merece tanta ceremonia. Me quedé un instante suspenso, saboreando la liberación de una larga fatiga, y de repente, como si se hubiera encendido una lucecita en mi mente, repetí la frase, me detuve en la palabra *ceremonia*, la repensé gráficamente, visualmente, la escribí en el cuaderno, le di la vuelta, hice un par de probaturas, aré y aré (valga decir), puse un nuevo folio en la máquina y tecleé orgulloso el fruto de la perseverancia, las primeras palabras útiles del verano.

LA I NO MERECE CEREMONIAL

Fuera lo que fuere lo que viniere a continuación, me dije, por muy imperfecto que fuera el logro futuro, allí estaba al fin, pero en primer lugar, algo positivo, modestamente oluasiano y, además, de mi cosecha, el mejor título posible para lo que vendría a continuación, fuera ello lo que fuere. Los dioses empezaban a ser benévolos y yo acababa de empezar a verles los entresijos a las comas.

11

Acababa de obtener de forma gratuita y fortuita el título de la novela. Asombrado, satisfecho, fue lo primero que pensé, porque era en realidad a lo que había aspirado desde el principio. Tal vez en eso, me dije, en lo gratuito y en lo fortuito, consista la acción de las musas, lo que se suele llamar inspiración, el soplo propicio de los dioses. Pero, si así fuere, me contradije enseguida, se trataría de un engaño, una invención del hombre para buscar en instancias sobrenaturales lo que escapa a su comprensión. Y me entretuve desmenuzando las palabras. Si fortuito es lo imprevisto, lo accidental, lo inesperado, y gratuito lo que no conlleva esfuerzo, ni trabajo, ni mérito, entonces *La i no merece ceremonial* no era ni lo uno ni lo otro. Podría haber sido un hallazgo casual, sobrevenido, accidental, podría calificarse con todos los adjetivos que compartan significación con el azar, pero no se trataba desde luego de algo fortuito, porque habían sido varios los medios con que había buscado una solución a la amenaza, al desafío y a la soledad de la I en el folio, ni se trataba de algo gratuito, porque me había *costado* varias tardes llegar al desenlace y porque había *pagado* con abundantes dosis de desánimo y desolación la incertidumbre de tantos días, la lenta carcoma de la insolvencia, la certeza de la ineptitud, la roedura de la humillación. Nada, en realidad, me dije, es gratuito; pero, como desconfiamos de nuestra naturaleza, cualquier contrariedad termina hundiéndonos en la miseria. Y entonces decidí continuar sin invocar más a las musas y sin esperar la inspiración, antes bien olvidando a las primeras y forzando la segunda. O numen o cacumen, me dije no sin arrogancia, oponiendo al soplo divino la perspicacia coloquial de andar por casa, la forma pedestre de que el hombre común suba a la cumbre. Para ello debería avanzar día a día, escribir un capítulo cada tarde, sentarme ante la máquina a las cinco en punto y no levantarme

hasta haber cumplido la tarea, una tarea que fijé en principio en mil palabras, números redondos, me dije, pero que, en consonancia con el propósito, el título y la I, enseguida corregí y elevé a 1001. Apunté la fecha en el cuaderno: 25 de julio, día de Santiago y cierra, España. Y el propósito: 31 capítulos de 1001 palabras cada uno. Que los capítulos al final no fueran treinta y tres sino treinta y uno venía justificado por varias razones. La primera tuvo que ver con el sistema de producción de los escritores de novela de quiosco, que, según tenía entendido, estaban obligados por contrato a escribir una novela semanal. Como yo no podía estar a su altura en práctica ni en destreza, me propuse hacer en un mes lo que ellos hacían en una semana. Y, como los meses pueden ser de treinta días, de treinta y uno o incluso de veintiocho o veintinueve, fijar en 31 el tope de capítulos fue, por una parte, una vinculación de la escritura al mes de agosto, pues estaba decidido que escribiría una secuencia cada uno de sus treinta y un días, y, por otra, porque estaba dispuesto a llevar juego, un recuerdo en honor de las partidas de mus con que entreteníamos las lentas e interminables tardes de guardia del cuartel. En cuanto a la cuota de palabras, que al principio, por la inercia de los números redondos, fijé en mil no creo que necesite mucha explicación que la aumentara enseguida a mil y una. Solo había un inconveniente: que 1001 palabras por 33 capítulos darían un total de 33 033 palabras, una suma perfecta, cerrada, en tanto que 1001 por 31 darían 31 031 palabras, un cómputo estrictamente lineal y sucesivo. Tanto en un caso como en otro superaría el límite de treinta mil palabras de las bases, pero estaba seguro de que, con la adecuada estrategia mecanográfica, nadie se daría cuenta (ni los procesadores de texto ni el recuento automático de palabras habían llegado a nuestras vidas por entonces). Más me preocupaba la necesidad de elegir entre 33 y 31, dos preferencias del todo incompatibles, los maestros del quiosco y el mus, por una parte, y la simetría estructural, la coherencia textual, por otra. Al final, en un rapto de inspiración salomónica, opté por una mínima alteración aritmética y decidí reducir las 31 031 palabras a 31 013. Todo quedaría así en orden. Para rizar aún más el rizo, decidí aplazar el comienzo de la escritura hasta el día primero de agosto y así, tarde a tarde, la novela, extraída por cesárea del vientre del estío, estaría terminada el día de San Ramón

Nonato al anochecer. Me quedaba, pues, una semana para aclarar ideas, ensayar, pasear, bajar al río, afilar las tenazas y, en definitiva, cobrar fuerzas. Un envite de órdago.

12

Olvidábaseme de decir que para escribir las mil y una palabras de cada secuencia sin necesidad de ir contándolas una a una ideé un mecanismo de cómputo artesanal pero solvente. No sé si debería omitir estas minucias, al fin y al cabo aspectos anecdóticos de intendencia, pero, puesto que no fueron una preocupación menor en aquellos postreros días de julio de entrenamiento y de tanteos, seguiré adelante con ello. De cómo mecanografiar mil y una palabras en una máquina mecánica, podría titularse esta secuencia. Vivíamos todavía la edad de oro de la mecanografía con aliteración. Tras comprobar en sucesivas pruebas mecanográficas llevadas a cabo en folios desechables, con mucho asdfg y mucho qwert y mucho poiuy, que, fijado un número ene de palabras, cada renglón ofrecía una variación de más menos dos o más menos tres (porque, como se sabe, la lengua castellana tiene artículos y preposiciones pero también adverbios en mente, polisílabos y parasíntesis), acomodé los márgenes del carro de la máquina para que ese número ene de palabras por renglón fuera diez y la variación quedara siempre en más menos dos, de modo que, una vez aplicada la corrección más menos dos, palabra arriba, palabra abajo, y con muy poco margen para el error, cada diez renglones arrojaran una media de cien palabras. Tendría, por tanto, que escribir cien renglones diarios para alcanzar el objetivo: sin tachones, porque si algo tachaba, lo sobrescribía (había un sistema de corrección líquida y enojosa llamado típex), y sin puntos y aparte, para que el resultado fuera un texto compacto y uniforme que no alterara gravemente las variaciones más menos dos y los renglones de doce palabras quedaran compensados con los de ocho y viceversa. Podría decir que, con las variantes de rigor, me disponía a aplicar, pero a la inversa, el método que había aprendido en las novelas de Keith Luger o de Silver Kane, de Clark Carrados o de Lou Carrigan, de don

Marcial Lafuente Estefanía. No sé si fue durante estas cábalas mecanográficas cuando me asaltó la tentación de concurrir al premio con una novela del Oeste moderna, heterodoxa e innovadora, en la que lo que mereciera la I fuera una contundente ración final de plomo, pero advertí enseguida el despropósito, tal vez también la impertinencia, y la idea no prosperó. En cualquier caso, aceptado el procedimiento de cómputo, consideré que sería un modesto homenaje a la literatura de quiosco que había estado leyendo hasta hacía apenas una semana en general y a esta generación de autores en particular que en el último renglón, el ciento uno, figurara una única palabra, sola y señera, la palabra mil una, cuyo privilegio simularía el vuelo de una media verónica rematando la faena. Y puesto a enredar con estas revoltosas nimiedades, me permití el capricho de anticipar desde el principio esa palabra (no los primeros tres o cuatro días, pero sí cuando descubrí lo entretenido que era el juego y lo eficaz que resultaba, como la zanahoria a la que persigue el burro en la noria: saber cuando se pulsa la primera letra de la tarde que el desafío consiste en llegar, cien renglones después, a la palabra *horizonte, deriva, itinerario* o *mortificación*) que se alzaba solitaria al final, antes de llegar a ser escrita, como símbolo de la meta a la que había que terminar llegando cada atardecer y en la que al fin el verbo se haría grafía y la imaginación mecanografía.

13

El día 1 de agosto salí temprano de casa dispuesto a comerme literariamente el mundo y a comérmelo además sin ceremonial alguno, por las bravas, a todo cacumen. Anduve primero por calles secundarias, el resbaladero de San Juan, la calle de la misericordia, la travesía del interventor, que eran lugares recurrentes en mis callejeos, y recorrí luego en los jardines los mismos senderos por los que había paseado con la muchacha que había causado todas mis desventuras e iba por ello a convertirse en la pérfida protagonista de mi turbio ceremonial. A media mañana, cuando empezaba a arreciar el calor, bajé hasta el río y recorrí arriba y abajo sus orillas, las mismas orillas en las que habíamos estado sentados en traje de baño el verano anterior, por las que habíamos paseado en pálidos atardeceres de otoño o en luminosos atardeceres de primavera, y terminé dándome un baño con euforia similar a la que sentí al salir de la biblioteca el día primero. Pero la euforia venía ahora de más atrás, del tiempo que pasé acodado en el puente, de nuevo en posición (digamos) cervantina, la mano en la mejilla, los ojos en el apacible curso del agua, entregado a ensoñaciones de triunfo, gloria y desagravio. Los oídos, en cambio, habían permanecido ajenos al monótono susurro de la corriente, que bajo el puente pasa con sosiego, en calma, con dulce, poética y amorosa mansedumbre. Pero en algún momento, tal vez con el apacible hechizo de tan dulce rumor, como si el manso rüido del agua corriente y clara pretendiera iniciar una sesión de hipnosis, empecé a intentar encontrar alguna combinación afortunada, novedosa y con sentido, de las palabras *oír* y *río*, y he de confesar que al pronto no se me ocurrió ninguna, pero que el intento me sirvió de mucho, porque desplazó mis pesadumbres y me llevó a tomar dos decisiones. La primera fue que tal vez convendría dejar en paz a la muchacha, excluirla del *dramatis personae* de mi historia. La segunda fue el

método de trabajo. A lo primero contribuyó que me entretuve viendo desde el puente los distintos grupos de bañistas que disfrutaban del río y de sus orillas. Había jóvenes veinteañeros que bebían sangría y cerveza y jugaban a las cartas a la sombra o al sombrajo del chiringuito. Había muchachos que se entretenían con un partido de fútbol no exento de riesgos para quienes descansaban apaciblemente sentados o tumbados en la hierba. Había muchachos que no salían del agua y competían entre ellos en diversos desafíos de natación, de submarinismo y otros cuyas reglas no creo que vinieran dictadas por reglamento alguno. Las balsas de los areneros, émulos melancólicos del legendario Misisipi, ponían su nota pintoresca en el paisaje. Y había también grupos de muchachas en flor y en bañador que jugaban sobre la hierba, tomaban el sol, se daban crema, reían, se bañaban a veces, discutían, coqueteaban, disfrutaban los esplendores del estío y de la edad. Presté especial atención a un grupo de cuatro que ocupaban el lugar de mis preferencias, el que yo mismo había ocupado habitualmente tiempo atrás junto a la muchacha que se fue y al que ese día primero de agosto acabé por incorporarme siguiendo la costumbre. Me llegaban sus voces y me llegaron después sus nombres, cuando salí del agua y me sequé a su lado. Eran una representación viva de la alegría del verano, la estampa de un regocijo bucólico únicamente posible en la literatura antigua y en el paréntesis de la adolescencia. Fue allí, oyéndolas, rodeado del amplio y hermoso panorama fluvial, cuando decidí que la novela sería alegre, ingeniosa, risueña, divertida y estival, y que ello sería imposible si todo giraba en torno a mi situación, a mi tristeza, a mi soledad y a mi abandono. No supe entonces lo que iba a escribir, pero supe sobre qué no iba a escribir. No de mí, no de la muchacha, no de las miserias del alma y del amor, no de las tribulaciones del atardecer ni de las sombras de la noche. Me liberé así con alivio de todo lo que había planeado los días anteriores: no había servido de nada, salvo como tributo y hojarasca. Ahora, en cambio, empezaba a abrirse paso la verdad. Al método de trabajo llegué más tarde, de camino a casa, dándole vueltas todavía a la improbable combinación de *oír* con *río* en una frase feliz. Como si en alguna parte se escondiera la solución a mi incertidumbre, me entretuve leyendo al revés todos los carteles que me salían al paso, tiendas, bares, farmacias, restaurantes, estancos,

agencias de viajes, sucursales bancarias, dentistas, abogados, ópticas, peluquerías, anuncios, restos de propaganda electoral, furgonetas, sin ningún provecho inmediato, pero con mucho empeño, y fue en algún punto del trayecto cuando caí en la cuenta de que la solución a mis dificultades literarias no se encontraba en las calles de la ciudad por las que iba avanzando, sino en el río, concretamente, en el grupo de muchachas que tan felices parecían, y que, por tanto, lo que tendría que hacer sería bajar al *río* cada mañana a *oír* su eterna estrofa de agua, y fue en la alteración del orden de las palabras donde se hizo la luz, porque la lengua castellana es flexible y traviesa, puede ser risueña en la adversidad, se presta al juego y a la diversión. De modo que me apresuré a llegar a casa para anotar en el cuaderno el título del primer capítulo.

EL RÍO: OÍRLE

Lo escribí con versalitas, no por arrogancia capitular, sino para sortear los negligentes desaliños de mi caligrafía, y añadiré que no era solo un título, era un propósito, un método, una filosofía de la composición: bajar cada mañana al río y buscar en él la inspiración precisa, en él y en la bandada de muchachas que ocupaban nuestro lugar de antaño, una suplantación tan oportuna como cargada de significación. El río como escenario y, si se me permite, como río, sobre todo como río, porque a lo que yo no aspiré nunca fue a que el río fuera metáfora de nada o símbolo de algo: pretendía que el río fuera solo río y nada más que río, sin trascendencias de Misisipi o de Danubio, ni siquiera, pese a los bañistas, de Jarama. Diré, para concluir esta secuencia, que me alegró especialmente que incluso las tildes sobre las íes (las *íes*, subrayo: todo lo que recayera sobre la I era bienvenido) se prestaran al juego, que escribí por la tarde las primeras mil y una palabras sin sobresaltos y con sorprendente diligencia y que me pareció que estaba bien. Y atardeció y amaneció: día primero.

14

Así pues, al día siguiente, pese a que me correspondería estar por edad con quienes bebían sangría y jugaban al tute en el chiringuito, busqué la proximidad de las muchachas y ocupé un hueco discreto a su lado. Fui así poco a poco averiguando algunos datos sobre ellas, especialmente laborales y académicos, y me pareció oportuno dejar constancia de estas minucias preliminares en las primeras secuencias. Supe pronto sus nombres, Mercedes, Dolores, Alba y Rosa, y fui anotando taquigráficamente en el cuaderno sus aspiraciones. Dolores estudiaba formación profesional con bastante provecho y pensaba empezar a hacer prácticas en octubre en alguna de las peluquerías que colaboraban con la enseñanza pública. Todavía no sabía en cuál, aunque, por su prestigio, esperaba que fuera en la avenida o en la plaza. A Rosa le atraían mucho las profesiones relacionadas con la belleza femenina (centros de estética, maquillaje, limpieza facial, peluquería), nada le gustaría tanto como llegar a ser algún día *esthéticien* (me atrevería a decir que *sic*), y envidiaba la suerte de Dolores, porque de momento no vislumbraba ningún porvenir acorde con sus deseos y temía que su madre, empeñada en encontrarle algo, fuera lo que fuera, le gustara o no le gustara, acabara metiéndola en algún puesto del mercado o en la trastienda oscura y en salmuera de algún ultramarinos. A Alba le gustaría trabajar en una tienda de moda, tal vez en alguna de las franquicias que se estaban abriendo en la ciudad, pero de momento tenía que conformarse con lo que tenía, que nunca pude averiguar en qué consistía. Ciertos indicios me hicieron sospechar que tal vez su familia regentara una cafetería y que ella fuera camarera ocasional, uno de esos negocios gananciales en que la madre faena en la cocina, el padre atiende en la barra y las hijas echan una mano en horas punta y en días festivos, pero comentarios posteriores me hicieron ver que me equivocaba: su madre era viuda

y auxiliar administrativa en una empresa constructora. Mercedes era la única que ni trabajaba, ni había trabajado nunca, ni tenía intención de trabajar: sus padres habrían visto como un desdoro social que una muchacha de su clase, y además tan guapa, fuera vista trabajando en una tienda, en un supermercado, en una farmacia, no digamos ya en una carnicería o una pescadería, en cualquier parte en que pudieran trabajar, por ejemplo, sin ir más lejos, sus amigas. No se me ocurrió pensar entonces que hubiera una relación directa entre la economía familiar y la belleza de las hijas más allá de los signos externos (ropas, relojes, adornos, complementos), aunque quién sabe si la bonanza económica termina interviniendo favorablemente en la herencia genética. En cualquier caso, sea de ello lo que fuere, no me entretuve en consideraciones sociológicas ni pretendí conocer la extracción social de cada una de las muchachas. Como mis pretensiones eran otras, me bastaba verlas en bañador junto al río, cautivas de sus aspiraciones particulares, resignadas a lo que les pudiera traer el porvenir, pero alegres y felices en el que acaso fuera el último verano libre de su vida. Ese era el momento en que pensaba centrarme, el instante indeterminado en que todavía no se ha llegado a ser lo que se va a ser, pero se tiene ya conciencia de que la vida sigue sin remedio y sigue mal. No han llegado aún los grandes sufrimientos ni las grandes frustraciones, pero las nubes tímidas de los primeros días de agosto presagian ya los cambios de la edad. La novela se centraría, pues, en ese último periodo de despreocupación y regocijo que precede a lo que luego ya resulta inevitable. Por eso, si tuviera una cámara y me permitieran tirarles una foto, procuraría sacarlas como en una pintura de Botticelli mejor que con un tenebroso claroscuro expresionista. Téngase en cuenta que estábamos a la orilla del río, que el agua fluía tan plácidamente que los ojos apenas podrían determinar el camino que llevaba, que los areneros tan pronto cantaban a lo lejos habaneras como *blues* o barcarolas y que, como las muchachas chapoteaban traviesas y risueñas en el agua, yo tendía a pensar en corrientes aguas puras cristalinas, en árboles que os estáis mirando en ellas y en las cuatro ninfas que en el ameno río jugaban juntas, Mercedes, Dolores, Alba y Rosa, cuyo canto del cisne adolescente me disponía yo a cantar, justo en la frontera que partiría su vida en dos, entre el

antes de la felicidad y el paraíso y el después de las fatigas y los días.

AHÍ NATIVAS HADAS HABITAN YA

Sentí algún ligero escrúpulo ante la necesidad de hacer compatible *ahí* con *ya*, pero, como la palindromia se declara resueltamente heterográfica, el contratiempo no tuvo mayores consecuencias. Solo quedaba meter el folio en el carro de la máquina por la tarde, encomendarse a Boscán y a Garcilaso y escribir mil y una palabras, sin tregua ni concesiones, tal vez con el leve asomo de melancolía de quien, con veinticuatro años, estaba ya al otro lado de la frontera y aún no sabía por qué ni para qué.

15

Tanto tiempo después, no estoy en condiciones de afirmar que ya el primer día, tras oír al río, o el segundo, tras la identificación de las ninfas, quedara establecido de modo inamovible un sistema fijo de trabajo, pero, ya fuera así, ya se estableciera poco a poco, ya lo recuerde como si de veras se hubiera establecido *ab ovo*, sí he de confesar, si tamaña afirmación no es una temeridad y un contrasentido, que fueron aquellos los treinta y un días más felices de aquel tiempo desdichado. Es curioso que convivan en mi memoria dos fases contrapuestas de aquel verano (de ahí el contrasentido): por una parte, la fase del aburrimiento infinito, de la apatía, de las novelas del Oeste y de la biblioteca, y, por otra, la evidencia de que el mes de agosto fue intenso, dinámico y, pese a todo, con los pros y los contras, venturoso. En primer lugar, por cómo discurrió y, en segundo lugar, porque fue vivido hacia dentro, sin otra preocupación que la propia tarea, el inigualable despojo del ceremonial de la I, de la que yo ignoraba entonces que fuera el sumo bien, el bien supremo. Entregado de lleno a la escritura de la novela, llegué incluso a olvidarme de que, inicialmente, el objetivo era ganar el VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas. Tal vez debiera haber entendido entonces las ventajas de vivir el presente como tal presente, presente en sí mismo, sin dimensión ni plazos, no como una inversión ni con la mirada puesta en réditos futuros o complacencias espurias. Pero era claro que, instalado como estaba en la satisfacción plena del presente, de aquel presente, lo que menos se me podía ocurrir entonces era analizarlo. Lo vivía, no lo pensaba ni lo desmenuzaba. Y así fue como, tras los ensayos de julio, pasé el mes de agosto más completo y dichoso de todos los meses de agosto de todos los tiempos. Salía de casa pronto cada mañana en busca de inspiración, a la caza de alguna pieza que fuera alimento para la tarde. Llevaba conmigo un morral (militar) con el

cuaderno de apuntaciones, para que no se escapara el más mínimo asomo de ocurrencia pertinente, me sentaba en un banco del parque, anotaba el atisbo de un pensamiento, la palabra clave de una idea, seguía el vuelo de los vencejos, la familiaridad de los gorriones, la obstinación de las palomas, y terminaba bajando a la orilla del río, me acodaba un rato en el pretil del puente para estudiar el panorama y bajaba luego hasta la hierba, me sentaba en el hueco que ya incluso los demás bañistas respetaban, me daba de vez en cuando un chapuzón para camuflarme en el paisaje y me entretenía viendo los juegos de los bañistas, sus bromas, sus competiciones, siguiendo con especial interés la diversión del grupo de muchachas, que al parecer eran asiduas de la alegría y del bullicio. El objetivo era siempre encontrar un punto de partida para que las mil y una palabras tuvieran por la tarde un desarrollo mecanográfico adecuado. Fue así, siguiendo el regocijo de las muchachas, como llegué más de un día al capítulo correspondiente, incluso encontrando materia un mismo día para dos o más capítulos. Como he dicho, cuatro eran las muchachas en flor, fijas, numerarias, podría decirse, las que ocupaban cada mañana el mismo sitio, cuyos nombres, Mercedes, Dolores, Alba y Rosa, era imposible no retener, porque eran el constante estribillo de su alborozo, aunque a veces eran cinco, a veces seis y a veces siete. Y no hacía falta ser muy observador para darse cuenta de que Mercedes era la reina de la fiesta, o la princesa (con el peligro añadido que tienen siempre las princesas: donde hay una princesa hay un abismo), la que decidía qué se hacía y qué no se hacía, de qué podían hablar y de qué no, a qué jugaban, cuándo se bañaban, si es que se bañaban, porque eran más amigas del sol que del agua, cada cuánto tiempo se daban crema para evitar las quemaduras y cuándo, en fin, levantaban el campamento y tomaban el camino de regreso a casa. Y como yo estaba siempre al acecho, siempre en guardia, fue a esta Mercedes (a la que Alba y Dolores llamaban siempre Mercedes y Rosa siempre Merche) a la que oí decir dame crema, Rosa, con mucha autoridad, y vi a Rosa darle crema con suave parsimonia dermatológica y la estampa se me quedó grabada en la memoria de tal modo (todavía las veo a ambas, Mercedes tumbada boca abajo sobre la toalla, sueltos los tirantes del sujetador, y Rosa ejerciendo su labor de doncella de cámara con

esmero profesional) que, como procuraba sacarle punta ceremonial a todo, no tardé mucho, una vez que las manos de Rosa dejaron protegida la espalda de Mercedes, en anotar en el cuaderno la frase del día.

A MERCEDES SE DÉ CREMA

Fue luego tarea de la tarde ver qué podía hacer yo con la crema y con Mercedes y con las derivaciones de tan abstruso enigma teológico. Y lo hice. Y me pareció bueno. Y atardeció una vez más y amaneció. Día tercero.

16

Me interesó singularmente desde el principio la muchacha llamada Dolores, que era a veces Dolores y a veces Lola, que, por lo que pude ver y oír, era la que animaba al grupo, que enseguida me resultó más simpática y que acaparó pronto toda mi predilección. La reina (o la princesa) era Mercedes, ya lo he dicho, era evidente, cuidaba su belleza y la imponía a las demás, pero Dolores era la sal de la tierra, o, teniendo en cuenta el escenario, la sal del río. Dolores era en realidad el sostén del grupo; Mercedes era el estandarte, la insignia, el escaparate y el reclamo, pero Dolores era el espíritu, la sensatez, el equilibrio. No me pregunté entonces si el carácter alegre de Dolores era una compensación de la naturaleza a la hora de repartir sus dones y, así como le había concedido a Mercedes la belleza, así le había concedido a Dolores la alegría y su más espontánea manifestación. Porque tal vez fuera Dolores la menos agraciada de las cuatro, al menos si se aplicaban los cánones eróticos y cinematográficos de la época, que no me extrañaría que fueran los que ellas mismas se aplicaban, si bien diré que Dolores no era fea, sino que su rostro no respondía a la belleza estándar de los tiempos, porque, a mi juicio, anticipaba más bien una madurez serena, hermosa y perdurable (curiosa la prestidigitación con que la lengua favorece a la palabra *gracia*, que lo mismo puede valer para lo agraciado que para lo gracioso y apuntar a veces hacia la belleza y a veces hacia la simpatía y el donaire). No sé si se puede hablar de un grado cero de la belleza; en el caso de que se pueda, Dolores estaría en el justo fiel y sus amigas estarían diferentes grados por encima del cero. Supongo que la medición habrá ido cambiando con el tiempo. Aunque seguí viendo a las muchachas después del verano no tengo conciencia de haber seguido viéndolas al cabo de los años, pero tengo la seguridad de que, si siguen por ahí, será Dolores la que mejor se haya alzado sobre el cero, a la que menos hayan

afectado los sinsabores de la existencia y la que mejor represente la belleza madura de estos tiempos confusos. Porque, en mis divagaciones posteriores, Dolores serviría para medir en qué grado influyen la juventud y la belleza, o, si se prefiere, la gracia y la *gracia*, si no en la felicidad, sí al menos en la conformidad con la existencia. Pero, en fin, volviendo a los días de aquel verano, diré que oír a Dolores era más entretenido que oír al río, porque el río entonaba siempre la misma estrofa (lenta, apacible, sosegada) y Dolores, en cambio, era pura locuacidad, pura alegría, gozoso desparpajo, una de esas personas para las que las palabras carecen de secretos, que todo lo que dicen lo dicen del mejor modo posible, que incluso cuando se equivocan construyen arte verbal, que se alzan además alegres, agudas, salerosas, sobre las contingencias de los días, que se enfrentan joviales a las dificultades y a los sinsabores y los devuelven limpios e inocentes a la realidad. Creo que, en ocasiones, no me demoraba yo tanto en la vecindad del grupo por los imperativos narrativos del ceremonial, sino por oírla hablar, y me preguntaba de dónde podía sacar tanto buen humor y tanta vitalidad con tanto ingenio y con tanta donosura. Ingenio y buen humor, he de decir, que no se basaban en tópicos ni en chistes, que tampoco recurrían a fórmulas de uso ni se refugiaban en comodines sociales, sino que eran pura invención, puro genio verbal, lenguas de fuego flotando sobre el espíritu de su juventud. A mí me hubiera gustado tener el genio y la inventiva de Dolores, me hubiera gustado encontrar tan fácilmente, por la gracia del verbo, la palabra adecuada en cada caso, y no solo la palabra, también la frase, y hasta el párrafo, porque estaba seguro de que con la mitad de la gracia que ella tenía podría yo celebrar ceremoniales indefinidamente y no habría I (ni O, ni U) que se me resistiera (o resistieran). Por eso, oyéndola, y aunque me daba un poco de apuro por lo que pudiera tener de presunción, a menudo sacaba el cuaderno del morral para apuntar las cosas que decía, no tanto la literalidad de los episodios que recreaba o de las opiniones que vertía sobre canciones, películas, programas de televisión, sino el modo como lo hacía, las palabras que empleaba, las frases que construía. A veces, de una sola palabra oída a Dolores por la mañana podían salir mil y una por la tarde y siempre tuve la convicción de que una sola palabra suya valía más que las mil que

yo añadía. En realidad, tampoco era necesario que las palabras de Dolores fueran ingeniosas: que fueran acertadas era suficiente. De ahí que no sepa si lo que me llevó a sentir predilección por ella fue el ingenio o si fue una frase que le oí o le creí oír en alguna de sus primeras conversaciones. Presté atención (solidaridad anónima) cuando me di cuenta de que hablaban de alguien que acaba de sufrir un desengaño amoroso y lo estaba pasando fatal. Literalmente, dijo Rosa. Por el nombre, aunque un tanto ambiguo, deduje que se trataba de una chica, aunque mi ignorancia no me permitía aclarar si hablaban de una chica corriente, amiga suya tal vez, o de alguna estrella rutilante del cine o la canción. Fuera quien fuere la chica, el revés consistía en que, de buenas a primeras, de la noche a la mañana, su novio la había dejado plantada, con el agravante de que, como sabía todo el mundo, porque la chica lo había pregonado *urbi et orbi* (de ahí deduje yo la rutilancia), era su amor verdadero. Fue entonces cuando le oí pronunciar a Dolores la frase que me cautivó y que tal vez apuntalara mi predilección para el resto del verano y para el desarrollo de la novela. El amor no es nunca verdadero, dijo. Qué podía llevar a una muchacha como Dolores a semejante afirmación y a tan severa convicción era algo que, aunque tuviera que ver con su propia percepción de la belleza, de su propia belleza, quedaba fuera de mis propósitos, pero no negaré que sus palabras quedaron sobrescritas en la atmósfera durante todo el mes de agosto. En cualquier caso, siempre el ingenio y el regocijo se impusieron en ella a la melancolía y a los sinsabores (si los hubo) de la experiencia. Por eso escribí en el cuaderno no una pregunta, sino una constatación, una evidencia.

AHÍ CARGA LA LOLA LA GRACIA

Y *ahí* era en el río, en la mañana, en el presente de la juventud y en las significaciones de su nombre.

17

Me eché a la calle otra mañana bajo la implícita protección de las musas y terminé encontrando trabajo para Alba. Iba dándole vueltas a un hilo narrativo por el que pudieran circular Mercedes, Dolores, Alba y Rosa, ya fuera para dar o recibir crema solar, para cargar las dosis de gracia y alegría que le permitieran exhibir en todo momento un sólido e inexpugnable buen humor o para las circunstancias que el destino reservara a las dos últimas. Dudé mucho al principio, porque me daba lo mismo que fuera una u otra muchacha la que trabajara en un sitio o en otro. Pero lo que tenía previsto desde el primer día, puesto que había decidido que todas ellas vivían su último verano incondicional, era que empezaban a aparecer nubarrones y desvelos en el horizonte y en ese punto no cabían discusión ni componendas. Ya he dicho que solo sentía una cierta predilección por Dolores, supongo que por el contraste entre su alegría ininterrumpida y mi no menos ininterrumpida e invencible pesadumbre. Pero si Dolores era la alegría y Mercedes la belleza, había que dotar de atributos a las otras dos, de modo que Alba fue la primera a la que le encontré trabajo en una tienda. ¿Qué haría? No lo sé. Lo importante era la obligación, no el cometido. Que le empezara a ver las orejas al lobo, me decía. Paseaba yo a menudo mis cavilaciones por una calle exterior, sobrevenida y algo tortuosa, no sé si trazada según el capricho de la orografía o los ringorrangos del catastro, pero con ímpetus municipales de avenida o bulevar, en la que proliferaron establecimientos comerciales de todo género y condición. Había sido para mí ruta obligada cuando iba a buscar a la muchacha que me abandonó o cuando volvía de acompañarla a casa y, aunque en los últimos meses había procurado evitar la calle y el trayecto para no atormentarme con el recuerdo de los tiempos felices, también había vuelto a recorrerla a propósito últimamente como terapia, por ver hasta dónde se había

recompuesto mi espíritu maltrecho o recuperado mi frágil fortaleza psicológica. Allí, pues, me había encaminado esta mañana, más por rutina que por prescripción sentimental y más preocupado por los ceremoniales de la I que por las tribulaciones del corazón. Las servidumbres de la literatura tienen sus ventajas. De ahí que no hiciera otra cosa que ir volteando carteles, anuncios, pintadas, murales y grafitis, en la certeza, en la necesidad y, en fin, también en la obligación de encontrar materia narrativa para las mil y una palabras de la tarde. En la confluencia de esta avenida o bulevar con una de sus travesías hacía poco más de un año que habían abierto una tienda moderna y luminosa en cuyo escaparate exhibían andadores, sillas de ruedas, muletas, bastones, calzado ortopédico, batas sanitarias, monos de trabajo y no sé yo cuántos artículos más. El rótulo general del negocio anunciaba suministros sanitarios y lo cierto es que la palabra *sanitario* se prestaba a su revés, pero no fue, sin embargo, la ruta sanitaria la que se impuso en mis cavilaciones. En más de una ocasión, al pasar frente al escaparate, coincidí con una dependienta con bata blanca que fumaba en la puerta un cigarrillo con cara de aburrimiento. He dicho *una* dependienta, pero, como nunca vi a ninguna otra, tal vez fuera *la* dependienta, la dueña incluso, una mujer de unos cuarenta años que parecía soportar sobre sí misma todo el peso de la rutina y de la inercia, esa inagotable dimensión del tiempo que no queda más remedio que vivir, que agotar, que consumir. Tal vez por eso, para que tuviera conversación o para otorgarle alguna autoridad, me sobrevino un arrebato providencial, no es bueno que la dueña esté sola, pensé con arrogancia, y decidí colocar en aquella tienda a Alba, a la que tampoco me costó nada imaginar de pie en la puerta con guardapolvo de aprendiza y el cigarrillo en la mano, malhumorada tal vez, y proporcionarle una razón para el malhumor, ella allí trabajando, la pobre, y sus amigas divirtiéndose en el río, riendo las historias de Dolores, atentas a los caprichos de Mercedes, y no me pareció oportuno recurrir a una licencia poética y rebautizarla como Tina para que pudiera decir u oír lo que la inversión de *sanitario* pudiera dar de sí, más aún incluso cuando lo cierto era que también Alba podía hablar al revés con pleno derecho, propiedad y arte retórica. De modo que, como digo, renuncié a la oferta sanitaria y me entretuve en la letra menuda, los

nombres de la lista de productos escrita en la amplia cristalera del escaparate, entre los que sin duda era *ortopedia* el que aventajaba a todos los demás en fulgor y surrealismo. El problema era que, como *ortopedia* no admitía triquiñuelas ni remiendos, no quedaba otro remedio que crecerse en la adversidad y aceptar el veredicto fatal de la morfología. En el dorso solo había dirección única. Fui repitiendo la frase mentalmente para no olvidarla, porque me daba corte sacar allí mismo el cuaderno para escribirla (siempre me ha incomodado el exhibicionismo intelectual), y lo cierto es que no la olvidé y que sostuvo la secuencia correspondiente.

ORTOPEDIAS HAY DE POTRO

No hacía falta torturar el pensamiento para advertir que era una frase descabellada, sin porvenir. Todo sería, me dije, que, además de los suministros sanitarios, Alba tuviera alguna vocación veterinaria o se entregara los fines de semana a diversiones hípicas o ecuestres. No fue esa la solución, sin embargo, pero, como me produce bastante vergüenza retroactiva, tampoco hablaré de los disparatados malabarismos narrativos a que tuve que recurrir para dar cabida en el relato a la ortopedia y a los potros.

18

Ya he dejado dicho que la muchacha que dio origen a esta historia me regaló *Las navajas sajaban sal*, una novela policiaca de Saúl Olúas que, hasta donde yo recuerdo, contaba con dos peculiaridades: que había investigación y sospechoso, pero no había crimen, y que la trama era reversible, un puro artificio intelectual que no estoy ahora en condiciones de explicar salvo haciendo referencia a la magia del vacío perfecto o a la perfección de su magnitud imaginaria. En cualquier caso, no pretendo analizar la novela de Olúas, ni siquiera quiero hablar de ella. Se trata solo de que pensé en ella un día con especial intensidad, aunque no en la novela propiamente dicha, sino en el título, en el mero y metafórico sajar sal de las navajas. Y fue que, según iba paseando por la plaza y por las calles comerciales del centro, me entretuve desmenuzando la profusa propaganda de ofertas de verano que exhibían los escaparates, las tradicionales rebajas de agosto. No era la primera vez que lo hacía, naturalmente (ya he dicho también que el mismo día en que decidí oír la voz del río me sometí a un minucioso entrenamiento de retrolección que seguí ejercitando durante todo el verano y al que todavía tiendo a veces de manera instintiva y no siempre baldía), pero en esta ocasión, frente a la profusión de porcentajes, descuentos y cifras por los suelos o al límite de los decimales, me llamó la atención el humilde cartel que lucía un escaparate. Era un cartel rudimentario, con trazos gruesos de caligrafía escolar delineados a mano y que solo incluía la palabra rebajas, en mayúscula. Estaba pegado en el cristal del minúsculo escaparate de una mercería delante del torso femenino de un maniquí con sujetador *beige*. La ingenuidad del cartel, el candor tipográfico, la modestia publicitaria, incluso la insignificancia del propósito (no parece que a las mercerías les puedan afectar las rebajas de temporada, pensaba yo), despertaron en mí un acceso de

ternura que me tuvo un rato fijo ante el escaparate (por eso me fijé en el maniquí) consciente de que, más que una verdadera oferta estival, el cartel era a todas luces una declaración de desvalimiento y orfandad. Tal vez siempre me hayan dado esa sensación las mercerías, tiendas diminutas, minuciosas y ceñidas, ajenas a la grandeza cromática industrial del comercio de la moda. Pero, en este caso, su tímido anuncio de rebajas confirmaba con creces esa distancia sideral. Fue poco después, sin embargo, cuando me alejaba de la mercería y mientras volteaba las REBAJAS del cartel, cuando me acordé de las navajas con que Saúl Olúas sajaba sal y me avine también a usar yo la navaja.

SAJA VER REBAJAS

Me repetía la frase como un mantra, tal vez porque nunca he sido dado a la euforia de las ofertas y porque siempre me ha parecido ver en el desorden de los grandes almacenes más una estrategia de consumo que de ahorro, mero sonsonete de la rebeldía estudiantil de entonces, pero, más probablemente, porque las palabras irreversibles son pozos ciegos para los juegos de sentido, gracias a la circunstancia favorable que el revés de la palabra ofrecía. Las navajas de Olúas solo servían como principio de autoridad: si Olúas sajaba, yo también podía sajar. Esa era la ecuación. Me asaltaron luego tentaciones para rizar el rizo, supongo que para que se advirtiera que había puesto mucho esmero en la elaboración de ocurrencias, y a ello contribuyó sin duda el maniquí del escaparate, que tal vez llevara años allí aburrido, marchita su consistencia de cartón piedra, pero en el que yo nunca me había fijado (no suelo prestar mucha atención a las decoraciones comerciales, nunca me alteraría el pulso la contemplación de un maniquí ni me cargaría el cristal de una pedrada). El caso es que, tal vez por vergüenza torera, tal vez por el sujetador *beige* del maniquí, tal vez por ambas cosas, me pregunté si sería oportuno forzar la morfología y llevar más allá la sajadura, y no pude dejar de sucumbir a la tentativa de la broma.

SAJA VER SAYAS REBAJÁS

La relajación del participio requeriría, no obstante, un *sic* y,

como se sabe, si en los *sic* ajenos academicismo y petulancia van de la mano, en los propios hay más descrédito que indulto, más vergüenza que gracejo, así que desestimé este segundo resultado y, para no desperdiciar las REBAJAS ni el palíndromo, decidí poner a Rosa a trabajar en la mercería. No vi ningún inconveniente en que quien con tanta delicadeza desabrochaba el sujetador del bikini de Mercedes para darle crema tuviera que vender sayas, enaguas, refajos y demás aprestos de algodón y lencería.

19

En realidad, Alba no trabajaba todavía en la mercería. La habían contratado para que empezara a trabajar como aprendiza a principios de septiembre. Sus padres llevaban tiempo disgustados con su rendimiento escolar, porque, aunque no había repetido curso, siempre le quedaban colgando tres o cuatro asignaturas en junio y una o dos en septiembre, a lo que se añadía el poco o nulo interés que tenía la muchacha en labrarse un porvenir universitario. Ni siquiera aspiraba a estudiar enfermería o magisterio, que eran las opciones que en algún momento habían barajado Rosa y Dolores, ni, menos aún, ninguno de los demás estudios técnicos que por entonces, dada su posterior eficacia laboral, estaban adquiriendo auge y demanda. Ocurría, en resumidas cuentas, que Alba no quería estudiar: se le atragantaban las matemáticas y la física, no veía por ningún sitio la necesidad de que el predicado tuviera que concordar con el sujeto y los hechos históricos se le antojaban un amasijo indigesto de datos sincrónicos, simultáneos y uniformes, a los que ninguna mente humana podría dotar de orden y sentido. Por eso decía Dolores que a Alba le bastaba con haber cursado estudios inferiores. De ahí que, según pude saber, la muchacha viera el cielo abierto cuando, en el mismo lugar del escaparate de la mercería en que yo había visto el cartel de REBAJAS, hubiera aparecido poco antes otro cartel que decía SE NECESITA CHICA. Me extrañó mucho oírlas discutir sobre la naturaleza de la frase, si se trataría, decían, de una oración impersonal o más bien de una pasiva refleja, hasta que me di cuenta de que el propósito no era llegar a un acuerdo sobre la verdad gramatical, sino evocar algún lance académico que debió de padecer Alba en el instituto y que ahora las movía a risa a las cuatro. La historia, a fin de cuentas, consistía en que, pese a que no le hacía mucha gracia la mercería, porque preferiría trabajar en no sé qué *boutique* que iban a abrir en Sol (todavía no habían

empezado a proliferar las franquicias), Alba había acudido al reclamo del cartel, que la había acompañado su madre, que otras siete chicas habían respondido a la llamada y que, finalmente, no sabía si gracias a posteriores mediaciones de su madre (que no solo era clienta de la mercería sino que conocía de antiguo a la dueña), le habían dado a ella el trabajo. Se lo habían acabado de confirmar la tarde anterior y para celebrarlo invitaba a sus amigas a un refresco y a unas patatas fritas. Gracias a esa celebración pude enterarme del asunto: del cartel, de la solicitud y de las condiciones laborales del contrato. Ahora, sin embargo, fue Dolores la que se brindó a acercarse con Alba al chiringuito para traer las bolsas de patatas y los refrescos que cada una quisiera tomar. Y diré que la elección de refresco les llevó más tiempo que la pasiva refleja y que todo el relato (con exposición, nudo, suspense y desenlace) de la mercería. Porque a las preferencias de cada una ponían objeciones las demás. Si una prefería un refresco de cola, otra entonaba con mucho retintín la canción del anuncio televisivo que martilleaba los oídos, las conciencias y la moral pública con su melindroso soniquete. Más o menos lo mismo sucedía con las preferencias cítricas y no digamos ya con las marcas consiguientes en cada caso. Pero la mayor singularidad provenía, como siempre, de los caprichos de Mercedes, a la que, desde el principio del verano al parecer, le había dado por pedir zumo de melocotón las pocas veces que se sentaban en una terraza o acudían a cafeterías específicamente juveniles. Mercedes contaba con su propia teoría al respecto, una teoría refrendada por la autoridad parental doméstica, pues, según su madre, el melocotón (la fruta) era muy saludable para la piel y, según su padre, el melocotón (igualmente la fruta, y mejor con piel) favorecía la práctica de la natación. A Mercedes no le interesaba mucho la natación (en lo que yo pude observar, había días que ni siquiera se mojaba los pies) y pelaba siempre los melocotones, porque le daba grima la pelusa, pero le interesaba mucho el cuidado de la piel, se diría que tenía verdadera obsesión dermatológica. No hacía falta que lo proclamara: bastaba ver el rigor laurentino con que iba rotando al sol su níveo cuerpo de ninfa. De ahí provenía su reciente y obstinada afición melocotonera. Y de ahí también que, a falta de fruta, por lo absurdo que sería pedir fruta en una cafetería, se viniera decantando por el zumo, que, pese

al ejército de acidulantes, antioxidantes, edulcorantes y conservantes, alguna sustancia de melocotón conservaría y también, aunque menguante, alguna propiedad dermatológica. De alguna broma de Dolores podía deducirse que los caprichos dietéticos de Mercedes eran estrictamente estivales, que cambiaban cada año y que habían recorrido una amplia gama de variedades frutales según soplaran unos u otros vientos cosméticos o sanitarios en torno a los severos sacrificios con que se recomendaba guardar la línea. Y este año la suerte se había decantado por los beneficios del melocotón. Menuda pejiguera llevamos este año con los melocotones, le oí decir, en broma, pero sin asomo alguno de ironía ni de doble sentido. Partieron, pues, Alba y Dolores hacia el chiringuito con el encargo de traer un refresco de cola, un refresco de naranja, un refresco de limón, un zumo de melocotón y dos bolsas de patatas fritas. Volvieron al cabo de un rato con los refrescos de cola, de naranja y de limón y con las bolsas de patatas fritas, pero sin zumo. Zumo no había: ni de melocotón ni de manzana ni de pera ni de ninguna otra fruta. En el río no se bebe zumo, había dicho el camarero. Salvo de uva, parece que también dijo. Mercedes no pudo disimular el disgusto y, aunque probó la cola, la naranja y el limón de sus amigas, no sin esbozar en cada caso gestos de repugnancia, pasó el resto de la mañana triste, mohína, arisca, irascible, desabrida y displicente.

NO TOCOLE MELOCOTÓN

No hacía falta tener singulares dotes deductivas para conocer la causa puntual de su acritud ni suponía un gran esfuerzo ponerle nombre.

20

En algunas ocasiones los dioses decidían mostrarse generosos conmigo y me ofrecían el anticipo de una secuencia que no andaba buscando. Cuando ocurría algo así, experimentaba una sensación altamente satisfactoria: por imprevista, por gratuita. A veces también podía ser un inconveniente, porque cuesta mucho hacer caso omiso a hallazgos tan venturosos. En mi caso, el procedimiento era siempre similar: solía estar dando vueltas y más vueltas a una idea, tirando del hilo en una dirección determinada y, de pronto, se abría un camino lateral. Fue lo que ocurrió la mañana en que, como no hubo para Mercedes zumo de melocotón, redobló los esfuerzos y el sufrimiento con que se entregaba al cuidado de la piel. Yo había reparado ya en la regularidad con que cambiaba de postura para distribuir los rayos del sol de modo equitativo por toda la superficie de su cuerpo. No sé con qué proporción distribuía los minutos, cuánto tiempo estaba boca abajo, cuánto boca arriba y cuánto de perfil, ahora sobre un costado, ahora sobre el otro, porque no iba a ponerme a cronometrar sus movimientos, pero no pude dejar de apreciar la devoción con que se entregaba a la tarea y el sacrificio que ello comportaba. También Dolores, Alba y Rosa mantenían tratos ardientes con el sol, pero no desde luego con el empeño, la intensidad y la precisión con que lo hacía Mercedes. No era yo el único que atendía al bronceado de las muchachas. Aunque, por motivos distintos, tampoco perdía ripio el grupo de siete u ocho muchachos que se entretenía jugando e incordiando alrededor. Fue así, viendo a Mercedes rodeada de sus doncellas y viendo al mismo tiempo el asombro que producía en el grupo de muchachos, la codicia con que se extasiaban ante sus poses, cuando se me antojó pensar que Mercedes se comportaba como una diosa y que todos alrededor, Dolores, Alba y Rosa, y el grupo de muchachos, y yo mismo, no hacíamos otra cosa que rendirle tributo y venerarla: las

chicas por amistad, los chicos por hechizo y yo por las obligaciones de mi recién estrenada stendhalidad. Para componer la estampa que se representaba ante mis ojos, que bien podía simular la composición de un cuadro del Renacimiento italiano (Mercedes en el centro, Dolores, Alba y Rosa como ninfas a su alrededor, el grupo de muchachos mirando desde el fondo como sátiros y yo mismo, espejo en mano, abarcándolo todo desde una esquina del cuadro), Mercedes contaba claramente con su belleza, pero quien tiene conciencia de su belleza tiene que protegerla y cultivarla, incluso incrementarla, y para ello no puede ahorrar penas ni sufrimientos. Esa era la condena de Mercedes: el oficio de la belleza. A eso se debía el zumo de melocotón y a eso se debía la sed de sol. De modo, pensé, que allí estaba Mercedes como una diosa a la que, en atención a su belleza, todos venerábamos. Pero la belleza tiene también, como los ídolos, los pies de barro, pensé. La belleza caduca cuando envejece, se marchita, muere. Y fue así, en medio de estas consideraciones, que iban surgiendo solas, como impulsadas por el delirio que suele ocasionar la fuerza del sol cuando salimos del agua, cuando recordé que faltaban pocos días para la fiesta de San Lorenzo, que se celebra en muchos pueblos de por aquí, y para la lluvia de estrellas que tanta gente sale a contemplar lejos de la luz artificial, y no pude por menos que comparar los modos como se entregó san Lorenzo al martirio y a la santidad y como se entregaba Mercedes al suplicio de la belleza. La única diferencia, me dije, era que san Lorenzo tenía puesto el pensamiento en la voluntad y en el amor de Dios y que Mercedes, en cambio, era su propia diosa, ídolo de sí misma. Se acumularon entonces en mi mente términos acordes con el fuego y el martirio, sustantivos como horno, asador o barbacoa, verbos como quemar, abrasar o achicharrar, y fue en algún momento de ese itinerario léxico cuando los dioses soplaron sobre mi cabeza una frase que, aunque forzada, daba cuenta de mi pensamiento mejor que lo que yo hubiera podido ir a buscar denodadamente. No podía desaprovecharla.

SOLO DIOSA ASÓ ÍDOLOS

Porque Mercedes era aquí el sujeto y el complemento directo, era la diosa y era el ídolo, ella sola se consumía a sí misma tras el objetivo de sí misma y contra el esplendor de su blancura. Y si

Mercedes era el ídolo a nosotros nos correspondía la idolatría.

21

Las cuatro muchachas tenían asignada en este punto su función: dedicada Mercedes a sí misma, Dolores a la espera de su peluquería, Alba fumando a la puerta de la ortopedia y Rosa contratada como aprendiza en la mercería. Algo tenía que hacer para continuar y lo cierto es que no tuve que imaginar nada, porque un grupo de púberes zangolotinos se fue acercando poco a poco a las púberes canéforas y yo seguí el proceso sin perder detalle. No hace falta subrayar que se trataba del mismo grupo que se extasiaba en la contemplación de los movimientos de Mercedes en su toma y daca con el sol, los que se olvidaban de la pelota cuando la muchacha se levantaba y hundía levemente un pie en el agua. Debo puntualizar, sin embargo, un par de cosas. La primera es que mi presencia en el río era discontinua: ni se producía todos los días (las musas a veces me favorecían con anticipos) ni se prolongaba toda la mañana, lo que significa que ha de haber puntos muertos en mi testimonio. La segunda es que no cabe decir que fuera el grupo entero de muchachos el que se acercara, sino, en principio, solo uno de ellos, el que estaba sin duda más habituado a tales acercamientos y del que pronto tuve la sospecha de que era forastero o de que estudiaba fuera y estaba de vacaciones o de paso. Yo ya había observado en días anteriores que participaba en los juegos brutos y en los lances de fuerza de sus amigos como uno más, pero que lo hacía con distancia, no tal vez con vergüenza, pero sí ajeno a la sustancia más o menos primaria del entretenimiento, haciendo ver que, aunque no tuviera otro remedio que seguir las piruetas y las excentricidades del grupo, él pertenecía a otra dimensión y le movían otros intereses. Me recordó en algún momento a ciertos actores cómicos, no sé si eficaces, que establecen en sus actuaciones una clara separación entre ellos y el personaje que interpretan, como si, para no contaminarse, a cada paso proclamaran ya sé que estoy haciendo

el tonto, que todo esto es puro disparate, pero tened en cuenta que solo estoy actuando, que estoy en realidad muy por encima de estos enredos. Y si resultan eficaces, que no lo sé, sería por la demostración de estar haciendo el tonto a sabiendas, porque compensan la estupidez del personaje con la inteligencia del actor, y bien sabemos que, salvas las excepciones, a todos nos divierte más la inteligencia que la estupidez. Algo así se intuía en este muchacho: no se quedaba atrás en los toscos juegos de sus amigos, cuyo propósito no era otro que recabar la atención de las muchachas, pero la distinción y la compostura con que jugaba dejaban ver muy claramente que no era un cafre ni un mostrenco ni un puro botarate ni un mandril. Participaba y estaba a la vez al margen, dentro y fuera al mismo tiempo. Lo que no sé es si actuaba así a sabiendas, como los actores, si era cuestión de carácter o si se trataba de un rasgo genético. En cualquier caso, fue el primero que se incorporó al grupo de muchachas y, según pude observar, lo hizo con naturalidad, sin subterfugios. No se apoyó en ningún lance del juego, no tiró a propósito una pelota que tuviera que ir luego a recoger, no salió del agua atolondrado para tropezar con Mercedes, no usó las manos como hisopo para salpicar a las muchachas y burlarse de sus chillidos, no aprovechó, en suma, ninguno de los clásicos y desgastados subterfugios de ningún *ars amandi*. Sencillamente, en un momento de descanso de sus diversiones, se acercó a las muchachas, estuvo hablando de pie un rato (pude ver que Mercedes callaba, Rosa parecía ofendida, Alba simulaba que la cosa no iba con ella y Dolores reía, seguía el juego e incluso lo conducía) y al final se sentó junto a ellas en la hierba. Los demás zangolotinos miraban desde lejos con asombro y con envidia, tal vez también molestos por que hubiera sido precisamente el forastero quien hubiera conseguido sin esfuerzo lo que sus tonterías y sus burradas no habían conseguido en todo el verano, y guardaron la distancia. Solo al día siguiente, cuando vieron que el forastero ocupaba un sitio junto a las muchachas desde el principio, se fueron incorporando al grupo poco a poco, con timidez, cohibidos, de uno en uno, como si la mera posibilidad de hablar con ellas les hubiera privado de toda la condición bruta de que presumían. Llegó un momento, no obstante, no el primer día ni el segundo, en que el grupo fue mixto. Así pude apreciar que el elemento central, el imán,

podría decir, era la hermosura de Mercedes; que todos los zangolotinos mosconeaban en torno a ella tan tontamente como habían jugado y peleado los días previos, aunque en sentido contrario; que Mercedes lo sabía, adoptaba una pose distante y, acostumbrada a la devoción y los caprichos, reclamaba su tributo de reina silenciosa; que a Alba y Rosa les molestaba ser ceros a la izquierda y serlo además para aquella panda de zascandiles; y que Dolores les tomaba el pelo a unos y a otros, incluido el forastero. Del cual no tardé mucho en saber que era, en efecto, estudiante de bachillerato, que había suspendido un par de asignaturas, que una era el latín y otra la historia, lo que le sirvió (el fracaso con la historia sobre todo) para atraerse las simpatías de Alba. Tenía el forastero la habilidad de no hablar de sí mismo salvo si le preguntaban, pero también él, como Mercedes con sus amigas, contaba con portavoces que informaban de su vida y de sus tribulaciones, especialmente dos de los muchachos a los que, antes de haber oído sus nombres y sin poner mucho empeño en la onomástica, dejé reducidos a sus primeros atributos verbales: el zascandil, porque lo parecía y probablemente lo era, un digno prototipo al menos de tan nutrida condición, y el sabihondo. Dejar listo al sabihondo me supuso alguna reflexión. Primero estuvo a punto de ser *zaratustra*, porque en el primer recuento de aprobados y suspensos del curso que pusieron en común declaró que el profesor de filosofía de su instituto, que estaba más *pallá* que *pacá* y se había pasado un trimestre entero tratando de demostrar por qué, a pesar de los pesares, Aquiles terminó adelantando a la tortuga, le había hecho leer el *Ecce homo* de Nietzsche. Después desestimé la palabra *empollón*, que llegó más de una vez a mis oídos en boca del zascandil, y pensé llamarlo *ergosum*, porque, fuera que la lectura de *Ecce homo* no cayó en saco roto, fuera simple cuestión de carácter, el muchacho no solo podía eternizarse en pose pensativa, soñadora, cogitabunda, el puño en el mentón, sino que hablaba con una sensatez y con una hondura no solo incompatibles con la rudeza con que se había entregado en días anteriores a los juegos del grupo sino con todas las tentaciones dionisiacas con que el verano tuviera intención de corromperlo. Pero tras darle varias vueltas al nombre, me decidí por *sabihondo*, con hache intercalada, como *aprehender* y *comprehender*, que

también parecían verbos afines a su condición. Así pues, fue gracias sobre todo al zascandil y a este muchacho sabihondo y circunspecto como supe que el forastero estaba condenado a estudiar la historia por su cuenta y el latín en una academia, lo que, en contra de las previsiones familiares, le había impedido pasar el verano en Italia con su hermana, que estaba casada con un italiano y vivía en Verona. Como Romeo y Julieta, añadió el zascandil. La vinculación italiana del forastero añadía prestigio a su currículo y puede que las muchachas atribuyeran a esa circunstancia la naturalidad con que se había arrimado al grupo, primero, e incorporado a él, después. Y entonces, como impulsadas por un estímulo secreto, las muchachas empezaron a cantar a coro la canción más dulce y más triste que quepa imaginar, aprendida tiempo atrás en el colegio, dijeron luego, dentro de un repertorio que ensayaron cientos de veces (miles, según Rosa) para las actividades del día del centro.

O pecoraio che in man mi tenete,
sonate piano che il cor m'affliggete.
M'hanno ammazzato per la penna di hu,
traditore il fratello mio fu.

Tras la tregua del canto, que nos dejó un rato suspensos y aturdidos (tan distintas la pluma de hu y la Pluma 22, me dio tiempo a pensar), la conversación discurrió por otros derroteros. Discutieron de modo informal, frívolamente, sobre si en Italia se hablaba todavía latín y si, en ese caso, no habría sido mejor que preparara el latín en Italia, tal vez con la ayuda de su cuñado. La discusión era inocente, disparatada, ignorante, pero cabía en una pregunta.

¿HAY LATÍN EN ITALIA?

El papa habla en latín, argumentaban, los cardenales también hablan en latín, la misa antaño era en latín e incluso Nietzsche, según aportación extemporánea del sabihondo, escribió en Italia el *Ecce homo*. Que también es latín y significa he aquí el hombre, presumió de bachillerías el zascandil. La respuesta, sin embargo, debería ser plural, cuantitativa, negativa y metafórica, y no estaba en Nietzsche ni en el Vaticano. No, no hay latín en Italia, replicó Dolores, y añadió, maliciosamente, pero sí hay latines, demasiados

latines.

¡HAY LATINES EN ITALIA!

La respuesta, sin duda, era adecuada: caprichos de la polisemia.

22

No siempre las palabras significan lo que significan. Con frecuencia su significado se traspone, se expande o se contrae y no necesitamos llevar a cabo ningún ejercicio suplementario para entender lo que se está diciendo en cada caso. Cuando oímos que llega la hora de la verdad, por poner un ejemplo corriente, bien sabemos que no se está haciendo referencia a ninguna hora exacta determinada ni a ninguna verdad, probablemente. Cuando oímos que el mañana es incierto, también sabemos que no se está haciendo referencia al día siguiente ni al periodo de tiempo en que yo coincidía con Mercedes, Dolores, Alba y Rosa junto al río. Podría seguir escarbando en diferentes denominaciones del tiempo y recogiendo ejemplos con sus numerosas variantes, pero es suficiente lo que he dicho para hablar de los cuatro o cinco días que siguieron a la mañana en que el forastero se acercó por primera vez al grupo de muchachas. A ninguna de ellas se le escapaba cuál era el objetivo del forastero y menos que a ninguna a Mercedes, en quien estaban puestas todas las complacencias de los dioses y de los hombres, aunque los hombres ahora apenas fueran unos adolescentes desorientados. Por eso, sin duda, por ser consciente de su atractivo (y habría que entender aquí doblemente ese atractivo, la posesión de la belleza y la fuerza del imán), era Mercedes quien menos intervenía en las conversaciones e incluso se diría que, cuando decidía bajar del pedestal del silencio y del tributo al sol, también era quien trataba al forastero, sin disimulo, con mayor desdén. Eran entonces Alba, por solidaridad histórica, y en menor medida Dolores, quienes sostenían la presencia y la conversación con el muchacho. También el zascandil, un chico feúcho, enclenque y miope que ejercía el papel del gracioso profesional que tiene que haber siempre y siempre hay en todo grupo adolescente, y que tal vez fuera quien más molestara a Mercedes con sus gracias, que no eran en realidad

sino el síntoma de una obsesión y una carencia. Oyendo al zascandil, que hablaba sin tino y sin parar, por cierto, cabría evocar esa máxima literaria que, en la elección léxica, aconseja preferir caballo a corcel o perro a can, no porque yo crea que sea siempre de obligado cumplimiento, sino porque sirve para describir la tendencia a la degradación léxica que practicaba el zascandil, quien entre caballo y corcel preferiría siempre penco, entre perro y can escogería chucho y entre col y col pechuga (eran así sus gracias). Baste este apunte para hacerse una idea de qué palabras elegía para bromear sobre el amor, el sexo o el *sursum corda*, aunque no por eso le hacía ascos al cultismo si convenía a su zascandileo. Si culo veo culo quiero, decía, por ejemplo (y es la única aportación grosera del sujeto que va a tener cabida en este testimonio, que no soy partidario de malsonancias). La gracia, a juicio del muchacho (y puesto que días atrás cargó Lola la gracia con todo merecimiento, aquí más bien habría que hablar como mucho de gracieta), estaba en que convertía el clásico proverbio de la envidia en una máxima lasciva y por eso, con la terquedad infantil que no advierte en la reiteración el desgaste de lo que fue gracioso (o graciosete) en primera instancia, soltaba la frase cada vez que pasaba cerca alguna joven rotunda en sucinto bikini. Yo enseguida me pongo pirongo, añadía a veces con ojos ávidos ante el reproche mudo o las miradas homicidas de las muchachas, pues, aunque él no supiera lo que estaba realmente diciendo, todos los demás entendían de sobra lo que quería decir. No tuve necesidad de entregarme a ninguna técnica psicoanalítica para entender la recurrente propensión del muchacho y para persistir en el atributo de zascandil. Todas las muchachas se ofendían con sus bromas, sus chistes y sus groserías, que en modo alguno quedaban neutralizadas por la sensatez y la cordura filosofal del sabihondo o por la elegante discreción del forastero, pero era Mercedes quien mejor expresaba el desagrado, con un severo eclipse del semblante, un modo peculiar y autónomo de fruncir el ceño que no podía pasar inadvertido y que a saber si no le empujaba al zascandil a crecerse en la adversidad y a ponerse aún más pirongo todavía, fuera cual fuera el significado que la palabra *pirongo* tuviera para él. A Mercedes era precisamente a quien le dedicaba una de sus actuaciones, cuya sustancia básica consistía en adentrarse en el río, permanecer inmóvil unos instantes

con el agua en la cintura, componer una cara de intensa beatitud y regresar acto seguido con la buena nueva. Misión cumplida, le decía ceceando, a saber con cuánto rigor performativo. Y el forastero, quiero pensar que por la naturaleza del carácter, no por estrategia sentimental, tenía que ingeniárselas para hacer perdonar las procacidades del gracioso lo mismo que había hecho en días anteriores para desvincularse de los juegos rupestres de sus amigos. Su actitud le valía la colaboración de Alba y Dolores, pero no le hacía bajar la guardia a Mercedes ni le hacía relajar la máscara de desagrado. Se diría que para Mercedes, acostumbrada a ser blanco de miradas, piropos, acosos e impertinencias, regía la máxima de que todos los hombres son iguales y de que todos buscan lo que buscan, y por eso no hacía distinción entre la jocosidad sexual y escatológica del zascandil y la corrección y la elegancia del forastero, la cara y la cruz, pensaría, de un mismo, salaz, obsceno, libidinoso despropósito. Por eso resultaban tan interesantes los protocolos a que se atenía con ella el forastero, la paciencia con que golpeaba una y otra vez sobre el yunque, no sé si convencido de que al final terminaría doblegando la resistencia del metal o solamente resuelto a que no se pudiera decir que no había hecho todo lo posible por doblegarlo. Fueron, por tanto, días de tira y afloja, de insistencia por parte del forastero y de aspereza, malhumor y gestos desabridos por parte de Mercedes, que le llevaba en todo la contraria. Se oponía con displicencia a todo lo que el forastero hacía o proponía y a toda propuesta de sus amigas a la que el forastero se sumara: si él se levantaba, ella se sentaba; si él se sentaba, ella paseaba; si él iba al chiringuito, ella entraba en el agua; si él entraba en el agua, ella se tumbaba al sol; y así sucesivamente; y viceversa. Por eso se me ocurrió pensar en la multiplicidad del significado de las palabras, en especial las que aluden a nociones temporales, porque la situación se prolongó durante varios días y yo la reduje a una sola secuencia por cuestiones de economía narrativa.

HOY FASE DE DESAFÍO

Un hoy llevado más allá de sí mismo.

23

Como la juventud no se destaca precisamente por la paciencia, el tira y afloja de la situación afectó pronto al grupo y le llevó al enfrentamiento. Alba y Dolores sentían cierta lástima por el forastero y no aprobaban los continuos desplantes con que le trataba Mercedes, quien, sin embargo, contaba con la lealtad incondicional de Rosa, que, en cierto modo, dama de honor sumisa, disfrutaba de manera vicaria los laureles de la belleza de su amiga. Es probable que no fuera la primera vez que vivían situaciones similares: las cuatro muchachas juntas en lugares de diversión y ocio y algún moscardón zascandileando alrededor embrujado por el hechizo irresistible de Mercedes. Lo que tal vez no fuera tan novedoso era la prolongación del zascandileo (si es que pudiera atribuírsele al joven forastero una condición de zascandil sinónima a la de su escudero), el hecho de que la propia Mercedes no pusiera fin de modo terminante a la situación, de que aceptara un día y otro la presencia del muchacho a su lado quién sabía si con la sola intención de prolongar también su desdeñoso malhumor. Con el agravante de que la situación empezaba a afectar ya, como digo, a la buena armonía del grupo, Alba y Dolores por un lado (Alba entablaba a menudo conversación confidencial con el forastero lejos de los oídos de las demás), Rosa y Mercedes por otro (también ambas a menudo en sigiloso cuchicheo). Y fue entonces Dolores, en una ocasión en que el forastero competía en el agua en velocidad y somormujo con el zascandil bajo el arbitrio y el cronometraje del sabihondo, quien le propuso seriamente a Mercedes que pusiera fin de una vez al embrollo, fuera en la dirección que fuera, a favor o en contra. Si te gusta, deja de estar de morros todo el día y, si no te gusta, corta por lo sano y mándalo a la eme para siempre. Alba se sumó a la moción, si no con entusiasmo, porque era la que más simpatizaba con el forastero, sí, al menos, como remedio. Equilicuá,

dijo, si no quieres cuentas con él, si vamos a estar así todo el verano, mejor mándalo a la eme de una vez por todas (sé que si estas palabras se hubieran producido en contextos actuales tanto *el verano* como *de una vez* llevarían necesariamente incrustado un contundente epíteto, pero entonces todavía se usaban los epítetos con respeto). En ese punto me desentendí de la conversación, porque me hizo gracia aquella eme y me quedé colgado de esa letra con visos capitulares. Hubo un tiempo en que, lo mismo que las novelas decimonónicas reducían palabras como *coño, joder* o *puta* (ese epíteto) a una inicial con puntos suspensivos (todavía en épocas recientes he visto cómo el guardián entre el centeno tachaba jotas a destajo en el Museo de Historia Natural), también en la conversación ordinaria se llamaba eme a la mierda y por eso a veces para mandar a la gente a la mierda sin caer en groserías léxicas se la mandaba solo a la eme (que no sé si en las novelas sería eme, m… o M). Y fue dándole vueltas a esa eme como tomé nota en el cuaderno para una probable secuencia vespertina.

LA M A VECES SE CEBA MAL

No puedo decir que supiera en aquel momento, cuando el forastero todavía corría el riesgo de irse definitivamente a la eme, lo que quise decir con el verbo *cebar*, porque la verdad es que me dejé llevar sin más por el hallazgo reversible. Anoté la frase sin pensar ni preguntarme si era o no era pertinente para el cuento. Solo algún tiempo después, cuando ya no había remedio, supe que, además de los significados que yo conocía (alimentación, armas de fuego, pesca, saña y el mate que con tanta frecuencia se ceban los personajes de la literatura argentina), también podía significar fomentar o estimular un afecto o una pasión y lamenté no haberlo sabido cuando andaba entregado al ceremonial de la I, porque tal vez la historia hubiera discurrido por otros derroteros. No fue el caso y no tuve otra ocurrencia que entregar al forastero a viejas formas de glotonería ansiolítica en los derrumbaderos de la eme o del amor, si es que no son los dos (la eme y el amor) la misma única cosa.

24

Ya he dicho que la documentación que puedo aportar para la historia es intermitente, que no conocía punto por punto el desarrollo real de los acontecimientos, porque, en el mejor de los casos, yo no llegaba a estar más de un par de horas a la orilla del río y en la cercanía del grupo, un par de horas además en que me levantaba, paseaba, iba y venía, seguía un rato como espectador las partidas de tute o dominó de mis coetáneos en el chiringuito, echaba largas parrafadas con algún conocido, me metía en el agua de vez en cuando, nadaba un rato, saltaba luego sobre un pie o sobre el otro para recuperar el oído, me secaba sin piedad al sol (estaba convencido de que la energía solar estimulaba el entusiasmo literario) y, por tanto, no seguía puntualmente todas las conversaciones del grupo. A ello hay que añadir que a menudo sus conversaciones no contenían ninguna información pertinente. Jugaban a las cartas, hablaban de un programa de televisión, contaban la discusión que alguien había tenido con alguien, alguna anécdota insignificante, una ruptura sentimental, un malentendido, un desengaño, mandaban a la eme al zascandil por alguna obscenidad, tarareaban la canción del verano con mucha entrega, entretenían, en suma, el tiempo con palabras vacías. Y quedaba además el resto de las horas del día en que el grupo seguía con su vida lejos del río y yo me pasaba las horas amarrado al duro banco de las mil y una palabras y de las inexcusables exigencias de la I. Solo ese desconocimiento por mi parte justifica que me sorprendiera una mañana la actuación del forastero. Y fue que de pronto Dolores sugirió que podían comprar unas bolsas de patatas y que el forastero se ofreció para ir por ellas voluntario. Él convidaba, dijo. Se alejó, en efecto, hacia el chiringuito, pero pasaba el tiempo y no regresaba. Como el chiringuito no estaba demasiado lejos de nuestra ubicación, sesenta metros, calculo, como mucho, tal vez

setenta, empezaron a preguntarse adónde demonios podía haber ido a comprar las patatas. Decidieron enviar legados en su busca (hubiera o no latines en Italia, no era la primera vez que aparecía la guerra de las Galias en sus bromas: las secuelas del *rosa rosae* eran *in illo tempore* indelebles) y allá que fueron Alba y Dolores en fugaz embajada frumentaria. Quiero decir que regresaron enseguida porque no había rastro alguno del muchacho en parte alguna, ni en el chiringuito, ni en sus alrededores. Todo fueron entonces risas y conjeturas en torno a la desaparición del forastero, víctima sin duda de la astucia gala de Astérix o de las aguerridas huestes de Vercingétorix (no voy a transcribir la hipótesis soez del zascandil), ignorantes ellos de que, *mutatis mutandis*, el forastero había decidido llevar a cabo una verdadera expedición frumentaria. Volvió al cabo de media hora, repartió con equidad las bolsas de patatas, pero, para sorpresa general, también le entregó gentilmente a Mercedes la más hermosa pieza de melocotón que pueda imaginarse en un lecho de hojas silvestres trenzadas con esmero renacentista. Bien sabemos que la manzana tal vez fuera la fruta del pecado original y que una manzana sirvió asimismo para que un príncipe de Troya distinguiera a la diosa de la belleza, pero nada nos impide admitir que también un melocotón puede tener grandeza mitológica. Supongo que en algún momento tendría que haber conocido el forastero las teorías de los padres de Mercedes sobre los beneficios cosméticos y natatorios del melocotón. Le habrían contado asimismo cuánto le amargó la mañana a Mercedes que en el chiringuito no hubiera zumo de melocotón. De ahí que, bien porque así estuviera previsto de antemano y todo fuera un ardid tramado por Dolores y el forastero para despejar de una vez la incógnita de la eme, bien porque se le ocurriera de manera repentina al propio forastero cuando iba camino del chiringuito, siguió río arriba hasta alguna de las huertas aledañas, un verdadero vergel de plantas y de árboles, saltaría ágilmente la cerca, buscaría el melocotonero más florido y escogería luego el mejor, el más maduro y amarillo, el más esplendoroso melocotón que pudiera acreditar la belleza sin par de la sin par Mercedes. Yo no sé en qué punto estaba la situación entre Mercedes y el forastero en ese instante, ni si se podía hablar ya de situación, pero Mercedes no pudo disimular ahora el efecto que le causó aquella ofrenda frutal y

creo que fue en ese instante cuando quedó de manifiesto que todo lo anterior no había sido sino el juego de la seducción que precede al amor. Tal vez sea difícil admitir que un simple melocotón pueda ser el hechizo, el sortilegio, la pócima, el embrujo, el filtro, el bebedizo que acabe con la fortaleza de una mujer, pero eso no depende tanto del melocotón como de la mujer y, en este caso, la mujer, la muchacha, Mercedes, quién sabe si porque el forastero tuviera parientes en Verona, cedió al sortilegio, la pócima, el embrujo, el filtro, el bebedizo, al vigor poético de un melocotón que todavía no era zumo. Todo ello fue evidente en el momento en que, sonriendo, con exquisita delicadeza, tras acariciarlo y acunarlo un momento entre las manos, Mercedes comió al fin del fruto del árbol que estaba en el medio del huerto. Y con piel, subrayo, sin grima. Fue, sin duda, un momento mágico que todos contemplaron boquiabiertos. También yo. Después, mientras el resto del grupo se dedicaba al picoteo de patatas, anduve buscando un título que resumiera tan singular ejercicio de seducción. No lo encontré. Tentaciones tuve de apropiarme de uno de los recursos prosódicos de los oráculos antiguos para que, a una hipotética pregunta sobre si le habían tocado manzanas, cerezas o ciruelas a la muchacha en el reparto, la respuesta fuera

NO, TOCOLE MELOCOTÓN,

con el solo argumento de que en los entreactos de la vida, así suelen suceder las cosas, tan pronto te toca melocotón como no te toca, pero logré sobreponerme, no sucumbí y opté por encomendarme a los dioses con una plegaria universal.

OREMOS, HOMERO

Y decidí esperar que las musas, si no el espectro del propio aedo inmortal, me hablaran de las múltiples tretas del forastero.

25

Supe (porque estuvieron hablando de ello toda la mañana) que habían estado la noche anterior en la verbena de uno de los barrios de la periferia. No era infrecuente entonces que cada barrio celebrara su propia fiesta estival, en algunos casos, como en San Juan, siguiendo una antigua tradición, en otros, por presión popular, tras decidir las asociaciones de vecinos que no iban a ser ellos menos por no tener santo al que encomendarse, y así ocurrió que todos los barrios, me atrevería a decir que sin excepción, dedicaban un fin de semana de julio, de agosto o de septiembre (no sé cómo se repartieron los fines de semana inter barrios para no coincidir) a su propia celebración, la exaltación del reducido patriotismo de barrio, porque, al igual que los pueblos, las regiones y los países, cada barrio es también el mejor barrio del mundo. Supongo que todos seguían idéntico programa. Había juegos y concursos infantiles por la mañana con premios y regalos para todos los participantes, porque ninguna festividad puede originar traumas ni frustraciones. Los bares ponían barras en la calle para proveer al personal de sangría, cerveza y cubalibres. Y por lo noche, hasta las tantas, una orquesta local o un grupo musical de los que tanto proliferaron entonces *amenizaban* (*sic*) una velada con los últimos éxitos de la moda pop y los grandes hitos de la canción española tradicional. Así era, al menos, en mi barrio. Lo sé porque tuve que soportar varios veranos la voz meliflua del animador que entretenía a los niños con simplezas de catequista, un adicto al micrófono que no quedaría hoy libre de sospecha, así como, por la noche, hasta la madrugada, la estrepitosa megafonía del conjunto de turno, una fanfarria que se filtraba por las ventanas, los tejados y las paredes sin contención ni límite ni armonía. En una de estas verbenas fue en la que estuvieron en la noche del sábado (los viernes no eran todavía los viernes de ahora) y gran parte de la conversación giró

en torno a las distintas aptitudes de cada uno para el baile. Como era de esperar, el forastero estuvo bailando toda la noche con Mercedes en tanto que, cuando la orquesta tocaba piezas lentas, el sabihondo y el zascandil tenían que hacer encaje de bolillos con Dolores, Alba y Rosa para evitar desaires, morros y discordias. Fue opinión femenina unánime que, sin llegar a ser Fred Astaire, el zascandil no era mal bailarín y que ninguna modalidad se le resistía, ni el pasodoble, ni el tango, ni la salsa, ni el *rock*, probablemente porque bailaba con la misma desinhibición con que contaba chistes verdes o soltaba gracietas escatológicas. El sabihondo, en cambio, bailaba, al parecer, con la misma rigidez racionalista con que leería el *Discurso del método*, la *Crítica de la razón pura*, o el *Tractatus Logico-Philosophicus*, esto es, con los apriorismos de un pato maneado. Mercedes y el forastero, por su parte, no necesitaron mayores acrobacias ni coreografías para mantenerse a pie firme sobre un mismo palmo de danza, fueran cuales fueran los ritmos y las estridencias que llegaban desde el escenario. Toda la noche dale que te pego, según palabras del zascandil, poniendo la pica en Flandes, metáfora que provocó risas maliciosas, ruborizó a Mercedes y enojó al forastero, todo ello en una sucesión de fichas de dominó, cada una motor de la siguiente: metáfora, risas, rubor y enojo. De modo que, si en la conversación del río todo fueron al principio risas y bromas por cómo pasó tal cosa y cómo pasó tal otra, por lo que tú dijiste entonces y lo que dije yo, con las picas de Flandes llegaron también los reproches de Rosa contra el zascandil, que, por lo visto, tras participar con ella en el concurso de mazurcas, uno de los alicientes zarzueleros de la verbena, creyó que todo el monte era orégano y empezó a comportarse con la misma desfachatez manual con que, verbalmente, si veía culo, culo quería. Su descaro fue en aumento cuando Dolores y Alba se independizaron del grupo, no sé si porque se fueron con otros bailarines o porque huyeron de la quema, y el zascandil bailó solo ya con Rosa, tampoco sé si porque era la que quedaba libre o porque, en rigor, al escudero del caballero le correspondía emparejarse con la doncella de la reina. Y tal vez fuera durante el emparejamiento escuderil cuando el zascandil pretendiera convertir en tangente o sobajada su desvergüenza verbal. Así pues, lo que al principio me pareció un simple desajuste

aritmético, tres muchachas y dos muchachos, había terminado siendo un desbarajuste en el que solo se bailaba suelto, porque ninguna quería bailar con el zascandil y el sabihondo tenía puestos los pies y el ritmo en la incierta latitud de los silogismos. Aguantar al canijo todo el tiempo, dijo Rosa, fue una cruz. Una auténtica cruz, decía una y otra vez. Literalmente, añadía. Y todos se reían con el enfado de Rosa y era precisamente el zascandil el que con más aspavientos se reía y con más inauditos ademanes justificaba el arte de tomar medidas. Es que yo lo hago todo a ojo de buen culero, decía, acentuando así en Rosa una indignación de la que solo salían, aturulladas, las palabras *cruz* y *canijo, canijo* y *cruz*. De las quejas de Rosa y de los joviales estribillos de Alba y de Dolores surgió un primer título,

AHÍ TOCOLE LOCO, TÍA,

con retintín picante en el *ahí*. Sin embargo, me quedé colgado al mismo tiempo de la *cruz*, porque me pareció palabra de mujer mayor y aplicable a contextos menos efímeros (y porque de *canijo* poco o nada podía sacarse sin caer en desvergüenzas), estuve dándole vueltas y su revés me llevó caprichosamente al concurso de mazurcas, aunque no al concurso propiamente dicho, sino a su sustancia musical, esto es, a la palabra *mazurca*, que figuraba en el título de una novela que no era del Oeste y que yo había leído no hacía mucho, de modo que algo sabía (porque había consultado el diccionario de María Moliner) del compás de dos por tres de la mazurca, compás al parecer acorde con las tres muchachas y los dos muchachos del río y de la verbena (o el tres por cuatro si incluía en la partitura a Mercedes y el forastero), y pensé que el dos por tres, como el no hay dos sin tres y otras asimetrías, no obtiene nunca un desenlace favorable.

LA MAZURCA CRUZA MAL

O no tan mal, me dije, mientras anotaba el segundo hallazgo en el cuaderno, si pensamos, uno por uno, solo en Mercedes, en el forastero y en el afianzamiento de su deriva sentimental. En cualquier caso, con tanto ir y venir de bueyes por el surco, pasé gran parte de la tarde yendo del loco y canijo zascandil a la

mazurca y de la mazurca al loco y canijo zascandil, como quien va de oca a oca una y otra vez a la espera de que el azar le mande definitivamente del laberinto al treinta. O, de acuerdo con mis planes, al treinta y uno.

26

No solo porque me diera cierto apuro ocupar un sitio día tras día junto a la pandilla de amigas, con el riesgo de que advirtieran mi condición de mirón en exceso y me endosaran el atributo de *voyeur* profesional, cuando no de mayores y peores perversiones sexuales (porque nuestras edades marcaban límites infranqueables: diecisiete años es la edad de las princesas, la de los héroes del Oeste veinticuatro), sino también para despejar los espesores de una mente en desacostumbrada e intensa ebullición o porque las musas se habían mostrado misericordiosas, había mañanas en que prefería no bajar al río. Al fin y al cabo, también pensaba, son muchas las horas que los muchachos pasan fuera de mi alcance, de mi punto de observación, y, por mucho que todas las historias sean iguales y todos los amores tengan las mismas fases, no es fácil rellenar esos huecos con la simple aplicación del sentido común. Era fácil suponer que tras la ofrenda del melocotón (que lo repetiré, sí, TOCOLE) los amores entre Mercedes y el forastero irían por buen camino y que seguirían los cauces rutinarios de la estirpe: escarceos, equívocos, consentimiento y plenitud. Bastaría, pues, darle tiempo al tiempo, darle campo de acción al forastero y esperar entretanto los favores de las musas. Fue así como me encontré otra mañana a una pareja de turistas jóvenes recorriendo las calles de lo que las guías de viaje llaman zona monumental o casco histórico. No es que decidiera seguirlos discretamente en razón de mi oficio de joven novelista buscando material, pero coincidí con ellos en tres puntos distintos. Los vi por primera vez en la calle de la misericordia, una calle secundaria del centro por la que yo solía conducir mis paseos matinales los días que no bajaba al río o las mañanas en que era demasiado temprano para hacerlo. Somos con frecuencia reos de nuestras rutinas y, en mi caso, algunas de las calles del centro podrían certificarlo. Esta es una calle solitaria y medieval, casi diría

que autónoma, con escasa relevancia práctica, pero también tal vez con mayor encanto propio que ninguna otra de la ciudad. Hay en ella un par de edificios de noble planta que hacen pensar en un interior secreto e inaccesible y un grandioso convento con dependencias a ambos lados de la calle, un paso elevado que conecta ambas mitades y un par de ventanas que concentran las miradas de los viajeros ilustrados. Junto a una de las puertas de entrada, en una oquedad tal vez tardía, hay una hornacina con una imagen en relieve de Nuestra Señora de la Misericordia protegida por una reja. Yo había coincidido muchas veces con turistas que admiraban la tracería del pasadizo y se hacían cruces con la imagen, no por su mérito artístico, sino por la devoción a la intemperie, sobre todo cuando, como ocurría en ocasiones, encontraban a sus pies, además de flores, alguna vela encendida o a algún pobre penitente exhibiendo su devoción con ademanes aprendidos en la iconografía mística del Siglo de Oro, de modo que no era algo que me sorprendiera (una vecina mía, beata vocacional, encendía una vela cada primer viernes de mes en cumplimiento de una promesa secreta; también a veces se denunciaban profanaciones nocturnas de borrachos, gamberros o iconoclastas). Y también había visto las sonrisas indulgentes con que contemplaban y fotografiaban las dos ventanas de rejas puntiagudas que, en tiempos de intrepidez romántica, protegían el claustro de cualquier tentativa de asalto o sacrilegio, como si el convento se armara con una coraza punzante o vistiera un agudo y enhiesto cilicio inverso, el objetivo de cuyos pinchos no fuera la propia mortificación sino servir de freno y contención a los ímpetus impíos de burladores y donjuanes, tan devotos de novicias y clausuras. Tampoco me sorprendió ahora ni presté mucha atención a la pareja con que me crucé. Me pareció una pareja agradable dispuesta a disfrutar: del viaje, de la ciudad y de sí misma. Y para que quedara constancia de todo ello el joven ejercía de fotógrafo y la joven adoptaba poses de revista de moda, en el centro de la calle, bajo el pasadizo, junto a la hornacina o frente a las ventanas ciliciales, aunque, oyendo la risa de la modelo y las complicidades del fotógrafo, no supe distinguir cuánto había de convicción y cuánto de parodia. Volví a verlos poco después fotografiando la iglesia de San Juan desde todos los ángulos, a veces con modelo y a veces sin modelo, y ahora ya les presté más

atención: por la casualidad, por ser los mismos de hacía un rato y porque no dejaban de parecerme una pareja simpática. Y los vi, finalmente, por tercera vez, delante del parador, en el sitio de la fortaleza, burlándose (con razón) del soneto heroico-municipal estampado en cerámica sobre un lienzo del torreón, cuyos ripios a duras penas consonantes y sus catorce versos dudosamente endecasílabos declamaban con impostado patetismo marcial. En esta ocasión me senté en un banco para seguir sus movimientos. En mi descargo diré que no era el único. Varios de los asiduos de la plaza los contemplaban, tal vez porque el desenfado con que actuaban era ya una forma de reclamar la atención, tal vez porque se comportaban con menos inhibiciones que el común de los turistas, y, como su desenfado no era escandaloso ni molesto, antes al contrario, despertaban la simpatía a su alrededor. A todo ello, además, se unía en mi caso la reincidencia. Por eso, como si fuera un obsequio de las musas, puesto que la joven era guapa, e incluso, si nos ponemos estupendos (lo que no siempre es aconsejable), podría decirse que, además, hermosa, y puesto que mi función iba más allá de la mera contemplación, en algún momento pensé convertirla en personaje de mi historia, pero por razones narrativas y lineales (no hay que olvidar que el concurso pedía novelas breves) quise evitar complicaciones y decidí que aquella joven no era ya una turista accidental, sino la propia Mercedes, y que su acompañante no era ya su acompañante, sino el mismísimo forastero fotografiando la memoria del verano. Si los principios de la ficción permiten imaginar ciudades, trasladar calles de sitio, poner ventanas donde no las hay, jardines en secarrales y ríos en el desierto, por qué en la invención de personajes no va a permitir hacer de dos personas una o, como sería el caso, fundir a Mercedes en el molde imprevisto de una joven ajena a la historia. No hace falta argumentarlo: a la ficción le sobran los argumentos. Así como la metáfora consiste en transferir el significado de una palabra a otra distinta con la que guarda alguna relación de semejanza, así también podría yo trasladar a la muchacha del río alguna de las acciones que la joven viajera me había llevado a imaginar, y como no sería descabellado pensar que a Mercedes, mejor que peluquera o dependienta (¡eso nunca!, según las rotundas palabras de su madre), le gustaría ser actriz, tal vez modelo (es una de las

ambiciones a las que la belleza condena a las muchachas), bien podría haber sido seleccionada entre otras bellezas locales para protagonizar un anuncio, un *spot* de promoción turística de la red de paradores nacionales.

SE RODARÁ PARA PARADORES

Imaginé un anuncio con Mercedes en varios escenarios paradisiacos del parador: tomando el sol en traje de baño en la piscina, contemplando la puesta de sol desde un mirador, paseando en éxtasis anagógico por el claustro o bebiendo zumo de melocotón en la cafetería. El canje era un poco disparatado, porque la joven turista solo tenía de Mercedes la belleza, no el carácter ni la vanidad. Su belleza no requería peajes y su simpatía subía de abajo arriba. Y, en realidad, la desenvoltura con que pasaba de una pose a otra y el desenfado con que se reía de sí misma la hubieran hecho más digna de ser Dolores si no fuera porque en Dolores se adivinaba una procedencia social obrera y a la joven turista la vida le había sonreído desde la cuna y la genética desde el principio de la estirpe. Las huellas de clase no se borran nunca y no era ese un terreno en el que mi novela quisiera ni debiera entrar. El mismo Saúl Olúas declara incompatibles la revolución y los palíndromos. ¿Qué hacer, pues? ¿Desestimar el azar de una película o un *spot* frente al parador y dejar a las muchachas en flor disfrutando la áurea mediocridad del verano y de la juventud en el recodo del río? La solución no era fácil. Ya procuraría ver otro día cómo encajaban unas cosas en otras si es que no quedaba más remedio que seguir los requisitos de la trama y encadenarlos con verosimilitud y con solvencia. Obligatoriamente. Contaba con un detalle decisivo a mi favor: que no sería disparatado otorgarles a Mercedes y al forastero la misma armonía sentimental con que se comportaba la joven pareja de turistas.

27

Todavía vi una vez más a la joven pareja en una terraza de la plaza. Solo que en esta ocasión miré hacia la terraza sabiendo que estarían allí o, en todo caso, que era probable que estuvieran. Porque, todavía en el sitio de la fortaleza, cuando dejaron de tirar fotos a lo que el parador pudiera tener de interés arquitectónico y a lo que sin duda tenía la joven turista de fotogenia, se acercaron al banco en que yo mismo estaba para hacerme una pregunta sobre gastronomía local. No hicieron la pregunta de manera inmediata, sin embargo. Se entretuvieron primero entablando conversación como por casualidad. Pensé que acaso se hubieran dado cuenta de que habíamos coincidido sucesivamente junto a la hornacina y frente a la iglesia de San Juan y que habrían influido esas reincidencias del azar para acercarse al banco e incluso (no puedo asegurarlo) para sacarme como espectador en alguna de las fotos que protagonizaba la joven. En cualquier caso, si reconocieron en mí al paseante solitario no lo dijeron y yo mismo tampoco dije nada. La joven se sentó a mi lado, no sé si para descansar del ejercicio fotográfico o por franqueza natural, el joven siguió de pie frente a mí y el modo en que hablaban entre ellos me incluía oblicuamente en la conversación. Tenían mucho interés, dijeron, en recorrer la parte antigua de la ciudad, que era lo que habían hecho hasta el momento, perderse en los recovecos medievales, visitar la catedral, admirar la reciedumbre y la sobriedad de los conventos (que, como todo el mundo sabe, son los verdaderos cimientos sobre los que se asientan la fe cristiana y la vocación religiosa), comprobar la eficacia defensiva de los muros de la fortaleza y de los torreones de la muralla, sostén a su vez del poderío militar de los marqueses de antaño (no supe distinguir la seriedad de la parodia, puede que resultaran contagiosos los efectos secundarios del soneto), pero no podían abandonar la ciudad sin haber probado uno de los manjares

más suculentos y exquisitos, al tiempo que más escasos, de nuestra idiosincrasia culinaria, cuya fama había trascendido los límites de la región. Fue la joven la que, tras el preámbulo turístico de elogios y generalidades, terminó preguntando dónde podían comer ancas de rana. Un amigo suyo que había visitado la ciudad años atrás les había insistido en que no se fueran sin probar las ancas de rana, cuya degustación era, sin duda, el mejor regalo que se le podía hacer al paladar después de haber encontrado la salida del laberinto. Las ranas estaban ya entonces prohibidas, eran, por tanto, alimento clandestino. A quienes habían encontrado un modo de subsistencia dedicando las noches a cazar ranas en el río y las mañanas a venderlas luego en el mercado la prohibición les había convertido en furtivos, y la rana autóctona, la rana de río, era ahora un manjar tan codiciado como secreto. (No sin cierta tristeza diré que en el río ya no hay ranas, ni memoria siquiera de las ranas, ni hay areneros cantando habaneras, ni hay gente bañándose en verano: el antiguo encanto poético y festivo ha sucumbido ante las diversiones del ocio industrial). Quedaban, no obstante, todavía un par de sitios donde las servían, rebozadas o en salsa, con discreción, sin figurar en los menús, siempre y cuando contaran con materia prima. Y como me caía bien la pareja y no se me ocurrió pensar que pudieran ser agentes del Gobierno a la caza de infractores de las leyes sanitarias, les indiqué el lugar que yo mejor conocía y les di instrucciones sobre el protocolo. Por eso, cuando pasé por la plaza a mediodía, pude ver que habían seguido mis indicaciones. Estaban sentados a una mesa y el camarero se disponía a llenarles en ese instante las copas de vino. Pude ver asimismo varios platos con raciones, jamón de bellota, solomillo cabreado, caracoles en salsa picante, queso de oveja en aceite, y también, claro (todo eran suposiciones, no me acerqué a la mesa a comprobarlo), ancas de rana. Tentación tuve de hacerles degustar un nuevo plato estrella del local, concretamente los

AJOS A LA SOJA,

y hacer de tal degustación el núcleo de la secuencia, pero lo desestimé al final por un par de razones concluyentes: se trataba de una modalidad gastronómica registrada con el correspondiente *copyright* y era notorio, además, que su creador, que, invirtiendo

los papeles, había sido fraile antes que cocinero, gozaba de un alto prestigio en el selecto *ranking* de la denominación de origen. Excluidos, pues, los ajos (que al fin y al cabo tenían dueño), tampoco fueron las demás raciones, el jamón, el solomillo, los caracoles o el queso, ni siquiera las ranas, la guinda de tan singular batracomiomaquia, las que tiraron de mí hacia las palabras, sino el vino, porque, al ver la pericia del camarero manejando el sacacorchos, no pude dejar de trazar un virtuoso silogismo: si los conventos son los cimientos de la fe y las murallas el sostén del poder, como había dicho el joven, el vino entonces, me dije, el buen vino, es la celebración del gozo, la efervescencia de la alegría. Por eso desemboqué sin apenas pensarlo en un título a propósito.

ÁBRESE ROJO RESERVA

Y sumando el vino tinto al *spot* del parador ocurrió que obtuve así un día de adelanto en las tribulaciones del ingenio, que podía tomar un respiro en la matinal derrota de la brújula, porque contaba con dos puntos de desarrollo, el rodaje y el rojo reserva. Solo tendría que vencer una dificultad, porque, si no era difícil imaginar a Mercedes y al forastero haciéndose fotos en el sitio de la fortaleza, pues también a los jóvenes les gusta acumular pronto material para el recuerdo, sí lo era en cambio verlos a los dos, dados al zumo de melocotón y al consumo de patatas fritas, bebiendo vino reserva con denominación de origen y saboreando manjares exquisitos con paladar de *gourmets*. En cualquier caso, el propósito era firme y respondía a una máxima que en momentos de apuro no admite vuelta de hoja, a saber: esto tengo que aprovecharlo como sea. Tal vez podría imaginarlos como adolescentes que juegan a ser mayores y deciden comportarse como los adultos que celebran sus aniversarios (que en ellos serían apenas dos semanas, una de tentativas y otra de embeleso) en elegantes restaurantes de la quinta avenida y, para sentirlo con mayor propiedad, piden vino de la mejor cosecha no para disfrutar del vino sino del prestigio cultural del vino.

28

Una vez escritas las mil y una palabras de la secuencia del día, muchas tardes salía de casa para despejarme y pasear mi satisfacción (también a menudo mis incertidumbres) por los lugares de siempre, la calle de la misericordia, la plaza del laberinto, la travesía del interventor (que no se llaman así, pero es como las llama todo el mundo), los jardines de la independencia o la vieja ruta de san Hervacio. Lo que no solía hacer era ir al cine, porque lo que yo me recomendaba era respirar, dejar la mente en blanco, no la anestesia de una trama comercial en la penumbra. Sin embargo, un sábado en que, en efecto, había sobrevolado el teclado a velocidad inusual (no sé si favorecido por las musas o irresistiblemente abducido por la fuerza de atracción de la palabra mil una, que, lo recuerdo, fue *deriva*), decidí echarme a la calle como otros días, pasear, recorrer los viejos lugares, pero, una vez en la calle, no por el agobio del calor, que lo había, porque era más temprano que otros días, ni porque me pareciera que se hubieran oxidado los hábitos de la rutina callejera, sino por los caprichos del azar, terminé metiéndome en el cine. Y fue que, según pasaba por la entrada, vi en la cola de la taquilla a Mercedes en compañía del forastero, y fue además que estaban solos, sin Dolores, sin Alba, sin Rosa y sin sombra ni sospecha del zascandil ni del sabihondo en las cercanías. Me alegró la casualidad, porque, aunque tuviera que tomar las pertinentes precauciones en aras de la verosimilitud (bastante deteriorada ya por el síndrome del palíndromo al que había entregado todos mis talentos), los hechos venían a confirmar lo que de otro modo hubiera sido solo invención. Agradecía, pues, el favor que la realidad prestaba a la ficción, más aun considerando que con frecuencia es la propia realidad la que entorpece y estropea los caminos de la ficción, ya sea porque la realidad a veces es más inverosímil que la ficción, ya sea porque se niega a doblegarse a la

necesidad de sus códigos y exige el pago de tributos, así fue y no hay vuelta de hoja, pero no deja de ser satisfactorio que de vez en cuando ocurran las cosas al revés y sea la realidad posterior la que venga a confirmar los hechos de la ficción previa. De modo que no tuve que pensarlo mucho para tomar una decisión. Me puse también yo a la cola, saqué mi entrada y acepté sentarme en la oscuridad, dejarme llevar por las imágenes, sumergirme en la placidez de una íntima y blanda beatitud. Ni siquiera me paré a ver qué película ponían. No sería la primera vez que entraba en el cine a ciegas. Sin embargo, y por eso creo que los dioses favorecen a veces los empeños de los mortales con sus designios (no de otro modo cabía entender la rapidez con que los propios dioses me habían llevado a la *deriva*), la tarde me iba a deparar una información que, pese a convenir a mis propósitos, yo no me había atrevido todavía a imaginar. Sobre todo ello estuve pensando aquella tarde y llegué a esbozar los principios de una teoría sobre la ficción como profecía, o de las profecías como variantes de la ficción. No pasó de un esbozo, claro es, sin desarrollo alguno, pero me hizo sentirme bien: astuto, inteligente, con ideas propias y perspicacia especulativa. Sin embargo, tales cavilaciones no eran sino una desviación, un modo de alejar o aplazar la urgencia, la necesidad de hurtarle un título al azar. Por una parte, estaba la pareja incipiente, cuyos movimientos o escarceos no pude seguir, porque la butaca que me tocó estaba tres o cuatro filas por delante de la suya. Por otra parte, estaba la pantalla. Ante mis ojos desfilaban las imágenes de una película sobre la Segunda Guerra Mundial, las penalidades de unos prisioneros escuálidos que, tras mucho sufrimiento, el día de la liberación decidieron purificar los escenarios del dolor prendiendo fuego a las instalaciones del campo, pero que, sin embargo, por repugnancia moral, y pese a poder hacerlo, no se atrevieron o no fueron capaces de rociar con gasolina y hacer arder vivos los cuerpos de los dos guardias que, habiendo sido pródigos en sevicias, no tuvieron la habilidad de escapar a tiempo. La película era mediocre e insidiosa (en realidad no debería prestarse demasiada atención a lo que diga, porque me despisté a menudo, seguí la película un tanto a ráfagas, me distrajeron los entresijos teóricos que acabo de mencionar) y eran moralmente perversas sus pretensiones. Por eso tal vez triunfaba en la cartelera,

porque los conflictos morales simples gozaban entonces de algún prestigio comercial. Establecía una doble distinción entre buenos y malos. En la primera, muy grosera e incondicional, la bondad correspondía a los prisioneros y la maldad a los guardianes. Para que no cupieran dudas, las conversaciones estaba salpicadas de *flashbacks* que documentaban lo uno y lo otro, la mansedumbre y la resignación de los prisioneros, el sadismo y la inhumanidad de los guardianes. En la segunda, melodramática y sentimental, se enfrentaban entre sí los prisioneros, los partidarios de la cremación y la venganza contra los que, con una altura de miras moral empalagosa, preferían no contaminar con crímenes su conciencia. Yo hubiera aplicado sin ninguna vacilación los códigos morales de las novelas del Oeste, porque la venganza vicaria proporciona un placer grato e inocente, pero mi opinión aquí es secundaria y prescindible. Me hubiera gustado saber, en cambio, qué podían pensar sobre la película Mercedes y el forastero, si es que habían estado atentos a la trama y a la artificiosidad de los diálogos (que yo juraría que no, más conjetura que juramento, por otra parte), aunque el gran debate sería, sin duda, el que mantuvieran, si hubieran visto la película, el zascandil y el sabihondo, los comentarios ecuánimes del muchacho que había leído *Ecce homo* frente a las groserías con que despacharía el zascandil todo planteamiento ético. En su defecto, hice propósito de prestar mucha atención a lo que pudieran decir al respecto Mercedes y el forastero, siempre y cuando, naturalmente, se entretuvieran desmenuzando la película. Por eso, a la salida, los seguí, pero, a la espera de sus comentarios, quise anticiparme a la naturaleza del debate con un simple juego de palabras, la moral de los campos reducida a espectáculo por la ética de los campus, vanos pasatiempos de las cátedras de filosofía.

HAY CENIZA NAZI NECIA

No fue una tarde inútil. Pero también diré que, una vez encontrado el juego, me di por satisfecho y no presté más atención a la historia ni a sus propósitos. Me conformé con la ceniza.

29

Así pues, como digo, a la salida del cine, ya anochecido (habíamos acudido a la sesión de las ocho), seguí discretamente a la pareja con el pretexto de asistir al cinefórum. Ya he dicho, sin embargo, que no creo que la película pudiera ser de su interés y que para ellos ir al cine aquella tarde tenía más que ver con ellos mismos, con hacer algo a solas juntos, que con ver una película de las que entonces se decía que eran profundas y se celebraban porque tenían mensaje, por más que el mensaje fuera falaz y fuera avaro. Puede incluso que ni siquiera hubieran prestado atención a la pantalla, bien por estar atareados en sí mismos en la oscuridad, bien porque la incertidumbre y la ansiedad les hicieran tener la mente en otra parte, en las vacilaciones del instante siguiente, en la disyuntiva de si sí, si no o si tal vez, quién sabe. Me acerqué, pues, con distraído disimulo y caminé un rato tras ellos a cuatro o cinco pasos de distancia. Así pude comprobar que no solo no comentaban la película, sino que tampoco comentaban ninguna otra cosa. Caminaban en absoluto silencio, un silencio que yo no podía interpretar, que tanto podría deberse a que durante la proyección habían sido felices o a que todos los tanteos amorosos habían terminado en rotundo fracaso, por su escasa intensidad tal vez, por la poca perseverancia del muchacho o por el recato con que la muchacha protegía su belleza arisca o su virtud. No parecía que hubiera entre ellos ningún indicio de intimidad. Por precaución, por discreción, retrasé unos pasos la marcha para dejarlos ir a su aire e iba ya a abandonar la persecución cuando, también de pronto, me pareció que se apartaban de las calles con luz y con farolas y se internaban por parajes secretos. Decidí entonces seguir sus pasos de nuevo y no ya con presuntos y caprichosos pretextos cinematográficos (de sobra sé que la trascendencia intelectual es incompatible con los desasosiegos del amor), sino con el prurito de

la curiosidad. Pronto supe que exploraban las rutas clandestinas de las parejas incipientes, los rincones recónditos sombríos, las plazuelas solitarias, e incluso, y esto era bastante más siniestro, los puntos oscuros de las calles urinarias, que siempre me parecieron la mayor degradación de los amores adolescentes, los lugares en los que el amor se vuelve sórdido y en los que el sexo se envilece. Nunca, en mis amores, había descendido yo a las calles ciegas ni a los rincones suburbiales. Fue entonces cuando preferí no conocer los hechos y volví sobre mis pasos. No puedo asegurar que siguieran realmente la ruta natural de las parejas por la sombra ni que buscaran penumbras más espesas de las que habían tenido en el cine. En realidad, yo no sabía ni podía saber hasta qué punto eran ya una pareja o ni siquiera si lo eran. En cualquier caso, si ese era su propósito, si a tales parajes los empujaba la culminación de la mazurca, si recorrían aquellos escenarios con ojos turbios, aquel paseo y aquella acción quedaban fuera de mi imaginación. *La ruta natural*, me dije, era una ruta trillada, era un lugar común, era un tópico mostrenco, carecía de aliciente narrativo alguno, no merecía ningún honor de versalitas y de ninguna manera podía figurar en la novela ni retorcer su destino. Ni *La I no merece ceremonial* podría acoger un capítulo de tales características ni ningún Bustrófedon podría sentirse orgulloso de un titular así. Tan ajeno es lo que es de todos como lo que es de un solo dueño, me dije pensando en ajos, pensando en soja. Bien podría ocurrir, no obstante, me dije también, que la búsqueda de las calles oscuras se debiera a lo contrario, porque también la pena tiene una propensión lóbrega, tiende a las ruinas y a la desolación, ya sea la desolación inmobiliaria o sea la desolación moral. Sea de ello lo que fuere, me dije en aquel punto, mañana veré en el río cómo les van las cosas a estas pobres criaturitas. Y acto seguido me marché a casa agobiado por una sensación densa y opaca, el espeso sabor tal vez de otra ceniza.

30

Una mañana que me demoré en exceso en el paseo habitual antes de bajar al río y que era, por tanto, un poco tarde para el baño, yendo ya deprisa por la travesía del interventor, que marca de manera muy cartográfica una de las salidas de la ciudad, me sorprendió ver a Mercedes en compañía de una señora que primero pensé que era su madre y más tarde lo supe sin lugar a dudas y arrastrando una pequeña maleta de viaje que, pese al arrastre, era imposible que pesara tanto. De ahí deduje que el peso de la maleta era proporcional al disgusto con que, por la razón que fuere, la llevaba, la arrastraba, la castigaba Mercedes, esa sinrazón de la conducta que nos lleva a descargar nuestros enojos sobre objetos inanimados e inocentes. Yo conocía la irritación de Mercedes ante la contrariedad (baste recordar cómo la afectó que no hubiera zumo de melocotón en el chiringuito o cómo reaccionaba ante los chistes y las intromisiones del zascandil), pero su irritación me pareció ahora mucho más combativa, tal vez porque contra quien descargaba su malhumor era precisamente su madre. El caso era que Mercedes no quería ir a donde fuera que iban, porque ella en el pueblo se aburría mortalmente y porque ya era mayorcita para decidir qué quería hacer, qué no quería hacer y qué quería no hacer. La madre, en cambio, argumentaba que pasaban todos los años las fiestas de las cabañuelas en casa de la abuela, que ella (la madre) no se perdonaría dejar de acudir un año sin razón alguna, que ella (Mercedes) había sido siempre la que más interés había puesto en pasar esos días donde la abuela y que no iban a dejar de hacerlo ahora por un antojo de niña caprichosa, grosera y malcriada. Contaba Mercedes con un solo dato a su favor: que al parecer su padre también estaba harto de las cabañuelas y había decidido pasar de fiestas en casa de su suegra. Por eso se veían obligadas a viajar en autobús sorteando baches, cunetas, ciervos y

precipicios. Era inútil. Para lo que hacía el padre en la fiesta, era mucho mejor que no fuera, decía la madre. Dejando aparte la deserción del padre, la discusión giraba invariablemente en torno a esos tres o cuatro argumentos, la negativa de Mercedes a pasar por primera vez las fiestas de las cabañuelas en casa de la abuela y la determinación de la madre de no romper la tradición por un capricho incongruente y repentino, más aún cuando no hacía ni dos semanas que la misma Mercedes iba contando con impaciencia los días que faltaban para las fiestas y ahora, de un día para otro, se había encerrado de repente en una obstinación absurda, egoísta e insensata. Y así siguieron, etecé, ecceté, todo el rato erre que erre. Por mi parte, como si tuviera credenciales de novelista del realismo, contuve el paso para acomodar el espejo a las realidades del camino, caminé tras ellas durante un buen trecho (no creo, sin embargo, que Mercedes, tan enfadada como iba, se diera cuenta de mi presencia) y así pude ir oyendo su ritornelo dialéctico hasta que se separaron nuestros pasos. Ellas enfilaron hacia la estación de autobuses y yo seguí hacia el río. Donde, por cierto, el grupo estaba desangelado. Decapitado, se diría. Allí estaban, por supuesto, Dolores, Alba y Rosa, allí estaba el forastero cautivo de la historia y el latín, allí estaban igualmente el zascandil y el sabihondo, pero no estaba Mercedes, y aunque Mercedes, cuando estaba, hablaba poco y el resto no callaba, ahora, en el silencio común, en la desgana de las conversaciones, se advertía que la presencia de Mercedes era indispensable, pese a su silencio, a su distancia y a su displicencia, y que sin ella faltaba el alma del grupo y bien podría decirse que faltaba también el cuerpo. Ni siquiera la buena voluntad de Dolores ni las forzadas gracias del zascandil ni la cordura monocorde del sabihondo, que siempre antepondría lo átono a lo atónito, levantaban el ánimo de la concurrencia. Estaban, los pobres, desorientados. Se bañaban sin risas, comían bolsas de patatas fritas sin ganas, jugaban a las cartas sin pasión, prolongaban inexplicablemente los silencios. Y todo hacía pensar que las risas, las bromas, las conversaciones de los días normales no eran sino el tributo que todos ellos rendían a la reina, a la sin par y sin igual Mercedes. Y, cosa bastante comprensible, quien parecía más abatido, el más ausente de todos, era el forastero. Yo no sé si sabía de antemano que Mercedes iba a pasar dos o tres días en casa de su

abuela. Puede que ella misma se lo hubiera dicho, pero también que hubiera alimentado la esperanza de que la liberaran de la tradición familiar e incluso de que pudiera quedarse en casa con su padre y disponer de esos dos o tres días a capricho. Si así fuere, le había salido mal el órdago. Ay, la pobre, resumió Dolores el envite, todo eran ayer sofocos y descalientos. Entretanto, Alba le ponía al corriente de los hechos: que todos los años Mercedes se iba con su madre al pueblo de su abuela, que su abuela vivía en un pueblo de Extremadura muy bonito, que a Mercedes siempre le había gustado ir al pueblo de su abuela, que las fiestas de las cabañuelas eran según Mercedes las mejores fiestas del mundo (ni punto de comparación con las verbenas de los barrios, las insulsas mazurcas de anteayer), que su celebración coincidía con el fin de las cabañuelas de agosto propiamente dichas, que eran fiestas paganas muy parecidas a las pandorgas y venerandas del juglar y que, pese a todo, este año Mercedes hubiera preferido no ir. Esa preferencia, que no se explicaba por el cariño de las amigas, sino por la presencia del forastero, era lo único que le agradaba al muchacho, pero tampoco le impedía estar triste y lamentar la soledad en que tendría que vivir los dos o tres o cuatro días siguientes, hasta que regresara la muchacha y, con ella, los coloquios de amor y los deliquios. Pero ni las explicaciones de Alba, ni las desviaciones de Dolores, ni las exculpaciones de Rosa atenuaban el desamparo del forastero, que, de vez en cuando, se levantaba, caminaba hacia el chiringuito y regresaba como hundido bajo el peso de un dolor insoportable, lo que dio pie para que, al cabo del rato, cada vez que iniciaba uno de esos paseos arbitrarios, al zascandil, aprovechando el paso reciente por televisión de la película, le diera por cantar dónde vas Alfonso doce dónde vas triste de ti (un *ti* tercamente tónico) y, ante la reincidencia monárquica, Alba y Dolores y el sabihondo tuvieran que evitar un singular combate entre los dos amigos para el que, en previsión de que también fuera desigual, el zascandil había tenido ya la precaución de quitarse las gafas. Por mi parte, no pude dejar de unir las dos escenas esenciales de la mañana: el desvalimiento de la pandilla a la vera del río y a Mercedes arrastrando de mala gana una maleta camino de la estación de autobuses y del pueblo de su abuela. Anoté, por ello, mi apunte en el cuaderno.

Me dio un poco de pena tener que recurrir a un adjetivo tosco, un atributo un tanto incompatible con Mercedes, pero la morfología impone siempre sus reveses y, al fin y al cabo, yo había oído la discusión que mantenía la muchacha con su madre.

31

Pasó el fin de semana de las cabañuelas, pasó el lunes, que era el día previsto para el regreso de Mercedes (era al menos lo que desde el principio creían todos), pasaron también el martes, y el miércoles, y el jueves, y la ruda Mertxe seguía en el pueblo de la abuela. El forastero preguntaba cada mañana si había novedades y Dolores y Alba, que no tenían noticias o si las tenían preferían mantenerlas en secreto, lo consolaban con hipótesis familiares que, dada su naturaleza, a veces confusa, a veces contradictoria, más que proporcionarle al muchacho algún consuelo, acrecentaban su turbación, su perplejidad, su abatimiento. Porque lo cierto era que la madre de Mercedes sí había vuelto (la había visto Rosa el mismo lunes en la plaza y lo confirmó con tanta malicia como retintín) y que Mercedes, en cambio, se había quedado en el pueblo quién sabía si *sine die*. También era verdad que solía pasar una semana entera con la abuela, salvo que arrastrara suspensos de junio, y esa sería la hipótesis más favorable al ánimo del forastero: que Mercedes hubiera cedido ante la insistencia de la abuela o que la madre se hubiera empeñado en mantener las tradiciones familiares; pero no menos cierto era que este año se había opuesto con todas sus fuerzas a ir a las fiestas y que el único motivo de esa oposición había sido el forastero. No había razón alguna para prolongar la estancia sabiendo que el forastero la esperaba impaciente en el río, en el cine, en el parque o en el sitio de la fortaleza. A no ser también, y esta sería una segunda hipótesis, no del todo desfavorable (hipótesis veronesa, podría decirse), que, enterada de la presencia del forastero, la madre quisiera cortarle de raíz la tontería. Según fueron pasando los días, largos, eternos e inmóviles, por la impaciencia, para el forastero, fue imposible no sospechar que las muchachas (Rosa, al menos) sabían algo que preferían no confesar, ya fuera por no aumentar las penas del forastero, ya fuera

para proteger la imagen de Mercedes cuando se le antojara volver a los cálidos brazos del dolorido enamorado. Sin embargo, como no podían dejar de darle vueltas a tan imprevista ausencia y como querían evitar caer en conjeturas, que en estos casos siempre son adversas, decidieron merodear en torno a los pormenores de la fiesta y no pudieron dejar de evocar la leyenda del Canícula, un bandolero que asoló la comarca en algún tiempo indeterminado de principios de siglo o quizás a lo largo de todo el siglo anterior. Parecía evidente que, aprobaran o suspendieran, la historia no era el punto fuerte del grupo: en lo que al llamado Canícula se refiere, sobre cuya existencia, sin embargo, no admitían ninguna duda, tanto les daba que hubiera sido contemporáneo del Cid o de Luis Candelas como del Quijote o de Curro Jiménez. Y en los aspectos de la leyenda en los que más se detenían no era tanto en los relativos a sus fechorías forajidas como en sus andanzas fornicarias, esto es, en las numerosas incursiones en alcobas ajenas que se le atribuían y que no habían dejado de tener eco en las pandorgas y venerandas del juglar y, por extensión, en las diferentes fiestas populares a que las pandorgas y venerandas habían dado lugar en diferentes pueblos, entre ellas la de las cabañuelas a la que, para sufrimiento del forastero, no había tenido más remedio que acudir Mercedes. Fue entonces el zascandil quien, de manera insensata, para intercalar en la conversación una broma de las suyas, dijo en voz alta lo que todos pensaban y lo que las muchachas tal vez supieran: que Mercedes pudiera haber topado en las fiestas con un discípulo aventajado de las artes amatorias del Canícula primitivo, algún canicullila espabilado que anduviera por allí vivito y culeando, y que fuera precisamente eso y no otra cosa lo que la mantenía en el pueblo. Conscientes todos ellos del alcance de tales palabras, de la crudeza con que la conjetura se acababa de hacer verbo y de la imposibilidad de desdecir lo dicho, se hizo enseguida un silencio tumultuoso y, dada su contundencia, claramente probatorio. Ya no se habló más del Canícula ni de las cabañuelas, ni siquiera cuando el forastero se levantó y se alejó triste de sí hacia el chiringuito, pero el espíritu de la conjetura quedó flotando sobre las aguas con la fisonomía de un incógnito caniculilla cruzando interminablemente la mazurca con Mercedes. Yo mismo, que no estaba por entonces demasiado al tanto de las andanzas del

legendario forajido ni de las peculiaridades antropológicas de las pandorgas y venerandas del juglar, me quedé un tanto descolocado y me temí lo peor: que la historia de amor de Mercedes y el forastero fracasara y que con el fracaso se me viniera también abajo la novela. No podía, sin embargo, dejar de dar cabida a tan desafortunado lance e incluso me produjo cierto rechazo el título con el que lo recogí, porque, si afectaba a mis personajes, más afectaba aún a mis propósitos.

ALUCINA, CANÍCULA

Lo escribí desconcertado: sin saber muy bien quién era quien tenía que alucinar.

32

En la balda inferior de la pequeña estantería que contenía entonces mi exigua biblioteca, como si yo mismo me avergonzara de ellas y las condenara a yacer a ras de zócalo, casi podría decirse, dada su condición, que mordiendo el polvo, o, en el mejor de los casos, asimilándolo, se acumulaban en desorden varias de las novelas del Oeste que había ido leyendo en los últimos meses y, pese a su ubicación, no dejaba de verlas cada vez que, para darme un respiro, levantaba la vista del teclado y me entregaba al ensueño de las musarañas. Por eso, no sé si con cierta sensación de culpa, como si me avergonzara de haber perdido el tiempo leyendo tales novelas o, si no de haber caído tan bajo, sí de conservar las que todavía no había cambiado en el quiosco, en un poético acto de contrición había fantaseado con la posibilidad de darle un toque del Oeste a mi propia novela, adoptar alguno de los procedimientos narrativos que con tanta maestría sabían usar Keith Luger o Silver Kane, toda vez que, como ya he dicho, barajé al principio la posibilidad de que la novela entera fuera directamente del Oeste. Estuve dándole vueltas a la idea y solo se me ocurría alguna suerte de rodeo metafórico, esto es, algún tipo de episodio secundario que, sin serlo abiertamente, pudiera considerarse en cierto modo wéstern. Al fin y al cabo, me decía, ya tenía al forastero, tenía a la chica y solo me faltaba encontrar una figura masculina que hiciera de malo, alguna variante de facineroso, malhechor, forajido, bandido, bandolero, cuatrero o matón, del que la chica tuviera que huir y al que el forastero no tuviera más remedio que derrotar en el último capítulo. Sin embargo, no alcanzaba a ver sobre el escenario a un personaje que, *mutatis mutandis*, encarnara la villanía del Oeste en las apacibles orillas del río de un mes de agosto bucólico y sin anomalías. No lograba imaginar a un forajido secuestrando a la chica y huyendo con ella a las montañas, lejos de la jurisdicción del

sheriff; ni a un hacendado sanguinario apoderándose del rancho tras hacer matar al padre de la muchacha por un pistolero sin escrúpulos; ni a un tahúr adueñándose del salón con una mano de póquer y pretendiendo conseguir el amor de la muchacha por las buenas o por las malas, es decir, por las malas. No había modo de poner en el escenario a un tipo de tales características. Y reconozco que en algún momento me entusiasmé con la idea, aunque también diré que porque imaginé una acción menor, complementaria, y era que, a la vista de los comportamientos de los amigos del forastero (hablo ahora de mi propio forastero, del muchacho con la historia y el latín suspensos), se me brindaba una magnífica ocasión para aplicar los códigos del género y hacer que el zascandil se redimiera de sus groserías y sus sandeces al interponerse entre el forastero y la bala que le destinaba el bandido de las montañas, el pistolero a sueldo, el tahúr del salón, o cualquiera otro que fuera, en fin, el antagonista del forastero, muy probablemente un forajido sentimental caído de la fiesta de las cabañuelas. Por alguna razón que no me detuve a analizar, quería vengarme de las majaderías del zascandil. Veía la escena en el mismo punto del río en que coincidíamos cada mañana, el pistolero que salía del salón, o sea, del chiringuito, con los brazos separados del cuerpo, las manos a la altura de las culatas y agilizando los dedos como quien se presta a una extracción de sangre para análisis clínicos, y el forastero que se ponía en pie cual genuino héroe de la pradera y caminaba sin miedo hacia su adversario, dispuesto a morir por defender la honra o el patrimonio de Mercedes, y el zascandil que se metía entre ambos en el instante en que advertía que el pistolero no iba a jugar limpio y recibía en el corazón el impacto mortal de la villanía y la traición. Me gustaba la escena, más visual que textual, sin duda, pero no había modo de incluir en la historia la figura de un pistolero (facineroso, malhechor, forajido, bandido, bandolero, cuatrero o matón) medianamente verosímil. E incluirlo a la fuerza, con la sola intención de hacerle pagar al zascandil sus tonterías y proporcionarle *un bel morir*, solo significaría añadir gratuitamente otra perla al reparto con la que no sabría después qué hacer. Demasiado gasto inútil, me dije, para un simple antojo lateral. También pensé hacer una pequeña trampa y convertir la película de los campos (la ceniza nazi) en un wéstern tradicional que reflejara

más o menos la situación del río y sirviera para acrecentar el amor de la pareja, pero seguiría necesitando un adversario para el forastero, tal vez un muchacho enamorado de Mercedes (pensé en el joven camarero del chiringuito) con el que el forastero tuviera que competir y en cuya competición el zascandil mostrara que la amistad estaba por encima de la zafiedad y de la chabacanería. Me siguió pareciendo imposible, sin embargo: porque tendría que volver atrás y desandar lo andado, y porque a saber adónde me conducirían los arreglos. Y lo único que ocurrió fue que, barajando variantes para el caso, me quedé de pronto colgado de la frase con que había desestimado la incorporación de un nuevo personaje a la trama, prueba evidente de que en el fondo estaba pensando más en cine que en literatura, y lo cierto es que no dejó de hacerme gracia el resultado, que venía dado sin más, por sí solo, gratuitamente.

OTRA PERLA AL REPARTO

Lástima, me dije, que no pudiera incorporar esa perla. Y era, por tanto, una secuencia que quedaría para siempre en las nubes de la imaginación y que nunca lograría pasar del cacumen a la mecanografía. Pues bien, todo eso cambió cuando al zascandil se le ocurrió sacar a escena al caniculilla. Ahora sí que cabría incorporar una nueva perla al reparto, otra la perla, por supuesto, también otro el reparto, y, más aún, en una nueva dimensión de la metáfora (no estrictamente de fuego a bocajarro), el zascandil sería víctima de su propia creación y quedaría así constancia de que no es bueno alumbrar tribulaciones cuando un forastero se enfrenta, o viceversa, a peligrosos trances caniculares.

33

Ocurrió entonces que, con la disculpa de que ya no hacía tanto calor porque los días de agosto declinaban, las muchachas (Dolores, Alba y Rosa, porque según todas las noticias Mercedes seguía en el pueblo) dejaron de bajar al río, aunque tal vez la verdadera razón fuera no tener que confesarle al forastero la verdad, fuera cual fuera esa verdad: ya no quedaban hipótesis favorables que desgranar. Como bañista, a mí tampoco me apetecía seguir bajando al río, pero como joven e intrépido novelista, y puesto que ya solo quedaban por escribir las últimas secuencias, la ansiedad de la trama me obligó a permanecer fiel a la estrategia hasta el final, sobre todo cuando un día, al anochecer (había salido a respirar tras la secuencia) la casualidad me llevó a encontrarme con la ruda Mercedes subiendo por la travesía del interventor desde la estación de autobuses con la maleta a rastras y, según me pareció, aunque iba (o venía) sola, con el mismo malhumor con que recorrió el camino de ida cuando la obligaba su madre a ir a la fiesta. Al día siguiente amaneció confusa la mañana: turbia, ambigua y cenicienta. Debía de ser un aviso meteorológico completamente ajeno a las cabañuelas de agosto, que ya habían concluido, pero no me importó considerarlo un presagio para el septiembre del forastero e incluso para el frío y el sentimiento del invierno. En realidad, este tipo de pronósticos me han parecido siempre más poéticos que científicos y nunca se me ocurrió buscar equivalencias, pero lo que sí sé es que, a pesar de todo, bajé por última vez al río para seguir las andanzas reales de mis personajes, si es que había personajes, y que encontré desierto el escenario. No sabía qué esperaba encontrar, pero, como había visto a Mercedes, pensé que tal vez la historia se recompusiera y que podría encontrar reunido de nuevo al grupo entero. No fue el caso. Pensé que, acuciado por la incógnita del desenlace, había bajado demasiado pronto, pero

también podría ocurrir que el aspecto feo de la atmósfera, el espesor de la neblina y la indolencia del sol hubieran desanimado a los muchachos y hubieran optado por reunirse en tierras de secano, en alguno de los rincones propicios a la juventud. En cualquier caso, decidí darles tiempo, por si acudían, e incluso estuve a punto de abandonar y recorrer yo mismo el escenario en tareas de exploración, algo que hasta el momento no me había atrevido a hacer, por precaución, para que mi cercanía no cohibiera sus escarceos, y también porque bastante sospechosa podría resultar ya mi presencia en el río día tras día, para no atraer sobre mí calificativos deshonrosos: el fisgoneo no es solo indiscreción, también es culpa. Y si no llegué a abandonar fue porque, cuando estaba ya a punto de hacerlo, vi que se acercaba el forastero. Venía solo. Dónde vas, Alfonso doce, pensé, ay, infelice. Sin zascandil. Sin sabihondo. No pude saber si le extrañó ser el primero en llegar o si ya sabía que iba a estar solo, que nadie bajaría al río aquella mañana, ni sus amigos, ni las muchachas, ni Mercedes, la sin par Mercedes, perdida y extraviada en las fiestas de las cabañuelas. Se entretuvo primero un rato zascandileando, porque la soledad desarma a los adolescentes, los arroja sin clemencia contra su propia indefensión, y así paseaba arriba y abajo por la orilla, llegaba hasta el chiringuito, que exhibía ya los prolegómenos de la primera melancolía otoñal, hacía flexiones, se mojaba los pies, se adentraba unos pasos en el agua, se sentaba en la hierba, volvía a pasear triste de sí hasta el chiringuito, cortaba el agua con cantos rodados que seleccionaba cuidadosamente (y he de decir que no lo hacía mal: ganas tuve de aplaudir en una ocasión viendo la suavidad y la milagrosa ligereza con que la piedra se deslizaba sobre la superficie de las aguas), hasta que, no sé si ajeno al paso del tiempo y extrañado por la tardanza del grupo, me preguntó si tenía hora. La tenía. Parece que hoy vas a estar solo, le dije. Parece, contestó lacónico. Fueron las únicas palabras que intercambié en todo el verano con uno de mis personajes. Solo en una ocasión, a principios de agosto, estuve a punto de mediar en un altercado que se produjo cuando un individuo que atraía todas las miradas por la espesa pelambre que le cubría el pecho y la espalda se sintió aludido por un comentario, tan oportuno como impertinente, del zascandil. Pocos hombres lobos se ven por aquí, fue lo que dijo. Por

fortuna, más allá del primer alboroto, el incidente no tuvo mayores consecuencias, gracias, en gran medida, a la templanza, y aun diría la *auctoritas*, del forastero. El cual ahora, en cambio, se sentó en la hierba, se abrazó las rodillas, hundió la mirada en el remanso del agua y no se movió más en todo el rato que lo estuve observando. Se olvidó de la orilla, del agua, del chiringuito, de las flexiones, de los cantos rodados y hasta de Alfonso doce. Acababa de saber, si es que no lo sabía previamente, si es que no llevaba temiéndolo desde la tarde anterior, que nadie más bajaría al río, que no bajaría Mercedes, que Mercedes se había quedado prendida en la ruda telaraña de las cabañuelas, que allí cesaba la esperanza y que, a la vista estaba, la mañana había acomodado su propia fisonomía turbia y cenicienta al estado de ánimo del muchacho y a la magnitud de su desolación. Qué le había ocurrido a Mercedes en el pueblo de la abuela es algo que sin duda el forastero ya sabía y que yo nunca llegaría a saber. Y si el muchacho no lo sabía con exactitud, porque las medias verdades son recurso frecuente, lo que sí sabía, como lo sabía yo mismo, eran las consecuencias de esos días. No hace falta aprobar historia para saber que todas las historias tienen fin. Ni hace falta saber latín para conocer el final de todos los latines y de todos los imperios, su ruina, su decadencia, su corrupción y su desaparición. Quiero creer que al muchacho lo invadió la tristeza más profunda, que, si los primeros días de agosto le habían permitido ascender varios peldaños por la más que inaccesible escala de la felicidad, los últimos lo acababan de arrojar al pozo de una desesperación que a los diecisiete años carece de luz, de fondo y de salida. Si cada vida es un mundo y cada enamoramiento es un imperio, en la vida del forastero acababa de caer Constantinopla y de desaparecer el Imperio austrohúngaro. Acababa, pues, de ser testigo el pobre y de ser víctima de la decadencia de Occidente. Viéndolo en tan dolorida pesadumbre no pude dejar de evocar la melodía del *O pecoraio che in man mi tenete* que las muchachas de arpadas lenguas entonaron en los días de esplendor, banda sonora ideal sin duda para acompañar la tristeza, el abatimiento, el desconsuelo, la tribulación del joven. Si los dioses me hubieran otorgado buen oído musical, tal vez yo mismo me hubiera atrevido a silbar suavemente los primeros compases, pero, negado para la música, me entregué a los devaneos

de mi oído rítmico, que no era otro en realidad que el engañoso revés de las palabras. Y me ocurrió entonces algo que quien se empeña en buscarle las vueltas al lenguaje habrá experimentado más de una vez, y es que, habiendo tropezado con un hallazgo afortunado, descubre que no es suficiente, por imperfecto, por incompleto, por defectuoso. Estaba el forastero tan abstraído en su tristeza que quise pensar que al mismo río le afectaba esa tristeza, que también al río le llegaba una honda pena, la cuesta abajo del verano, el fin de los amores de sus huéspedes, el éxodo de las hadas nativas, la mezquindad del sol. Y en ese caso tanto el río como el forastero necesitaban consuelo y compasión. Lamentablemente, en ese momento no traían las voces areneras ningún *blues* melancólico en el que pudieran refugiarse la atmósfera de la mañana, la languidez fluvial y el desamparo del muchacho. Y no era yo, como digo, *pecoraio* capaz de inundar la mañana con el dulce y suave son del grácil caramillo. Fue justo entonces cuando las catacumbas de la lengua se mostraron ineficaces y crueles las musas. Porque, si la historia empezó con la necesidad de oír al río (oírle), ahora sería el río el que tendría que oír el silencio de los areneros, la desmaña del *pecoraio*, el abatimiento del muchacho o la opaca mansedumbre de la niebla. Bien podría enunciarse así el propósito meteorológico:

OÍR LA NIEBLA HARÁ BIEN AL RÍO

Un título perfecto si no fuera por su imperfección, por el tramo vacío que no cabe rellenar con sucedáneos, porque la niebla no admite aféresis ni apócopes. No tuve inconveniente en ponerme a hacer malabarismos en el cuaderno para cuadrar la niebla con el río. Probé con diversas tentativas, pero resultó de todo punto imposible conseguir que el río obtuviera algún beneficio al oír la niebla, lo que me llevó, si no a renegar de los caprichos de la morfología, sí a desconfiar de sus asechanzas. Ya sé que la idea del círculo cuadrado es solo una tentación, pero tales inconvenientes no deberían darse en la lógica de las palabras. Al principio pensé que solo circunstancias alfabéticas menores echaban por tierra un hallazgo de considerable belleza poética (los artículos y el género del sustantivo, en concreto), de ahí que ensayara diversas aproximaciones a la perfección violentando incluso la sintaxis más ortodoxa. Y aun creo que hubiera seguido batallando hasta hoy en

la ejecución del palíndromo fallido, el palíndromo no palíndromo, por el que no podrían circular majestuosamente los bueyes, si no hubiera caído de pronto en la cuenta de que la incompatibilidad, más profunda de la que en mi entusiasmo primero había sospechado, no estaba en los artículos ni en el género, sino en la *niebla* y en el *bien*. No me quedó más remedio entonces que olvidarme de la compasión del río y volver los ojos al dolorido forastero, que seguía abrazado a sus rodillas, la mirada perdida en la otra orilla, el pensamiento acaso en el ignoto confín de las cabañuelas. No le quedaba otro consuelo que sentirse protegido, arropado, abducido en el corazón de la neblina, turbio sin duda, pero bondadoso. Sentí una tierna lástima entonces, más por él que por mí, porque palíndromos hay muchos, me dije, y solo hay que escarbar, pero Mercedes solo hay una, y esa no va a volver. Así, derrotados ambos, solo se me ocurrió una solución de urgencia (torpe, menor, pedestre: porque a duras penas *cana, cara* o *cava* podrían hacerla blanca, querida o cóncava, como las naves sérbolas), acorde con la ceniza necia, y sucia, de la atmósfera, según creo, y a ella, compungido, me plegué.

A MÍ LA CALIMA

No sería un grito de arrogancia o de coraje, me dije, ni una manifestación de entereza en la adversidad, ni un golpe seco en la faz de la tristeza. No. Era más bien una plegaria, un gesto de rendición, una señal de gratitud. La calima envolviendo piadosamente un corazón herido.

34

Hubo un lance anterior al que dediqué más tiempo, más perdurable aún y más baldío. Fue una mañana en que me desperté muy temprano, invadido por una pesadumbre irracional, como si saliera de un sueño intranquilo, probablemente agitado, no sé si lleno de grotescas pesadillas, y, para recuperarme del desasosiego con el frescor de la mañana, me eché a la calle enseguida y recorrí las incipientes orillas del río, desiertas a esa hora e inscritas en una calma y una placidez que me impulsaron a sentarme en la hierba y contemplar el panorama fluvial con una suerte de beatitud que no estaba acostumbrado a experimentar. Y, en ese trance de comunión con la soledad del río, viendo vacío el *locus amoenus* que dentro de unas horas ocuparían Mercedes y el forastero, Dolores, Alba y Rosa, y el zascandil y el sabihondo, en el que se entregarían una mañana más a los entreactos de la felicidad, vi con toda claridad el desarrollo de una secuencia nuclear y, mejor aún, el título que le correspondería a la secuencia, un palíndromo perfecto. No eché mano al cuaderno para anotarlo porque, dada la hora (la del alba sería), había salido sin mis aparejos de novelista, pero era el hallazgo tan afortunado, tan atinada la invención, habían sido tan magnánimos los dioses del amanecer, tan venturoso el numen de la aurora, que todo ello, el esplendor de la naturaleza y la belleza del palíndromo juntamente, se elevó sobre sí mismo como un todo indisoluble, consumado y perfecto. Regresé luego a casa con la misma ligereza con que juegan los astronautas en el espacio con la ley de la gravedad, hice una pausa para desayunar café con churros en una terraza de la plaza como un turista de vacaciones y, cuando llegué a casa finalmente y me enfrenté al cuaderno y a la máquina de escribir para dar cuenta de tan sublime inspiración, resultó que había desaparecido del mismo modo que se hunden las piedras arrojadas a la superficie del río. Pasé el día entero intentando

recuperar el venturoso hallazgo, la perfección del título de una secuencia que no solo merecería ceremonial, sin duda, sino el único, el verdadero ceremonial, pero fue en vano. Me culpé a mí mismo por profanar con ligerezas turísticas la sacralidad del numen. Me había dado un homenaje, como si fuera mérito mío el hallazgo, y los dioses castigaban mi arrogancia. Sorteé por la tarde como buenamente pude las mil y una palabras, bajé hasta el río temprano otras mañanas por ver si al reproducir las mismas circunstancias me sonreía una nueva aurora y me devolvía el regalo (de ahí, a modo de compensación, surgió el propósito de emplear como mil una la palabra *lubricán*) y no hubo después un solo día del mes de agosto (ni de septiembre, ni de octubre, ni de los días de los días, hasta hoy mismo) en que no intentara (ni haya dejado de intentar) recomponer aquellos momentos junto al amanecer del río y dar de nuevo con el palíndromo de los palíndromos. Todo ello ha sido siempre en vano. Y casi puedo asegurar que el recuerdo de aquella lucha con los desvaríos de la memoria y la malévola artimaña de los dioses es el más intenso que conservo de aquel mes de agosto, la sensación de fracaso, de impotencia, de insignificancia, de ineptitud, de pequeñez. Desde entonces se ha ido acentuando en mí la convicción de que las mejores ideas tal vez no se lleven nunca a término, porque no alcanzar lo inalcanzable define la sustancia de nuestra condición, y de que así, tejiendo las desdichas de los mortales, es como demuestran los dioses su divinidad.

35

También puedo hablar del efecto contrario. Los primeros días de agosto me alegraba especialmente que lo visto y lo oído durante una mañana diera de sí para dos mil dos palabras, para tres mil tres, para dos o tres secuencias, quiero decir, porque me parecía un milagro que pudieran surgir tan de repente dos títulos, uno tras otro, y porque esa propina de los días me permitía ganarle tiempo al tiempo y, también, si se terciaba, vaguear un poco, hacerme el remolón, holgazanear. Pero al cabo de un par de semanas, cuando la novela parecía encaminada, fue otra la dificultad que se me planteó, una dificultad no menor, por cierto, en la que reconocí los peligros de la abundancia o las trampas de la facilidad y que me obligó a la espinosa tarea de tener que elegir y tener que desechar, tener que decidir a la derecha o a la izquierda de cada bifurcación. Y era que, con el ejercicio diario de volver continuamente del revés las palabras y las frases y, más aún, de idear soluciones pintorescas a partir de ese revés de las palabras, llegó un momento en que los títulos de las secuencias surgían solos, se anticipaban a la acción y la condicionaban. Padecí entonces el agobio de tener que elegir entre dos palíndromos alusivos a un mismo episodio del forastero con Mercedes y, con harto dolor tras la felicidad de la ocurrencia, dejar enterrado en la soledad manuscrita del cuaderno el fulgor del desechado. Y, peor aún, llegué a encontrarme con palíndromos que nada tenían que ver con la historia pero que se empeñaban en entrar en ella por la fuerza, lo que me llevaba a sufrir la adversidad del ingenio baldío, de los hallazgos excedentes y del brillo extemporáneo. Quiero decir que había exceso, en suma, inflación de palíndromos, epidemia, palindremia, y que yo estaba solo peleando contra ellos como don Quijote con los gigantes de viento que se tornaron molinos en el campo de Montiel. Surgía, pongo por caso,

YO SERÉ CÁCERES HOY

y enseguida buscaba el modo de torcer los caminos de la ruda Mertxe, sustituir la fiesta de las cabañuelas por alguna obligación inexcusable en la ciudad (el bautizo de un sobrino, la boda de una prima, la agonía de la abuela) y enviar tras ella en autostop al forastero proclamando su melibeo soy y a Melibea adoro. También pude fijar el episodio del melocotón un martes y sustituirlo por una manzana, lo que no solo me permitiría decir

SE TRAMARÁ POMO PARA MARTES

sino recurrir a los orígenes del pecado original, a la manzana de la discordia y a todas las manzanas que en el mundo han sido. Me volvía luego atrás, pero ya había perdido el tiempo tontamente. Tampoco veía el modo de encajar emires o talibanes en la apacible épica del río.

RÍMELE SAETAS ATEAS EL EMIR

o

ACÁ TALIBÁN HÁBIL ATACA

porque sería, en realidad, un despropósito, un absoluto disparate, nombrar emir al sabihondo o talibán al zascandil. Lo mismo que llevar al sabihondo a un monasterio cisterciense para poder decir

EL HÁBITO MOTÍVALE

Carecería igualmente de sentido convertir a Rosa en Sara para caer en surrealismos como

SARITA SACÓ ALLÍ CON NOCILLA OCAS A TIRAS

Tentación tuve una tarde de volver sobre lo escrito, impedir la mediación de Dolores y el sabihondo en el rifirrafe que tuvo lugar la mañana en que el zascandil cantó dónde vas Alfonso doce y dar cabida a una reñida secuencia pugilística con el solo propósito de poder decir

SOPAPOS EL SÁBADO DÁBASLE: ¡SOPAPOS!

Pude sentar al forastero el día de la niebla en el brocal de un viejo pozo que había junto al chiringuito, en el que se eternizaba un burro dando vueltas a la noria, y hacerle hundir su tristeza en su interior sombrío, para poder decir

OYOLE EL HOYO

EL HOYO OYOLE

e incluso prolongar su oquedad en numerosas oes lastimeras. Y hasta me compadecí del propio narrador (que era yo y no era yo, triste *voyeur*) cuando pensé hacerle abstenerse de toda malevolencia contra Rosa y contra el zascandil, porque ni el autor ni el narrador pueden tratar con desprecio a sus personajes, pero me abstuve cuando advertí que era solo un pretexto para incluir una tontería.

NO RIMARÍA LA IRA MIRÓN

Podría seguir, porque conservo el cuaderno de apuntaciones como reliquia sentimental de aquel verano, pero basten estos ejemplos, todos los cuales arrojaría con gusto a la papelera, junto a los que omito, si a cambio al río le hiciera bien oír la niebla o si recuperara mi propio y extraviado Kubla Khan.

36

Decir que hasta el mismísimo Homero echa de vez en cuando una cabezadita es frase de uso corriente en la crítica literaria clásica y su fórmula suele emplearse como excusa o como justificación de los propios despistes, cuando no de la propia torpeza. Y, como corresponde, yo también me acordé de Homero, y no solo de Homero, cuando, avanzada ya la historia, al releer algunas secuencias al azar en busca de detalles menores sueltos, me di cuenta de que había cometido un par de errores de bulto. En lo que a la escritura narrativa se refiere, decir que un error solo es de bulto no solo atenúa o rebaja la importancia del error sino que absuelve al escritor de toda culpa. Creo, sin embargo, que, sean graves o sean de bulto, los errores son siempre imperdonables. Y casi añadiría que más imperdonables cuanto más de bulto. Porque estoy convencido de que los errores graves cuentan con alguna coartada comprensible, pero los errores de bulto provienen siempre del desinterés, de la negligencia, de la indiferencia del autor frente a las cuestiones menores de su tarea, frente a los personajes secundarios o los aspectos laterales de la trama. Y es imperdonable que sea el propio autor quien establezca diferencias y categorías entre los diversos ingredientes de su obra. Si a quien escribe una historia le tienen sin cuidado algunos aspectos de la trama, del estilo o la sintaxis, no ha de extrañar que al que la lee le tengan sin cuidado todos los demás y termine renunciando a la lectura a la menor contrariedad. Para qué, se preguntará el desocupado lector, sabiendo que es superflua e innecesaria la respuesta. Todo esto lo digo ahora, cuando sé que hay que amar las comas, pero no era mi criterio entonces, o no lo fue al menos cuando descubrí los errores de bulto que había cometido. Tampoco es que tuviera criterio alguno al respecto en aquel momento, en realidad: como escribía una primera novela, nunca antes me había visto en semejante

trance: únicamente me di cuenta del error, lo descubrí demasiado tarde y, como suele decirse, eché balones fuera. El primer error consistió en la confusión de tareas que atribuí a Alba y a Rosa, una flagrante transgresión del rácord. En la distribución de puestos de trabajo, resultó que encontré una colocación temprana para Alba en la tienda de suministros sanitarios (ortopedias hay de potro) y, sin embargo, no tuve inconveniente en contratarla unos días después en una mercería (saja ver rebajas), mientras que, sin darme cuenta, había dejado a Rosa sin oficio. Dicho de otro modo: fue Rosa, acompañada de su madre, quien pidió trabajo en la mercería, pero sobre el papel fue a Alba a la que contrataron y la que lo celebró con refrescos y bolsas de patatas, sin zumo de melocotón. Qué interés podía yo tener en ignorar a Rosa, en dejarla de lado y humillarla. Estoy seguro de que pensé tratarlas con igualdad y darle a cada una su trabajo y su función, pero en algún momento se me cruzaron los nombres, se me confundieron las identidades y Alba terminó acaparando toda la representación. Y eso fue lo que me llevó a cometer la segunda, involuntaria transgresión. Que consistió en que a veces era Rosa la que daba crema a Mercedes en la espalda y a veces era Alba la que cumplía tal menester. Y si la confusión laboral carece de justificación, peor es aún la caprichosa danza de las cremas. Yo había observado desde el principio que, si entre las cuatro amigas se produjeran desavenencias que llevaran a la descomposición del grupo, Mercedes y Rosa irían por un camino y Alba y Dolores por otro. Es lo que no recuerdo si un psicólogo o un sociólogo calificó como síndrome dual de las fratrías. Pero es que, además, fue al ver cómo Rosa daba crema a Mercedes uno de los primeros días de observación cuando decidí inocularle el virus de la estética femenina profesional. Por eso era de todo punto imposible que le correspondiera a Alba la tarea de la crema. El error, pues, era solamente mío y era más injusto que negligente: un caso flagrante de discriminación que no dejaba de ser menos injusto por caer bajo la categoría de la libertad poética. Lo que significa que, aunque sin tener conciencia de ello, en alguna ocasión rimé la ira. En ningún momento he ocultado mis preferencias por Dolores, preferencias que, sin que yo lo advirtiera de modo consciente, se hacían extensivas a Alba. De ahí que, en los casos en que tuviera que distribuir una función entre Alba y Rosa, si la función tenía algún

aspecto favorable, me inclinara más por Alba que por Rosa. Pero es que la tarea de la crema era una muestra de la condición servil de Rosa, un signo manifiestamente negativo en la configuración de su carácter. Cómo trasladé entonces esa servidumbre a Alba es algo que no pude entender. Tampoco me esmeré demasiado en averiguarlo, es cierto, porque la cuestión entonces, al descubrir el error (la tarde del 26 de agosto, según consta en el cuaderno de apuntaciones), era qué hacer, cómo poner remedio a un desaguisado tan intempestivo. Una mera suplantación del nombre, esto es, sobrescribir Rosa donde Alba hubiera usurpado su territorio laboral o cremático, no era conveniente y sería también injusto, porque los personajes no son solo los nombres y no sería asumible que Alba y Rosa intercambiaran a lo tonto cualidades incompatibles con la personalidad y el carácter de cada una y que, de paso, Alba se viera privada de parte de su significación. Qué hacer, pues, me dije. Y fue entonces cuando me acordé de Homero. Y cuando me acordé del rucio de Sancho Panza en las escabrosidades de Sierra Morena. Y cuando recordé el caso de los pistoleros que reaparecían en las novelas de Marcial Lafuente Estefanía después de haber muerto. Pues, según contaban los expertos, el método de Lafuente Estefanía consistía en detallar el censo completo de personajes de cada novela antes de empezar a escribir e ir luego tachando los nombres de los que mordían el polvo con el cuerpo lleno de plomo, pero a veces, dada la magnitud de la refriega y el sinfín de cadáveres, si quedaba sin tachar alguno de los muertos, podía reaparecer en capítulos posteriores tan campante, raro privilegio para la condición de personajes funcionales poder seguir cumpliendo su función incluso después de muertos: raro privilegio también el de Lafuente Estefanía, a quien se lo perdonábamos todo, salvo tal vez el nombre, tan normal, tan castellano, tan sin Kane y tan sin Luger. Y fue, en fin, en ese recuento donde encontré la solución, que no fue otra que dejarlo todo como estaba y elevar el despropósito a propósito. Que arrieritos somos, me dije, y tendré que aportar mi granito de arena al honroso gremio del *quandoque bonus*, del rucio de Sancho y de los pistoleros redivivos. Aunque solo sea en este terreno, no he de dejar yo de caer donde antes cayeron abatidos precedentes tan ilustres como Homero, como Cervantes y como Marcial Lafuente Estefanía.

37

En previsión de mañanas de bloqueo (aunque nunca he sabido bien qué era eso ni cómo era posible) o para disfrutar de algún respiro posterior, de vez en cuando procuraba avanzar en la configuración de la historia del forastero con Mercedes más allá del ceremonial de cada día (ya he dejado constancia de ello, de los dones de la inspiración y de la inflación de palíndromos), y, como se iba acercando el 31 de agosto, en que debería quedar concluida la última secuencia, había imaginado para entonces un final tierno, triste y lacrimógeno. El forastero tendría que volver a su ciudad (fuera cual fuera esa ciudad, no se me había ocurrido descender a detalles geográficos) y a su instituto para dar cuenta de la historia y de la guerra de las Galias en los primeros días de septiembre. Y, aunque el resultado quedaría ya fuera de la historia estival, para compensar, había pensado también en suspenderlo (no alcanzar el aprobado en los exámenes, quiero decir). Así como entre la pena y la nada aquel muchacho paralelo al penado alto elegía la pena, así también entre el amor y la sabiduría el forastero había elegido el amor y había sido elegido por el amor, lo que no deja de ser una forma de elegir la pena y de ser elegido por la nada: no sería, por tanto, ningún disparate que los jueces de la sabiduría le negaran su beneplácito. Pero antes de que eso ocurriera y pudiera hacer referencia a ello fuera de foco, como una anticipación marginal para la que contaba con la fórmula del *boom* (aquella última noche de agosto, mientras un sinfín de estrellas fugaces surcaban el cielo camino de su extinción, el joven forastero no sabía, pero tampoco le importaba, que al cabo de dos semanas estaría lamentando las desventuras académicas en que habían desembocado las nieves de estío), había imaginado para la pareja la celebración de una despedida. Pensé al pronto en un festejo del grupo en el chiringuito, pero lo acabé desestimando para que pudieran estar solos Mercedes

y el forastero, porque la tristeza se diluye entre la multitud. Ahora bien, sentarlos a los dos solos el último día en una mesa del chiringuito mientras los demás, Dolores, Alba, Rosa, el zascandil y el sabihondo, seguían sus movimientos a distancia no me pareció una solución brillante, entre otras cosas porque tampoco la tristeza combina bien con la plenitud del mediodía ni convenía recurrir a los trampantojos de la noche americana, y, puesto que ya los había puesto a comer manjares a la carta y habían abierto con enternecedora ingenuidad una botella de rojo reserva, no me pareció descabellado que repitieran por segunda vez en el jardín del mismo restaurante, en la tenue penumbra de la noche de agosto, bajo la protección de un árbol frondoso, no para certificar ahora el principio de sus amores, sino para lamentar su interrupción y, como los cursos escolares son largos, la juventud es impaciente y olvidadiza y las cartas de amor terminan como terminan, tal vez también, aun sin saberlo, su fin definitivo. Era, como digo, lo que tenía previsto, lo que había ido fabulando desde el anochecer de la ceniza, una última cena para añorar luego las cebollas de Egipto y los ajos a la soja en la larga travesía del desierto que es un curso escolar. Pero no contaba entonces con las fiestas del pueblo de la abuela de Mercedes ni con las consecuencias que las fiestas (las verbenas, la juventud, la sangría, los desatinos de la noche) pudieran tener sobre mis tiernas criaturas. Tenía, es cierto, la opción de no atenerme a los hechos, de ignorarlos, de modificarlos, de hacer añicos el espejo y contar los amores de Mercedes y el forastero como si no se hubieran torcido: mantenerlos juntos, enamorados y felices más allá de las fiestas, de los inconvenientes de la historia y el latín, del manso fluir de la niebla y del opaco espesor de la calima. Dejar, en suma, que las personas que eran Mercedes y el forastero siguieran con sus vidas, cada uno por su camino, e impugnar la realidad haciendo que los personajes de Mercedes y el forastero perseveraran en sí mismos al margen de su origen. Al fin y al cabo, pensaba, con el tiempo yo solo recordaría a mis personajes, no a los pobres chicos en que se inspiraron. Las personas pasan, los personajes permanecen, me decía. Pese a todo, sin embargo, no me atreví. Por muy roto que esté, un espejo siempre será espejo; y roto, además, multiplica la perspectiva. Para que la historia no quedara en un mero producto de repostería

industrial azucarado y dulzón sería mejor que el forastero sufriera, como había sufrido yo, y que Mercedes desapareciera de la historia, como había desaparecido la mujer que me regaló *Las navajas sajaban sal*. De modo que reservé una última noche para que el forastero se despidiera del coro del sueño de unos días de verano, sus dos fieles amigos, el zascandil y el sabihondo, en unos de esos bares oscuros que bien merecen el nombre de antro, refugio existencial de la juventud bohemia, al que tal vez fueran con la esperanza última de que apareciera por allí Mercedes de manera imprevista, arrepentida. El forastero podría hacerse la pregunta a la desesperada:

¿HAY VADO TODAVÍA?

Un último intento de atravesar el río a pie enjuto y alcanzar en la otra orilla los brazos amorosos de la muchacha, pero, como es inútil enfrentarse a la tempestad en la intemperie, no quise hundir al pobre chico en el descrédito del patetismo ni en el posterior sonrojo de la lástima, porque Mercedes no aparecería, aunque para no dejar cabos sueltos tal vez al final permitiera que, a última hora, tras fracasar en sus intercesiones, se dejaran caer por el antro Alba y Dolores, para despedirse, y muy a su pesar, compungidas, portavoces del mal, le hicieran sentir al forastero el frío de una hoja de acero en las entrañas: ni vado, ni balsa, ni travesía, ni brazos amorosos y, tal vez, en efecto, la confirmación canicular. Esa fue mi decisión: una noche sombría del forastero flanqueado por sus amigos en la cima y la penumbra del calvario sin más sustancia que la soledad y el abatimiento. No habría jardín ni árbol frondoso ni dulcedumbre ni penumbra. No habría manjares para el recuerdo, no habría ancas de rana, ni ajos a la soja, ni habría rojo reserva, ni habría melocotón, ni habría helado, ni habría tarta de manzana, ni habría técula mécula, ni habría natillas, ni habría flan.

NI FLAN AL FIN

Solo el fin. Y, a la postre, no creo que haga falta subrayar que *flan* era aquí el término metafórico.

38

Solo quedaba entonar un dolorido planto por el forastero antes de poner punto y final, el desventurado forastero al que ni siquiera llegué a poner nombre, porque, aunque en algún momento barajé invenciones pertinentes, como Otto, por dejar constancia de una de ellas, que tuve que desestimar porque cuando surgió ya le había adjudicado la etiqueta de forastero a secas, y puede que también, de modo subconsciente, la condición de forastero que llega al poblado siguiendo los pasos de la perdición, y porque ese transitorio Otto requeriría que Mercedes pasara a ser Ada, Ana o incluso Anna, más cosmopolita, consonántico y simétrico, un cambio de nombre congruente tal vez, pero contraproducente, que, de prosperar, no solo me obligaría a dejar de darle crema, sino que tendría que quitarle la que ya le había dado, tarea tan ímproba como enojosa. Además (esto lo pienso ahora), con Otto y Anna la historia requeriría una aureola internacional y aeroportuaria ajena al carácter mesetario y provinciano de los personajes, de la ciudad, del río y del narrador. No hubo, pues, Otto ni Anna ni hubo al final planto lastimero. Todo se redujo a la privación del flan y la desventura del fin. Así que, con el ceremonial de la I prácticamente cerrado, y consciente de que había sido un mes de pura euforia, de locura mecanográfica, de escritura desatada sin demasiada reflexión, obligado por los plazos del VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas, cierto es, pero más aún por los métodos de trabajo que, en competencia con los escritores de quiosco, yo mismo me había impuesto, llegó el momento en que no pude dejar de preguntarme hasta qué punto el compromiso de ejecutar la tarea en treinta y un días me había llevado a ser desleal con el propósito y a traicionar las bases de lo que debe ser esencialmente literario. Se me ocurrió llamarlo el síndrome Lucanor, en atención a los versos con que cierra y resume don Johan cada *enxiemplo* de Patronio, y he de

decir que, en según qué casos, no se trata de un síndrome menor ni pasajero. Tenía que decidir, pues, cuántas veces había sido antes el huevo y cuántas la gallina, o viceversa, la singular batalla que enfrentó el día de Santiago al numen y al cacumen, y para comprobarlo revisé uno por uno los treinta y un títulos útiles que tenía anotados en el cuaderno y en el encabezado de cada secuencia con la voluntad de resolver en cuántas ocasiones había precedido el título al contenido narrativo de la historia, esto es, había sido el título el que había marcado el camino que Mercedes y el forastero no tuvieron más remedio que seguir, y en cuántas otras había sido al revés, había sido el camino recorrido por Mercedes y el forastero el que había desembocado en el título de manera natural, por su propio pie. Como entonces no había tenido todavía la ocasión de pasear por las semanas del jardín, no pude adjudicar a cada una de estas dos posibilidades las palabras que acaso más les convinieran, que, como todo el mundo sabe, proceden del credo de Nicea y son *genitum* y *factum*, lo que tal vez fuera una suerte, porque de ese modo, en mi ignorancia, pude atenerme a la ambigüedad del huevo y la gallina, que, siendo conceptos complementarios, también son más escurridizos, y no tener que decidir con dedo justiciero en qué casos había prevalecido el numen del *genitum* y en qué otros el cacumen del *factum*. Por fortuna, he de decir que había cierto equilibrio porcentual entre lo uno y lo otro, entre el huevo y la gallina, esto es, entre lo que había ocurrido de modo natural, lo que había venido regalado por los dioses y la magnificencia estival del río (el huevo, decidí otorgarle la inspiración al huevo, no por fobia aristotélica, sino por deferencia hacia la expresión *ab ovo* e incluso a la máxima horaciana de *ab ovo usque ad mala cotonia*, tan oportuna si tenemos en cuenta los desvelos dermoestéticos de Mercedes, por más que hiciera referencia, en realidad, al principio y al fin, a los entrantes y al postre, diríamos hoy, al huevo y al melocotón) y lo que había ocurrido de manera forzada, lo que me había visto obligado a imaginar para no desperdiciar la gracia de un título afortunado (la gallina, por su vanidoso cacareo). Podría decir que asistí a una lucha sin cuartel entre dos fuerzas enfrentadas: la diversión de haber tenido una ocurrencia feliz, aunque a la postre resultara finalmente baldía, sin recorrido más allá de su puro valor eufónico (la gallina), frente a la satisfacción de que los hechos no

solo se justificaran por sí mismos sino que fueran además a parar al enunciado que los nombraba sin necesidad de intervención quirúrgica ninguna (el huevo y la eficacia del espejo). Y no puedo dejar de admitir la satisfacción que sentía cuando ocurría lo segundo, por ejemplo que el forastero le ofreciera a la muchacha los frutos (*malum cotonium*) del jardín del edén (el huevo), y la sensación de fracaso que me producía lo primero, tener que encontrarme con una pareja de turistas en la calle de la misericordia para que pudieran comer ancas de rana y beber vino tinto en la terraza de una cafetería (la gallina). Y tampoco puedo dejar de subrayar la contradicción que se daba entre la satisfacción del huevo y la sensación de fracaso de la gallina, porque, en realidad, dados los propósitos iniciales, debería haber ocurrido lo contrario: sentirme más orgulloso del *factum*, de la gallina y del cacumen, y, en todo caso, lamentar que el *factum*, la gallina y el cacumen, que en la urdimbre narrativa sería algo así como dar puntadas sin hilo, no hubieran logrado hacerse pasar siempre por *genitum*, por huevos y por númenes. Enarbolé, pues, con energía salomónica el lápiz bicolor y fui marcando con signos rojos cada título correspondiente al concepto huevo y con signos azules cada título correspondiente al concepto gallina, y, quiero creer que fueron los mismos dioses quienes, como un regalo postrero por esa criba, cuando íbamos quince a quince y tracé el último signo rojo, me brindaron el grito de júbilo y de triunfo con que acompañé el desempate a los puntos.

AHÍ NO FUE EUFONÍA

Era mi eureka retórico particular y no formaba parte ya de la historia, pero bajaba sin frenos por la pendiente de la inercia palindrómica y decidí que ese sería en lo sucesivo el lema con que antepondría el huevo a la gallina (o viceversa).

39

Cumplidas, pues, las mil y una palabras del capítulo 31 el último día de agosto, puse punto final (sin planto) al ceremonial de la I. Y he de decir que me sentí contento. Habían sido 31 días tan activos, de tanta dedicación y tanta intensidad, que no hubo lugar para pesadumbres ni para ensoñaciones turbulentas. Me dio pena que se acabaran, porque, libre de nuevo, ocioso y aburrido, a saber qué alegrías o qué sinsabores me depararía el futuro. Sin embargo, al pronto al menos, el atisbo de lo que el vacío pudiera traer consigo no logró enturbiar la satisfacción de ese 31 de agosto. Miraba con orgullo lo que tenía sobre la mesa, la máquina en el centro, el cuaderno de notas a la derecha y los noventa y tres folios escritos a la izquierda. En una esquina de la mesa, también a la izquierda, reposaba sobre un pequeño atril el ejemplar de *Amo cada coma*, a cuyo espíritu me encomendé con devoción muchas tardes, cuando andaba perdido en las áridas arenas del desierto. Y así, a la vista de los frutos del estío, me entretuve solucionando algún que otro inconveniente. El primero tenía que ver con el cumplimiento de las bases. Los noventa y tres folios, que con el título serían noventa y cuatro, casi como las novelas del Oeste con pistoleros de veinticuatro años, se quedaban a seis de los cien reglamentarios, de modo que, puesto que superaba las treinta mil palabras pero no llegaba a los cien folios y como no quería romper la simetría textual ni mecanográfica ni aritmética que me había impuesto desde el principio, tendría que solucionar una trampa con otra. Porque los dioses, los espacios, los márgenes y la mecanografía habían determinado que a cada capítulo le correspondieran tres folios y noventa y cinco renglones, treinta y un renglones al primer folio (con la numeración cardinal correspondiente), treinta y tres al segundo y treinta y uno al tercero, una distribución 31, 33, 31, que colmaba todas mis ambiciones. Como faltaban seis folios para llegar

a cien (desconocía entonces la estrategia de omitir en la paginación un número primo de cada decena) no me quedó más remedio que incluir una portadilla de cortesía (un folio), una dedicatoria (un folio), un palíndromo de Saúl Olúas como cita previa (otro folio), índice con paginación a doble espacio (dos folios: 1. El río: oírle, 2. Ahí nativas hadas habitan ya, 3. A Mercedes se dé crema, etcétera) y un colofón jocoso (otro folio): cien justos. Incumpliría, pues, las bases doblemente: por pasarme (en palabras) y por no llegar (en papel). Naturalmente, con tan pintorescos devaneos no hubo lugar para tristezas ni para nubes negras en el horizonte. Estaba orgulloso de mí, de adónde me había conducido el aburrimiento de junio y principios de julio, e incluso agradecía que la muchacha que me abandonó me hubiera abandonado para que de la aflicción y el desconsuelo surgiera, enhiesta, solitaria y sin ceremonial, la I, el más dulce y cálido fruto de aquel estío sobrevenido. Aunque no sé si estoy empleando ahora las palabras adecuadas ni estoy seguro de que aquel fuera el verdadero sentimiento, esto es, si el abandono condujo al ceremonial o si el ceremonial remedió las secuelas del abandono. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, cumplida la faena, aquel 31 de agosto, día de San Ramón Nonato, después de llevar la simetría hasta el extremo blanqueando con típex dieciocho adjetivos, me eché a la calle al atardecer, recorrí las callejuelas solitarias de costumbre, bajé hasta el río, me demoré en el puente contemplando el escenario de las muchachas en flor y la melancolía con que los últimos bañistas se demoraban solitarios en el agua, subí luego a la plaza, recorrí el sitio de la fortaleza empuñando una cámara imaginaria (el banco aquel, aquella Mertxe) y me senté finalmente en la misma terraza y en la misma mesa (estuve esperando que quedara libre para cerrar el círculo con toda perfección) en que un mediodía de mediados de julio decidí que yo sería Bustrófedon y que ganaría el VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas. Iba anocheciendo, cerraban las tiendas, remitía el calor, apetecía la cerveza, estaba el mundo bien hecho y yo lo veía rodar desde la bienaventurada silla del día primero. No pude por menos que exclamar la personal jaculatoria del día recurriendo por una vez a una jerga juvenil incompatible con mi carácter y mi circunspección.

HOY MOLA LO MÍO

Y creo que sonreí. Era el fin.

40

Solo me quedaban por hacer las imprescindibles tareas instrumentales: fotocopiar los cien folios cinco veces, coserlos y enviarlos. Fue lo que hice. Las fotocopias eran caras en aquellos tiempos, porque no abundaban las copisterías y porque las máquinas eran menos automáticas. El técnico tenía que ir fotocopiando los folios uno a uno con idénticos movimientos mecánicos (coger un folio del primer montón, levantar la tapa de la fotocopiadora, colocar adecuadamente el folio, bajar la tapa, apretar un botón, esperar, levantar la tapa, sacar el folio, colocarlo en el segundo montón, coger otro folio, colocarlo, bajar la tapa, apretar el botón, esperar, levantar la tapa y así sucesivamente noventa y nueve veces), lo que no era sino suplir con los propios automatismos del hombre las deficiencias de aquellas viejas máquinas incipientes. La tarea era, pues, lenta, minuciosa, reiterativa y aburrida, y no solo se prestaba a las interrupciones de la gente que llegaba y solo quería preguntar algo, sino también a la impaciencia y la supervisión del cliente atendido, mías ambas en este caso, porque, con el temor de que, con tanta interrupción, el técnico se saltara alguno de los folios, en ningún momento cesé en la vigilancia. Cuando el técnico acabó la faena, salí de allí con las quinientas fotocopias y, puesto que iban en tandas de cinco en cinco, tuve que ir descomponiendo en casa el material para tener cinco ejemplares de *La I no merece ceremonial*. Lamentablemente, tampoco estaban muy desarrolladas las técnicas de cosido o encuadernación. Todavía no se habían extendido los canutillos de plástico que tanta difusión y empleo tendrían con el tiempo ni, menos aún, las espirales que vinieron a herir de muerte a los canutillos. La encuadernación en imprentas era entonces obra de artesanía, una labor verdaderamente incunable, y, en consecuencia, bastante cara, al menos para los números de una economía tan

lánguida como la mía y algo tal vez en exceso suntuoso para *La I que si no merece ceremonial*, me dije, tampoco tal vez merezca los ropajes de la ostentación tipográfica. Así que tuve que recurrir a procedimientos más baratos y también, por tanto, más pedestres, más rudimentarios. Acudí a la misma librería y papelería donde había comprado los folios y el cuaderno primeros y el librero me proporcionó el mecanismo que utilicé finalmente. Tenía, además, la ventaja práctica de ser casero: uno mismo *encuadernaba* en casa, si es que a aquello se le podía llamar encuadernar. Se hacían dos agujeros en el taco de folios (o se practicaban, según las instrucciones), se pasaban por ellos las lengüetas o varillas de una suerte de encuadernador metálico dorado que se cerraban luego sobre sí mismas y se sujetaban con los remaches pertinentes. Compré diez encuadernadores metálicos y para hacer los agujeros tuve que comprar asimismo una perforadora (todavía la tengo) cuyo manejo era a un tiempo sencillo y complicado: sencillo, porque bastaba meter los folios y perforar; complicado, porque el artilugio no admitía más de diez o doce folios a la vez, lo que dificultaba la coincidencia y la simetría de los agujeros. Lo hice lo mejor que pude, en cualquier caso (más tarde, con el tiempo, me convertí en un experto de la encuadernación doméstica), y, aunque con notoria asimetría, allí quedaron sobre la mesa seis ejemplares de *La I no merece ceremonial*: los cinco que tenía que mandar al premio (original y cuatro copias) y el que yo mismo conservaría por precaución. No quedé demasiado satisfecho con el resultado de tanta artesanía y me atribulé pensando que el procedimiento no jugaría precisamente a favor de la novela, que el jurado miraría con malos ojos una presentación tan descuidada y, como se sabe, el mal de ojos siempre resulta contraproducente. Pero el desaguisado ya no tenía remedio, así que preparé con todo ello un paquete (también lo hice lo mejor que pude) y me dispuse a llevarlo a la oficina de correos. Tuve que resolver antes otra preocupación. En concreto, la cuestión del remite. Si al concurso había que presentarse obligatoriamente con seudónimo, ¿quién debía ser el remitente de las novelas? ¿Bustrófedon? ¿Y, si era Bustrófedon y el paquete era devuelto por desgracia, cómo podía justificar Bustrófedon su propia personalidad para retirarlo de correos? ¿Y en el caso de que optara por remitir el paquete con nombre y apellidos no estaría

contraviniendo las bases, declarando mi propia identidad y dando pie, por tanto, a que me excluyeran del concurso? El problema se agravaba porque tampoco era algo que pudiera consultar con nadie. Por dos razones: porque me daría vergüenza admitir que iba a presentarme a un concurso de novela y porque no conocía a nadie que estuviera al tanto de tales pormenores literarios. Encomendándome a los dioses con toda la humildad posible, opté al final por nombre y apellidos. Acababa de pasar el Rubicón.

Segunda parte
Arde ya la yedra

me detengo sobre todo en i

FRANZ KAFKA, *Cartas a Milena*

I s'appellava in terra il sommo bene

DANTE, *Paradiso*, XXVI, 134

41

A principios de marzo, un sábado por la tarde en que había salido a pasear, porque lucía una incipiente primavera y estaba cansado y aburrido, y porque desde que envié las cinco copias de la novela al concurso no hacía otra cosa que aburrirme, leer otra vez novelas del Oeste, dar pábulo a la melancolía y pasear (ya no había río, ni había Mercedes, ni había Dolores, y se habían agostado los palíndromos), me encontré con la auxiliar de la biblioteca. Como no podía dar marcha atrás ni cambiar de acera, porque apareció de sopetón, quise hacerme el despistado. Fijé la vista en el suelo y aceleré el paso para evitar la vergüenza y los reproches, pero no me sirvió de nada. Cuánto tiempo sin verte…, dijo, *Bustrofedón*. Intercaló unos inequívocos puntos suspensivos, cual redoble de platillos y tambores, antes de rematar con sorna su al parecer irrenunciable, agudo Bustrofedón, y no se limitó a acentuar con énfasis el *dón*, sino que pronunció la palabra con mayúscula y en cursiva. No tuve más remedio que pararme y entonces supe que no se trataba de un encuentro casual ni de reclamar al cabo de los meses el ejemplar de *Amo cada coma* que aún no había devuelto. Como había dejado de ir a la biblioteca (no sé qué te hemos hecho, seguía hablando en gótica cursiva, para que te olvides de nosotros que te queremos tanto), llevaba varios días preguntando por mí y buscándome. Empezó a rebuscar en el bolso y acabó encontrando un recorte de periódico que desplegó ante mis ojos y movió de un lado a otro como si me abanicara. Y acto seguido, sin transición, se entregó a un confuso soliloquio como paso previo a un interrogatorio que era imposible que yo pudiera saber a cuento de qué venía. Ahora lo entiendo todo, Bustrofedón, decía, tanto tiempo sin dar señales de vida, nosotros sin saber de tus aficiones, qué callado te lo tenías, y un sinfín de locuciones coloquiales irónicas, ambiguas y enigmáticas. De modo que respondí de mala gana a sus

preguntas, disgustado, con evasivas, y hasta con displicencia (tú también arrancas las hojas de los libros, le dije señalando el ventalle), porque todo su empeño se cifraba en saber si era yo el Bustrófedon (o el Bustrofedón) al que el periódico hacía referencia y no podía imaginar que no estuviera tomándome el pelo, como si no me hubiera perdonado la antigua fechoría y hubiera decidido ejecutar su venganza lejos de su territorio y fuera del horario de servicio. Solo cuando me dio el recorte (que había arrancado, en efecto, para mí, *arrancado*, repitió con mucho retintín) y lo leí, allí mismo, pude llegar a entender tantos desvelos. Helo aquí:

> Finalistas del VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas
>
> El Concejal de Cultura, acompañado por el Presidente del Jurado y por varios miembros del Comité de Selección, hizo públicos en la tarde de ayer los títulos de las novelas finalistas que optan al VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas. Esas novelas son (por orden alfabético): *Cardilegio* (Nitrato de Chile), *De Madrid tenía que ser el hijoputa* (Mesoneros), *El viejo y la doncella* (Arma Virumque), *Intimátum* (Old Man), *La I no merece ceremonial* (Bustrófedon), *La rebelión de los actantes* (Juan Tan Amera) y *Siempre tenemos miedo* (Manuela de la Cruz). Al certamen se han presentado noventa y cinco originales, siete de los cuales han sido eliminados por incumplimiento de las bases. Preguntado al respecto, el Presidente del Jurado elogió la calidad y la variedad de las obras seleccionadas y conjeturó un reñido debate entre los distintos miembros del jurado para decidir cuál de ellas obtendría el galardón. «Hay humor, hay amor, hay violencia y hay vanguardia», dijo. «No siempre al mismo tiempo», bromeó. El fallo tendrá lugar el 23 de abril, el día del libro, en una cena de gala a la que asistirán el Alcalde y el Concejal de Cultura, así como distintos miembros de la corporación, y en la que se contará con la presencia de todos los miembros del jurado, los siete finalistas, dirigentes de las diversas asociaciones culturales locales y una nutrida representación de la sociedad civil.

Aunque habían pasado varios meses, al ver la palabra *Bustrófedon* en la noticia, la auxiliar recordó el episodio del verano (la hoja *arrancada* a la revista, mis garabatos en las páginas comerciales, mi pregunta sobre libros de Saúl Olúas), ató cabos,

pensó que acaso fuera yo el Bustrófedon de *La I no merece ceremonial* y, puesto que hacía meses que no aparecía por la biblioteca, decidió recortar la noticia y llevarla consigo en el bolso por si nos topábamos algún día en la calle. Agradecí la deferencia, naturalmente, lamenté no haber devuelto *Amo cada coma* y a punto estuve de confesar mi falta, pero no dije nada, por si acaso, y guardé el recorte con delicadeza. No voy a decir que me hubiera olvidado del asunto, pero habían pasado ya siete meses desde que puse el paquete en correos, mis veinticuatro años corrían con la inercia de las estaciones y la euforia inicial había menguado considerablemente: no hay como el tiempo para apaciguar los ímpetus. Así que verme entre los siete finalistas me produjo alegría, por supuesto, no haber sido descalificado por incumplimiento de las bases (superávit verbal, déficit foliar) y haber sido elegido además entre los noventa restantes no me pareció poco mérito, pero a medida que leía y releía el recorte también mermaba la alegría, se volvía una alegría discreta, funcional, protocolaria. Por una parte, que hubiera en las novelas finalistas humor, amor, violencia y vanguardia, me situaba en la vanguardia, pensé yo, cuando no en un mero pasatiempo, un juego, un ejercicio de ingenio y diversión, y la vanguardia no tiene nunca demasiado que hacer frente a la fuerza del amor y el morbo de la violencia. Y, por otra parte, y esto era peor, la frase del presidente del jurado sobre el reñido debate entre los miembros del jurado para decidir el galardón tenía su miga y su misterio, pues, viéndola tal cual, escrita, sin voz y sin semblante, nunca podría saberse qué intención había puesto en ella el supradicho presidente, un experto sin duda en hablar con medias tintas, sin comprometerse, un poco como los oráculos antiguos, que, abusando de prosodias, daban a las consultas una respuesta y la contraria. En este caso, la interpretación inmediata tendería a pensar que era en la alta calidad de cada obra en donde estribaba la dificultad para el jurado: cómo elegir con acierto y en justicia si las siete novelas eran magníficas. Pero la dificultad podría caer en el terreno contrario, en que fuera difícil elegir la mejor obra de entre siete obras pésimas, mediocres, deleznables, lo que sería, sin duda, mucho más probable, pues no surgen siete magníficas novelas cada mes, ni cada año, ni cada década, y no íbamos a ser nosotros, los Mesoneros, los Arma Virumque, los Bustrófedon o los Juan Tan

Amera quienes viniéramos a romper los moldes de la narrativa nacional todos a la vez y al mismo tiempo con cócteles que combinaran humor, amor, violencia y vanguardia en la debida proporción. En qué cabeza podía caber tamaño disparate, pensé. Pasé el resto del día triste y deprimido, desmenuzando el oráculo, hundiéndome en la conciencia de la propia ineptitud, y busqué alivio, lasitud y sedación en una novelita de Keith Luger que no por casualidad (quiero decir que la elegí a propósito, porque es grato forzar paralelismos) se titulaba (se titula) *Siete granujas*. También me pregunté si seríamos siete finalistas por ser el VII Premio, si habrían sido seis el año anterior y si serían ocho al siguiente, pero creo que eran solo modos de capear el temporal con bromas y con escorzos la mediocridad.

42

Guardé el recorte en el cuaderno de apuntes y he de admitir que acudí a él de vez en cuando y que lo leía con satisfacción para combatir las embestidas del desánimo en que me hundían los atardeceres sombríos. Las últimas e indecisas tardes de invierno, así como las primeras, igualmente indecisas, de primavera, tienen siempre sus propias, lóbregas certidumbres. Lo que no puedo precisar a estas alturas es si la satisfacción de aquellas lecturas era interna o externa. Si era externa, que es lo que temo, sería una satisfacción vana y absurda, porque nadie que hubiera leído la noticia (si es que alguien que no sea concursante, convocante o el propio redactor se entretiene leyendo esas noticias) podría imaginar que fuera yo quien estaba detrás de aquel Bustrófedon y de aquella gratuita degradación de la I, salvo la auxiliar de la biblioteca, por supuesto, que, aunque yo no quise confirmarle la sospecha, dada su perspicacia, habría desconfiado sin duda de mis circunloquios. Y, en el caso de que alguien pudiera imaginarlo, tampoco sería un manto de gloria tan grande como para sentirse orgulloso: cientos y cientos de Bustrofedones, de Arma Virosque, de Mesoneros o de Juan Tan Ameras recorren cada año el país de norte a sur y de este a oeste e inundan la geografía literaria nacional con sus manuscritos, y solo uno de ellos en cada ocasión, y siempre que el premio no pueda ser declarado desierto (que es lo habitual: un premio desierto desprestigia al premio, no a las obras que no lo ganan), pasa de la máscara al nombre, de la mecanografía a la imprenta y de las fotocopias a los escaparates, y ni siquiera así puede decirse que, salvo las excepciones que muy de tarde en tarde se producen (y que, como se sabe, no tienen otro fin que confirmar la regla), le alcance un pellizco de la gloria que se pretendía en principio. Estas eran las cosas a las que daba vueltas en mi cabeza cada vez que sacaba del cuaderno el recorte de periódico, lo desplegaba ante mis

ojos y volvía a leerlo y releerlo pese a poder recitarlo ya de memoria sin errar en una sola palabra. Tal vez entonces aprendiera, aunque sin tener conciencia de ello, que a menudo en esta vida tienen más peso las palabras que los hechos, y más aún las palabras impresas. Al fin y al cabo, y aunque nadie en el mundo pudiera sospecharlo, salvo la auxiliar bibliotecaria (que no es mala gente, pensé entonces, pero que no quiere que se sepa), aquel minúsculo papel hacía más por mi propia estima que la certeza de saber que Bustrófedon figuraba entre los siete granujas finalistas del VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas. Por eso volvía una y otra vez sobre el recorte en un continuo y ansiolítico vaivén. Yo sabía ya que figuraba entre los finalistas, pero saberlo era poca cosa comparado con verlo escrito allí con todas las letras. E incluso, con el recorte encima de la mesa, llegué a fantasear que alguien más leía entre líneas y llegaba a saberlo. Imaginaba así escenas imposibles. Por ejemplo, que, por circunstancias que variaban en cada ocasión, porque eran tan etéreas y nebulosas como los sueños, el periódico caía en manos de la muchacha que me abandonó y que, a veces por los caprichos inescrutables del azar, a veces por un pálpito inexcusable del destino, su mirada se detenía sobre la noticia de los finalistas. La leía despreocupadamente, sin prestar atención, pero, de pronto, algo indefinible, los duendes del ayer, la mala conciencia, los remordimientos o la añoranza, la hacían detenerse en los seudónimos, trataba de situar Bustrófedon en algún lugar de su memoria y del pasado, la lectura al derecho y al revés del título *La I no merece ceremonial* la llevaba a recordar que me regaló *Las navajas sajaban sal*, precisamente un 23 de abril, y un hilo de luz súbito y fulgurante, ese hilo de luz que se extiende rápido como la idea que brilla en la oscuridad y la confusión de la mente, y reúne los puntos más distantes y los relaciona entre sí de un modo maravilloso, la llevaba a comprender quién era aquel Bustrófedon y le alborotaba el ánimo de tal modo que mi endeble y atribulada imaginación no lograba dar forma a tan inaudita caída del caballo. Todos estos sinsabores acabaron, sin embargo, un mes después de la aparición del recorte en el periódico, cuando recibí una carta de la organización en la que me invitaban a la solemne gala del fallo que tendría lugar el siguiente 23 de abril coincidiendo con la muerte de Cervantes, como bien sabrás, y con el día del libro. Firmaba la carta

el concejal de Cultura. Me felicitaba cordialmente por el honor de figurar entre los finalistas, adjuntaba una fotocopia del recorte de prensa (la guardé junto al original en el cuaderno de apuntaciones), reivindicaba el empeño con que la concejalía defendía la creación literaria pese a la escasez del presupuesto y añadía una serie de instrucciones, de recomendaciones y de obligaciones: la hora de la gala, el lugar de la celebración, el horario de trenes y el hotel donde me reservaban habitación individual en régimen de alojamiento y desayuno. Insistía, además, en que la presencia de los finalistas en la gala era obligatoria e indispensable. La no asistencia, subrayaba en negrita, conllevaba el incumplimiento de las bases y, por ende, la descalificación.

43

He viajado bastante en tren, pero, si tuviera que seleccionar los viajes más memorables (no porque sean dignos de memoria, sino por recordarlos con bastante precisión), este figuraría entre ellos. La razón es tan sencilla como que el viaje me deparó uno de esos acontecimientos que solo cabe atribuir a los caprichos del azar. Y, como no quiero alimentar suspense alguno, diré enseguida que coincidí con otro finalista, concretamente con Juan Tan Amera, aunque ninguna de estas dos cosas (que fuera finalista y que fuera Tan Amera) llegué a saber durante el viaje. Lo único que pasó al principio fue que subí al tren, que busqué mi número de asiento, que el asiento contiguo venía ocupado de estaciones anteriores y que quien lo ocupaba tuvo que levantarse para dejarme pasar porque me había tocado ventanilla. Dije perdón, se levantó el viajero, pasé, le di las gracias y me entretuve con las intermitencias del paisaje: la periferia urbana e industrial primero, tan prosaica y herrumbrosa, a la salida de la estación; los verdes prados posteriores, desde los que nos miraban mansas vacas atónitas, con ojos de adiós cordera; los tramos en que las vías discurrían paralelas a la carretera nacional y propiciaban una competición de velocidad entre los coches y el tren; los cortafuegos verticales que bajaban de la sierra; el cauce al fondo de un riachuelo verdoso y meritorio. De vez en cuando me saturaba tanta contemplación y desviaba la mirada hacia mi vecino de asiento. Era un individuo de edad madura (siguiendo la senda de los maestros del Oeste para el cálculo consideré que frisaría en treinta y cinco años), llevaba el pelo largo, podría decir que su indumentaria combinaba la elegancia *prêt-à-porter* con estudiada informalidad bohemia e iba leyendo un libro cuyo título me empeñaba yo en averiguar con disimulo. No sé si advirtió mis intenciones y se divirtió ocultando deliberadamente el título y el nombre del autor, si era su modo de

abarcar el libro con ambas manos al leer o si decidió ir introduciendo variaciones para dejarme ver destellos silábicos de la portada, lo que no hizo sino acrecentar mi curiosidad, de modo que empecé a repartir la mirada entre el libro, de reojo, y el paisaje, poéticamente. La curiosidad tardó bastante en quedar satisfecha, pero tampoco voy a fragmentar ahora el descubrimiento, como esas películas que abusan del montaje paralelo (libro, paisaje, libro, paisaje) y retrasarlo. Sí diré que pude ver primero el nombre del autor, Georges Perec, y más tarde el título, *La clôture et autres poèmes*, un libro en francés, me dije, todo lo cual me produjo cierto desencanto, porque, cuando experimentamos esa curiosidad impenitente de lectores, nos gusta que el lector anónimo que viaja en metro, en autobús o en tren, que lee en un banco del parque o en una sala de espera, vaya o esté leyendo algo que nosotros conozcamos, nos agradan esas coincidencias, diría que en realidad esa curiosidad es más una forma de comprobación que nos enaltece, de modo que ahora, en el tren, al lado de Juan Tan Amera, solo pude sentir envidia, vergüenza y frustración, porque yo no podía leer libros en francés (envidia), porque no sabía quién podía ser el Georges Perec que escribía *La clôture et autres poèmes* (frustración) y porque mis lecturas recientes no pasaban de Keith Luger o Silver Kane (vergüenza). Esto es, que el viajero que ocupaba el asiento de al lado era mejor que yo, más listo, más culto, más inteligente y, además, políglota. Más tarde pude comprobar que, en efecto, lo era: todo ello. Al principio solo intercambiamos fórmulas triviales de cortesía, pero la charla se animó cuando supimos que nos encaminábamos a un mismo destino. Como teníamos algo en común, me ofreció tabaco (un ritual ineludible en aquel tiempo), fumamos y la conversación se prolongó sin apenas altibajos durante el resto del trayecto. De qué hablamos no lo sé, no lo recuerdo. Recogimos nuestros equipajes al llegar a la estación, bajamos del tren y en el andén nos despedimos. Pero antes de que me hubiera alejado de él dos o tres pasos oí que le preguntaba al interventor por el hotel donde la organización del premio me había reservado habitación. Me volví entonces y atendí también las explicaciones, un tanto sinuosas, incluso diría que hipotácticas, o sea, confusas, del interventor. Juan Tan Amera se volvió cuando creyó que tenía claro el camino (que no lo tenía, porque una vez en

marcha los laberintos del callejero nos obligaron a preguntar dos o tres veces todavía: a la vista estaba que la hipotáctica era la ciudad, no el interventor) y se sorprendió al verme a su espalda y tan atento. También voy al hotel, dije. No me digas, dijo riendo, que vamos los dos a lo que vamos. Así era, en efecto. Íbamos.

44

No sé si contravengo alguna norma retórica al anticipar en este punto que, al día siguiente, antes de que emprendiéramos cada uno nuestro camino de regreso, Juan Tan Amera me regaló *La clôture et autres poèmes* (Hachette, 1980, aún lo conservo). Y si lo anticipo, no es por acogerme al viejo recurso oral del antes de que se me olvide, porque no voy a olvidarlo, sino como ejemplo de otras incertidumbres. Es una cuestión distinta: se trata de no hacer trampas, se trata de respeto. También he anticipado que viajé en el tren con Juan Tan Amera sin que yo supiera todavía que Juan Tan Amera era precisamente Juan Tan Amera y he de decir que esta cuestión me resulta incómoda y espinosa. Nunca sabré decidir con acierto si han de contarse los hechos en el orden en que suceden y en el momento en que se producen o si, por el contrario, es lícito que el narrador anticipe en su relato asuntos que ha conocido más tarde. Dicho de otro modo: que cuente lo que sabe antes de contar por qué lo sabe o cómo lo ha sabido. En el caso concreto del regalo del libro de Perec es irrelevante dejarlo dicho ya o aplazarlo hasta el momento de la despedida, e incluso en cierto modo, puesto que oficio hecho quita cuidado, casi mejor dejarlo dicho aquí y quitarse así de la cabeza la obligación de consignarlo en el momento preciso en que el libro pasó de las manos de Juan Tan Amera a las mías. Pero las cosas no son siempre tan sencillas ni tan marginales. Y si hablo de ello aquí es porque hay una cuestión que me plantea más dificultades y se refiere al contenido de las novelas de los distintos participantes. Supe algunas cosas de las distintas novelas finalistas a lo largo de la tarde, supe algunas otras, contradictorias a veces, al amanecer del día siguiente y supe otras, en fin, mucho tiempo después, y lo que no sé en este momento es si mezclar los datos del amanecer con los de la tarde y con los entonces por venir, dando pie a que un supuesto lector se pregunte cómo demonios sabe este

hombre lo que me está contando, o hablar de cada cosa en su momento y su lugar, siguiendo el orden de su aparición. Cualquiera de las dos opciones tiene contraindicaciones, en un caso narrativas, en otro morales (si es que cabe atribuir algún valor moral a los artificios de la retórica). Y lo cierto es que no sé si se debe omitir lo que se sabe para respetar la cronología de los acontecimientos o si es preferible no omitirlo y que la narración ondee sobre los vaivenes del tiempo, si se ha de mantener en el presente de los hechos que se cuentan la ignorancia que se tenía cuando ocurrían, pero que no se tiene ya cuando se cuentan, o si será preferible hacer de la capa un sayo según convenga. Por mi parte, aún no sé qué haré ni con la capa ni con el sayo. Por eso no puedo anticipar nada concreto.

45

Llegamos al hotel a mediodía, nos identificamos en recepción, nos registramos, preguntamos si había alguna instrucción para nosotros (que no había, al menos que el recepcionista supiera), preguntamos si había llegado algún otro finalista (que tampoco, dijo el recepcionista, ustedes son los primeros), subimos el equipaje y quedamos en bajar a la cafetería al cabo de quince o veinte minutos e ir viendo sobre la marcha qué podíamos hacer, si es que teníamos que hacer algo, que los hechos se encargarían de demostrar después que no. Examiné rápidamente la habitación, la mesilla, los armarios, el jabón, el champú, el gel, las toallas, el minibar vacío, abrí la ventana para contemplar con desconsuelo la mugre de un patio interior atiborrado de desechos, la vasta inmundicia heterogénea que acumulan las traseras de la hostelería y la restauración, electrodomésticos erosionados por la herrumbre, bombonas de butano, sillas de plástico, mesas de bar quebradas, andrajos de viejas sombrillas publicitarias, un canalón colgandero y oxidado, una bicicleta estática (nunca me ha sonreído la suerte en los hoteles), deshice el equipaje, expandí la ropa sobre la cama secundaria y regresé enseguida al *hall*. Todavía no había bajado Juan Tan Amera, así que, sin saber muy bien qué hacer, porque yo no tenía práctica en tales lides ni en viajes solitarios, salí a la calle para hacerme una idea de los alrededores. Nada digno de mención pude observar, lo que no impidió que hiciera como que ponía mucho empeño en la observación, que lo escrutaba todo con criterio profesional. No fue necesario, sin embargo, que observara mucho tiempo, porque no tardó en reclamar mi presencia Juan Tan Amera desde la cafetería. A la cafetería se podía acceder directamente desde la calle, a través de un porche en que se alineaban varias mesas terraceras, sin pasar por recepción, porque era al parecer lugar muy frecuentado por la gente de la ciudad, y además se podía

observar el exterior desde dentro, a través de unas enormes cristaleras. Y allí nos sentamos Juan Tan Amera y yo, junto a la cristalera, orientados a la calle, pedimos cerveza y empezamos a hablar ya en confianza, como colegas finalistas. Enseguida me preguntó quién era yo y cuál mi novela, Bustrófedon, le dije, y *La I no merece ceremonial*, y fue entonces cuando supe que él era Juan Tan Amera y que, aunque en el recorte de periódico que nos habían mandado figuraba como *La rebelión de los actantes* (sacó del bolsillo de la chaqueta una libreta negra de hule y de la libreta sacó la fotocopia del periódico con la declaración de finalistas para dar fe de la errata), su novela era solo *La rebelión*, lo que, añadió, blandiendo el recorte, además de un grave error de concepto era también un absoluto disparate, porque en su novela no solo se rebelaban los actantes, sino los actantes, el narrador, la *inventio*, la *elocutio*, la *dispositio*, la prosodia, el léxico, la puntuación y la morfología. Todo en su novela, concluyó, era rebelión, toda la novela, abundó en ello, era una fiesta de la rebelión, una orgía, una saturnal, un aquelarre. Me intrigó hasta lo indecible tanta rebelión, porque no alcanzaba a entender qué podía salir de todo ello, y pregunté detalles, de qué modo podía rebelarse la *inventio*, por ejemplo, pero respondió que ya me iría contando a lo largo del día, que si Lukács esto, que si Bajtín lo otro, que si Barthes lo de más allá, que tendríamos mucho tiempo por delante, que yo era joven, además, y se veía que tenía muchas ganas de aprender, porque seguramente, a juzgar por lo que nos había dicho el recepcionista, la organización nos abandonaría por completo a nuestra suerte, porque a los patrocinadores de premios de novelas los novelistas propiamente dichos les importan un carajo o una arveja, no tendríamos nada que hacer hasta la hora del circo de la gala y nueve horas darían mucho de sí. Dijo que algo además tendríamos en común los dos y que por eso los dioses nos habían reunido en el tren. Si, como había dicho el presidente del jurado, entre los finalistas había amor, humor, violencia y vanguardia, era claro que nosotros éramos la vanguardia. Tan Amera se había entretenido repartiendo estas categorías entre las distintas novelas y traía hecha una minuciosa clasificación a partir solo de los títulos y los seudónimos, igual que Poe con *Barnaby Rudge*, dijo, y me enseñó una página de la libreta con sus llaves, sus flechas, sus esquemas y

sus predicciones: amor en *Cardilegio, El viejo y la doncella* e *Intimátum*; humor en *De Madrid tenía que ser el hijoputa* (que es un pegote progresista, dijo, no puede ganar); violencia en *Siempre tenemos miedo*; y vanguardia en *La I no merece ceremonial* y *La rebelión*, siempre y cuando el presidente del jurado no estuviera hablando por hablar y recurriendo a fórmulas vacías. Que menudo elemento está hecho el presidente del jurado, añadió sin más explicaciones. Alguna de las novelas podría jugar a dos bandas, siguió con su análisis, tratar la violencia con humor, por ejemplo, contar amores violentos o aunar humor y vanguardia (y si decía esto último por mí se equivocaba de medio a medio, porque en mi novela todo era triste menos los palíndromos). Luego, antes de agotar de un trago la cerveza, adoptó un tono solemne y evangélico, pero también festivo, para predecir nuestro futuro inmediato. Ten por seguro, Bustrófedon, que todo está ya cumplido y que ni tú ni yo entraremos esta noche en el reino de las letras.

46

El segundo finalista al que conocí fue a Mesoneros. Juan Tan Amera debía de tener alguna extraordinaria habilidad de detección concursiva, porque apenas lo vio a través de la cristalera lo incluyó en el reparto. Ahí viene otro cofrade, dijo. Y tenía razón. Mesoneros llegó en su propio coche, aparcó frente a la cristalera, bajó del coche (un cochazo, a juicio del peatón que yo era), miró en torno, como cerciorándose de que estaba en el sitio adecuado, sacó el equipaje del maletero y entró en el hotel. Fue tras observar todos esos movimientos cuando Juan Tan Amera lo incluyó en la cofradía. Tiene porte elocutivo, dijo. Propuso además, libreta en mano (enseguida trazó nuevas flechas), que nos jugáramos unas cervezas tratando de adivinar cuál sería su novela, pero rechacé la apuesta. Me consideraba completamente incapaz de establecer la menor relación entre alguno de los cinco títulos restantes y un individuo desconocido que bajaba de un coche, entraba en un hotel y a saber siquiera si era escritor. Pero resultó, en efecto, que lo era y que, si hubiera aceptado el envite, habría tenido que pagar yo las cervezas. Aunque habría que añadir que quizás hubiera habido en el juego algo de trampa. Pues fue el caso que al cabo de un rato se asomó Mesoneros a la cafetería, se detuvo un instante en la entrada y enseguida se fijó en nosotros. Fue entonces cuando Juan Tan Amera lanzó su propuesta. De Madrid tenía que ser el hijoputa, dijo sonriendo, sin que yo pudiera llegar a determinar si estaba enunciando el título o si se trataba de una broma, si se refería a la novela o al autor o si deducía lo primero de lo segundo, aunque, como sospeché luego, no por ninguna deducción lógica aprendida en Holmes o Dupin, sino porque el coche aparcado al otro lado de la cristalera tenía matrícula de Madrid. No hubo tiempo, sin embargo, para explicaciones porque ya Mesoneros se acercaba a nuestra mesa. Sois vosotros, dijo. No preguntó: afirmó. Al

recepcionista no se le escapaba el menor detalle y Mesoneros era además un tipo simpático, atrevido y desenvuelto. Preguntó si podía sentarse con nosotros (no faltaría más) y pidió una cerveza. Era mayor que yo, no cabía duda, pero también algo más joven que Juan Tan Amera, aunque, en lo que se refiere a esto segundo, no sería la primera vez que, puesto en el trance de adivinar las edades de la gente, me equivocaba abrumadoramente. En cualquier caso, ambos se trataron enseguida como iguales y me trataron a mí con las condescendencias de la edad. Tras el protocolo de las presentaciones, se apresuró Juan Tan Amera a preguntarle cuál era su novela y, cuando dijo que *De Madrid tenía que ser el hijoputa* (fue en ese momento cuando supimos que quien estaba con nosotros era Mesoneros), Tan Amera me hizo un guiño de complicidad, frustrada hipótesis de una deuda de cervezas. Le informó después de nuestras aportaciones a la literatura universal y volví a oír por segunda vez el verdadero alcance de una rebelión narrativa que no se reducía solo a los actantes, a la subversión del paradigma actancial completo, pese a lo que pudieran haber escrito en el periódico, sino que alcanzaba al proceso novelesco entero, empezando por la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio* y siguiendo por todo lo demás hasta el mismísimo punto final, que en su caso no sería un punto ni unos puntos suspensivos, sino una coma, la coma final, un modo metafórico de dejar toda la literatura en coma. Algo así, añadió, como una enmienda a la totalidad narrativa en sus dimensiones históricas, literarias y lingüísticas. Otro que ama las comas, pensaba yo oyendo su discurso. Juan Tan Amera no era un tipo aburrido, yo diría que incluso lo contrario, pero cuando hablaba de su novela adoptaba un tono hasta tal punto solemne, grave y profesoral que había que esforzarse en realidad para no desairarlo, con indiferencia por mi parte, porque no me enteraba de nada y ni siquiera sabía de qué estaba hablando, o con alguna réplica jocosa, que sería sin duda lo que estaría haciendo Mesoneros ante tales arrebatos teóricos: aguantarse, contenerse. Por eso, cuando cesaron las explicaciones de Juan Tan Amera, no hizo ningún comentario al respecto. Todo eso está muy bien, fue lo único que dijo. Pensé entonces que tampoco Mesoneros se había enterado de nada, que le tenían sin cuidado los quebrantamientos teóricos de la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio*, que nunca había tenido el

menor conflicto con los paradigmas actanciales y que, dicho con decorosa elegancia, le importaba un comino lo que pudieran proclamar Lukács, Barthes o Bajtín. Prueba de ello sería su siguiente intervención. Lo mío, dijo, es solo una novela policiaca escrita deprisa y corriendo. Y es probable que subrayara la palabra *solo*, que, sea adverbio o sea adjetivo, es sin duda nuestro único y verdadero paradigma.

47

La creación literaria es una tiranía, dijo Juan Tan Amera. Tan Amera hablaba en prosa culta: no decía literatura, sino creación literaria; él no era escritor ni, menos aún, literato, sino creador; los literatos eran el baldón, la deshonra y la vergüenza de la creación literaria, porque la creación literaria no era una tarea ni un oficio, sino un deber, una misión y un sacerdocio, extremos en general de un vocabulario que, por contraste, me llevaban a evocar al zascandil del río y sus elecciones léxicas: el penco, el chucho y la pechuga. Lo que no pude llegar a esclarecer era si hablaba en serio o nos tomaba el pelo, si tanta pedantería era impostura o era convicción, la indumentaria del actante externo en el discurso de la narración, si, en resumidas cuentas, se reía hasta de su sombra con tanta circunspección y tan efervescente terminología. El caso es que, en lo que a la vida práctica se refiere, habíamos ido desestimando sucesivamente las dos o tres posibilidades que la hora nos ofrecía, hacer una primera cata (o cala) turística en la ciudad, tomar otra cerveza en algún punto álgido del casco urbano o probar fortuna gastronómica en algún restaurante recomendado del centro, pero el tiempo iba pasando sin determinación alguna y al final, perezosos, indecisos, ocupamos una mesa en el restaurante mismo del hotel. Y, cumpliendo su palabra, apenas habíamos probado el primer sorbo de vino, un crianza de la tierra que nos recomendó el camarero (Mesoneros fungía de docto enólogo y enlazaba el *bouquet* con los taninos), cuando Juan Tan Amera creyó llegado el momento de explayarse en el amplio campo de batalla de su propia rebelión. Y esa rebelión había consistido en gran medida en ir a contracorriente, nadando aguas arribas, en el proceso de creación de su novela, esto es, me dijo a mí, en la *inventio*. Así, según contaba, concibió un día el primer capítulo de la historia, lo escribió y le pareció que era bueno. Empezó entonces a planear el

segundo capítulo (lo hacía sobre todo paseando a primera hora de la mañana por un circuito urbano invariable, encomendando el pensamiento a la rutina y la fatiga, *modus operandi* que me complació o complugo, porque avalaba mi propio método fluvial), pero, a medida que avanzaba en la elaboración de la trama, se fue dando cuenta de que se producían cortocircuitos, conexiones incompatibles entre lo que se le iba ocurriendo y lo que ya había sucedido, porque tanto las ideas que sobrevenían como la acción a que daban lugar contradecían lo dicho y lo acontecido en el primer capítulo. Podría preguntarse entonces si el primer capítulo no sería en realidad tan bueno como en principio había creído, pero enseguida se respondía que no, que el primer capítulo era bueno, incluso muy bueno, sublime, magistral, pese a lo cual no se correspondería de ninguna manera con lo que el segundo estaba reclamando. Se le planteaba entonces una única solución: reescribirlo, hacer modificaciones, alterar lo escrito para facilitar la comprensión de lo que sucedería a continuación. Y esa solución le procuraba mucha pena, en el doble sentido de la palabra pena, tristeza y padecimiento, porque el capítulo era bueno tal como estaba, no merecía castigo ni sanción, merecía sobrevivir tal cual, por su propia calidad, y le daba además también mucha pereza volver la vista atrás para desbrozar lo que con tanto mimo había sembrado. En esa encrucijada anduvo indeciso durante un tiempo hasta que de pronto un día, mientras desayunaba café con churros en una cafetería y oía de fondo en la televisión la retrasmisión de una liturgia vaticana, le bailaron en la cabeza las palabras de san Lucas que glosaba el Sumo Pontífice, a saber, que ninguno que poniendo la mano en el arado mira hacia atrás es apto para el reino de Dios (Lc, 9, 62), y fue tan eficaz el fulgor de aquel relámpago con raíces evangélicas (una caída del caballo de la retórica aristotélica, un mandato revolucionario de los nuevos dioses) que decidió escribir el segundo capítulo como si hubiera hecho las modificaciones pertinentes en el primero, pero sin hacerlas, sin haberlas hecho. Y eso hizo. Y así procedió ya con el resto de capítulos de la historia, que eran siete, como los días de la creación, de tal modo que lo que al principio fue una necesidad al final fue un procedimiento. Cada capítulo se escribía contra el anterior, o no solo contra el anterior, sino contra todos los anteriores. A veces en

la vida nos arrepentimos de lo que hemos hecho y lo desharíamos o lo haríamos de otra manera si pudiéramos volver atrás, pero ni se puede volver ni se puede rectificar. Pues bien, decía, en eso consiste la rebelión, en comportarse como si se hubiera vuelto atrás, pero sin haber vuelto, la aplicación sistemática de *l'esprit de l'escalier* a la retórica. Aunque, añadía sonriendo, tratando de no confundir el pie y el pie según se van bajando los peldaños. Solo había un aspecto que todavía le molestaba, porque a fin de cuentas, al rebelarse contra ella, le concedía a la realidad una prerrogativa que no se merecía. Aunque no estoy seguro, porque la cronología se me enmaraña, debió de ser en este punto del relato cuando Mesoneros comentó que tales insurrecciones actanciales poco o nada tenían que ver con el mundo real. No he olvidado, en cambio, el equívoco aforismo con que replicó Juan Tan Amera. Todos los mundos son reales, dijo; menos el real, que es imaginario. En cualquier caso, al margen de esa intromisión de la realidad, era mucho lo que Juan Tan Amera había logrado: darle por completo la vuelta al calcetín de la narración, ponerlo todo al revés, patas arriba, confundir el principio con el fin y el fin con el principio, explorar el mundo anterior al Génesis. Al principio todo era caos y confusión, todo tinieblas y oscuridad sobre la faz del abismo, pero entonces vino la creación literaria a poner orden en el caos y a adornar el mundo con barnices lógicos y ortodoxos. Juan Tan Amera, en cambio, quería volver atrás, no avanzar del caos al orden sino recuperar el caos primigenio, retroceder más y más, hasta el origen mismo del caos. De modo que, así como se cuentan hacia atrás los años antes de Cristo, Juan Tan Amera quería contar hacia atrás la evolución del caos desde su origen hasta que surgió el verbo, recorrer ese camino a la inversa y llegar, dentro de lo que fuera posible, hasta el origen del origen del origen del caos, que es el manantial del caos absoluto. De ese modo, pues, mediante revelación, se había rebelado el creador contra la tiranía de la creación literaria propiamente dicha, acogiendo la anomalía estructural como principio y fundamento. Hasta ahora la literatura, que era lo que escribíamos los demás, se había construido con jardines y piedras preciosas, el lenguaje era una aleación de rubí, topacio, diamante, piedra de ónice, jaspe, zafiro, malaquita y esmeralda, y contra eso debía de rebelarse la creación literaria, como se rebeló el ángel

caído en el principio de los tiempos. Y ahora Juan Tan Amera era un ángel caído en rebeldía contra la tiranía del orden y de la retórica clásica y contra la belleza, que es el verdadero talón de Aquiles de lo que la gente llama literatura. Esa era la historia de su rebelión, la ceremonia de la confusión como principio literario, y subrayó con una sonrisa la palabra *ceremonia*. Si es que puede haber verdadera historia con tal brebaje, decía Mesoneros, más dado en el ejercicio de la creación a la lógica de principio, medio y final, y que a quien Dios se la dé, dijo, san Pedro se la bendiga.

48

He dicho que Juan Tan Amera disfrutaba hablando de sus escritos, y así era, pero eso no excluye que disfrutara igualmente hablando de los escritos de los demás. Tenía incluso el propósito de hacernos hablar a todos los finalistas de nuestros libros, porque consideraba más razonable la información directa que las conjeturas a que pudieran conducirnos la discreción, la apariencia o el carácter del autor, y, bien puedo adelantar, que, con apenas una excepción, lo fue logrando a lo largo de la tarde y de la noche. Por mi parte, cuando llegó mi turno, todavía en el restaurante del hotel, solo dije que había escrito *La I* en treinta y un días, que tenía treinta y un capítulos, que cada capítulo constaba de mil y una palabras, que todos llevaban por título un palíndromo alusivo al contenido y que la historia era el resultado de observar a un grupo de adolescentes a la orilla del río durante el verano anterior, de seguir con discreción su peripecia y, cuando eso no era posible, de imaginarla o inventarla. Nada dije de la trama, de los amores y desamores del forastero con Mercedes, de la simpatía del narrador por la muchacha llamada Dolores, de la concurrencia lateral del zascandil y el sabihondo, ni de la hermosa joven que, trasunto de Mercedes, comió ancas de rana en una terraza de la plaza. Juan Tan Amera elogió la simetría formal del método, porque, aunque no implicaba exactamente una rebelión radical de los actantes, sí los sometía a una coerción inexpugnable, a las mazmorras más severas del paradigma, el revés exacto de lo que había hecho él, la cara y la cruz ambos de un mismo espíritu ante la creación, pero mostró al mismo tiempo su extrañeza de que hubiera tardado solo un mes en escribirla. Ya dijo Dante, dijo, que ni la O ni la I se escriben así como así en un santiamén. *Né O sì tosto mai né I si scrisse*, declamó haciendo gala de su poliglotismo y yo no supe entonces que recurría a la *commedia* para burlarse de mi ignorancia, de

nuestra ignorancia. A Mesoneros, en cambio, le pareció incluso demasiado tiempo un mes y confesó que había escrito su novela en un par de semanas que estuvo de baja, lo que tal vez significara, según bromeó Juan Tan Amera, que yo habría escrito la I y Mesoneros la O. Eso aparte, y a vueltas con los números, lo que más gracia le hizo a Mesoneros fue lo de las mil y una palabras, un ejercicio baldío, decía, una sumisión de la literatura a la aritmética, la estadística y el cómputo. Paparruchas, sentenció. Por qué iba a ser mejor un capítulo de mil y una palabras que uno de mil, de novecientos noventa y nueve o de dos mil cuarenta y tres, se preguntaba. ¿Por la misma razón que los sonetos tienen catorce versos?, inquiría Juan Tan Amera. Por la misma razón, replicaba Mesoneros, que ni los poetas escriben ya sonetos. Además, añadía Juan Tan Amera, todo lo que se escribe está sometido al cómputo, aunque no con tanta exactitud. No confundas la aritmética con la simetría. Tú mismo le habrás dado a tu hijoputa una extensión de entre cien y ciento veinte folios. Y ambos siguieron defendiendo sus puntos de vista en pro y en contra de la aritmética literaria mientras comíamos el segundo plato y bebíamos una segunda botella de vino. Yo no intervenía en el debate porque carecía de opinión o, mejor dicho, porque estaba de acuerdo con las opiniones de ambos, e incluso me aburría y de cuando en cuando desviaba mi atención al resto del comedor, una mujer que comía sola en una mesa al fondo junto a una ventana, dos hombres que hablaban en voz alta sobre la marcha de un negocio (y por más que me esforcé no pude saber de qué negocio se trataba), una pareja de jóvenes enamorados que se miraban con ternura y a menudo se cogían las manos por encima de la mesa. Pensaba además que no había razón alguna que justificara mi decisión de treinta y un capítulos por mil y una palabras más allá de la ocurrencia de aquella tarde lejana de julio en que el folio amarilleaba en el carro de la máquina con la I huérfana encabezando el vacío. La aritmética había sido el modo de salir del atolladero: ese era su único mérito y su único demérito. Pero, por otra parte, el debate no se refería ya a mi novela sino al eterno bolero de Ravel de la forma y el fondo, la expresión y el contenido, la inspiración o la disciplina, la trama o el estilo. Entonces, no sé si por los efectos del vino de cosecha o por un absurdo afán de presunción, para demostrar que, pese a la juventud

de mis veinticuatro años, no era yo un simple advenedizo, sino que tenía ideas propias y que no carecía de solidez teórica, no se me ocurrió nada mejor que aportar al debate mis propias oposiciones binarias, y hablé con euforia del numen y el cacumen y del huevo y la gallina frente a lo que creí el pasmo y el asombro de mis compañeros de mesa y de certamen. Pronto, sin embargo, me arrepentí de haber hablado, y no porque fuera entonces cuando me encontré por primera vez con las palabras *genitum* y *factum* y Juan Tan Amera me hiciera ver que había descubierto el Mediterráneo (siempre es bueno aprender), sino porque Mesoneros tomó a broma mis desvelos teóricos y canturreó la gallina ha puesto un huevo, ha puesto dos, ha puesto tres. Esa fue la tónica general de la comida: Juan Tan Amera ejerciendo como militante de su propia rebelión y tenaz erudito de las artes retóricas y Mesoneros discutiendo por discutir, llevando la contraria por llevarla y tomándoselo todo a broma por no decir que a cachondeo. Prueba de ello es que no nos ahorró jueguecitos y alusiones al respecto a lo largo del día y de la noche, a Tan Amera con la sedición de los actantes, a mí con las mil y una palabras, con el huevo y la gallina y, finalmente, en sintonía con la auxiliar, con la solemne imposición del título de gran Bustrófedon, porque, decía, no le iba a ir yo a la zaga a grandes sujetos de la literatura universal, como el gran Meaulnes, el gran Gatsby o el gran Faroni.

49

Juan Tan Amera y Mesoneros prefirieron tomar café en la cafetería mejor que en el restaurante, pero quisieron pasar primero por las habitaciones. Abajo en media hora, dijo Mesoneros cuando salió del ascensor. Yo no tenía nada que hacer en la habitación más allá de la higiene elemental (aún no me había llegado la afición a la siesta), así que me entretuve unos minutos enredando con el mando a distancia de la televisión y haciendo recuento de los materiales de desecho del patio interior: electrodomésticos, bombonas, sillas, sombrillas, mesas, bicicleta y canalón. Ninguno de los dos panoramas invitaba a la contemplación ni al regocijo, la televisión por su propia naturaleza y el patio interior por su sórdida alegoría del progreso, de modo que no creo que tardara más de diez o quince minutos en abandonar la habitación y bajar a la cafetería, aunque no sin cierta incomodidad. A mí siempre me ha gustado ser puntual y si alguien dice que nos vemos en media hora, como había hecho Mesoneros, procuro respetar con toda exactitud la media hora. Retrasarse, convertir media hora en tres cuartos o en hora entera, es algo superior a mis fuerzas y nunca ha entrado en mis cálculos, por solidaridad y por respeto, pero anticiparse se me antoja una falta más grave incluso, porque invita a la desconfianza: me recuerda las películas de crímenes o mafias o espías en que los personajes se citan en lugares oscuros y secretos (edificios ruinosos, barracones abandonados, barrios peligrosos) a los que saben que van a acudir con mucha antelación sobre la hora acordada, porque ninguno se fía de los demás y todos quieren contar con la ventaja del tiempo, la ratonera y la sorpresa. Por eso suelo respetar siempre los horarios. Ni antes ni después, ese sería mi lema de conducta social, a en punto, *o'clock*. Pero pensé que bajar a la cafetería quince minutos antes no supondría en esta ocasión un quebrantamiento demasiado severo de la norma: Juan Tan Amera y

Mesoneros eran conocidos recientes y todavía no gozaban de prerrogativas de reloj. Además, en mi anticipación no podía haber ningún asomo de acecho ni la menor sospecha de asechanza. Cuál no sería, por tanto, mi sorpresa entonces al ver a Mesoneros sentado ya en la misma mesa que habíamos ocupado antes de comer y en compañía de la mujer que poco antes comía sola en el restaurante junto a la ventana. Decidí sentarme en otra mesa, porque tampoco me gusta interrumpir y me pareció que Mesoneros estaba en plena salsa coloquial, pero él mismo advirtió mis titubeos y me llamó. Enseguida explicó que cuando llegó a la habitación se encontró con que no llevaba la llave, que la había dejado olvidada en el restaurante, y que cuando bajó a buscarla tropezó con la mujer. El sexto sentido literario que tenía Juan Tan Amera para los actantes, dijo, lo tenía él para los autores y, al chocar con ella, no le cupo ninguna duda de que formaba parte del gremio finalista. No se equivocaba. Era Manuela de la Cruz. Así que me senté con ellos y pedí un café. Manuela de la Cruz hablaba poco y, cuando hablaba, daba gusto escuchar lo que decía y la serenidad con que lo decía, con la pulcritud sintáctica de un castellano sabio y genuino. Nunca he tenido mano ni palabra para retratos y etopeyas ni he sabido atribuir edad con garantía a las personas. Puesto a precisar podría echarle cuarenta y tantos años (soy consciente de la indefinición de *y tantos*, de modo que puedo apuntar al justo medio, entre el cuatro y el seis) y diré que me recordaba, en las formas, en la elegancia, en la parsimonia, a una profesora que tuve en bachillerato. Pero no sé si Manuela de la Cruz era profesora: nada dijo de su profesión. Tampoco quería contar nada de su novela. Más tarde, cuando Juan Tan Amera insistió en ello (me pregunté si tanto empeño en hacernos hablar de nuestras novelas se debía a su propia naturaleza o al afán de ver hasta qué punto había acertado en sus análisis previos, en los esquemas de libreta que con tanto orgullo me había enseñado antes de comer), solo dijo que era una historia de amores infelices en los años de posguerra y que la protagonista de la historia se llamaba Manuela de la Cruz. Como era también el nombre con que Manuela de la Cruz se presentaba al premio, un seudónimo tan realista frente a los nuestros, que presumían de literarios o joviales, Juan Tan Amera preguntó si también la historia era real, si contaba algún episodio de la experiencia familiar o de la

historia local, si era un documento, en suma, más que una invención. Yo creí que las respuestas a estas preguntas serían sin duda afirmativas. Que hubiera elegido para su personaje el nombre de Manuela, un nombre estrictamente popular, muy alejado de la onomástica lírica de los tiempos y del registro civil, ya era bastante significativo. La elección del nombre se compensaba además con el recurso de un apellido metafórico como Cruz para subrayar los padecimientos del personaje. Manuela de la Cruz reunía, pues, en su nombre el ser del pueblo y el emblema del dolor. Y que la autora, en fin, usara el mismo nombre como seudónimo indicaba lo que suponía para ella el personaje y seguramente también la historia. Una novela, en fin, cabía pensar, en sintonía con Juan Tan Amera, en la que no se rebelaban los actantes; tal vez, también, por ello, de parte ahora de Mesoneros, una buena novela. Pero a Manuela de la Cruz le molestaba hablar de su novela, por pudor, sin duda, pero también por desconfianza, porque había tardado mucho en ponerse a escribir y se consideraba en cierto modo fuera de lugar. Eso despertaba en mí cierta afinidad, porque yo también estaba fuera de lugar. En cualquier caso, no averiguamos mucho más de *Siempre tenemos miedo*: las desdichas de Manuela de la Cruz en los años de posguerra, el infortunio sentimental, la penuria, el hambre, el miedo y el dolor.

50

Juan Tan Amera tardó bastante más de media hora en bajar (acabo, por tanto, de quebrantar el orden cronológico) y lo cierto es que no recuerdo cuándo se unió a nosotros en la mesa del café. Por una parte, me parece que lo estoy viendo entrar en la cafetería en compañía de un nuevo finalista, concretamente Nitrato de Chile, pero, por otra, también me parece estar viendo a Nitrato de Chile en nuestra compañía (de Mesoneros, de Manuela de la Cruz y mía) mucho antes de que haga aparición Juan Tan Amera. También me parece estar oyendo hablar a Manuela de la Cruz sobre Manuela de la Cruz (lo poco que dijo sobre el particular) sin la presencia de Juan Tan Amera y respondiendo al mismo tiempo a sus preguntas, lo cual es imposible. La memoria suele tener estos inconvenientes: en lucha contra el espacio y contra el tiempo, esos insidiosos *a priori* de la retórica narrativa, se pierde en las latitudes del uno y en la precisión del otro. Supongo, pues, que, como de vez en cuando alguien se levantaba (para acercarse a la barra, para ir al servicio, para salir al porche que con buen tiempo servía de terraza y que, por confraternidad sureña, Juan Tan Amera se empeñaba en llamar siempre veranda) y volvía luego al rincón en que nos habíamos atrincherado para pasar la tarde, se cruzan en mi recuerdo las imágenes de unos y otros alejándose del grupo o acercándose. Y en una de estas, que puede que no fuera la primera, porque acaso Juan Tan Amera, en su condición de actante, practicara a título personal alguna suerte de un poco y me veréis y otro poco y no me veréis, en una de estas, digo, veo a Juan Tan Amera y a Nitrato de Chile caminando juntos hacia nosotros, deteniéndose a veces en el trayecto, como esos paseantes urbanos pausados y provectos que cada pocos pasos detienen la marcha, no se sabe si para recuperarse, para acomodar el paso al pensamiento o para buscarle al pensamiento la sintaxis, y ocupando finalmente las sillas

correspondientes en torno a la que podríamos llamar la séptima mesa finalista del lugar. Y según se iban ambos acercando, con esa que podríamos llamar parsimonia dialógica, me recuerdo repartiendo mi atención entre la lentitud de su avance y la voz de Mesoneros, que hablaba justo entonces del letrero de alquiler que figuraba en la ventana de una casa baja, de una sola planta y al borde de la ruina, en una calle secreta y solitaria, y la perplejidad que producía en cierto individuo la intermitencia del cartel, el hecho de que la casa unos días se alquilara y otros no, de modo que el misterio del cartel se convirtió para dicho individuo (que según le oía hablar pensé que sería el propio Mesoneros) en un caso, entendiendo la palabra *caso* en el sentido que le dieron los grandes escritores de literatura policial (*El caso de la ribera Fresnedoso, El caso del juguete mortífero, El caso del bailarín barbudo*, a estos *casos* me refiero), un caso, por tanto, que el individuo se sintió llamado a resolver. La intriga le obligó a pasar por delante de la casa cada día e intentar descifrar el código que pudiera esconderse tras la presencia o la ausencia del SE ALQUILA, el jeroglífico que trazara su irregularidad, su simetría o su extravagancia. Hasta que cierto día en que no había cartel dio la casualidad de que encontró la puerta abierta y a una mujer joven fumando en el umbral. No supo el individuo qué le desconcertó más al pronto, si la presencia de la mujer frente a la puerta abierta o el contraste entre la amenaza de derrumbe de la casa y la elegante pulcritud de la mujer, una mujer, claro es, de belleza inenarrable y, por lo mismo, inenarrada. Como la mujer impedía atisbar el interior de la casa y adivinar por tanto qué méritos podía tener para ofrecerse en alquiler de modo intermitente, el individuo aprovechó la oportunidad y decidió disfrazar su curiosidad de interés inmobiliario. La mujer se mostró dispuesta a enseñarle la casa y, una vez consumido sensualmente el cigarrillo, lo invitó a entrar. Y el hijoputa entró, dijo en ese momento Juan Tan Amera, que acaba de incorporarse al grupo junto con Nitrato de Chile y que tal vez no hubiera seguido el relato de Mesoneros desde el principio. Como también yo me había perdido el principio y me había distraído demasiado durante el nudo, solo al oír a Juan Tan Amera caí en la cuenta de que quizás Mesoneros estuviera hablando de su propia novela, pero bastó esa broma para que el relato se interrumpiera y

nos quedáramos sin saber si quien acababa de entrar en la casa en alquiler tras la mujer que fumaba era en realidad el hijoputa de Madrid o era alguien ajeno a tan sublime condición y, peor aún, qué ocurría dentro de la casa una vez que ambos entraban, si la belleza de la mujer solo era singular o, como prescriben las leyes del género, era también mortífera. Los actantes siempre están a la que salta, dijo Mesoneros. Y cambió de conversación.

51

Nitrato de Chile, por su parte, era un hombre maduro, serio, pausado. Hablaba con parsimonia, como si estuviera construyendo la sintaxis de la frase siguiente mientras pronunciaba la anterior o como si estuviera configurando la integridad del párrafo a medida que lo iba articulando, con la misma parsimonia con que se fue acercando a la mesa en compañía de Juan Tan Amera. Tal vez por eso mismo escuchábamos sus palabras con mayor atención, encomendándonos también nosotros a lo que quedaba por decir. Y, sin embargo, tengo ahora la tentación de evocarlo con una imagen que no le correspondía, a la que sin duda me conduce el recuerdo de la publicidad legendaria que exhibían entonces las fachadas de algunas ciudades, la imagen de un jinete con sombrero y la exhortación a abonar con nitrato de Chile, único y natural. Pero, como digo, el finalista que firmaba como Nitrato de Chile era todo lo contrario a la imagen publicitaria: ni jinete, ni sombrero, ni apariencia de haber cabalgado nunca por la Pampa salitrera ni por las áridas llanuras del Lejano Oeste. Aunque había estado en Chile en una ocasión, meses antes del golpe militar (y tal vez de esa estancia proviniera el seudónimo), no parecía que hubiera podido correr nunca aventuras de riesgo, sufrir asaltos de bandoleros, luchar en peleas de gauchos, sentir esa hora de la tarde en que la llanura está por decir algo y deja a los hombres sin destino sobre la tierra. Y, a pesar de las divergencias, ha sido la imagen del jinete, que era por otra parte puramente esquemática, una mancha negra sobre un fondo amarillo, la que se ha apoderado de la imagen real del finalista. El Nitrato de Chile del cartel ha sustituido al novelista. También es verdad que se han difuminado las imágenes de todos los demás, que no sabría describir mínimamente su fisonomía (siempre han resbalado sobre mi imaginación las descripciones de las novelas: ojos castaños, nariz aguileña, labios sensuales, cabello

negro), pero creo que, si me encontrara alguna vez con ellos (como me ocurrió años después con Mesoneros), los reconocería. No así en el caso de Nitrato de Chile, aunque tal vez me equivoque y, llegado el caso, por revelación súbita, lo reconociera enseguida. No lo sé. Supongo que una de las razones que contribuyeron a esa especie de suplantación de la que hablo es que, de vuelta a casa, seguí viendo durante bastantes años el cartel publicitario de Nitrato de Chile que se exhibía con mucha pertinencia en el lateral de un edificio que era imposible no ver cuando se cruzaba la ciudad en coche por la carretera nacional, más aún si el guardia de tráfico interrumpía la circulación para dar paso a los peatones o a los coches que salían del casco urbano. Sobra decir, naturalmente, que seguir viendo el cartel, en el que antes apenas había reparado, adquiría ahora otra connotación. Ya no era una publicidad que ni me iba ni me venía, ni una imagen pintoresca, ahora era recordatorio de la experiencia de un 23 de abril difícil de olvidar. Debió de llegar un momento en que el nitrato de Chile (al abono propiamente dicho me refiero) perdió terreno, que sucumbió al impulso de más baratas innovaciones industriales, pero el cartel sobrevivió bastante tiempo a la decadencia del producto. Yo pude ver durante años su lento deterioro y no sé incluso si me olvidé de él. Sí recuerdo, en cambio, que un día me di cuenta de que hubo una remodelación del edificio y el cartel, que ya era más una reliquia que una exhortación comercial, más vestigio de una nostalgia estética que un anuncio de salitre, desapareció. Con el tiempo, desapareció también el edificio: fue derruido para levantar en el solar un bloque de viviendas. No sé si mucha gente recuerda que allí sobrevivió durante años a la intemperie el jinete de Nitrato de Chile ni si yo mismo lo recordaría de no haber coincidido un día con el autor de *Cardilegio*. Pero sé situarme en el punto exacto en el que sentir cómo todo se desvanece.

52

Pues bien, de Nitrato de Chile supe que fue un universitario comprometido y que había publicado un par de novelas años atrás gracias a la campaña con que algunas editoriales se empeñaron en promocionar la existencia de una nueva narrativa nacional. Todo un profesional entonces, resumió Mesoneros la noticia. La mayoría de las novelas que se acogieron a la fórmula fueron apenas el anuncio de promesas posteriores, pero las de Nitrato de Chile (Juan Tan Amera las había leído y las comentó elogiosamente, pero no recuerdo los títulos) pasaron sin pena ni gloria y, a diferencia de otros compañeros de promoción, una vez pasados los primeros ímpetus publicitarios (yo he visto a veces saldos de aquellos tiempos en puestos callejeros y en Moyano, pero aquellas primicias de Nitrato de Chile han desaparecido de la faz de la tierra), no encontró nuevos editores. Con dos o tres novelas inéditas en carpetas de cartón, abandonó durante algún tiempo la literatura y se entregó a la efervescencia política del momento con la misma energía, pero con menos peligro, que en su época de estudiante. Su vida ahora, en la cafetería del hotel donde los cafés habían dado paso a otras contundencias vespertinas, podía considerarse una odisea, la del militante desencantado que volvió al cabo del tiempo al redil de las letras. Militó en partidos de izquierda partidarios de la revolución y la ruptura, partidos que nunca llegaron a ocupar escaños en el Parlamento y que enseguida desaparecieron o se disolvieron en la hegemonía socialdemócrata. Fue entonces sindicalista activo, en la certeza de que con la acción sindical se podría mejorar el mundo de abajo arriba. Pero en algún momento que yo no puedo precisar, porque Juan Tan Amera tampoco lo detalló, Nitrato de Chile vivió con decepción la ruina de sus ideas o, por mejor decir, la deserción de quienes habían defendido con él esas ideas, muchos de los cuales habían prosperado precisamente

tras abandonarlas y que podían dividirse en dos grupos: los que se habían traicionado al prosperar y los que se habían traicionado para prosperar. Se trataba por tanto de averiguar qué había sido antes, la prosperidad o la traición. Según Nitrato de Chile, los primeros tenían algún tipo de justificación, pero los segundos nunca obtendrían el perdón de Dios, ni el perdón de la Historia, ni, sobre todo, el perdón de Nitrato de Chile. Él mismo estaría en un tercer grupo: el de los que abandonaron y se abandonaron y se resignaron a las miserias y las penurias de la vida. Y fue entonces cuando decidió encerrarse en la torre de marfil y escribir novelas blancas, sentidas, dramáticas, existenciales. Es lo que tiene la literatura, dijo Juan Tan Amera (más reproche que axioma, quiero pensar): que en ella desembocan el desencanto, las frustraciones y la desesperación. En cierto modo, de la época militante solo le quedaba el seudónimo: Nitrato de Chile. Porque el nitrato provenía de la raíz de la tierra, que es donde se halla la sustancia de la vida y, por tanto, la verdadera subsistencia, y podía servir como metáfora de los tiempos en que él mismo se comprometió en la tarea de un mundo mejor, más justo y más feliz. Desencantado ahora igualmente con el mundo editorial, con el mundo de los lectores y con la deriva ideológica de los tiempos, no le quedaba más opción que presentarse a premios, lo que, por otra parte, puesto que todavía no había ganado ninguno (había sido finalista en varias ocasiones, pero nunca había obtenido el triunfo), le creaba un conflicto interior un tanto extraño, la experiencia de una paradoja todavía insoluble: la asociación del miedo y el deseo. Quería ganar, naturalmente, por la misma razón que nos gustaría ganar a todos (el mérito de lo escrito, la edición del libro, la dotación del premio, la satisfacción personal), pero también temía ganar, porque sería la ratificación definitiva del descenso en la escala literaria. Mientras fuera un concursante anónimo, incluso un finalista más, esto es, mientras solo fuera Nitrato de Chile y no pasara a ser quien realmente era, aún tendría esperanza de ser aquel que formó parte de la generación de la nueva narrativa nacional. Pero esa esperanza se desvanecería por completo apenas ganara en uno de los concursos a que se venía presentando últimamente, cosa que, sin duda, por la inexorable lógica del cántaro y la fuente, antes o después terminaría ocurriendo. Y, cuando ocurriera, ¿no entraría también él en el

grupo de los que se traicionaron?, ¿de los que se traicionaron, además, para mayor escarnio, por un plato de lentejas que ni siquiera eran primogénitas? Ese era el gran conflicto moral de Nitrato de Chile, el miedo, según el título de Miguel Hernández que citó Mesoneros, al quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras o, en resumidas cuentas, el miedo de volver a ser profesional después de haberlo sido. Ni siquiera le serviría usar un seudónimo de portada, porque los conflictos interiores están por encima de los engaños de los nombres. En vano le decía Juan Tan Amera que los premios literarios no tenían recorrido histórico ni significación moral. Era un hombre civilmente atormentado.

53

Ahí llegan los dos que faltaban, dijo Juan Tan Amera. Y, en efecto, Old Man y Arma Virumque acababan de entrar en la cafetería. Las bases no incluían ninguna cláusula relativa a la relación entre los finalistas. No teníamos por qué conocernos. Nada nos obligaba a tomar cerveza juntos. Tampoco era indispensable entablar lazos de amistad. Ocurría solo que el azar había dispuesto que coincidiéramos los siete en la gala de una noche plácida de abril en la que compartiríamos un mismo objetivo: obtener el VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas. Era una situación extraña: por una parte, éramos adversarios, cada uno en lucha contra todos los demás, pero, por otra, ser adversarios nos convertía en partícipes de una misma experiencia, nos hacía solidarios en el mismo sufrimiento, la misma ansiedad, idéntico fracaso. Compartíamos además algo mucho más concreto e inmediato: el mismo hotel. No era extraño, por tanto, que, aislados en territorio hostil (o, si no hostil, ignoto al menos), tendiéramos a ser consecuentes con el proverbio que dice que Dios los cría. Y como la tarde se iba consumiendo lentamente y como Juan Tan Amera, Mesoneros, Manuela de la Cruz, Nitrato de Chile y yo mismo habíamos intercambiado ya suficientes datos biográficos y opiniones literarias como para concluir que habíamos estrechado los primeros protocolarios lazos de una amistad circunstancial, la camaradería de quienes se enfrentan al mismo pelotón, no era de extrañar que nos preguntáramos de vez en cuando qué sería de los dos que faltaban. Sabíamos que no habían llegado todavía, que no estaban en el hotel, porque Mesoneros tenía sobornado al recepcionista. Era todo lo que sabíamos. Y fue entonces, pasadas ya las siete, cuando Juan Tan Amera dijo ahí están. Se había repetido una secuencia idéntica a la de la mañana. Un coche acababa de aparcar frente a la cristalera de la cafetería y de él bajaba la pareja. El hombre me pareció mayor, algo más viejo

que Nitrato de Chile, como de cincuenta años, pensé (frisando en tal), lo que para mí, en la medida en que me doblaba la edad, era estar en los umbrales de la vejez si no ya en la vejez misma. Y la mujer, mucho más joven, como de treinta y tres años, calculé, que es la edad de la plenitud, me pareció guapísima, una belleza cinematográfica y, por tanto, inalcanzable. La prueba fue que su entrada triunfal en escena no pasó inadvertida para nadie, ni para nuestro grupo de finalistas, entre los que fue más que evidente la boquiabierta estupefacción de Mesoneros, ni entre el resto de clientes de la cafetería, bastante concurrida a aquella hora. Supuse que Juan Tan Amera había dicho que eran ellos por deducción silogística, por mera intuición, como había hecho con Mesoneros por la mañana, o tal vez incluso solo bromeando, por ver si acertaba y presumir luego de dotes de adivino o de destreza deductiva, pero me equivocaba. Porque se levantó enseguida, antes incluso de que la pareja pudiera hacerse una composición del lugar, los recibió con júbilo, estás guapísima, dijo, mientras besaba a la mujer y cuánto tiempo, también dijo, mientras abrazaba al hombre. Mucho tiempo, en efecto, respondió Old Man, que, mientras le palmeaba la espalda, aprovechó para preguntar si habían terminado ya las guerras de los actantes o si todavía seguían batallando en el desierto. Nos fue luego presentando Juan Tan Amera uno a uno, a nosotros como tales y a ellos igualmente como tales. Abrimos el corro, se sentaron y no tardamos en saber que habían coincidido en un certamen anterior en el que Juan Tan Amera no había sido Juan Tan Amera, ni Old Man había sido Old Man, pero en el que Arma Virumque sí fue ya Arma Virumque. Como eran los únicos que habían compartido experiencias similares anteriores (salvo yo, todos los demás se habían presentado a otros premios, a varios incluso, pero solo ellos tres habían coincidido en uno como finalistas), enseguida rememoraron los bienaventurados tiempos pretéritos y repasaron la triste deriva de otros finalistas de entonces, un Der junge Werther suicida, un Capitán Trueno intrépido, una Frieda Klamm gótica, un Álvar Fáñez Minaya histórico, siempre la misma rueda de la fortuna girando sin parar, según resumen de Old Man, a saber qué habría sido de todos ellos, qué seguiría siendo. También supimos que Arma Virumque había hecho una especie de voto o de promesa: así como Isabel la Católica había decidido no

cambiarse de camisa mientras no conquistara Granada, así también Arma Virumque concurriría como Arma Virumque con *El viejo y la doncella* concurso tras concurso hasta que al fin conquistara el premio en uno. Para satisfacción de los actantes, la novela sufría modificaciones de concurso en concurso (aunque no sé si la palabra *sufrir* es oportuna en este caso) a raíz de los consejos que algún miembro del jurado confidencialmente le daba en la consolación de la derrota: mayor tensión dramática, menos lirismo, más fluidez. Y mientras daban cuenta de estas cosas, hechizado por la hermosura y el encanto de Arma Virumque, porque ciertamente era una mujer sobrenatural, de pronto me di cuenta, avergonzado, de que no le quitaba los ojos de encima. Procuré disimular, pero advertí que tanto o más embelesados que yo la miraban Nitrato de Chile y Mesoneros, así que pude seguir pendiente de sus palabras y su rostro sin nuevas maniobras de distracción. También supimos que, cuando los conoció Juan Tan Amera, Old Man y Arma Virumque ya eran pareja de hecho, un concepto jurídico en el centro del debate político en aquel tiempo.

54

Y ahora que estamos todos, dijo Juan Tan Amera, hablemos en serio de literatura. Y unos más y otros menos, en general, hablamos, y lo que quedaba de tarde se convirtió en un largo intercambio de confidencias y saberes literarios. Por mi parte, oyéndoles hablar de sus novelas, de las novelas de los demás, de las novelas con que habían concurrido o de las novelas con que pensaban concurrir a otros premios, tuve enseguida la certeza de que la mía no tenía valor alguno (que era una mierda, pensaba en realidad) y me pregunté cómo demonios podía haber llegado a la final y entrar en competencia con las maravillas narrativas que mis adversarios finalistas habían escrito. Por eso hice lo posible por no hablar de mi novela y me arrepentí de haber dicho lo poco que había dicho durante la comida, mis escuetas referencias a la palindromía capitular y al procedimiento cardinal de treinta y uno por mil una o viceversa. Pero ante la insistencia general y para esquivar las bromas de Mesoneros, su empeño en llamarme gran Bustrófedon, empeño que me acobardaba, pese a haber sido yo el primero, antes incluso que la auxiliar, en aplicarme la denominación, o, peor aún, la murga de la gallina ha puesto un huevo, ha puesto dos, ha puesto tres, que los demás acogían de buen grado, sobre todo Arma Virumque, que reía con risa franca y transparente, no me quedó más remedio que ceder. Me avine, pues, a hablar de mi novela y tuve al hacerlo una impresión extraña e inaudita, no sé yo si un revés de las musas o un obsequio, una limosna. Y el caso es que se me rebelaron los actantes. Fue entonces cuando entendí los procedimientos de Juan Tan Amera (aunque no llegué a decírselo) y el principio que regía su rebelión. Y fue que, por precaución, por vergüenza o por falta de confianza, a medida que contaba la historia de mis personajes en el río la iba modificando, para que los finalistas no pensaran que era idiota o cursi o *amateur* o simple

diletante, y que al tiempo que la modificaba, según creía, la iba mejorando (algo en cualquier caso que no se podrá nunca comprobar). De modo que, si Juan Tan Amera había escrito cada episodio de su historia en contra del anterior, como consecuencia de algo que no había ocurrido previamente o que en todo caso no se había contado, yo empecé a separarme de la historia contada desde el momento en que el joven forastero se sentaba junto a la reina de la fiesta a la orilla del río. Y no lo hacía por necesidades internas de la historia, sino temiendo la opinión de mis congéneres accidentales. Despojé la trama de todo sentimentalismo, como si yo mismo no fuera un sentimental convicto que se negaba a ser confeso, y cargué las tintas en la parte negativa de los personajes, les privé de bondad natural y de comprensión humana y acentué su iniquidad, su malevolencia y su egoísmo, como si, a sus diecisiete años, que, como ya he dicho, es la edad natural de las princesas, estuvieran ya de vuelta de la vida y se vengaran en los demás de sus frustraciones. Sorteaba a duras penas las preguntas de forma que me hacía Juan Tan Amera, interesado sobre todo en la subversión de lo real, las de fondo que me hacía Old Man, muy estudioso al parecer de los vaivenes amorosos, y las incómodas (podría decir que behavioristas) que me hacía Nitrato de Chile, añadiendo episodios que se me ocurrían sobre la marcha, redondeando los que no había modificado en el resumen o improvisando ocurrencias psicoanalíticas para las conductas de mis muchachos. Digamos que salía de los apuros huyendo hacia delante. No de los que planteaba Mesoneros, cuyo grado de seriedad o de ironía nunca sabía descifrar, ni de los de Arma Virumque, porque ella misma, con solo hablar, y con mirarme, y con reír, me aturullaba y confundía. Solo Manuela de la Cruz me echaba a veces un capote, cuando me veía perdido. También en una ocasión Nitrato de Chile, que parecía estar en otra dimensión: serio, solemne, aristotélico. Y algo más diré. Oyendo lo que los demás habían contado de sus historias, pronto estuve seguro de que en modo alguno ganaría yo el VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas (íntimamente apostaba por Manuela de la Cruz), pero, como siempre se mantiene ese hilo de esperanza tan proverbial del cisne en su sentir canoro, pensé que, si se daba la carambola de que al final la I acabara mereciendo la ceremonia del triunfo, tendría que introducir un sin fin de modificaciones antes de

la publicación si es que no sería más conveniente acaso reescribir la historia entera de cabo a rabo, mandar a la eme los palíndromos y ponerme a trabajar en serio de una vez. Nada de esto ocurrió, porque no gané, y lo cierto es que no he vuelto sobre aquella desventurada historia (en alguna caja del trastero deben de estar purgando su pecado los seis ejemplares de la I, velando acaso el sueño de la dulce, suave y menuda Pluma 22 que tantas tardes de gloria me proporcionó). Digamos que escarmenté. Algo más aprendí: los graves riesgos que trae consigo la incertidumbre y lo fácil que es contagiarse oyendo hablar a quienes consideramos que saben más que nosotros, que son más listos, mejores escritores, etcétera.

55

Como estaba previsto que la gala empezara a las nueve, un poco antes de las ocho y media decidimos ponernos en camino. No nos habían dado instrucciones al respecto ni sabíamos si alguien de la organización, algún funcionario de Cultura, algún conserje, vendría a buscarnos y a conducirnos, así que decidimos adentrarnos a ciegas en la enmarañada hipotaxis del callejero y llegar por nuestros propios medios al lugar de los hechos y de la verdad, al local, quiero decir, en que iba a tener lugar el fallo, el salón de celebraciones de un hotel céntrico y majestuoso distinto al en que nos habían reservado habitaciones a los finalistas. Por fortuna, contábamos con la presencia de Mesoneros, que no solo presumía de tener un sentido de la orientación similar al de los indios rastreadores en el cine del Oeste, sino que derrochaba además simpatía y buen humor preguntando a todo aquel que se quedaba mirando con curiosidad al grupo, así que los demás nos encomendamos a la intrepidez del guía, que encabezaba la comitiva y nos procuró de paso alguna diversión imitando los procedimientos de los guías turísticos e improvisando joviales ocurrencias *baedeker* según nos iban saliendo al paso distintos hitos locales, una iglesia, un colegio, un socavón, un edificio en ruinas o el chasis carbonizado de una furgoneta, lo que, en escenario ajeno como estábamos y seguidos por la curiosidad de los vecinos, nos hacía ir sucesivamente de la hilaridad al comedimiento, de la circunspección a la risa tonta: siete granujas camino del cadalso. Pese a los entretenimientos del camino, que tal vez también debieran más a los licores de la tarde que al nerviosismo de la ocasión, llegamos al local de la gala con alguna antelación e hicimos tiempo discretamente en un rincón a la espera de que hiciera acto de presencia la autoridad municipal. Acto de presencia que, dicho sea en su favor, no tardó mucho en producirse, pues

enseguida vimos avanzar hacia nosotros con paso decidido a tres hombres y una mujer, el alcalde el primero, un paso por delante, flanqueado por su secretaria, a la derecha, y por los concejales de Hacienda y de Cultura, uno a cada lado, el rey, la dama y los alfiles. Nos saludó educadamente, nos felicitó, nos deseó suerte, entonó un encendido elogio del premio, aseguró solemnemente que la literatura era consustancial a la supervivencia de los pueblos y la más alta manifestación de su carácter y su espíritu, nos encomendó al concejal de Cultura y se encaminó a más altos y prosaicos menesteres municipales. Enseguida lo vimos charlando con quienes supuse que serían eminentes representantes de la sociedad civil, señores de porte empresarial y señoras de alta costura, ahora aquí, ahora allí, sin dejar que uno solo escapara a su abrazo, a su saludo, a su autoridad. El concejal de Cultura, por su parte, nos condujo a la mesa que compartiríamos los siete finalistas y que, con toda modestia, por delegación del primer edil, él mismo tendría el honor de presidir. Los miembros del jurado, en cambio, alojados además en el mismo hotel de la celebración, lejos de nosotros, no sé si para evitar amaños o prevaricaciones o por los privilegios asociados a su función, ocuparon la mesa presidencial junto al alcalde, la secretaria y el concejal de Hacienda. A ti se ve que te han castigado, dijo Mesoneros a nuestro concejal, que sonrió educadamente. No nos los presentaron de entrada ni se presentaron ellos (los miembros del jurado, digo, aunque creo que intercambiamos con disimulo miradas preventivas), supuse que porque en cierto modo éramos enemigos y ocupábamos lugares enfrentados en el campo de batalla, ellos en el lugar del veredicto y la zona de mando y nosotros en el lugar de la condena y la carne de cañón, ellos en el castillo de proa y nosotros condenados todos a galeras, salvo el afortunado que terminara condenado a galeradas. Los invitados, muy numerosos, fueron ocupando las mesas correspondientes al ritmo de las indicaciones que, subcarpetas de protocolo en mano, impartía la secretaria del alcalde. También nosotros, a instancias del concejal de Cultura, ocupamos nuestros puestos. Juan Tan Amera, que se sentó a mi lado, calculaba que podría haber en la sala en torno a cien personas, pero no es cálculo que pueda yo corroborar. Sí puedo decir, en cambio, que cuando Mesoneros oyó la cifra replicó que era poco probable que hubiera cien personas, que, en

todo caso, más bien habría o debería haber, subrayó, ciento una, como corresponde a todo buen ceremonial. Yo procuré aguantar la broma y sonreí con la misma desgana que el concejal, quiero creer que una sonrisa fugaz y desvaída. Juan Tan Amera y Manuela de la Cruz sonrieron a un tiempo, pero con diferente intención: Tan Amera había advertido una muestra más del ingenio de Mesoneros y lo aprobaba; Manuela de la Cruz me daba ánimos en la adversidad. Y justo entonces chirriaron los altavoces. Una joven muy ataviada y desenvuelta reclamó nuestra atención, nos dio a todos la bienvenida y anunció que empezaba la gala del VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas. Sonaron los primeros aplausos de la noche.

56

Antes de que los camareros empezaran a servir el primer plato, una crema de puerros con crujientes de jamón y aromas de la sierra, la animadora cultural, tras varios crujidos de la megafonía que invitaban al silencio, nos dio la bienvenida en riguroso orden piramidal, alcalde, concejales, autoridades, miembros del jurado, miembros del comité de lectura, finalistas nerviosos, ¡que tuviéramos suerte!, ¡que ganara el mejor!, ¡que ser finalista ya era un premio! (lo importante es participar, rezongó con sorna Mesoneros), y público en general, dijo que un año más nos disponíamos a celebrar con alegría la fiesta de la palabra, expuso el protocolo de la gala, presentó con grandes elogios (porque era autóctono) al cuarteto de cámara que nos amenizaría la velada y aseguró que el VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas no quedaría inaugurado realmente hasta que no quedara clausurado a todos los efectos el VI Premio de Novela Breve Saúl Olúas que tuvo lugar el año anterior, clausura a la que se procedería de manera simbólica acto seguido con la entrega a cada uno de los asistentes del libro que obtuvo aquel magnífico e inolvidable VI galardón, que, como todos nosotros sabíamos, se titulaba *El talón de Aquiles*, cuyo autor, como era preceptivo, nos honraba con su presencia, una historia sobre las debilidades del mundo contemporáneo que el presidente del jurado calificó, hoy hacía justamente un año (todos nosotros podíamos recordarlo, porque había sido una noche memorable, una verdadera fiesta de la cultura y la palabra), como la mejor combinación posible entre la lucidez del conocimiento y los hechizos de la emoción, entre los resplandores de la inteligencia y la hondura del sentimiento. Por ello, porque ella comprendía que nos hubiera consumido la impaciencia durante los doce meses que habían transcurrido desde entonces, nos iban a entregar un ejemplar de dicha obra, primorosamente editada, y así empezaba,

pues, la gala del VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas. En el momento exacto en que cerró su obertura y apenas se insinuaron los segundos, indecisos aplausos de la concurrencia al ganador del certamen anterior, ahora ya con nombre propio de autor, pero entonces, según información del concejal, solo Apolonio de Rodas, un grupo de gráciles y alígeras azafatas coordinadas por la secretaria del alcalde empezó a desplazarse por entre las mesas, como por sobre un lago de cisnes, con ejemplares de *El talón de Aquiles* envueltos en papel de regalo liso oro y sellados con un lazo de pasamanería barroca. La mayoría nos limitamos a aceptar el obsequio en silencio o a dar las gracias a la azafata que nos tocó en suerte. Mesoneros, sin embargo, cada vez más en su papel de osado comediante, se apresuró a rasgar el envoltorio y a levantar el libro en alto como si fuera un trofeo o una placa conmemorativa que hubiera que mostrar a la concurrencia. Esto es para que aprendáis, infelices finalistas, nos decía, para que descubráis vuestro propio talón de Aquiles. Me atrevería a pensar que bastaron aquellas palabras para que nosotros, los infelices finalistas, lo miráramos con recelo, no ya pensando si sería mejor que nuestros manuscritos o cómo nos hubiera ido en caso de coincidir, si le habríamos llegado siquiera a la altura del zapato, no ya del talón, sino como si haber obtenido el galardón el año anterior nos privara a nosotros de algún merecimiento en el concurso del presente año, sin duda uno de esos mecanismos torcidos de lo que no sé si en rigor podría llamarse síndrome del concursante atribulado. Por eso, sorprendido por la necedad de aquel sentimiento hostil, me entretuve mirando qué hacían unos y otros con el libro. Hubo quien lo dejó tal cual junto a los tenedores, quien usó las copas de vino como atril tras rasgar el envoltorio, quien lo colocó entre sus posaderas y el respaldo de la silla y quien lo dejó en el suelo apoyado de canto en una pata de la mesa. Presté especial atención a Arma Virumque, por si mostraba alguna solidaridad grecolatina con Aquiles, pero me pareció más entregada a la diversión que con tanto empeño provocaba Mesoneros. En realidad, solo Manuela de la Cruz le dedicó más atención, no sé si por inercia, por interés o por delicadeza. Yo lo abrí, leí el primer párrafo, que no tenía nada que ver con mi prosa ceremonial (era barroco, hueco, altisonante), leí la solapa y lo dejé a mi lado, junto a los tenedores. A la malévola pregunta de

Mesoneros, el concejal de Cultura tuvo que reconocer que todavía no había podido leerlo, porque no tenía ni un minuto libre, pero que, según los miembros del jurado, con su presidente a la cabeza, era una obra extraordinaria, que te enganchaba, literalmente, recalcó, a la que no le sobraba ni una coma. Juan Tan Amera se echó a reír con estruendo, no pudo contenerse. A todas las novelas les sobran siempre comas, dijo, y a la que no le sobran es porque le faltan. Por las comas los conoceréis, añadió. Y, como yo me consideraba experto en comas y las amaba de una en una, pensé que tenía razón. Después, enseguida, unos camareros jovencitos, pajes de Baco, nos llenaron las copas de vino blanco y acto seguido otros más profesionales, pero menos gráciles que las azafatas que acababan de entregarnos *El talón de Aquiles*, comenzaron también su *ballet* entre las mesas con soperas llenas de la crema de puerros con crujientes de jamón y aromas de la sierra con que íbamos a inaugurar la gastronomía de la gala.

57

Como era la primera cena o gala literaria a la que yo asistía, si me produjo algún deslumbramiento fue más por mi inexperiencia que por sus méritos o su brillantez. Y, como tampoco he adquirido práctica posterior en festejos de este tipo, no estoy en condiciones de decir si se ajustó al grado cero de los acontecimientos culturales festivos, si fue una imitación quiero y no puedo de las solemnidades palaciegas de los grandes premios literarios nacionales o si se redujo por el contrario a un jolgorio vulgar y chabacano, esto es, si se movió discretamente en torno al grado cero, si alcanzó algún nivel más alto o si se hundió bajo cero en el abismo. Ya antes de que fuéramos ocupando las mesas que nos habían reservado, antes incluso de entrar en el salón, se pudo apreciar la presencia de invitados que aportaban a la fiesta una rutilante aureola de dignidad, no solo finalistas como Manuela de la Cruz y Nitrato de Chile, que se habían vestido de etiqueta para la ocasión, sino también miembros de la llamada sociedad civil (gente fundamentalmente financiera, cabía suponer) de los que bastaba ver la conducta, la indumentaria, el modo de caminar, la discreción oral o la elegancia con que nos deseaban suerte al saludarnos, para sentir por ellos respeto e incluso admiración. Daba la impresión de que acudían a la gala por imperativo social, que hubieran preferido pasar la velada en círculos más reducidos, en las discretas dependencias del casino, por ejemplo, y que venían dispuestos a sacrificarse por la cultura haciendo como que comían, como que bebían y como que disfrutaban del acontecimiento. Más tarde, en cambio, también hubo individuos que se comportaron como los amigos del novio invitados a una boda cuando han bebido demasiado vino, le cortan al reciencasado la corbata y deciden hacerse notar con hurras, coplas y chabacanerías sicalípticas mientras subastan las reliquias. Si hubiera que recurrir a la clásica

oposición entre lo apolíneo y lo dionisiaco, se puede decir que a la altura del segundo plato la elegancia y la sobriedad de los primeros comensales empezó a verse arrinconada por la turbulencia y la ebriedad de los segundos. En cualquier caso, entre la formalidad de unos y la bullanga de otros, la fiesta se fue desarrollando según lo previsto. La animadora cultural daba la murga cada poco rato desde el escenario, una tarima portátil al fondo del salón, y anunciaba la composición con que nos deleitaría la orquesta de cámara traída a tal efecto, ligeros, graciosos, delicados fragmentos de música barroca que no solo se compadecían mal con el áspero y espeso vino tinto de la tierra, sino que interrumpían las conversaciones y nos obligaban a centrar toda nuestra atención en descifrar la guarnición que acompañaba a la carne o al pescado. Como solo en las pausas de la orquesta podíamos hablar sin que pareciera una falta de respeto a los músicos y una absoluta falta de sensibilidad artística, era divertido ver con qué ímpetu las aprovechaba Mesoneros para buscarle las vueltas municipales al concejal de Cultura y las vueltas literarias a todos los demás, especialmente a Arma Virumque y a Old Man, a los que, hay que reconocer que con aviesas intenciones, sometió a preguntas de primero, segundo y tercer grado. El concejal de Cultura, por su parte, estaba en vilo. Tuve la impresión de que no se enteraba mucho de los juegos irónicos con que Mesoneros sazonaba la conversación, que le aturdía la jerga conceptual de Juan Tan Amera y que le incomodaba la gravedad ideológica de Nitrato de Chile, entre otras cosas porque, circunscrito al área de su cargo y agradecido a las siglas del partido, tampoco parecía saber moverse en las turbulencias del debate político ni estar muy al tanto de la actualidad cultural extramuros. Por eso aprovechaba que era el responsable principal de la buena marcha del acto para, a la menor contrariedad (un fallo técnico en la megafonía, el extravío de la escultura del premio, un gesto enigmático del alcalde), levantarse de la mesa y multiplicar los ademanes de su función. Recorría nervioso los pasillos, hablaba con la animadora, salía de foco con la secretaria del alcalde, secreteaba en cuclillas con el concejal de Hacienda en la mesa presidencial, volvía luego a sentarse con nosotros con aire de estar enfrentándose a los trabajos de Hércules y no dejaba de mover la cabeza, como un periscopio, para detectar el peligro o la amenaza de nuevos contratiempos. Así avanzaba la gala

hacia la hora fatal de la verdad.

58

Entretanto, mientras se sucedían los platos y se vaciaban las botellas de vino, Juan Tan Amera persistía en su empeño de literatura comparada, pero el alboroto era cada vez más estridente y las mismas conversaciones de la mesa se diversificaban en confusa estereofonía, de modo que, por lo que a mí respecta, por cortesía, a veces atendía al hilo de la derecha, a veces al de la izquierda, y no me enteraba bien de ninguno de los dos. A eso se debe que de *El viejo y la doncella* no pueda decir gran cosa y aun lo que diga no sé si tiene que ver realmente con la novela o pertenece más bien a elucubraciones laterales. Ni siquiera me atrevo a conjeturar si a juicio del presidente del jurado entraría en la categoría de novela de amor o de novela erótica, aunque, por lo que pude oír, casi habría que pensar que se trataba de todo lo contrario, una novela sin amor, ni sexo, ni erotismo, o en la que el amor, el sexo y el erotismo revestían los ropajes de la ausencia y de la privación, de la frustración y la carencia, la triste estampa de un viejo que se sentaba cada día en un banco del parque desde primera hora (los viejos duermen poco, sufren insomnio, madrugan, están solos, se les cae la casa encima, saben que su tiempo se agota) para ver pasar a las muchachas camino del colegio, evocar viejas memorias de juventud y rumiar cansinamente los agravios de la edad. Parece que la acción (en el caso de que, en sentido estricto, pudiera hablarse de acción), con las intermitencias del aseo, de la alimentación y del cansancio, se prolongaba durante unas cuantas horas, desde la primera acechanza madrugadora y colegial hasta la tristeza mortecina del crepúsculo, cuando el viejo se retiraba a la soledad glacial de sus cuarteles de invierno. Cada hora tendría sus alicientes para el viejo, porque a las muchachas de primera hora las sustituían las madres jóvenes que llevaban al pediatra a sus bebés o acompañaban a sus hijos pequeños al colegio y a unas y otras las

reemplazaban a mediodía las tiernas niñeras adolescentes que vigilaban con desgana las acrobacias de los intrépidos infantes a su cargo en columpios, toboganes y demás ingenios recreativos municipales infantiles. No puedo hablar de ningún episodio concreto de la historia. Puesto que el título se refiere a una sola doncella singular, cabe suponer que sea esa doncella la que alcance en la historia mayor significación, más allá de la pura y objetiva y quizás concupiscente contemplación del viejo, pero solo cabe suponerlo, porque, cuanto más insistía Juan Tan Amera en obtener información, más torpedeaba Mesoneros el interrogatorio. Por escarbar un poco en la teoría del iceberg, en algún momento me dio por pensar que tal vez el pobre viejo venido a menos fuera en realidad el héroe de las batallas de amor perdidas, el verdadero *vir* del seudónimo, y que la indolencia, la pasividad, la resignación y la tristeza con que se entregaba a la consunción de su deseo ante las muchachas serían propiamente las *arma* que se había propuesto *cantar* la novela de la hermosa, alegre, risueña y sin par Arma Virumque. Si así fuere, en efecto, que no lo sé, el seudónimo, como ingrediente marginal de la novela, implicaría una condena de los hechos con tanta sutileza como sorna satírica. Hubo un momento en que voló sobre la mesa la iniquidad de los ancianos y jueces de Babilonia, pero fue más frecuente el floreo verbal jocoso entre Mesoneros y Arma Virumque que los comentarios sobre la novela propiamente dichos. Así pues, no puedo saber si el pobre *vir* sentado en el parque para ver pasar a las doncellas sin otras *arma* que la mansedumbre de la edad y la añoranza de los desposeídos era en realidad un personaje grotesco, como los jueces de Babilonia de que hablaba Juan Tan Amera, un personaje digno de lástima y compasión o, sencillamente, una alegoría sobre los inconvenientes del tiempo en las personas, porque Mesoneros se empeñó en tomar a broma lo poco que supimos de la historia y hacía chistes una y otra vez sobre el particular, ingeniosos y ocurrentes a veces, a veces también obscenos y procaces, lo que enturbiaba la atmósfera de la mesa y resultaba especialmente incómodo para el concejal de Cultura y violento para Old Man, pero que a Arma Virumque le provocaban réplicas agudas y maliciosas carcajadas. De modo que Juan Tan Amera se quedó sin saber si la novela proponía una perspectiva feminista, si el procedimiento narrativo era clásico o de

vanguardia, si la elección espaciotemporal de la historia tenía segundas lecturas, si era, en fin, una vuelta de tuerca de la hoja roja o una variación crítica y moderna del sí de las niñas. Puede que de pronto un día el viejo dejara de ocupar el banco de sus ensoñaciones, que a la doncella le sorprendiera la ausencia y que ahí diera comienzo realmente la novela, pero no sé si se trataba de una conjetura de Juan Tan Amera, de una aportación de Old Man (que supongo que conocía la historia) o de una concesión de Arma Virumque, de la que no sabría decir si prefería no hablar de lo que escribía y por eso aprovechaba las bromas de Mesoneros para escabullirse del asedio de Juan Tan Amera y sus impertinencias textuales, o si en realidad las ocurrencias mesoneras le hacían tanta y tan exultante gracia como parecía. También llegué a pensar que Arma Virumque pudiera ser acaso no ya una de las muchachas que pasaba por el parque camino del colegio delante de los ojillos libidinosos y caducos del viejo, sino la doncella singular del título, la protagonista de la parte de la historia que desconocíamos, y que no habría hecho otra cosa entonces que recrear un episodio de su primera adolescencia quién sabía si con la pretensión de que le sirviera como terapia, que es una de las funciones secundarias a que a menudo se reduce la literatura. Lo pensé, pero nada dije, porque, en lo que entiendo mal, callarme suelo. Es uno de mis lemas.

59

Lo que no consiguió Juan Tan Amera, y no porque no lo intentara (se diría que, como en los créditos del cine, seguía rigurosamente el orden de aparición de los actores), fue que Old Man hablara de *Intimátum*. Insistió en ello durante la cena, sobre todo a raíz de un comentario inteligente de Old Man sobre los jueces de Babilonia y el gran Nabucodonosor, pero fue en vano. Old Man era un hombre serio, discreto, silencioso (en honor a mis lecturas castrenses, no tendría inconveniente en emplear aquí el adjetivo *lacónico*) y, como acabo de decir, inteligente, una inteligencia más de pensamiento que de erudición. En una mesa en la que Juan Tan Amera y Mesoneros hablaban sin parar y se quitaban la palabra de la boca el uno al otro como en un duelo de esgrima, me pareció encomiable que alguien que acaso pudiera decir más cosas sensatas que ellos dos juntos no solo prefiriera mantenerse en silencio sino que no pareciera tener ninguna necesidad de hablar, de hacerse oír, no digamos ya de llevar la voz cantante. Desconfiaba de la cháchara teórica de los novelistas. Pasa con ellos lo que con los actores: así como los actores cuando hablan por sí mismos suelen ser en general intrascendentes, así también los novelistas son más inteligentes cuando hablan a través de sus personajes que cuando hablan por sí mismos. Porque los personajes sirven con frecuencia como coartada a la mediocridad de los autores. Eso pensaba Old Man, y estoy por pensar que tenía razón. Por eso intervenía poco en la conversación y por eso también resultaba un tanto misterioso. A menudo parecía que no estaba atendiendo, que su pensamiento se había extraviado y vagaba ajeno a saber por qué cerros remotos, pero era una apariencia equivocada, porque, cuando luego intervenía, si es que se avenía a intervenir, no solo demostraba que no había perdido ripio sino que había estado más atento que todos nosotros, que habíamos prestado una atención de superficie, hacia fuera, hacia las

bromas y hacia el juego, en tanto que Old Man había captado incluso lo que no había sido dicho y había desmenuzado *in mente* sus derivaciones. Tenía además un sentido del humor un tanto esquivo. Recuerdo una intervención suya a propósito de no recuerdo qué opinión de Mesoneros (y que recuerde lo uno y no lo otro delimita claramente la importancia de las intervenciones). La cosa fue que, a propósito de lo que fuera que estuviera diciendo Mesoneros, intervino Old Man. Como muy bien ha dicho aquí Romanos, dijo, y apuntó a Mesoneros con el gesto, etecé, eceté. Juan Tan Amera, Manuela de la Cruz y Arma Virumque rieron, Juan Tan Amera a medio gas, Arma Virumque sin rodeos, De la Cruz con discreción; Mesoneros quedó un punto en suspenso, molesto, creo, tocado, como en el juego de hundir barcos, sin saber si reír o no reír; y yo no llegué a reír, porque tampoco supe distinguir si había sido un lapsus o si era arte de ingenio, aunque más tarde supe que esa sola frase sirvió para alterar los rumbos del destino. Pero lo cierto, en cualquier caso, es que Old Man hablaba poco, que parecía estar en otra parte y que, por más empeño que pusiera Juan Tan Amera en ello, con una media sonrisa compungida y eximente rechazó decir nada de su novela, así que nos quedamos sin saber de qué iba su *Intimátum*. Por algo que contaría más tarde Mesoneros (y cabe pensar que no tenía información de primera sino de segunda mano) supimos que la historia trataba de una pareja en crisis en la que, fuera con el propósito de superar la mala racha o con el de acabar con todo ello de una vez, de dejar de marear día y noche la perdiz, resumió el nudo del conflicto Mesoneros, uno de los personajes (y no quedaba claro que tuviera que ser el hombre) proponía una suerte de código amoroso con el que recuperar la armonía sentimental, un decálogo de medidas que incluiría el *intimátum* propiamente dicho, juego de palabras este que, a mi juicio, no parecía encajar con el carácter serio y reflexivo, como he dicho, un tanto solemne de Old Man, poco dado, sin duda, a diversiones actanciales o a ceremoniales bustrofedónicos. Cabía dudar, por tanto, de la segunda mano informativa. Pero también deberíamos dudar de nosotros mismos y de nuestros prejuicios, los que me llevaron a pensar que, con más o menos subterfugios, Old Man estaría hablando de sí mismo en la novela, que el personaje era el autor y viceversa. Ahora bien, bastó esa leve sospecha

argumental para que yo prestara más atención (inmediata y retroactiva) a la pareja real formada por Old Man y Arma Virumque y al *intimátum* que tal vez entre ellos se estuviera produciendo que a la novela del Old Man finalista que tenía sentado a mi derecha. De la diferencia de edad entre ellos, no menor de quince años, según mis cálculos, podría deducirse que se trataba de una de esas parejas asimétricas en las que el hombre aporta la condición social y la mujer aporta la belleza. La condición social se reduce generalmente a *status*, esto es, a dinero o a prestigio, y el prestigio que no proviene del poder o del dinero ha de ser artístico o intelectual, pero era evidente que Old Man no pertenecía a ninguna élite económica y que, en cuanto escritor, en cuanto finalista, tampoco tenía prestigio intelectual alguno, no se trataba de ninguna celebridad. En qué se basaba, pues, la relación entre una mujer joven y hermosa, risueña y divertida, como era Alma Virumque, y un hombre maduro, al que bien podría corresponderle el tratamiento de *señor*, un señor grave además, reflexivo y taciturno, era algo que no estaba llamado yo a desentrañar. Solo se me ocurrió pensar que, cuando yo mismo tuviera el doble de la edad que tenía en ese momento, que como ya he dejado dicho eran veinticuatro años, esto es, que cuando tuviera la edad que más o menos podría tener Old Man entonces, me gustaría tener un porte y un sosiego similares a los que tuvo él en aquellas circunstancias. Dudaba, en cambio, de que, al cabo de veinticuatro años, el destino pudiera reservarme el privilegio de tener a mi lado a una mujer como Arma Virumque.

60

Y así llegamos a la hora de la verdad, dijo la animadora. Ahora sí que va a arder la yedra, pensé. Me acordé también de los siete granujas de Keith Luger, que, en su afán por hacerse con las joyas de una exposición ambulante, fueron cayendo uno tras otro abatidos por el plomo justiciero del Colt del héroe, que, excepcionalmente en este caso, frisaría en los veintiocho; así caeríamos también de golpe todos nosotros, menos uno, en nuestro inmediato afán paraliterario y ambulante. Porque todos nuestros devaneos, las erudiciones de Juan Tan Amera, los regocijos de Mesoneros, la alegría de Arma Virumque, mis propias ensoñaciones de futuro, quedaron en suspenso cuando la animadora insistió en la hora de la verdad, el momento culminante de la noche, el momento que todos estábamos esperando con verdadera impaciencia, el momento, en fin, en que se desvelaría el nombre del afortunado flamante ganador del VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas. Reclamó a continuación la presencia del presidente del jurado, cuyos méritos, categoría y currículo ponderó con minuciosa profusión, con prolijas referencias a sus innumerables monografías en torno a la figura de Saúl Olúas, de quien era sin duda el especialista de mayor prestigio, y fue entonces, mientras el presidente del jurado se levantaba de la mesa, se quitaba las gafas, guardaba en el bolsillo de la chaqueta los papeles que en aquel momento estaba consultando, recorría entre aplausos el pasillo y se colocaba delante del micrófono, cuando me acordé del lector anónimo al que, antes incluso de empezar a escribir la novela, imaginé ya como mi gran rival en la lucha por el premio, el socio de la biblioteca que tenía el ejemplar de *Arde ya la yedra* cuando yo tuve que conformarme con amar las comas. En cierto modo, aquel lector anónimo era ahora mi enemigo, la suma o el resumen metafórico de los seis finalistas que compartían mesa conmigo y con

el concejal de Cultura. Experimenté entonces una sensación curiosa, ambigua, paradójica. Por una parte, estaba seguro de que no sería yo el ganador (íntimamente, ya lo he dicho, aunque sin más razones que la simpatía y la intuición, apostaba por la novela de Manuela de la Cruz: la posguerra tenía además en aquellos años mucho prestigio literario), pero, al mismo tiempo, no dejaba de alimentar un soplo de esperanza, una esperanza mínima, leve, ínfima y exigua, pero esperanza al fin. En todos mis compañeros de certamen había algo digno de elogio, la jovialidad de Mesoneros, los conocimientos de Juan Tan Amera, la templanza de Manuela de la Cruz, la alegría de Arma Virumque, la militancia de Nitrato de Chile, la gravedad de Old Man, por mencionar un solo aspecto en cada caso; todos tenían además una experiencia literaria de la que yo carecía y atesoraban, sin duda, méritos que difícilmente podría alcanzar yo con el tiempo; y, sin embargo, durante un instante, sí llegué a pensar que, en cuanto escritores, y aun reconociendo la desmesura de aplicar la palabra *escritor* a mis devaneos estivales, tal vez, y a pesar de todos los pesares, pudieran ser peores que yo. Más aún cuando el presidente del jurado, tras el largo, tedioso y rimbombante panegírico con que ensalzó la obra de Saúl Olúas, cuya genialidad literaria no tenía parangón, aunque, en contra de las generosas palabras de nuestra guapa presentadora, no fuera él el más indicado para ponderar tanta grandeza, empezó a elogiar la calidad, una por una, de todas las novelas. De *La primera no merece ceremonial* (*primera*, *sic*, tal cual) dijo, en concreto, que el autor había conseguido aplicar las diversiones fonéticas propias de la lengua castellana a la melancolía de un amor adolescente, la difícil y laboriosa tarea de combinar con acierto la frialdad intelectual del observador atento con la amargura que la vida nos depara cada día, sobre todo en esa época de la adolescencia en que el horizonte es una línea negra y lóbrega, y todo ello como si el propio Saúl Olúas lo hubiera llevado de la mano con la misma solicitud con que Virgilio condujo a Dante (otro que me viene hoy con el Dante, pensé) por los círculos del infierno. Mientras oía de su boca tan encendidos elogios, y pese a no estar yo tan seguro de haber siquiera pretendido conseguir lo que aquel hombre decía, no dejaba de envanecerme y esponjarme. Verdad era que Juan Tan Amera, que estaba al tanto de todos los pormenores del mundillo, nos había

prevenido contra él. No me fío ni un pelo, decía: es rencoroso y vengativo, diestro en el arte de la reseña *ad hominem*, un cazarrecompensas. Pero ni así se desvaneció del todo la esperanza. Ni siquiera redujo mi complacencia el hecho de que enalteciera con idéntico énfasis, en riguroso orden alfabético, las otras seis novelas. Se diría, oyéndole, que había tenido la fortuna de leer las siete mejores novelas que se hubieran escrito en los últimos años, incluso, puesto a exagerar, en las tres o cuatro últimas décadas: el espinoso rosario de reveses existenciales de *Cardilegio*, la trepidante intriga criminal con que le había atrapado *De Madrid tenía que ser* (con perdón) *el hijoputa*, la sutil combinación de ingenuidad y desamparo de *El viejo y la doncella*, el inflexible y resignado código del amor en *Intimátum*, las caóticas galerías de túneles con que se cartografiaban los laberintos del destino en *La rebelión de los actantes* (y dale con los actantes, protestó Juan Tan Amera) y, en fin, las ásperas experiencias de una mujer en tiempos de crueldad y de penuria en *Siempre tenemos miedo*. De ahí, naturalmente, las dificultades del jurado para decidirse por solo una de las novelas, pues, en tan complicada y al mismo tiempo venturosa situación de, si le permitíamos la broma y la alteración del dicho, de *prima inter pares*, la responsabilidad de a qué novela entre las siete otorgar categoría de *prima* era tanto un honor como un castigo. Y tras tan exuberante exordio procedió a la lectura literal del acta según la cual, reunidos los cinco miembros del jurado compuesto por don tal y tal y tal, leídas y comentadas que fueron las novelas tal y tal y tal, a las tantas horas y tantos minutos del día tal de tal, se decidió por mayoría de tres votos contra dos que la obra que merecía obtener el VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas era la novela titulada. Hizo entonces una pausa descendente, más de punto y aparte que de puntos suspensivos, levantó los ojos del papel y nos lanzó una mirada sonriente y panorámica, el imaginario redoble de platillos y tambores que precede al desenlace. Juan Tan Amera, en competición jovial con Mesoneros, aprovechó el suspense para hacer una gracia. *Conticuere omnes*, dijo, buscando la complicidad de Arma Virumque, pero Arma Virumque no apreció correspondencia alguna entre uno y otro *íncipit*. *Cardilegio*, remató entonces el acta el presidente del jurado,

presentada bajo el seudónimo de Nitrato de Chile, cuyo autor, una vez abierta la plica correspondiente, resultó ser tal y tal, de lo que como presidente del jurado daba fe, a tantos de tantos, y para que así constara, etecé, eceté. Abonad con nitrato de Chile, único y natural, le dio tiempo a decir a Mesoneros antes de que nos pusiéramos en pie para aplaudir al ganador, al que el propio Mesoneros fue el primero en abrazar con extrema efusión. Lo felicitamos y puede que envidiáramos su suerte mientras lo veíamos recorrer el pasillo central para dirigirse al micrófono y recibir a su vez las felicitaciones del presidente del jurado. Único y natural, repetía a gritos entretanto Mesoneros, único y natural. Cuando el laureado novelista llegó a la tarima se produjo un entretenido desconcierto en la ejecución del protocolo. Al parecer, lo previsto era que fuera el alcalde quien entregara al ganador la estatuilla que lo acreditaba como vencedor del certamen, estatuilla que encontraría sin duda hueco en el rincón de honor de alguna estantería en la casa de Nitrato de Chile, como un busto de Palas sobre el que pudiera posarse el cuervo al filo de la medianoche, pero el alcalde no estaba todavía en el escenario, de modo que, mientras el alcalde se incorporaba al protocolo, la animadora se aturulló y ofreció el micrófono a Nitrato de Chile, que aprovechó para agradecer la distinción y decir que *Cardilegio* era, en efecto, como había dicho el presidente del jurado, una colección de amarguras, de trances amargos y espinosos, de cardos, en suma, todo lo contrario a las flores bucólicas de los florilegios, en la vida sentimental de un hombre de mediana edad al que, haga él lo que haga por evitarlo, y como ya dijeron Cervantes y Quevedo, todas las rosas se le vuelven cardos, pero que ya quisiera él (Nitrato de Chile) que la novela fuera tan buena como con tanta generosidad la había celebrado el presidente del jurado, que se conformaría con haber logrado la mitad de la mitad de lo que había dicho. Se disculpó después con el resto de finalistas por haber ganado y me parecieron disculpas sinceras, que aunaban bien la satisfacción de haber ganado y el disgusto que pudiéramos sentir nosotros, disgusto que él mismo había estado a punto de sentir hasta un rato antes, pues al fin y al cabo hasta hacía unos minutos él había sido uno de nosotros. Y probablemente hubiera seguido con su discurso (que yo creo que tenía bien preparado, tal vez por su pasada experiencia

sindical, lo que me llevó a pensar en los apuros en que me habría visto yo metido si hubiera tenido la suerte de ganar) de no ser porque, vuelta en sí, la animadora aprovechó un respiro para aplaudir con sutileza profesional y dar paso a la actuación del alcalde, que estaba ya en el escenario esperando intervenir y enseguida felicitó a Nitrato de Chile con mucha solvencia institucional, le entregó la estatuilla y se dispuso a cerrar la gala con un vibrante discurso municipal del que, tal vez por lo extenso o lo deshilvanado, solo recuerdo un par de cosas y el cansino runrún de la oratoria. Dijo que estábamos celebrando la fiesta de la palabra, que el premio en realidad no era otra cosa que la guinda del pastel de esa celebración, aseguró solemnemente que la literatura era consustancial a la supervivencia de los pueblos y la más alta manifestación de su carácter, su espíritu y su idiosincrasia, como muy bien había demostrado don Miguel de Cervantes, y que por eso la corporación en cuanto tal y él mismo a título personal estaban empeñados en la consolidación del premio, cuya dotación, pese a la oposición de la oposición, que para eso estaba (risas), aumentaría en la próxima convocatoria, y puesto que, como dijo Cicerón, *alea iacta est*, terminó felicitando a Nitrato de Chile, que seguía a su espalda con la estatuilla en la mano y tanta cara de circunstancia como de pena. Tal vez, pensé, porque se había producido al fin la parábola del cántaro y la fuente y el triunfo no solo le privaba de la condición de eterno finalista sino que le equiparaba definitivamente a los compañeros que traicionaron los ideales de juventud, esquirol de sí mismo a su pesar, rehén de un conflicto moral irresoluble. La yedra, si se me permite seguir con la metáfora, había ardido por completo para todos.

61

La peor desgracia es la primera. Las demás vienen después todas seguidas, una detrás de otra, engarzadas con los indisolubles eslabones del infortunio. Esa es la idea central de *Cardilegio*. (No creo que sea impertinente recurrir a lo que dije de *La clôture et autres poèmes* e incluir en este punto informaciones de las que solo tuve conocimiento posterior, de madrugada las primeras, a lo largo de la mañana las demás. Dicho queda). La novela cuenta los episodios sucesivos que se abaten sobre el personaje a lo largo de su vida y de los que ahora hace recuento en la abrupta soledad de un paraje de montaña. Al pronto no se sabe si el personaje (cuya edad, como tantas veces ocurre, coincide con la del autor) se ha vuelto anacoreta, si el paraje de montaña forma parte de su biografía, si lo frecuentó de niño, por ejemplo, si era donde refugiaba de joven los primeros reveses, que ahora sabe que no eran sino protocolos del aprendizaje, imperceptibles augurios del tiempo venidero, repertorios de la experiencia, o si era, en fin, el lugar del desconcierto, de la culpa y de las apariciones. Lo que enseguida queda descartado es que el personaje pretenda suicidarse: no se trata de un héroe suicida. Tal vez esté desesperado, tal vez sea una representación del absurdo de la existencia, pero no es un suicida. Aunque el relato no lo diga de forma explícita, el lector sabe que el personaje acude a ese paraje de montaña para no sucumbir al torbellino de sus pensamientos y que ahí consume las horas muertas, la lentitud del crepúsculo y los sortilegios de la noche, mientras los ingobernables tormentos interiores se disuelven en el lóbrego fragor de la intemperie. Cabe entender que la espesura de la vegetación, la escarpadura de las rocas y la aspereza de las cumbres no responden tanto a la veracidad del escenario como a la naturaleza de los símbolos, una subordinación del paisaje a los despropósitos de la meditación para que el héroe pueda revivir el

viacrucis de sus desgracias, un viacrucis que el narrador (omnisciente, pero tramposo) reduce a siete estaciones (cabría preguntarse si el narrador no estará comparando adversidades, viacrucis y calvarios), aunque no parece que sean tantas o que alcancen la misma intensidad. El orden de las desgracias se ciñe a la lógica de las concatenaciones. La primera se produjo cuando el único hijo del personaje se ahogó en el río con once años. Era un muchacho débil y enfermizo, propenso a contraer todos los males, a pasar temporadas febriles en la cama a base de tortilla francesa, yemas de huevo batido y quina Santa Catalina. Para la madre, que había tenido un par de abortos previos, el mayor mérito del muchacho era haber sobrevivido. De ahí los mimos, los cuidados, los melindres y la fragilidad. De ahí también su empeño en proteger al chico de todo peligro, de la crueldad de la naturaleza y de las fechorías de los demás chiquillos, pequeños animales salvajes rebosantes de energía y de salud. Para el padre, en cambio, el muchacho tenía que aprender a valerse por sí mismo, debía fortalecer el cuerpo y el carácter, exponerse a los mismos peligros que los demás chiquillos o, dicho de otro modo, vivir, no resignarse solo a sobrevivir y hacerlo, además, a base de privaciones. Con ese propósito lo animaba a ser uno más entre los muchachos de su edad, participar en sus travesuras, buscarles las vueltas al orden y la disciplina de los adultos, ir conociendo las ambigüedades de la existencia, prepararse, en definitiva, para cuando llegara el tiempo en que sobre él se abatiera la primera desgracia, si bien esta idea podría ser más del narrador que del personaje o, en el caso de que fuera del personaje, ser una idea sobrevenida, más producto de la meditación posterior que de la pedagogía previa. Y por eso, contraviniendo el criterio de la madre, le permitió (y aun le animó) que fuera a bañarse al río con los demás chicos. Pero lo triste, lo trágico, lo terrible fue que la desgracia sobrevino cuando el muchacho, en la primera aventura de su vida, se ahogó, y fue, en efecto, la primera desgracia, la primera gran desgracia, para el padre, porque ahí empezó su calvario, pero no para el niño, para el que se acabaron ya (y para siempre) todas las desgracias. Las circunstancias del ahogamiento no se esclarecieron nunca del todo. Al parecer, mientras jugaban en el agua, se tiraban desde los árboles y buceaban en los charcos, en la que, según todos los

testimonios, fue la tarde más feliz de la vida del muchacho, alguien de pronto le echó en falta al cabo de un tiempo. Lo llamaron a voces, lo buscaron y como ni voces ni búsqueda dieron resultado corrieron finalmente unos cuantos a dar cuenta de la desaparición mientras otros lo seguían buscando. No tardó mucho en llegar auxilio, padres de otros chicos, vecinos y pescadores se apresuraron a explorar los recodos del río, a hurgar en los remolinos del peligro, ni tardaron tampoco mucho en encontrarlo, pero sí el tiempo suficiente para que la madre pasara del llanto a la locura, del desconsuelo a la enajenación. Esa sería la segunda desgracia (el narrador no las enumera). Ni la fatiga ni el agotamiento ni la sobredosis de sedantes fueron suficientes para apagar su clamor en el entierro o evitar escenas de doloroso patetismo, más propias de la tragedia griega que de estos tiempos informes y antisépticos. La huella de la desgracia no se borró nunca de su semblante y, en el mejor de los casos, su refugio más frecuente fue un obstinado mutismo y una lánguida, indolente ensoñación, de la que solo salía, de vez en cuando al principio, como si la idea acudiera de repente a su cabeza, para culpar al padre de la muerte del hijo, pero, después, con más frecuencia, y con una ferocidad malsana, para escarbar cada vez más hondamente en la herida de la culpa. Con el paso de los días el mutismo primero se fue tornando clamor, desvarío, temeridad y desafío a las más elementales leyes de la vida y la supervivencia. Fue entonces cuando, siguiendo los imprevisibles ramalazos de la locura, le dio por desaparecer. Salían a buscarla los mismos que acudieron a socorrer al hijo y terminaban encontrándola, a veces en las inmediaciones del lugar donde se ahogó el muchacho, a veces perdida y destrozada en los mismos parajes montañosos por donde ahora penaba su desdicha el héroe de la historia. Se negaba entonces a volver a casa, porque no podía soportar seguir viviendo un minuto más bajo el mismo techo que el asesino de su hijo, decía. Sus raptos de lucidez eran cada vez más escasos, más breves y más perturbadores, y enseguida se escapaba de nuevo a la menor ocasión. No quedó otro remedio entonces que internarla en un sanatorio con la vana esperanza de que recuperara, si no toda, al menos parte de la cordura. Pero lo cierto fue que no solo no la recuperó sino que, tras un periodo de sosiego, también la estancia en el sanatorio le resultó insoportable y empezó a

escaparse. En ningún sitio encontraba ya sosiego. La buscaban y solían encontrarla en los mismos sitios de la desgracia, pero hubo una última vez en que no la encontraron. La búsqueda se prolongó durante días, pero todos los esfuerzos resultaron inútiles y dieron paso a otra desgracia, sorda, tenaz, intangible: la expansión inagotable de la culpa. De la mujer nunca más se supo. Y entonces, poco a poco, con la inexorable fatalidad de las mareas, los parientes, los amigos, los vecinos, los que habían buscado y encontrado el cadáver del niño en el río, los que no dejaron de explorar cada palmo de terreno tras las huellas de la mujer, todos, en general, quienes conocían al héroe y lo apreciaban, y más aún quienes ni lo conocían ni lo apreciaban, empezaron a considerarlo realmente culpable de su suerte, de la muerte del niño, de la locura de la mujer, de su desaparición y también, muy probablemente, de su muerte, una muerte que a saber en qué condiciones de desamparo y agonía se habría producido. Quizás alguno lo compadeciera, pero en todos pesó más la condena que la compasión, más la pasión que la misericordia. Así quedó el hombre abocado a la soledad, al sufrimiento, a la expiación. Porque, cuando se enciende y entra en erupción la ira de los hombres, la cólera de los dioses es un juego de niños, apenas un entretenimiento angelical, una distracción en la atonía del paraíso. Encerrado, pues, en el pozo de la culpa, una culpa inocente, pero insondable y sin fin, no tuvo otra ocupación que pensar y sufrir, darles vueltas a los infortunios de su vida y sufrir, numerar todos y cada uno de sus errores y seguir sufriendo. Y así, abandonado por todos y abandonado a sí mismo, también se fue consumiendo su fortuna, fue perdiendo poco a poco sus propiedades y su hacienda, hasta que no le quedó nada, salvo la posibilidad de consumirse en el paraje de montaña en que ahora estaba y en el que los lectores lo encontramos. Tres fueron las desgracias, según Juan Tan Amera, la muerte del hijo, la locura de la mujer y su desaparición, pero la mayor de todas, el cardo más granado del cardilegio, no provenía de los hechos sino del modo como repercutieron en los testigos de los hechos, porque en esa repercusión se amasó la culpa y se creó la atmósfera en que esa culpa se apoderó de todo, hasta acabar con el personaje en la indigencia de un paraje de montaña inhóspito.

62

Con la entrega de la estatuilla a Nitrato de Chile y el discurso del alcalde sobre la consubstancialidad idiosincrásica de la literatura llegaron también los cafés y las copas de cava y, de añadidura, el desbarajuste. Los más díscolos de la sección golfa de los invitados empezaron a levantarse y a ir de mesa en mesa haciendo planes para la noche. Los prohombres de la sección distinguida, por su parte, viendo que la fiesta empezaba a adquirir un sesgo escandaloso, se acercaron a felicitar al ganador y abandonaron el salón discretamente. Me pareció advertir entonces alguna duda en el alcalde, como si dudara entre la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad, esto es, como si la convicción le impulsara a abandonar el salón con la gente distinguida y la responsabilidad le obligara a demorarse aún unos minutos con el ganador del concurso y con los miembros del jurado. Que solo entonces, por cierto, se acercaron a nosotros, elogiaron la novela de Nitrato de Chile y nos dedicaron a los demás palabras de ánimo y condolencia. Estábamos ya todos en pie y como sin saber muy bien qué hacer, aunque en realidad nosotros, los finalistas, digo, salvo Nitrato de Chile, que tenía que someterse al protocolo de las felicitaciones y a los cuestionarios del periodismo local, no teníamos ya nada que hacer. Habíamos cumplido con lo dispuesto por la organización y éramos libres de hacer lo que nos viniere en gana. El salón había quedado prácticamente vacío: algunos rezagados aquí y allá, lentos o indecisos, y nosotros esperando no sabíamos qué. Se diría que contemplábamos el campo de batalla no solo después de la batalla sino después de la derrota: había sillas atravesadas, el suelo estaba resbaladizo o pegajoso y sobre las mesas se amontonaba el último desorden, servilletas arrugadas, botellas de vino semivacías, tazas de café, copas de cava medio llenas, restos roídos de panecillos, porciones residuales de tarta en los platos de postre, manchas de

salsa y de vino en los manteles y los numerosos ejemplares de *El talón de Aquiles* que muchos comensales habían preferido abandonar sin más sobre las mesas, sobre las sillas, en el suelo, a veces sin ni siquiera haber rasgado el papel de regalo, a veces como si no hubiera sobrevivido a los desmanes del banquete. Un panorama desolador, debió de pensar y aun de temer Nitrato de Chile si advirtió en la escabechina un turbio agüero. Entonces llegaron dos subalternos municipales comandados por la secretaria del alcalde y nos entregaron a cada uno, salvo a Nitrato de Chile, una bolsa de tela estampada con motivos municipales y con los cinco ejemplares de nuestras novelas, que, a Dios gracias, como carecían de talón, no habían alcanzado la condición de vulnerables. Y cargados con las bolsas, que no pesaban poco, pues a nuestras propias novelas habían añadido una selección de libros suntuosos patrocinados por la corporación, abandonamos también nosotros el salón de la gala y nos encontramos desorientados en la calle, con el desconcierto habitual en los grupos que además de numerosos son también heterogéneos, categorías ambas que nos cuadraban a la perfección y a las que bien podría añadirse una tercera, la de ser un grupo provisional. Lo formábamos los siete finalistas, los concejales de Hacienda y de Cultura, la secretaria del alcalde (el alcalde se había sumado ya a la ética de la convicción), un sujeto al que, según supe más tarde, todos, y él el primero, otorgaban la consideración de poeta, protegido por su mujer (filóloga, mecanógrafa y *alma mater*, como también supe más tarde) y un séquito cuyo número exacto no sabría precisar y que, a juzgar por la complicidad con que se comportaban, debían de ser socios numerarios de todas las parrandas culturales metropolitanas. Estuvimos un rato en la calle, a la puerta del restaurante, indecisos, porque unos venían y otros no venían y no sabíamos si quienes no venían iban a venir o pensaban seguir a su aire la fiesta y si quienes estaban ya en la calle preferían la compañía de los que no venían a la de los que ya estaban (hablo en plural por solidaridad, porque me daba lo mismo ir que no ir e ir con unos o con otros o marcharme al hotel con Manuela de la Cruz, muy reacia a la farra nocherniega). A la falta de *quorum* se unía además la incertidumbre de adónde ir, si aquí o allá o acullá, pros y contras que exponían los miembros más experimentados y noctámbulos de la escolta cultural, hasta que el

concejal de Hacienda, cortando por lo sano, expeditivo, quien quiera venir que venga, decidió encabezar la marcha y conducirnos a un bar de copas que sin duda figuraba siempre en el programa, porque se diría que nos estaban esperando. Una vez allí, me acomodé en un rincón de la barra, el gran angular del córner, y pude comprobar que el grupo se había fragmentado. Manuela de la Cruz y Old Man se habían extraviado en el camino o habían preferido retirarse al hotel. Juan Tan Amera no aparecía por ningún sitio, aunque terminó llegando al cabo de mucho rato. Arma Virumque y Mesoneros parecían dedicados a sus propios asuntos y se divertían a solas. Y Nitrato de Chile, que no parecía hombre de bar de copas ni de francachelas de madrugada, como si no pudiera liberarse de una concepción antigua y puritana de la diversión, no se apartaba del concejal de Hacienda, yo creo que por educación, obligado por el protocolo de ganador, circunstancia que Mesoneros aprovechaba para gastarle bromas malévolas sobre el cheque del premio. En cuanto al séquito, puesto que desconocía el número de socios, no podía saber si estaba completo, si también se había desmembrado o si andaban rezagados por la esquinas. En cualquier caso, la fiesta había entrado en fase de deterioro, descomposición y sálvese quien pueda. De la estancia en este bar, que fue bastante prologada, se me amontonan en la memoria tres o cuatro cosas: la aparición de Apolonio de Rodas; la extrañeza de que hubiera desaparecido Old Man dejando a Arma Virumque en manos de Mesoneros tras haber visto la buena sintonía entre ambos durante la cena: risas, bromas, coqueteos; las lamentaciones del individuo al que todos consideraban poeta, del que Juan Tan Amera diría más tarde que era un tipo pintoresco, con una innata percepción métrica de la realidad; y una divertida conversación de Tan Amera y Mesoneros con el concejal de Hacienda que, iniciada a propósito de las bromas sobre el cheque (el cheque de Aquiles y el talón de Cardilegio, decía Mesoneros), derivó en una propuesta de ahorro municipal que bien podría considerarse, como mínimo, visionaria.

63

Apolonio de Rodas era el autor de *El talón de Aquiles* y había sido Apolonio de Rodas hasta que se abrió la plica un año atrás y se pronunció su nombre oficial, no más verdadero, pese a todo, que el seudónimo. Haber ganado el VI Premio de Novela Breve Saúl Olúas no solo lo separaba de nosotros, sino que lo catapultaba al otro lado de la frontera y lo convertía por derecho propio (figuraba así en las bases) en miembro del jurado del VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas, lo que representaba un aliciente irrenunciable para Juan Tan Amera, tan empeñado en recabar información sobre las novelas finalistas como en conocer el secreto de confesión de las deliberaciones, porque debe quedar claro a estas alturas que Juan Tan Amera era una de esas personas que disfruta tanto o más indagando en los entresijos de las cosas que conociendo las cosas mismas, más interesado en los comentarios de textos que en los textos propiamente dichos. Por eso pasó tanto rato hablando con Apolonio en un extremo de la barra y lo sometió a un interrogatorio sutil, oblicuo, perspicaz. Debieron de caerse bien, porque Tan Amera decidió renunciar al tren para el viaje de vuelta y ocupar asiento de copiloto en el coche de Apolonio. Tuve noticias de todo ello al día siguiente, sentado al sol en la veranda haciendo tiempo, mientras Juan Tan Amera cuadraba esquemas y disparaba flechas en su libreta de hule negro. Pero ahora yo estaba en el rincón con Manuela de la Cruz, que fue junto a quien pasé más tiempo en el bar de copas, y al parecer, cuando en algún momento de la conversación Juan Tan Amera preguntó sobre *Siempre tenemos miedo*, Apolonio de Rodas mostró súbito interés en saludar a Manuela de la Cruz y decirle que le había gustado mucho la novela. A solas tal vez también le hubiera dicho que había sido precisamente *Siempre tenemos miedo* la novela que había roto la

unanimidad del jurado en las votaciones, tal y como se lo había dicho a Tan Amera previamente, pero se lo impidió mi presencia, supongo que por no acabar tan pronto con mi inocencia en tales lides y trapicheos, y no lo hizo, solo le prodigó grandes elogios. Yo asistí en silencio a la presentación y a los elogios y me sentí culpable por que de *La I no merece ceremonial* no dijera absolutamente nada, ni una mínima mención de cortesía. No es que lo esperara, porque daba por supuesto que a nadie que le gustaran las novelas de Nitrato de Chile y de Manuela de la Cruz podría gustarle la mía (ni la de los actantes, ya de paso, lo que, por otra parte, tal vez fuera un contrasentido: premiar novelas comprometidas con el nombre jovial de Saúl Olúas), pero me sentí culpable por que Apolonio de Rodas pudiera pensar que me molestaba su silencio, su indiferencia o su descortesía. Por eso, en el momento en que decidieron volver ambos (Tan Amera y Apolonio) al rincón de sus murmuraciones, para contrarrestar las suspicacias que Apolonio de Rodas hubiera podido albergar por mi actitud (ya sé que esto que digo es complicado, pero yo me entiendo), no tuve otra ocurrencia que sacar de la bolsa municipal mi ejemplar de *El talón de Aquiles* y pedirle que me lo dedicara, cosa que hizo enseguida con afecto, gratitud y complicidad. Y mientras escribía lo que escribía (que no tuvo que pensarlo mucho, de donde deduje que debió de repartir afectos, gratitudes y complicidades a lo largo de la noche sin ton ni son o a troche y moche), pregunté, por preguntar, como pidiéndole perdón, si había mucha diferencia entre ser finalista o ser jurado. Solo el hotel, me dijo. Lo demás es viceversa.

64

Durante el rato en que estuve solo en el gran angular del córner, que no fue breve, no tuve otra tarea que observar al personal. A mi lado, pero no conmigo, se instalaron los concejales de Hacienda y de Cultura, la secretaria del alcalde, el presidente del jurado y Nitrato de Chile. Junto a ellos, en grupo aparte, se situaron dos hombres y dos mujeres, vocales del jurado tal vez alguno de ellos, pero no podría asegurarlo. Ni yo me había fijado mucho en el jurado durante la gala ni la penumbra del local permitía distinguir sus rostros. Faltaban algunos de los nuestros, pero no me esmeré demasiado en comprobarlo porque en realidad mis ojos seguían sobre todo los pasos de Arma Virumque. Había disfrutado de su alegría durante la cena, el contagio de su risa, el buen humor constante, las agudezas de su ingenio, y ahora seguía con atención sus movimientos, sus coqueteos con Mesoneros y el modo (ducho, experto, fogueado) como ambos practicaban el arte de la seducción. También miraba con envidia al hijoputa de Mesoneros, porque, ya lo he dicho, Arma Virumque no solo era guapa y atractiva, también un tipo de mujer de la que cabría decir, sin resultar cursi (no carece de peligros la adjetivación de la belleza), que era hermosa, extraordinariamente hermosa. No tardaron mucho en entregarse ambos al baile en una pequeña plataforma que a tal efecto había. Me hubiera gustado saber bailar, ser yo quien tuviera la fortuna de bailar con ella, quien la hiciera reír, quien la sedujera, pero yo tenía solo veinticuatro años y carecía de las mínimas dotes necesarias para ello (hablar de arte en mi caso sería temeridad: como ente danzante ni siquiera igualaría al sabihondo, sería un eccehomo impávido crucificando una mazurca), así que me entretuve repasando las mentiras del cine y de la literatura y, de paso, compadeciéndome. Las tramas del cine, sobre todo las del cine, me decía, son muy dadas a presentar a jóvenes modestos y apocados

(con los que yo me estaba identificando en ese instante) que suspiran en vano por atraer la atención de una chica, no se la sacan de la cabeza y sufren viendo cómo ella prefiere la compañía del guaperas de turno, un mentecato que solo la ve como un trofeo, un pasatiempo, una muesca más en el revólver del burlador. Por desgracia, Mesoneros no era guaperas ni mentecato, sino un tipo apuesto, simpático y divertido, pero también quizás un mujeriego profesional y un tanto libertino, quizás un burlador, lo que me impulsaba a mirar a Arma Virumque como un adolescente de película norteamericana extraviado en sus sueños de seductor. Pero en el cine (y aquí es donde se esconde la mentira) siempre ocurre luego algo que, frente a la falsedad, el egoísmo y la cobardía del guaperas, pone de manifiesto el valor y la lealtad del joven apocado, que es lo único que en realidad tiene este joven, capacidad de sacrificio y espíritu de mártir, y así consigue la atención de la chica, el principio de su amor, el complaciente *the end* y las lágrimas felices del espectador. Pues bien, todo eso es mentira. Nunca ocurren así las cosas en la realidad. Es un engaño, un intento de brindar consuelo a los pobres de espíritu y esperanza a los desesperados de la tierra, a la gente como yo, en definitiva. Porque han de saber (y, si no lo saben, la vida y el tiempo se lo enseñarán cuando sea tarde) que la chica no se irá nunca con ellos y además es mejor que no se vaya, porque, si se fuera, ese pobre joven apocado terminará algún día comprendiendo que no se fue con él por él, sino por sentimentalismo y por piedad, y antes o después la fragilidad de los cimientos hará que se tambalee el edificio, que se derrumbe y que de él solo queden la memoria, los lamentos, las ruinas y la desolación. Todo demasiado triste. Por eso, por mera deducción cinematográfica, sabía que Arma Virumque estaba lejos de fijarse en mí, y por eso también, pese a que era yo quien no estaba maduro, la contemplaba con la misma actitud con que rechaza las uvas la zorra de la fábula. Podría suscribir punto por punto las palabras que le oí por la tarde a Nitrato de Chile cuando Mesoneros bromeó sobre su forma de mirar a Arma Virumque, la misma seguramente con que la mirábamos todos, Mesoneros incluido, pero que, por la edad y por la dignidad de sus modales, podría resultar más llamativa en Nitrato de Chile, sucedáneo del viejo hipnotizado por el encanto de la doncella. Pero a Nitrato de Chile no le ofendió la impertinencia: se

limitó a responder con resignación y sensatez. Qué más quisiera yo que poder aspirar a tanto, dijo. Por eso me vino tal vez de pronto a la cabeza una venganza de futuro contra los tópicos adolescentes del cine, como, por ejemplo, que, si mis personajes volvieran a la orilla del río veinte años después, como los mosqueteros, no sería mal desenlace encontrar a Mercedes casada con el zascandil, un matrimonio mustio, resentido y rutinario: un ajuste de cuentas del destino. Durante un rato me entretuve buscando un título en la misma estela ceremonial de la I, pero pronto volví los ojos a la plataforma donde Arma Virumque ejercía de diosa de la madrugada. Las novelas de quiosco no descartarían en sus descripciones la palabra *cimbrear*. No era, sin embargo, el único que miraba. En más de una ocasión sorprendí las miradas codiciosas de los concejales y del presidente del jurado, del camarero y añadiría que también de los vocales del jurado, si es que eran vocales del jurado. Me atrevería a decir que también Nitrato de Chile y Juan Tan Amera la miraban con estupor, no sabría decir si poético, erótico, ontológico o escultural. Mucho *virumque* suelto hay por aquí, me dije. Tanta unanimidad en las miradas me hizo recordar una novelita de Keith Luger en la que una mujer se bajaba del tren y recorría las calles del pueblo del Salvaje Oeste despertando el asombro y la admiración de todos los que se cruzaban en su camino. Nada decía el narrador de su aspecto, ninguna descripción física, ningún adjetivo inconmensurable, solo la reacción de quienes la contemplaban al pasar. Una belleza, pues, indescriptible, una hermosura fulminante. No guardo el menor recuerdo de la trama, a qué se debía su viaje, dónde estaba o quién era el joven de veinticuatro años destinado a encontrarla, nada en absoluto, solo aquella mujer hipnotizando con su belleza a quienes tenían el privilegio de mirarla. Algo parecido podría decir de Arma Virumque y de la atracción que ejerció su presencia sobre todos nosotros a lo largo del día, en el hotel, en la gala y en el antro: bastaría encomendarse a esas miradas para dejar descrita y celebrada su hermosura sin par. Había, no obstante, una excepción, alguien que no miraba y que sin duda sufría: era, como cabe suponer, Old Man, que prefería no ver las contorsiones de la pareja en la plataforma. Manuela de la Cruz y Old Man acababan de llegar al antro y, no sé si porque me vieron solo, ambos se acercaron a mi

rincón. Les agradecí que buscaran mi compañía. Manuela era, sin duda, la que despertaba en mí mayores simpatías y me agradaba hablar con ella. Me hubiera gustado que le dieran el premio y se lo dije, pero daba la impresión de que estaba por encima de tales menudencias. Al hilo de esas menudencias, sobre el ruido de la música y de las conversaciones, comentamos informalmente algunos pormenores de la gala y ambos pudimos apreciar en la actitud de Old Man una razonable paradoja: estaba situado frente a nosotros y daba la espalda a la plataforma, pero lo que le interesaba no eran nuestras palabras, que rebotaban huecas en sus oídos, sino lo que se negaba a mirar y a ver, el descaro de Mesoneros, la complacencia de Arma Virumque. Y, como pesaba más en su ánimo lo que no veía que lo que oía, cuando se acercó al rincón el poeta local, aprovechó para desaparecer.

65

Yo debería estar entre vosotros,
nos dijo el tipo que en el bar de copas
se colocó en la barra a nuestro lado.
Yo tenía que haber sido finalista,
siguió diciendo atropelladamente,
y competir en buena lid con todos,
mas decidió el azar que no estuviera
a la altura de vuestros manuscritos.
Era un tipo curioso: edad mediana,
pelo corto, corbata, traje sastre
y gafas Walter Benjamin oscuras.
Yo apenas lo había visto previamente
aunque estuvo, dijeron, en la cena
como otro miembro más de la cultura
local de la ciudad que convocaba
aquel VII Premio de Novela
Breve Saúl Olúas, quien tanto empeño
puso en juegos fonéticos, palíndromos,
calambures y demás artes lúdicas
de la literatura visual.
Y como el hombre estaba dolorido,
apenado, mohíno y cabizbajo,
con un whisky en la mano y unos ojos
que rehuían las miradas tras las gafas
empañadas de humo y de tristeza,
Manuela de la Cruz le preguntó
la causa de su pena y sus lamentos.
Apuró el whisky el infeliz de un trago,
pidió que le pusieran otro whisky
con solo dos cubitos, por favor,
y dijo os contaré mi triste historia.
Pues lo que a mí me pasa, amigos míos,

es que yo solo puedo ser poeta,
yo no soy novelista y nunca quise
pensar siquiera en escribir novelas,
pero insistieron tanto mis amigos
y tanto insistió incluso mi mujer
(que tiene estudios de filología
y sabe de esto mucho más que yo:
es aquella que bebe cocacola
y canta las cuarenta al concejal
de Cultura allí al lado del teléfono),
en que ganara el premio de novela
que al fin caí en la trampa y me entretuve
ideando una trama muy romántica
de amor y desamor y desventura
entre dos pobres almas infelices
que, como es de rigor, acaban mal,
porque así acaban siempre los amores.
Porque se sufre más que se disfruta
el amor no tendría que existir
ni jamás debería haber existido
y si no lo abolió la providencia
fue para esclavizarnos y abatirnos
(ahí tienes toda la razón, le dije).
Pero, ay, amigos míos, soy poeta,
yo solo soy poeta, es mi destino,
y lo soy con idéntico derecho
al que tenéis vosotros para ser
lo que sin duda sois, bien sea Manuela
de la Cruz, o bien sea Bustrofedón
(aquí llegué a pensar que era auxiliar
de biblioteca y se lo dije, pero
dijo que no y continuó la historia
sin transición alguna), en consecuencia
para no traicionar lo que yo soy,
y lo que he sido siempre y lo que siempre
he decidido en el futuro ser,
que tal vez sea verdad que el poeta nace,
esa historia de amor de que os hablaba
en verso la escribí de cabo a rabo,
que no en prosa pedestre de poetastro,
cuatro mil setecientos veinte versos,
los que necesitó Dante Alighieri

(hay que joderse, dije, con el Dante,
no tendré más remedio que ponerme
a leer un día de estos la Comedia*)*
para contar las penas del infierno
y los tormentos de sus nueve círculos,
en verso suelto sí, sin rima, libre,
con un eco azaroso de asonancias,
¡cuatro mil setecientos veinte versos!
bien contados, medidos con maestría,
sin ninguna licencia secundaria,
tan solo sinalefas y sinéresis,
muy rara vez diéresis o hiatos,
y muy contados encabalgamientos,
que el encabalgamiento es un tropiezo
que hace mirar atrás y maldecir
el tosco desnivel del pavimento.
La trama no os la cuento, no merece
ser reducido a prosa coloquial
lo que nació, en origen, epopeya
a un ritmo heroico, sáfico, melódico,
enfático, dactílico, galaico
o a una hermosa armonía polirrítmica.
Basteos saber que es una historia triste,
porque así es el amor en esta vida,
una ilusión temprana que al final
se desvanece y siempre acaba en llanto.
Como me causa llanto y pena a mí
no haber llegado a estar entre los siete
que el jurado eligió para la gloria.
Y aún me causa más pena la razón
que le dio el concejal a mi mujer
cuando le preguntó sobre el asunto,
porque, aunque sea difícil de creer,
Manuela de la Cruz, Bustrofedón,
si mi cantar de gesta fracasó,
no fue por ser peor que vuestras obras,
ni siquiera llegaron a leerlo,
lo condenaron a la papelera,
¡clama al cielo tamaña felonía!,
por superar el máximo de folios
que marcaban las bases, ¡vive Dios!
Ciento cuarenta folios ocupaban

los casi cinco mil endecasílabos,
y el tope que marcaban en las bases
quedaba limitado a ciento veinte:
la sentencia era, pues, inapelable.
Señores, por favor, que están en verso,
que hay medio folio en blanco en cada página,
le dijo mi mujer al concejal
y el concejal le dijo en ese caso
haberlo presentado de otro modo,
de qué otro modo, preguntó ella entonces,
porque es experta en mecanografía,
pues a doble columna a lo mejor,
respondió el concejal y mi mujer
(ya sabéis hasta qué punto es inútil
dar cabezazos contra la pared)
le dijo que estaríamos en las mismas,
porque a doble columna quedarían
setenta folios y de nuevo entonces
volverían a descalificarme,
como en el juego de las siete y media.
En esa triste consideración
se tiene en el país a la poesía.
Con tan triste y sombrío epifonema
concluyó su penosa retahíla.
Calló luego el poeta, nos miró
desde el fondo del fondo de las gafas,
pidió whisky de malta con dos hielos,
se alejó de la barra turbiamente
y en el hielo fue ahogando su dolor.

66

No sé si cabría atribuir la consideración de arbitrio a la conversación de Mesoneros con el concejal de Hacienda, ni la de arbitrante al propio Mesoneros, siempre, claro está, en el sentido caprichoso en que usaron estas palabras algunos grandes autores del Siglo de Oro. Resumiré, pues, dicho arbitrio, hasta donde recuerdo, lo mejor que pueda. Arma Virumque y Mesoneros llevaban ya mucho rato entregados al baile, descoyuntándose unas veces con ritmos psicodélicos y coyuntándose otras con lentas, morosas, inmóviles baladas. Era evidente que solo existían para ellos mismos y que los demás éramos apenas figurantes en la penumbra del antro, incluido Old Man, en cuya presencia, cuando se incorporó de nuevo al grupo, no sé si Arma Virumque llegó siquiera a reparar. Pero, en la pausa de algún cambio de ritmo musical, se acercaron a la barra para reponer energías y ocuparon el hueco justo que había entre Apolonio de Rodas, Nitrato de Chile y los concejales de Hacienda y de Cultura, por un lado, y Manuela de la Cruz y yo, por otro. No sé de qué estaban hablando los concejales, porque Manuela y yo todavía no nos habíamos recuperado de la rapsodia del poeta dantesco. Sí sé, en cambio, que Apolonio de Rodas le daba a Nitrato de Chile su opinión sobre *Cardilegio*, que habló de ciertas incongruencias en la trama y que Nitrato de Chile decidió corregirlas antes de que el libro entrara en la imprenta. Y justo cuando Nitrato de Chile negociaba con el concejal de Cultura la posibilidad de tales correcciones fue cuando se incorporaron al grupo Arma Virumque y Mesoneros, que felicitó a los triunfadores presentes y pasados, quitó importancias a las incongruencias de *Cardilegio*, hizo una broma sobre cheques y talones, que eso sí era importante, tanto para el perceptor como para el pagador, aunque por motivos opuestos. Una contrariedad presupuestaria, dijo, que quedaría resuelta para siempre con su arbitrio. Les sugería a los

concejales que organizaran el premio de novela de manera más original. Concretamente, sin novelas, dijo: con la gala únicamente, porque la gala era el único y genuino interés municipal. Prestaríais un beneficio inenarrable a la literatura castellana. A nadie le importa hoy que tanta gente se empeñe en escribir novelas, allá cada cual con sus extravagancias, lo que fastidia es la obsesión por que todos tengamos que leerlas. Ni siquiera tendrían que hacer públicas las bases de la convocatoria, porque, si no iba a haber novelas, tampoco habría convocatoria, si bien esa cuestión podría perfeccionarse. No obstante, para empezar bastaría con sacar a mediados de abril en nota de prensa los títulos de las obras finalistas seleccionadas de entre la inmensa cantidad de novelas presentadas, que serían muchas, naturalmente, cientos y cientos, a capricho de la hipérbole y de la concejalía. Sería una tarea fácil. Además, a poco que se pusieran creativos, los funcionarios del Departamento de Cultura, y el propio concejal al frente, se lo pasarían en grande imaginando títulos y buscando seudónimos. La corporación se ahorraría así los honorarios del comité de selección, que, aunque no se tratara de un dispendio oneroso (la autoridad siempre ha sabido que bastantes honorarios hay ya en el honor de leer como para tener encima que subvencionarlo), sí sería superfluo con el nuevo protocolo. Tampoco necesitaréis jurado. Si dependiera de mí, decía Mesoneros, recurriría a los grupos de teatro aficionado, que florecen por todos los rincones como setas, para interpretar en la gala a los finalistas y a los miembros del jurado. De ese modo, contra lo que pudiera parecer, la gala no sería exactamente un simulacro sino una *performance*. Y sería además muy divertida, porque los asistentes no estarían al tanto de la performación. Naturalmente, todo tendría que estar bajo el control del concejal, que sería al mismo tiempo el dramaturgo, el coreógrafo e incluso, si se terciare, el *deus ex machina*. Y entre los actores *amateurs* que actuaran como finalistas y miembros del jurado se podría hacer un *casting* para elegir al ganador y al presidente, los únicos que tendrían texto en la comedia, el elogio de la obra por parte de uno y el agradecimiento por parte del otro. Ardua ha sido la deliberación del jurado para poder seleccionar una sola novela del conjunto de obras magníficas que hemos tenido la inconmensurable suerte de leer, diría el presidente del jurado. Y es para mí un orgullo y un

honor inesperado haber obtenido un galardón tan prestigioso como este que se ampara bajo el nombre del inconmensurable Saúl Olúas, diría el finalista triunfante. Eso sería todo. Ya sé que, dicho así, un premio de novela sin novelistas ni novelas, puede parecer extraño, argumentaba Mesoneros, pero eso es lo mejor de la propuesta, que no haya novelas, porque ya hay demasiadas. De modo que el Premio de Novela Breve Saúl Olúas sería el primer premio de novela sin novela, un pionero, un anticipado a los nuevos tiempos, e inauguraría una modalidad de certámenes literarios que no tardaría en tener imitadores. Todos los premios terminarán siendo así. Por entonces ya se había arrimado Juan Tan Amera al grupo y se sumó al disparate o al arbitrio con lo que calificó de célebre máxima evangélica. Por sus premios los conoceréis, dijo, no por sus obras: se celebran los premios, no las obras. Máxima que corroboró con entusiasmo Mesoneros. En efecto, dijo, lo que importa son los premios, no las obras, y vosotros lo sabéis mejor que nadie. A las instituciones culturales públicas les interesa la celebración del premio, decía, no la novela que lo gana. Por eso el premio no puede quedar desierto, porque lo que importa es el fallo, la alegría, la fiesta. La novela es solo un mal menor, consustancial, pero menor. A nadie le interesa la novela ganadora. Bastaba ver los numerosos ejemplares de *El talón de Aquiles* que han sucumbido tras los postres y los cavas. El mismo concejal de Cultura, bajo la mirada muda de Apolonio de Rodas, tuvo que reconocer avergonzado por segunda vez que no la había leído, pese a que hacía dos o tres meses que se amontonaban en su despacho las cajas con los ejemplares que nos regalaron en la gala. La novela es el señuelo, seguía Mesoneros, la coartada cultural, pero vosotros no necesitáis señuelos ni coartadas. Y todo serán beneficios, beneficios económicos para la concejalía de Hacienda, que ahorra presupuesto, y beneficios literarios para la concejalía de Cultura, que pone coto al exceso de mercancía. Celebrad la cultura sin cultura, ¡oh, egregios ediles!, la literatura sin literatura y la novela sin novela, clamaba un eufórico Mesoneros con el vaso de *whisky* en la mano izquierda y la derecha rodeando la cintura de la sin par Arma Virumque. Limitaos a la celebración. Y no os preocupéis por los novelistas ni, menos aún, por los finalistas. Finalista es por definición quien nunca gana premios. Ser finalista es una condición

perdurable de la literatura nacional, un sacramento, una vocación. Aquí tenéis a Arma Virumque cantando a las armas y al varón y recorriendo concurso tras concurso con las mismas armas y el mismo varón. Aquí tenéis al gran Bustrófedon, que es la primera vez que se presenta a un premio y ha empezado a girar peligrosamente en la rueda de la fortuna y del infortunio. Y eso que sabe que ninguna novela merece ya ceremonial, añadió. Pero hay algo aún peor, decía, y es el finalista que deja de serlo porque una vez al fin gana. Nitrato de Chile es la mejor prueba. Ahí lo tenéis, preocupado por las incongruencias de su historia y por las triquiñuelas de la verosimilitud. Al ganar el VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas, Nitrato de Chile entierra en él toda esperanza de redención. Nunca llegaréis a saber la faena que le habéis hecho. Apolonio de Rodas puede explicarlo, porque ya sabe de qué va la cosa. Nitrato de Chile aceptaba las bromas con estoicismo sindical. Juan Tan Amera aprobaba la magnitud imaginaria de la idea, pero no por su utilidad práctica, sino porque era una verdadera rebelión de los actores y convertía el premio en ficción, la ficción de un premio de ficciones, la hegemonía de un vacío perfecto. El concejal de Hacienda (que era de ciencias) parecía que se escandalizaba y el de Cultura celebraba la ocurrencia, pero no diría yo que no estuvieran tomando nota ambos del arbitrio. Y Arma Virumque reía: *épanouie, ravie, ruisselante*.

67

Se produjo un cierto revuelo cuando llegó el momento de abonar las consumiciones. Tal vez fuera en principio razonable que el concejal de Hacienda corriera con los gastos, al menos con los gastos de los finalistas, meros convidados seudónimos a la celebración, pero también había que tener en cuenta que, mientras algunos nos habíamos limitado a cumplir con discreción el expediente etílico estándar, otros, en cambio, acostumbrados a los furores de la noche y a su intrínseca dipsomanía, se habían acercado al camarero en varias ocasiones y habían abusado de la cerveza de importación, de la ginebra internacional, del prestigio del malta. No sé cómo cuadrarían las cuentas al final, pero sí sé que al camarero, que se desenvolvía como pez en el agua en la vorágine de la turbamulta, no se le había escapado el menor detalle, que el concejal de Hacienda no contaba con autorización para incluir en el presupuesto municipal el cargo de tan elevada factura cultural, y que a Manuela de la Cruz y a mí nos invitó Nitrato de Chile, el triunfador de la noche. Después, o entretanto, empezó el desfile hacia la salida y se produjo el mismo desconcierto que un par de horas antes al salir de la gala a ráfagas. En la calle se fueron formando corrillos, desganados e indecisos, a la espera de acontecimientos o de una voz cantante que guiara al rebaño con autoridad. Yo me mantuve aparte con Manuela de la Cruz y Nitrato de Chile. El poeta local hablaba con Juan Tan Amera o, mejor dicho, escuchaba con mucha atención el discurso de Juan Tan Amera, empeñado en divagaciones de entomología poética. Hay dos tipos de poetas, le oí decir, los que encuentran la rima antes que el adjetivo y los que encuentran el adjetivo antes que la rima. Luego están, añadió, los que no encuentran ni la rima ni el adjetivo: son los más numerosos. La mujer del poeta local seguía discutiendo con el concejal de Cultura, que, a tales horas de la madrugada, y muerto

de cansancio, solo deseaba celebrar de una vez que todo hubiera terminado y que hubiera terminado sin demasiados contratiempos ni heridos de gravedad. Lo que te pasa es que confundes la literatura con la mecanografía, le oí decir con voz exhausta y aun añadiría que, por una vez, también propia y sensata. Pero es que me descalificaron sin más ni más, se quejó con lastimera mansedumbre el poeta local al oír al concejal. No se andaron con chiquitas, añadió. Y no pudo dejar de aprovechar Juan Tan Amera la amena conjugación para airear al vuelo los versos de una cena jovial de Saúl Olúas que yo desconocía, que he buscado después en vano hasta cansarme y que, si no me engaña la memoria, dicen algo así como:

Y tanto vino bebieron
que cuando al fin se marcharon
ebrios el camino andaron
que antes sobrios anduvieron.

Old Man había desaparecido. A otros ya he dicho que no los conocía. En casos así siempre hay alguien que dice que la noche es joven, que no decaiga la fiesta, tópicos del tedio en medio de la diversión, pero esta vez no hubo ninguna muestra de euforia o de exultación, todos estábamos derrotados y solo a la espera de que aparecieran el concejal de Hacienda, la secretaria del alcalde, Arma Virumque y Mesoneros, que o bien seguían arreglando cuentas con el camarero, o bien perfeccionaban los flecos del arbitrio, o habían sucumbido de nuevo a la vehemencia de sus cuerpos cimbreños. Y cuando finalmente salieron, eufóricos y alegres, no solo no se mostraron derrotados, sino dispuestos a seguir batallando con la madrugada. Los jóvenes somos nosotros, contradijo los tópicos Mesoneros, la noche es eterna. Se planteó una nueva discusión: ir o no ir a otro sitio y, si ir, adónde. No entraré en detalles. Baste decir que, pese a las vacilaciones, todo se desarrollaba del mismo modo año tras año, 23 de abril tras 23 de abril. Así pues, se haría escala primero en no sé dónde, el *pub* más chic de las rutas de la noche, según dijeron, y, por respeto a la tradición, se remataría finalmente la faena en la cafetería de la estación, que era todo lo contrario, el antro residual de los noctámbulos, el único sitio al que se podía ir cuando habían cerrado todos los demás. Y, *pub* o antro, allá se

dirigieron los que pensaban no ya que la noche fuera joven, sino eterna, esto es, el concejal de Hacienda y la secretaria del alcalde, Arma Virumque y Mesoneros, el poeta local y su mujer y no sé si alguna otra pareja de la alcurnia cultural. Juan Tan Amera prefirió dar un paseo a solas por las calles solitarias antes de retirarse a descansar. El concejal de Cultura se marchó a su casa. Estoy hecho polvo, dijo. Los demás, que éramos Nitrato de Chile, Manuela de la Cruz y yo, emprendimos el camino del hotel, ignorantes de que aún prolongaríamos durante un tiempo nuestra noche. Porque, cuando llegamos, encontramos a Old Man sentado en la veranda. La cafetería estaba cerrada, nos dijo, pero, si queríamos tomar algo, el chico de recepción podía atendernos. Y, como nos dio apuro dejarlo abandonado a su soledad y a su desolación, le pedimos algo al chico, en efecto, y allí estuvimos sentados los cuatro durante cerca de una hora sin saber muy bien de qué hablar ni qué decir, como si, además del cansancio, sobre todos nosotros se hubiera abatido la maldición de los actantes y hubiéramos entrado en los escenarios de la narración vacía y el silencio.

68

Me acosté apenas llegué a la habitación. Estaba tan cansado que dejé las cosas abandonadas de cualquier manera, me lavé los dientes, trastabillé a la pata coja para quitarme los pantalones y me metí en la cama. No tardé mucho en comprender que no me iba a resultar fácil dormir, o, como suele decirse en las novelas ortodoxas, conciliar el sueño. Al vino que habíamos bebido durante la cena, al exceso de comida, al café negro con que habíamos acompañado la tarta del postre y a los *whiskys* que habíamos consumido en el bar de copas y en la veranda con Old Man, se sumaba todo lo anterior, las cervezas de la mañana, la comida en el hotel, los cafés de la tarde y la acumulación (para mí al menos) de tantas, tan nuevas y tan intensas experiencias. Resultaba imposible, por tanto, entrar dulce y apaciblemente en el sosiego del sueño, hundirse en la inconsciencia de la madrugada. Opté al pronto por encender un rato la televisión, con la luz apagada, por ver si así me serenaba un poco, bajaban las pulsaciones y me dormía finalmente. Fue un intento fallido. Las imágenes de la televisión iban por un lado y las de la imaginación iban por otro. Pensé entonces que tal vez leyendo podría ir sucumbiendo al sueño y, como no había tenido la precaución de echar en la maleta material de lectura o, mejor dicho, como, por pura vergüenza, había tenido la precaución de no echar en la maleta un par de novelas del Oeste, no fuera a ser que alguien me viera en posesión de esa literatura asalariada, decidí hojear alguno de los libros institucionales que nos había regalado la corporación o, para simplificar, el libro que tenía más a mano, que era *El talón de Aquiles*. Encendí la luz del cabecero, busqué la novela entre la ropa amontonada y me encontré con la sorpresa de que no era mi ejemplar. Habían desaparecido el afecto, la gratitud y la complicidad. Además, yo había metido entre sus páginas, a modo de separador, y con el propósito de conservarla como recuerdo, la

tarjeta con el menú de la cena, una tarjeta muy historiada, con mucho ringorrango ornamental, y en el libro que ahora acababa de coger no había tarjeta alguna, pero sí, protegidos por la solapa, cuatro folios manuscritos y plegados con aplicada simetría. Supuse que había habido intercambio de libros. La explicación era bien simple. Al entrar en el bar de copas colgamos las americanas en las perchas, dejamos libros, bolsas y diplomas en las mesas vacías y lo recogimos luego todo a la salida. Y debió de ocurrir que, en la confusión y en el alborozo del alcohol, alguien se llevó el libro que era mío, sin mayor signo de propiedad, por otra parte, que la tarjeta del menú, una prueba circunstancial sin valor jurídico, y la reciente dedicatoria, que sí podría servir como justificante de propiedad, pero a saber en qué incógnitas instancias, y que yo me llevé el que no lo era, trueque que, al fin y al cabo, carecía de la menor importancia, pues todos los libros eran el mismo libro y la dedicatoria no pasaba de ser un acto de cortesía por mi parte para que Apolonio de Rodas no pensara que era él el descortés. Cuál no sería, por tanto, mi sorpresa cuando advertí que lo que no carecía de importancia era el manojo de folios manuscritos que, por insistir en las fórmulas lingüísticas de uso, ahora obraba en mi poder. Su descripción era sencilla: estaban escritos con caligrafía escueta y minuciosa, apretada y pulcra, en tinta azul, y contaban con ilustraciones infantiles en los márgenes, monigotes burlescos rellenando los huecos. Pero lo que me arrebató de golpe todo el cansancio que pudiera tener, que, como acabo de decir, no era poco ni gratuito, sino efervescente y tumultuoso, fueron unas palabras escritas con letra diminuta en tinta roja en uno de los márgenes, debajo de un monigote saltarín. Era una seguidilla.

Que la i no merece
ceremonial
lo saben en España
y en Portugal.

No hace falta que me extienda en los pormenores del sobresalto. Baste decir que aumentaron las palpitaciones y que me invadió un hondo y súbito desconsuelo. No sé con qué adjetivos calificar el contenido de los folios ni la mezcla de estupor, regocijo y malignidad con que los leí. Eran las notas de lectura del presidente

del jurado, (a) sinopsis profesional de la trama y (b) opinión crítica de cada obra, trazadas con rigurosa simetría foliar, cada cara una novela, probablemente los mismos papeles que hojeaba durante la gala según se iba acercando hacia el micrófono. Empecé a leer. No tenía sueño, pero si lo hubiera tenido me habría desvelado por completo. Me sumergí en la lectura como quien se lanza al agua desde la altura abrupta de los acantilados, ajeno por completo a los ajetreos de pasillo, los murmullos, los ¡chsss!, las risas, los ahogos, las conversaciones que atravesaban los tabiques, el apogeo final con fuegos artificiales de un día interminable. Porque enseguida quedé completamente abducido por lo que el presidente del jurado decía de cada novela, de la mía y de las de los demás. Y no se me iba de la cabeza la cara de sorpresa que se le quedaría cuando se encontrara con mi libro y mi tarjeta de menú y cayera en la cuenta de que alguno de nosotros se había quedado con su libro, sus notas y sus monigotes. Esa sensación de euforia me acompañó durante el resto de la noche y cada vez que imaginaba la cara del presidente del jurado al ver la tarjeta del menú en mi libro me entraban unas ganas tontas de reír a carcajadas, cosa que hubiera hecho sin duda de haber estado con algún otro finalista, sobre todo, tal vez, con Juan Tan Amera o Mesoneros. Pero no era cuestión de ir a despertar a nadie a tales horas de la madrugada y, menos aún, de ir a entorpecer los entretenimientos de quienes no dormían. Solo ya por la mañana, sereno y despejado, pero también exhausto, mientras me eternizaba en la ducha, con todo el peso del día anterior encima y sin haber pegado ojo, se me ocurrió una idea siniestra. Que no se hubiera tratado de un equívoco, de un trueque casual, sino del propósito deliberado por parte del presidente de que al menos uno de nosotros conociera su opinión sobre nuestros escritos. Todas las carcajadas secretas de la noche en vela se me congelaron, un desasosiego sinuoso me estremeció el ánimo y solo me consolé pensando que había descubierto de noche los papeles y no había tenido ocasión de compartirlos con nadie, menos aún con Mesoneros, que a saber cómo los habría incorporado a su extravagante arbitrio y, peor aún, qué uso habría hecho de la seguidilla.

69

Puede que, en efecto, la i (*sic*) no merezca ceremonial, había escrito el presidente del jurado al lado de la seguidilla, pero lo que desde luego no merece es lectura ni análisis. Como nobleza obliga, seguía diciendo, no he tenido más remedio que leer pero me niego a ir más allá de la lectura, porque tampoco merece premio. Ni me duelen prendas ni me tiembla la mano en el momento de afirmar categóricamente que la novela es una auténtica [palabra ilegible]. Sea quien sea quien se esconde tras Bustrófedon, que es el seudónimo presuntamente jocoso con que se ha presentado al concurso, lo que ha llevado a cabo este arrendajo que le ha salido al gran Saúl es una venganza personal camuflada con ropajes literarios, ladinamente sazonada con palíndromos y otras hierbas aromáticas de la peor retórica, que es la retórica de los aprendices sin talento. En realidad solo tenemos a una pandilla de muchachos que se baña en el río cada mañana de verano y, dentro de la pandilla, los comienzos de una historia de amor adolescente entre un chico forastero y la reina de la fiesta. Qué lejos queda todo esto del Myrtes, del Jayón, del Misisipi, del Jarama y hasta de Old Man. Y es en la descripción de esta muchacha, de la reina, donde se aprecia la crueldad y la catadura moral del autor, o de Bustrófedon, que se comporta con ella como si hubiera decidido de entrada que tal vez la i (*sic*) no merezca ceremonial pero que la belleza femenina merece ser castigada y degradada. La belleza es el pecado que nunca pueden perdonar los puritanos ni disfrutar los pusilánimes. Y creo que Bustrófedon pertenece un poco al primer grupo y un mucho al segundo. Es ahí, pues, en ese hacer morder el polvo a la muchacha llamada Mercedes, en disfrutar hundiéndola en el barro, arrastrándola por el lodazal, donde mejor se aprecia la venganza personal. Bustrófedon no está escribiendo una novela, está cometiendo un crimen, asesinando de manera vicaria a alguien

(supongo que una mujer, no hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta) con quien no le debió de ir demasiado bien al pobre volteador de bueyes. Parte la novela, pues, de un doble error: una concepción espuria y la subordinación de cada episodio al azar de los palíndromos. No cuesta mucho imaginar que un mal día a este Bustrófedon, viendo escrita en algún sitio la palabra *calima*, se le ocurrió de repente que ofrecía posibilidades, bastaba darle la vuelta para encontrarse con un *¡A mí la calima!* (el mecanismo es de una flagrante ingenuidad, un palíndromo infantil), como quien dice ¡a mí la legión! o ¡a mí Sabino que los arrollo!, y a partir de ahí se ve en la obligación de montar un escenario turbio a la orilla del río y acomodarlo a la tristeza del muchacho abandonado por la hermosa joven de la que se ha enamorado. Es la morfología de la palabra *calima* la que condiciona la acción, no la necesidad: no es la muchacha la que condena al joven, es la calima. Y todo ello, además, para mayor escarnio, el día de San Ramón Nonato, ¡por Dios!, ¡de San Ramón Nonato! Lo mismo podía decir de otros episodios, más torpes incluso. Por ejemplo, en el momento en que a Bustrófedon se le ocurrió decir *No tocole melocotón* (y admito que en este caso es más divertida la ocurrencia) no le queda otro remedio que atribuir a los padres de la protagonista una pintoresca teoría sobre los beneficios natatorios y epidérmicos de la fruta. Un auténtico disparate. Así podría seguir, pero no sigo. No hace falta ser ningún especialista en literatura contemporánea para darse cuenta de la inanidad de esta novela, un divertimento insustancial, con palíndromos sin gracia (con esfuerzo, podría señalar tres o cuatro excepciones) y una trama que, además de aleatoria, gratuita, anacrónica, artificial e inverosímil, nada tiene que ver, ni por asomo, con la i. Mi puntuación no puede ser más negati.

70

Del resto de las notas del presidente bastaría con decir que no dejan títere con cabeza ni finalista sin sarcasmo. Tenía razón Juan Tan Amera cuando dijo que era un tipo al que la lectura profesional y las inercias académicas habían inmunizado contra la literatura. Solo así se explicaría la mezquindad de que pudiera sostener al mismo tiempo una opinión y la contraria, combinar los elogios a micrófono abierto con el ensañamiento y el menosprecio de los apuntes privados, también seguramente de las deliberaciones del jurado. A saber qué habrían dicho unos y otros, y en especial el presidente, sobre nuestros míseros escritos. Reseña con resentimiento, había dicho también Juan Tan Amera y ese es sin duda el método menos indicado para enjuiciar un libro (para cualquier actividad del juicio, me atrevería a decir). A pesar de todo, no me cabía en la cabeza saber que *Cardilegio*, que al fin y al cabo había sido la novela ganadora, solo fuera una torpe imitación del tremendismo que ya agotaron las mejores plumas nacionales de la posguerra y que lo trufara además con el sentimentalismo melodramático de los culebrones televisivos: no otra cosa podía pensarse viendo a un pobre infeliz dándose zurriagazos encima de un peñasco veterotestamentario. Al hijoputa de Madrid le reprochaba la sangre gratuita, la obscenidad y los gerundios, y le daba un consejo gramatical: no meterse en camisa de once varas y practicar con redacciones escolares: ¡sujeto y predicado, Mesoneros, le decía, sujeto y predicado! La infeliz Manuela tenía bien merecida la Cruz que le había caído encima a no ser que el sinfín de frígidos melindres que la autora había decidido atribuirle no le correspondieran exactamente al personaje: ya los años cincuenta nos habían dado suficiente cosecha de berzas como para seguir plantando plantas crucíferas en la huerta. Yo no sé si este hombre, que va de visionario y no pasa de iluminado, dice de Juan Tan

Amera, al que con reincidente regodeo llama El Guajiro, tiene un conocimiento deficiente de la lengua castellana o si padece algún tipo de dislexia gramatical o esquizofrenia prosódica, pero parece empeñado en que los puntos sean comas y las comas puntos y en que los verbos sean al mismo tiempo transitivos e intransitivos, reflexivos e irreflexivos, recíprocos e irrecíprocos. Los actantes deberían de estar todos encerrados en el manicomio y su autor con camisa de fuerza o, mejor aún, volando sobre el nido del cuco. Al menos, añadía, hasta que concluya la *lactancia*. La doncella de Arma Virumque, por su parte, tenía aspiraciones de nínfula o lolita, pero no dejaba de ser una calientapollas ordinaria. En cuanto a *Intimátum*, tuve la sensación de que era una novela superior a su entendimiento, de que lo había desconcertado y, en consecuencia, lo había ofendido a título personal, había atentado contra algo sagrado; por eso la despachaba sin comentarios mordaces y le daba un consejo al autor: bajar del pedestal, tener los pies en la tierra, epitimar. Debía de ser aficionado al dibujo e incluso tener buena mano, porque había rellenado los huecos en blanco con ilustraciones burlescas, a veces esquemáticas y a veces barrocas, turbulentas e implacables, propias, quise creer, de un carácter no sé si colérico o atrabiliario, pero sin duda iracundo y probablemente atormentado. Santo cielo, pensé, a un tipo así hemos estado encomendados. Quién sería capaz de dormir después de tanta conmoción, ay, cándido Bustrófedon, caída la penúltima venda de los ojos y con el alma en los pies.

71

Siempre me ha disgustado leer novelas en que el autor se siente en la obligación de rellenar el tiempo de los personajes contando que cada mañana se despiertan, se levantan, miran por la ventana, contemplan un horizonte de tejados cenicientos, se asean, se duchan, desayunan y hojean el periódico pensando en lo que les deparará el día que empieza (cosa, por cierto, que no ocurre con los héroes de la pradera, que antes de abrir los ojos ya tienen el dedo en el gatillo). Y, con las salvedades del caso, algo así fue, sin embargo, lo que hice yo esa mañana cuando me levanté. No me desperté, porque las emociones, el cansancio, los folios del presidente del jurado, los trajines de pasillo, los jadeos de los tabiques e incluso los efectos del talón de Aquiles no me dejaron pegar ojo en lo poco que quedaba de noche. De modo que, harto ya de entretener el tiempo con argucias de mal narrador, cuando vi en las instrucciones del hotel que el horario del desayuno empezaba a las siete y aunque me parecía prematuro presentarme en el comedor un poco antes de las siete y media, opté por bajar y amortiguar a base de cafés fuertes y amargos (vicio de mal narrador también insistir en la amargura del café) los excesos de la víspera, los estragos del insomnio y hasta la falsedad del presidente del jurado, la cínica malevolencia de su doble juego. Cuánta razón tenía Juan Tan Amera y qué bien conocía las entrañas del subsuelo. Temía que estuviera el comedor vacío y me daba apuro ser el primero en aparecer, porque siempre he sido persona precavida y no he tenido nunca voluntad pionera ni he pretendido encabezar nunca la marcha, fuera cual fuera la marcha en cuestión, pero me parecía absurdo, e incluso indecoroso, quedarme en la habitación esperando que pasaran los minutos, calculando cuánto tardarían en despertarse los primeros finalistas o con el oído atento a los ruidos de pasos del pasillo (ahora que había cesado todo el ajetreo

nocturno, las correrías, las risas, los cuchicheos, los gemidos) para hacerme el encontradizo con el primero que apareciera, de modo que, tras perder todavía unos minutos en la veranda donde habíamos concluido la noche (allí seguían, vacíos, nuestros vasos de ayer), me dispuse a entrar en el comedor. Cuál no sería por tanto mi sorpresa cuando vi a Old Man sentado en la mesa de la ventana que había ocupado el día anterior a mediodía Manuela de la Cruz. Como no hacía falta ser muy perspicaz para advertir su abatimiento, apenas me atreví a decir buenos días y me quedé un instante indeciso, sin saber si sentarme junto a él y acompañarlo o si, dejándome llevar por la inercia de los sitios, ocupar el puesto en que yo mismo estuve el día anterior a mediodía. Pero, por muy hundido que estuviera, si es que lo estaba, Old Man no dejó de darse cuenta de mi vacilación. No por mucho madrugar más se madruga, dijo y me indicó una silla a su lado con un gesto. Temprano madrugó la madrugada, pensé por impulso recíproco, pero me callé, porque no hay error más deplorable que reducir a parodia los grandes sentimientos. Debía de llevar bastante rato allí: no parecía que hubiera probado nada del bufé, pero seguro que se había tomado dos o tres cafés. Me senté, pues, junto a él y tampoco supe qué decir más allá de alguna tímida referencia al premio y a la gala, y ello con tanto miedo a meter la pata o a mentar la soga en casa del ahorcado que Old Man no pudo dejar de advertir que mis palabras solo se justificaban en la dificultad de permanecer en silencio en una situación que, ateniéndonos a la tradicional fórmula castellana, no podría calificar sino de embarazosa. Por fortuna, el mismo Old Man se esforzó por sacarme del apuro añadiendo pormenores a los momentos que yo había evocado, celebrando el triunfo de Nitrato de Chile, que lo merecía doblemente, por la calidad de su obra (resultó que también conocía sus aportaciones a la antigua nueva narrativa nacional) y por los vaivenes de su biografía, trazando un perfil político y psicológico del concejal de Cultura, que lamentablemente respondía al prototipo de la gestión cultural pública, o deduciendo de gestos, risas, movimientos y complicidades que la afinidad política y la camaradería institucional que se apreciaba entre el concejal de Hacienda y la secretaria del alcalde era la superficie de una bien tramada tapadera. Conozco el paño, dijo. Aunque solo fuera por el esfuerzo

que hizo para que yo no pasara un mal rato a causa de sus propias tribulaciones y por la naturalidad y por el sosiego con que lo hizo, ya habría recabado todas mis simpatías y toda mi solidaridad. Pero es que además me pareció que era un hombre que sabía sobreponerse a las adversidades con entereza. No sé, pues, durante cuánto tiempo estuvimos hablando ni cuántos cafés tomamos. También llegué a pensar que a él le venía bien mi presencia (no es tan fácil rechazar la idea de que a veces somos más importantes de lo que en realidad somos), porque le impedía concentrarse en el turbio laberinto de la pesadumbre, que yo suponía tortuoso e inagotable. Ni punto de comparación, pensé, con el forastero de mi historia ni con mi propio abandono. Y además no pude dejar de admirar la mezcla de humor y resignación con que solventó el que sin duda sería el momento más doloroso de la mañana, momento además que no intentó evitar y que no sé si incluso lo estuvo esperando. La prueba estaba en que los demás finalistas, salvo Arma Virumque y Mesoneros, fueron llegando, saludaron, ocuparon sus mesas y terminaron abandonando el comedor y, al cabo de un par de horas, solo nosotros dos seguíamos allí. Hubo entonces un momento en que Arma Virumque y Mesoneros se asomaron a la puerta y retrocedieron al vernos. Aunque era probable que se hubieran quedado dormidos, preferí suponer que se habían demorado a propósito, para no coincidir con ninguno de nosotros o, en todo caso, si damos por bueno que *omne animal triste est post coitum*, para no coincidir con Old Man. Aun así, se asomaron con sigilo y al ver que nosotros estábamos todavía allí, como viejos dinosaurios al lado de la ventana, que seguía Old Man, naturalmente, yo era un cero a la izquierda, se quedaron suspensos un instante y se marcharon. No pude saber entonces si Old Man los había visto, porque no miró hacia la puerta, pero creo que sí, que algunas cosas no hace falta verlas para haberlas visto. A mi juicio, la expresión sombría de su rostro reflejaba claramente la dureza del trance al que se enfrentaba. También pensé que el objetivo de tanta conversación conmigo no había sido la conversación, sino el modo de no esperar a solas. Me había elegido, pues, por alma cándida. Ahora, sin embargo, no cabía esperar desenlace alguno: ya no habría drama ni habría capa y espada. Tampoco cabía prolongar la conversación: porque todo lo que había sido dicho había sido dicho

en vano y porque el objetivo estaba ya cumplido. No quedaba nada que añadir. Y fue de nuevo Old Man quien acudió en mi auxilio con un guiño personal y afectuoso que me sobrecogió, prueba además de que había prestado atención a las conversaciones más insignificantes de la víspera. Ortopedias hay de potro, dijo sonriendo y no pude por menos que recordar al coronel Gerineldo Márquez de vuelta de todas las guerras viendo llover en Macondo.

72

Old Man se fue directo al ascensor cuando salimos del salón. Yo preferí asomarme a la cafetería, no con la intención de tomar nada, sino porque me sería más fácil descargar la tensión del desayuno si anduviera por allí Juan Tan Amera. Que no andaba. Quienes sí estaban, en cambio, felices y ojerosos, tomando un café junto a la barra, eran Arma Virumque y Mesoneros, es decir, *gallus et mulier*. Me quedé aturdido un instante, dudando si acercarme o recular, y bastó tan leve indecisión para que me viera y me llamara Mesoneros. Nos vamos a ir zumbando, dijo, gran Bustrófedon. Y sin ceremonial, añadió. Pese a mi aturdimiento (a mí me había superado la experiencia en todos los frentes), tal vez por el habitual tono de su sorna o como efecto secundario de las notas del presidente del jurado, me pregunté si habría pensado el sin ceremonial con y, con I o con i. Sonreí por compromiso, escasamente, y apenas dije hola. No hacía falta más: ni estaba el horno para bollos, ni el ánimo para tonterías. Al fin y al cabo, no era la I sino su despedida la que iba a carecer de ceremonial. Tenían el equipaje al lado, en el suelo, y solo entonces comprendí que Old Man había prolongado hasta el agotamiento el desayuno para que Arma Virumque pudiera entrar en la habitación que compartían y recoger sus cosas sin malos rollos ni malas caras. Por eso también se había asomado la pareja al comedor, para dejarse ver, no para desayunar, y por eso Old Man dio por terminada la sesión acto seguido. Y allí estaba yo ahora junto a Mesoneros y Alma Virumque pensando que huían, que era evidente que huían, pero sin atreverme a decidir si con mala conciencia, para evitar trances amargos o ajenos a todo lo que no fuera su propia, súbita, insensata ofuscación. Y, en efecto, pagaron el café, cogieron los bolsos de viaje y salieron directamente a la calle (yo con ellos) por la puerta de la galería, sin pasar por recepción. Sentado en la veranda,

fumando, con el equipaje al lado y la bolsa municipal en una silla, contemplando la quietud de la mañana y leyendo el periódico local, estaba Juan Tan Amera, que se levantó al vernos y nos mostró la foto de Nitrato de Chile en la portada. Nos despedimos allí mismo. Se comportaron con todo el agrado posible, sonreían los dos, parecían contentos, Mesoneros bromeaba, nos dio la mano, nos besó Arma Virumque, pero la situación no dejaba de resultar extraña y en sus movimientos había atisbos de agitación, como si les apremiara alguna urgencia innominable. Y partieron corriendo al fin hacia la aventura que hubieran planeado y dejándonos a nosotros atrás, dejando atrás el hotel, la mañana, la ciudad, y dejando también atrás a Old Man, que, en el caso de que su habitación estuviera orientada hacia el aparcamiento, a saber si no estaría viendo la escena desde detrás de la ventana. Los vimos ir, mirando yo de la alta vid el fruto que perdía, corroborando Tan Amera una vez más la mecánica actancial de las pasiones, con la sensación de que la chica se va siempre con quien menos la merece. Juan Tan Amera resumió la escapada con una frase tópica. Como almas que lleva el diablo, dijo. Recurrió luego a un chiste fácil, no porque tuviera nada especial contra Mesoneros, sino porque había conocido antes a Old Man y, como se sabe, el orden de los factores no solo condiciona las leyes narrativas, también suele condicionar los afectos personales. De Madrid tenía que ser el hijoputa, fue el chiste. Y terminó añadiendo un juego de rimas latinajas en el que, con la inercia y la lógica con que se arrastran las fichas de dominó, *desiderátum, intimátum*, *consumátum* y *ultimátum* se habrían sucedido en una propulsión dramática que no creo que hubieran aplaudido nunca los actantes. Si hubiéramos hablado del asunto, tal vez me hubiera gustado subrayar la paradoja de que Old Man hubiera perdido a Arma Virumque y no hubiera ganado en compensación el premio de novela, extremos incompatibles en los repartos de la suerte, pero no hablamos del asunto. Así como despreciamos con mayor saña a quienes apreciábamos y nos traicionaron, emprendió Juan Tan Amera una proposición de amplio despliegue ético-geométrico, así también patatín patatán, dijo y cortó en seco el discurso, porque justo entonces apareció en la veranda Manuela de la Cruz, que también se iba y que, como aún tenía algo de tiempo, se sentó un rato con nosotros. El día avanzaba

sin euforia, deslucido, insípido, como si a él también le alcanzara la derrota y se abandonara por ello a una atmósfera desamparada e indolente, una suerte de calima metafórica envolviendo en su seno a los forasteros que éramos los tres en tan taciturno trance, abandonados a la inercia de una de esas conversaciones (no sé si amorfas o si informes) que agonizan solas. Después apareció Nitrato de Chile, que también se sentó un rato, y no sería una exageración decir que parecía el más vacío, el más mustio y el más alicaído de los cuatro. No había demostrado ninguna euforia al ganar el premio, eso era cierto, pero ahora, tras haberlo ganado, tal vez hubiera descubierto que el logro no estaba a la altura de la esperanza, que nada había merecido la pena, ni la escritura, ni el viaje, ni la gala, ni el galardón, ni la novela. Ni siquiera quiso ver su foto en el periódico ni comprobar si había dicho lo que la pequeña entrevista que le hicieron decía que había dicho. Acababa de adquirir conciencia de la hojarasca. Para sacarle de sí mismo, resumimos una vez más los acontecimientos superficiales de la jornada, pero cansinamente, con desgana, someramente, extraviado cada cual en los caprichos de sus pensamientos. También comentamos que Arma Virumque y Mesoneros se habían marchado hacía poco y, condescendientes, Manuela de la Cruz y Nitrato de Chile decidieron esperar para despedirse de Old Man cuando apareciera, pero el penado alto se resistía a bajar y ambos terminaron marchándose para no perder el autobús. Ya de pie, antes de irse, Nitrato de Chile tomó nota de nuestras direcciones para mandarnos su *Cardilegio* cuando se publicara y doy por hecho que se publicaría y que los comensales de la gala del siguiente año recibirían un ejemplar del libro envuelto en papel de oro, pero lo cierto es que nunca he sabido qué fue de él (lo que, dada la naturaleza del premio, no es extraño) y que a mí al menos no me lo mandó. Y cuando se habían alejado ya treinta o cuarenta metros Tan Amera sacó de la bolsa el ejemplar de una novela que yo pensé que sería *La rebelión* pero que era *Cardilegio*, lo blandió jovialmente en el aire y le dio a Nitrato de Chile un último consejo. No la toques ya más, que así es la prosa, clamó su voz en la veranda. Con el tiempo ha ido creciendo en mí la duda, que no sé resolver, de si dijo *prosa* o dijo *cosa*: ambas, en cualquier caso, a fin de cuentas, degradaciones a peor del nombre original. Tampoco sé

si Nitrato de Chile llegó a oírlo: volvió la cabeza antes de doblar la esquina y amagó con la mano un ademán discreto, desvaído, pero no sé si lo oyó.

73

Muchos años después, reconocí a Mesoneros frente a un pelotón de azafatas pizpiretas en una feria de turismo (esto no forma parte de la yedra ardiente, pero no me atrevo a dejarlo fuera). Veinte años no pasan en vano, afectan al pelo y a la piel, pero Mesoneros era de esas personas por las que, como suele decirse, no pasan los años o, incluso, que pasan para bien. Lo estuve observando durante un rato, sin saber muy bien qué hacer, si alejarme o saludarlo, pero la curiosidad, que a veces es más fuerte que la timidez, me impulsaba a hacerme el encontradizo y evocar el antiguo episodio común, no tanto por afán de conocer cómo le había ido en el mundo de las letras, si es que le había ido, sino por el caprichoso azar de ser el primer y único finalista de aquel séptimo premio con el que volvía a tropezar, pues es cierto que nunca más supe nada de ninguno de ellos y que, sin embargo (estas páginas lo prueban), no los he olvidado. Mientras deshojaba indeciso la margarita pude apreciar que, si algo había perdido Mesoneros en figura y juventud, lo había ganado en desparpajo y experiencia. No intenté averiguar si las azafatas estaban a sus órdenes o si solo entretenían el tiempo oyendo sus ocurrencias, que parecían inagotables, esto es, si seguían el juego a la autoridad o si se divertían realmente, porque lo cierto es que le escuchaban con atención y que no dejaban de reír. Y, como me fui acercando con disimulo al grupo, hubo un momento en que yo mismo no pude por menos que sonreír. Una azafata pensó que buscaba información, preguntó amablemente si necesitaba algo y, cuando dije que solo quería saludar a Mesoneros (no dije Mesoneros, esbocé un ademán), la bandada entera se dispersó en distintas direcciones. ¿Sí?, me dijo entonces Mesoneros. Y no supe qué decir. Por seguir el ambiente jovial que se traía con las azafatas tuve la tentación de decir que dábale arroz a la zorra el abad, una contraseña acorde con los viejos tiempos, pero me pareció que la

broma caería en saco roto, por remota, y terminé preguntando si había logrado escribir, como era su propósito, una novela superventas. Me miró como si le estuviera tomando el pelo, como preguntando de dónde demonios sale este sujeto. No me había reconocido, era evidente, pero debió de pensar que algo se escondía tras la pregunta, porque enseguida se rehízo y recuperó la simpatía comercial. Eso es para profesionales, dijo. Hablé entonces del Premio de Novela Breve Saúl Olúas para refrescar su memoria y me presenté como el gran Bustrófedon, que era como él me llamaba, dije. O no se acordaba o hizo como si no se acordara. Vagamente recordaba haber escrito una novela en otro siglo, mientras se recuperaba de una lesión, y haberla presentado, por probar, a algún concurso. No prosperó y pasó del tema, así dijo. Apeló a un argumento irrebatible. Una cosa es que Dios te venga a ver y otra cosa es que vayas tú a buscarlo, dijo. Tal vez la novela podría titularse *De Madrid tenía que ser el hijoputa*, dije. A saber, contestó. Cambiaba el título para cada concurso. Y, cuando se cansó, la encomendó a la trituradora. Y hasta ahora, dijo. Un ahora, a la vista estaba, esto lo digo yo, de ejecutivo satisfecho, entregado al éxito empresarial y a la felicidad social, la senda del triunfador. Quienes hemos vivido pocas aventuras y hemos experimentado pocas emociones nos aferramos a ellas con obstinación. Por eso insistí, porque no me cabía en la cabeza que hubiera borrado de su memoria aquel 23 de abril. Pero no. No se acordaba del VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas, ni del gran Bustrófedon. No se acordaba del concejal de Cultura ni de su arbitrio. No se acordaba de Juan Tan Amera, ni de Manuela de la Cruz, ni de Nitrato de Chile. Tampoco se acordaba de Old Man. Y, peor aún, superando a mi juicio todo lo inconcebible, tampoco se acordaba de Arma Virumque, la joven y hermosa concursante tras la que se iban todos los ojos y todos los deseos. Cómo puede alguien olvidar que alcanzó en una ocasión el paraíso, me preguntaba. Dada tanta desmemoria, no merecía la pena seguir escarbando en el vacío. Me disculpé y seguí mi camino. Mientras me alejaba, pensé un instante que me llamaría, que se acabaría la broma y que rememoraríamos delante de un café o una cerveza el episodio. Me equivocaba. La conversación me dejó un sabor amargo en el ánimo. Quise engañarme pensando que era porque nunca entendí que la

literatura pudiera ser un pasatiempo efímero, una afición pasajera, la diversión ociosa de un periodo de convalecencia, pero de sobra sabía que era por los inciertos destinos de Old Man y Arma Virumque y por la trivialidad de tantas y tantas de las cosas que nos ocurren. Cuando me volví, por ver si se producía en Mesoneros alguna reacción favorable, ya estaba rodeado de nuevo de azafatas, con sus revoloteos, sus risas, sus coreografías, y él en el centro, cantando bajo la lluvia.

74

Los primeros en llegar, Juan Tan Amera y yo, fuimos también los últimos en partir y en ese orden. Antes de eso, ambos acompañamos a Old Man hasta el coche del que le vimos bajar la tarde anterior en compañía de la hermosa Arma Virumque. Tardó tanto en aparecer por la veranda que llegué a pensar que prefería evitar toda despedida. Que acaso viera la marcha de Arma Virumque con Mesoneros desde su habitación y no quisiera encontrarse con nadie. Que acaso viera partir luego a Nitrato de Chile y a Manuela de la Cruz y esperara que también nosotros, Juan Tan Amera y yo, desapareciéramos. Sin embargo, y aunque se acercaba el mediodía, que era la hora de dejar el hotel, nosotros seguíamos consumiendo el tiempo apaciblemente en la veranda, yo porque mi tren pasaba a las cinco de la tarde, Tan Amera porque esperaba que Apolonio de Rodas pasara a recogerlo. Fue el momento que eligió para regalarme *La clôture et autres poèmes*, de Georges Perec: *Au grand Bustrofedon Le grand palindrome*, justificó la ofrenda de su puño y letra en la página de cortesía (sabía que no se me iba a olvidar). Fue también el momento que aprovechó para hablar de *Cardilegio*, que había leído de madrugada en el ejemplar que Apolonio de Rodas tenía que devolver y todavía no había devuelto. Nadie ha dormido aquí esta noche, dijo como paso previo a su meticulosa perorata. Tiempo suficiente, en cualquier caso, para que Old Man optara finalmente por hacerse visible, pasar el trago y poner rumbo a donde fuere que pensara encaminar sus pasos. Llegó, así pues, hasta nosotros, pero no se sentó. Va siendo hora de irse yendo, dijo. Pese a ello, se quedó un rato de pie, como si no quisiera resultar descortés o como si no tuviera resuelta del todo la decisión. Tenía el coche a unos metros de donde estábamos y tal vez no tuviera prisa por llegar a ningún sitio. Pensé con cierto orgullo que, puesto que había hablado conmigo largamente durante el desayuno, tal vez le

apeteciera pasar un tiempo con nosotros, que no le sentaría mal, lo distraería, aunque la terapia consistiera solo en guardar silencio en compañía, y que acaso fuera la presencia de Juan Tan Amera, cuya terquedad especulativa le hacía parecer hosco e insensible, la que se lo impidiera. En cualquier caso, fuera de ello lo que fuere, lo cierto es que no llegó a sentarse, que permaneció un rato de pie junto a nosotros, que miró la foto de Nitrato de Chile en el periódico, que leyó la entrevista en diagonal, que *pulvis es et in pulverem reverteris*, comentó sonriendo, porque la foto era bastante deprimente, que intercambiamos unas cuantas fórmulas de uso al respecto, que se dirigió enseguida hacia el coche y que lo acompañamos. Supongo que en ciertas ocasiones todo son contrariedades, que todos los golpes van a dar al sitio del dolor, que no hay respiro cuando vienen mal dadas. Lo digo porque, cuando abrió el maletero para soltar el equipaje, los tres pudimos ver dos bolsas de tela como las que nos entregaron al acabar la cena con los ejemplares de las novelas no premiadas y los libros de la corporación. Las novelas de una de las bolsas se habían desparramado y en la portada de una de ellas podía leerse claramente el título, el seudónimo y el número de recepción encerrado en un círculo grueso de rotulador: *El viejo y la doncella*, Arma Virumque, 17. No hacía falta hilar muy fino para saber que Old Man había llevado las bolsas al coche apenas salimos de la gala y que las había soltado sin mucho miramiento (de ahí el desparrame) antes de reunirse de nuevo con todos los demás y encontrar a Arma Virumque y Mesoneros bailando eufóricos y desinhibidos en la plataforma del bar de copas. Como la nueva e imprevista pareja se perdió luego en la noche y como había emprendido ahora una huida furtiva y precipitada hacia a saber dónde, allí había quedado, en el maletero, la prueba documental de los acontecimientos que tuvieron lugar en la celebración del VII Premio de Novela Breve Saúl Olúas, de los que tal vez Old Man guardaría siempre amarga memoria. A mí se me antojaban indicios demasiado funestos de la adversidad y trasladaba al ánimo de Old Man mi propio antojo, que acaso fuera tan puramente retórico como el que hice caer sobre el forastero a la orilla del río el día de la calima, con el inconveniente de que también a mí me afectaba el antojo, que yo mismo era víctima de la derrota romántica de mis

pensamientos. De modo que, salvando las distancias o, si se prefiere, *mutatis mutandis*, creyendo ver que Old Man miraba con profunda tristeza la portada de la novela delatora y siendo yo afectado con similar intensidad por la misma tristeza, porque, como bien se sabe, cuando la imagen externa de una cosa se asemeja en algo a otra cosa real que nos afecta, nos sentimos igual e íntimamente afectados por la misma cosa, llegué a la conclusión de que en ciertos reveses de la vida no interviene la edad de los personajes ni su experiencia ni sus conocimientos, que son consustanciales a las heridas del hombre y que no había, por tanto, mucha diferencia real entre Old Man y el pobre forastero de mi novela del río e incluso entre ellos y yo mismo si me daba por recordar el principio de todo, el obstinado aburrimiento del verano anterior y el triste abandono de la muchacha que me abandonó. Tales eran mis pensamientos y en tales comparaciones me entretenía cuando Old Man se despidió de nosotros, nos deseó suerte, nos emplazó para nuevas justas narrativas, le recomendó a Juan Tan Amera que no perdiera de vista a los actantes, a mí me dio las gracias, subió al coche, encendió el motor y emprendió viaje. En fin, todo se acaba, dijo Juan Tan Amera antes de que Old Man subiera al coche y extendió el brazo en un ademán en el que cabían el hotel, el premio, la fiesta y nuestra propia condición de finalistas. De un modo o de otro, le respondió Old Man al ponerse al volante, de todo lo que sabemos que tiene fin solo estamos esperando que termine, y estuve seguro de que no se refería a lo mismo que Tan Amera.

75

Sumido en tales pensamientos y tales comparaciones volví luego a la misma silla que ocupaba antes de que bajara Old Man y dijera que iba llegando la hora de irse. Juan Tan Amera advirtió enseguida en mí signos de tristeza, una tristeza de la que yo me atrevería a decir que no tenía un fundamento específico, sino universal, pero que, a no ser que pretendiera aprovechar la ocasión para hilar su discurso, Tan Amera interpretó torcidamente, como mero corolario literario, y atribuyó a mi fracaso en el certamen. Tuve la tentación de decir que nunca pensé que la I de mi ceremonial pudiera conseguir el premio, menos aún después de oír los análisis de las novelas que, gracias a la insistencia y los afanes teóricos del propio Tan Amera, se llevaron a cabo por la tarde o durante la cena, y que no estaba triste en modo alguno, tal vez un poco serio, tan serio y cohibido como había estado durante todo el día anterior, porque la discreción y la prudencia forman parte de mi carácter, y que lo que me pasaba era que procuraba entender lo que había pasado y por qué había pasado, los escarceos de Arma Virumque y Mesoneros, por una parte, tan ostensibles y tan descarados, los arrestos o la insensatez con que Arma Virumque cortaba con todo por lo sano a las primeras de cambio, por otra, y, aún por otra (que no siempre han de ser solo dos las partes), la sensación de abandono y soledad de Old Man. O sea, que con mi tristeza solo mostraba, en suma, perplejidad, asombro, ignorancia, solidaridad y compasión. Tentación tuve de desarrollar las teorías de Dolores al respecto y no me contuve, aunque me limité al enunciado del epígrafe. El amor no es nunca verdadero, dije. Por el contrario, respondió Juan Tan Amera, el sexo siempre es mentira. Eso fue todo. Como no era conveniente meterse en camisa de once varas y desmenuzar conflictos sentimentales de los que apenas conocíamos una leve y mínima superficie, preferí no ahondar en el asunto. Tal vez el

propio Juan Tan Amera, que había coincidido al menos en una ocasión anterior con la pareja, estuviera al tanto de otros pormenores y otros devaneos, pero tampoco me atreví a preguntar. Que yo recuerde, aunque no sé en qué punto de la conversación situarlo, solo emitió un veredicto sobre el caso. Culpamos a Mesoneros de hacer lo mismo que haríamos nosotros si pudiéramos estar en su lugar, dijo. No lo digo por nosotros, entiéndeme, sonrió, hablo en general, a nosotros solo nos interesa la literatura, somos esclavos de la Obra. Lo digo porque tendemos a enjuiciar los hechos desde una óptica egoísta y a pensar que los *hijoputas*, dijo sonriendo, son siempre los demás. Y Old Man también se equivocó llamándole Romanos, añadió. Después, empeñado en atribuir mi perplejidad al resultado del certamen, para consolarme y darme ánimos, recurrió a sus conocimientos y a su erudición y lo hizo con su acreditada suficiencia y con énfasis magisterial, *ex cathedra*. En esta tarea nuestra, decía, siempre hay que insistir, no hay que rendirse nunca. El escritor más insignificante del mundo sabe que ni la O ni la I se escriben en un santiamén, pero también sabe que no queda más remedio que empeñarse en escribirlas. Lo mismo da que sea con ceremonial o sin ceremonial, bromeaba, porque lo importante no es el ceremonial, sino la I. En tu caso la I, que es la que has elegido, en otros casos la O, porque de todo tiene que haber en la viña del Señor, como le dijo al filósofo el torero, si bien es notorio que la I tiene más sustancia que la O, pues, como todo el mundo sabe, incluido Mesoneros, para hacer la O basta un canuto: por eso hay hoy en día tantas novelas, tantos concursos y tantos finalistas. No en vano el propio Dante, cuya sabiduría en este terreno era innegable, llegó a decir que I era el nombre del sumo bien sobre la tierra, la I precisamente, no la O, sino la I, e hizo una pausa como para avisar de la magnitud de las palabras que se disponía a pronunciar. *I s'appellava in terra il sommo bene*, declamó con voz solemne. ¿Te das cuenta del alcance del endecasílabo? *I s'appellava in terra il sommo bene*, repitió subrayando cada palabra con énfasis didáctico. I se llamaba, subrayó, no O. Y otra cosa has de tener en cuenta, gran Bustrófedon: que, cuando Dante habló de las insalvables dificultades de escribir la I o la O, lo hizo en el *Inferno*, pero para la declaración de la I como bien sumo reservó un canto del *Paradiso*.

Esa es la venturosa y la desventurada lógica de la literatura, el infierno de la escritura frente al paraíso de la poesía o, dicho de otra manera, la cruda dialéctica de los creadores según la *Commedia*, la lenta, larga y laboriosa travesía que lleva del infierno al paraíso. Como yo no había leído nada de la *Divina comedia*, que era como aparecía en mis antiguos libros de texto, ni de la *Commedia*, que era como se empeñaba en repetir el políglota Tan Amera, más allá de los primeros versos, la célebre referencia a la mitad del camino de la vida, que a mí todavía me quedaba lejos, y el no tan célebre extravío en la selva oscura, en la que puede que todos sin excepción estemos siempre inmersos, no se me ocurrió pensar que tal vez me estuviera tomando el pelo miserablemente, comprobando la magnitud de mi inexperiencia y burlándose, pero, si fue así, si ese fue su propósito, burlarse de un joven ignorante de veinticuatro años aficionado a las novelas del Oeste que, como mucho, cayendo en pedanterías, quizás pudiera llegar a aventurar que la I podría ser que acaso fuera tal vez un tanto ligeramente *rouge*, no me importó demasiado, porque a veces las mejores iluminaciones provienen del error, de la tergiversación y del revés de las palabras, sean o no sean palíndromos.

76

Como el tren no salía hasta las cinco
dejé el bolso de viaje en recepción
y salí a pasear por la ciudad.
Tenía tiempo de sobra para ver
plazas, torres, iglesias, monumentos,
caminando al azar de un sitio a otro
sin prisa alguna y sin obligaciones.
Ya todos los demás se habían marchado.
Se fue Manuela de la Cruz. Nitrato
de Chile se marchó también con ella.
Se acababa de ir Juan Tan Amera
en el auto argonauta de Apolonio.
Antes se había marchado, solo, Old Man
cavilando su amarga certidumbre:
que Arma Virumque había emprendido al fin
el vuelo de las armas y el varón,
otras las armas, otra la contienda,
también otro el varón, otro el varón.
Solo quedaba yo con mi equipaje.
Recorrí en soledad los escenarios
de la tarde anterior, el restaurante
donde tuvo lugar la magna gala,
la fachada sombría del bar de copas,
lugares improbables de la noche
reconocidos con la luz del día.
En una calle peatonal del centro
me crucé con el concejal de Hacienda
y con la secretaria del alcalde,
que hablaban y reían divertidos
sin nada que tapar o que encubrir.
Me vieron y no me reconocieron
ni me prestaron atención. Es lo que

sucede al día siguiente de la fiesta,
que cada uno vuelve a su rutina,
se ha cumplido con bien el protocolo,
si te vi no me acuerdo y aquí paz
y después gloria y luego adiós, muy buenas,
hasta el año que viene, en que otros nuevos
finalistas tendrán la misma suerte
y correrán las mismas experiencias.
Esto iba yo pensando con tristeza
cuando alguien me llamó Bustrofedón.
Me volví y allí estaba tan risueño,
gafas oscuras, pantalón vaquero,
aquel hombre que ayer no más decía
de su triste novela endecasílaba.
Ya se le había pasado la amargura
con que nos asedió en el bar de copas.
O era, al menos, distinta, honda y serena,
una amargura consuetudinaria,
el dolor que la edad ha hecho costumbre.
Temí que volvería a las andadas
y a punto estuve de pasar de largo
con astucia de edil y secretaria,
pero me equivoqué. Solo quería
presentar sus excusas, disculparse.
Además me alegró que al día siguiente
al menos uno me reconociera,
recordara el seudónimo Bustrófedon,
y se lo agradecí tácitamente.
Se había acercado hasta el hotel a vernos.
Ya se han marchado todos, le dijeron,
solo el más joven anda por ahí,
a la espera del tren, se irá a las cinco.
Y salió tras mis pasos y allí estaba.
Ya sé que estuve anoche insoportable,
con el whisky, me dijo, se habla mucho
y en realidad no soy mal perdedor.
Estoy acostumbrado, confesó.
Nadie es profeta, dicen, en su tierra
y no pretendo ser una excepción,
las reglas son las reglas, ni siquiera
aspiro a ser profeta en parte alguna.
Bastante tengo ya con ser poeta,

con seguir a pesar de todo siéndolo.
Me bastan los sonetos y espinelas
con que doy rienda suelta al sentimiento
(sufrimiento tal vez, quizás, pensara,
sin dejar aflorar el sinsabor:
contiendas de la rima y la raíz).
Me habría gustado ser un genio, claro,
pero de sobra sé que no lo soy:
la métrica no da tanto de sí.
Y como me alegró que al menos uno
al día siguiente me reconociera
lo quise agradecer de alguna forma
y así paliar tal vez su pesadumbre.
Le invité a tomar algo, mas no quiso.
La verdad, me explicó, es que nunca bebo.
Y juraría que sintió al decirlo
(y que esa fue sin duda la intención)
culpa, vergüenza y arrepentimiento.
Adiós, Bustrofedón, que tengas suerte.
Lo mismo digo y que te sean los dioses
propicios y las musas favorables.
Así nos despedimos. Lo vi irse
(a dó va el vate, voceó una voz
desde una furgoneta cojitranca
que pasó a nuestro lado renqueante)
y me invadió tal sensación de lástima,
paradojas de la melancolía,
que ya no tuve ganas de seguir
recorriendo a lo tonto una ciudad
en la que nada se me había perdido
y en la que nada nuevo me aguardaba.
Desanduve el camino hasta el hotel,
recogí el equipaje y me fui andando
despacio a la estación con el propósito
de sentarme a esperar en la cantina
y de pedir tal vez un bocadillo.
Y a la espera del tren, con la desidia
de un forastero en el confín de un wéstern,
héroe de una pradera abandonada,
un pensamiento fue adquiriendo forma,
trama, textura, urdimbre y consistencia.
Si alguna vez hablara de este hombre,

un figurante más de la commedia*,*
tendré que hacerlo en prosa endecasílaba.
Y que también los dioses me protejan
del sinvivir de la literatura.

77

Me comí, en efecto, un bocadillo en la cantina donde me cuesta creer que prolongaran la noche Arma Virumque, Mesoneros, el concejal de Hacienda, la secretaria del alcalde, el poeta dantesco y su aguerrida *alma mater*, porque la apariencia sombría, mugrienta y desolada del local no parecía que pudiera invitar a la exultación ni al regocijo, más bien a la desidia y a la tristeza de los viajeros en la espera, y paseé por el andén de un lado a otro hasta que llegó el tren. Hice solo el viaje de regreso, sin ningún Juan Tan Amera al lado, y, en contra de la tendencia natural cuando se viaja solo y se ocupa asiento junto a una ventanilla, no presté atención alguna al paisaje. No digo que no mirara, pero miré sin ver, con indiferencia, completamente ajeno a la mansedumbre del ancestral *beatus ille* agropecuario. Llevaba la cabeza tan llena de tantas cosas y llevaba en el ánimo tal cantidad de excitación y de fatiga que ni siquiera se me ocurrió relajarme con las variaciones naturales de la primavera. Tampoco me propuse componer un todo coherente y narrativo con los hechos de los dos últimos días, me limité a ir saltando de uno a otro, en desorden, al capricho de las asociaciones y aun diría que de mi propia alucinación. Las ondulaciones del horizonte, lentas, monótonas y redundantes, me llevaron a imaginar distintas aflicciones remotas para cada finalista. Fue porque, cuando estuvimos sentados de noche en la veranda, se dijo que la mayoría de escritores proviene de una infancia frágil, enfermiza, triste, solitaria o quebrantada, las circunstancias que llevan a más gente a la literatura. De ahí que me anduviera preguntando de qué adjetivos de infancia (frágil, triste, etcétera) procedería Nitrato de Chile, procederían Old Man y Alma Virumque, procedería Manuela de la Cruz, procederíamos todos, de dónde venía yo mismo y de dónde la I. Ejercicio baldío, como cabe suponer. Y, para alejar de mi mente tan lóbrega deriva, lo que también hice fue hojear *La clôture et*

autres poèmes, aunque sin más provecho que comprobar la simetría de lo que Juan Tan Amera había llamado *le grand palindrome*, esto es, que el *Trace l'inégal palindrome* del comienzo tenía su exacto revés en el *ne mord ni la plage ni l'écart* del final, cosa que en efecto ocurría, y así sucesivamente y a pequeños tramos, pero que no me permitía ir más allá de la comprobación, en el caso de que realmente se pudiera ir más allá. De modo que, no sin cierto grado de insensatez, preferí enmarañar el tiempo poniendo a veces los puntos sobre las íes, como dice el dicho, o encontrándole a la i, también a veces, un sentido autónomo y primordial. Volví a leer las consideraciones manuscritas del presidente del jurado, porque las entendía, en especial la que me afectaba directamente, y porque a veces nos complace recrearnos en el oprobio y en la flagelación, el imán de la seguidilla lo primero y luego aquel puede que, en efecto, la i no merezca ceremonial con que arrancaba el veredicto, y he de decir que lo que más me molestó, más que la opinión desfavorable y el tono desdeñoso, fue que escribiera una i minúscula, con puntito (un puntito orondo y altanero, digno sin duda de un contundente análisis grafológico), porque era un modo de rebajar la I a la que yo había privado de ceremonial, un modo de humillarla y degradarla que acentuaba la voluntad de ofensa y menosprecio, ignorando que lo que ya es humilde de por sí (y la i minúscula lo es) no necesita mayor humillación (aunque, por minúscula, puede que sí merezca ceremonial, e incluso heredar la tierra y alcanzar el reino de los cielos), y, en evidente transferencia humillativa, me convertía a mí de paso en reo de mofa, burla, escarnio y vituperio. Pero, al mismo tiempo, me molestó pensar que tal vez debería haber sido yo quien redujera a minúscula la i, porque la mayúscula ya es en sí misma un ceremonial, es vestir de tiros largos o de gala a la i ordinaria y trivial, pero lo cierto es que no se me había ocurrido y que había venido aquel advenedizo (no voy a escribir su nombre, aunque confieso que no lo he olvidado: aquí solo hay funciones, fantasmas y seudónimos) a señalarme mis carencias, que son las carencias de la inspiración, de fiar el resultado del esfuerzo a la pereza. Verdad es que todo había surgido por la numeración romana, no por el alfabeto, pero me molestó y entonces dediqué parte del camino a ir trazando lo que me dio por llamar alegorías de la I, alegorías que, a la postre, también se volvieron contra mí. Así fui pasando de la i a

la I; de la mera letra (minúscula o mayúscula) al mero número ordinal, al uno romano; de la numeración romana al as, mejor, al AS, los ases de la baraja, los ases de la competición, los héroes de la pradera, los ganadores de premios de novela breve; y, puesto que algunos sujetos escriben novelas, algunos finalistas ganan premios y algunos novelistas viajan en tren, recordé que en los principios de la lógica escolástica la I representaba la proposición particular afirmativa y se oponía a la O, la proposición particular negativa, pues no todos los sujetos escriben novelas, ni todos los finalistas ganan premios, ni todos los novelistas viajan en tren (hubo un tiempo antes del cuartel en que me entretenía con derivaciones Ω1 Ω2, p1 p2, q1 q2); y vine luego a caer finalmente en la idea de que también la I es el símbolo del yodo (que, como todo el mundo sabe, se encuentra, por ejemplo, en el nitrato de Chile y tiene poder desinfectante), lo que me hizo evocar la imagen de Nitrato de Chile recogiendo el premio y convirtiéndose en verdadero ceremonial de la I; en tanto que yo no era sino un mero IO, el YO que en inglés, como también sabe todo el mundo sin necesidad de ser Juan Tan Amera, escriben I y que mostraba verdaderamente que yo tenía razón y que, si a fin de cuentas también YO tan solo era I, entonces había hecho bien en afirmar que la I no merece ceremonial. Caí en la cuenta entonces de que lo que para mí era un amargo descubrimiento ya había sido acuñado por Saúl Olúas en el jocoso latinajo con que redujo a suma insignificancia el parto de los montes, el inmarcesible *Sum summus mus* que yo mismo subrayé cuando las comas. Todas estas consideraciones se prolongaron indefinidamente y en tumulto mientras el tren estuvo interminablemente detenido en las vías muertas de un apeadero en medio del desierto. Como siempre hay viajeros que saben lo que está pasando y están al tanto de todas las reincidencias ferroviarias, supimos que el apeadero estaba fuera de servicio, que hacía años que nadie subía al tren ni bajaba del tren en aquel punto y que solo estábamos esperando a que nos adelantara el talgo, que tenía prioridad sobre nuestro poético, tenaz e inmisericorde traqueteo. Cosa muy distinta sería, me dije cuando pensaba que se nos echaría la noche encima, que no saliéramos nunca del apeadero y que quedáramos abandonados a nuestra suerte en la inmensa oscuridad de aquel desierto, porque entonces bien podría ocurrir que I fuera

realmente el nombre del bien supremo sobre la tierra y que todo lo que me quedara por delante fuera elegir entre una y otra I, la insignificancia del yo, un ridículo roedor cargado de penurias e infortunios, frente a la plenitud del sumo bien, que sin duda sí merecería ceremonial y estaría muy por encima de las mezquinas disquisiciones sobre si esa I habría de ser mayúscula, minúscula o versalita. En tal caso, así como en la montaña de Dios la zarza en fuego ardía sin consumirse, así también ardería la yedra para siempre sin quemarse *in hac lachrymarum valle*.



GONZALO HIDALGO BAYAL (Cáceres, 1950) es licenciado en filología románica y en ciencias de la imagen, y ha sido profesor de literatura en Plasencia. Sus novelas *Paradoja del interventor* y *Campo de amapolas blancas* lo convirtieron en una deslumbrante revelación que quedó definitivamente confirmada con *El espíritu áspero*, *Conversación* (Premio Mario Vargas Llosa NH de relatos) y *La sed de sal*.

